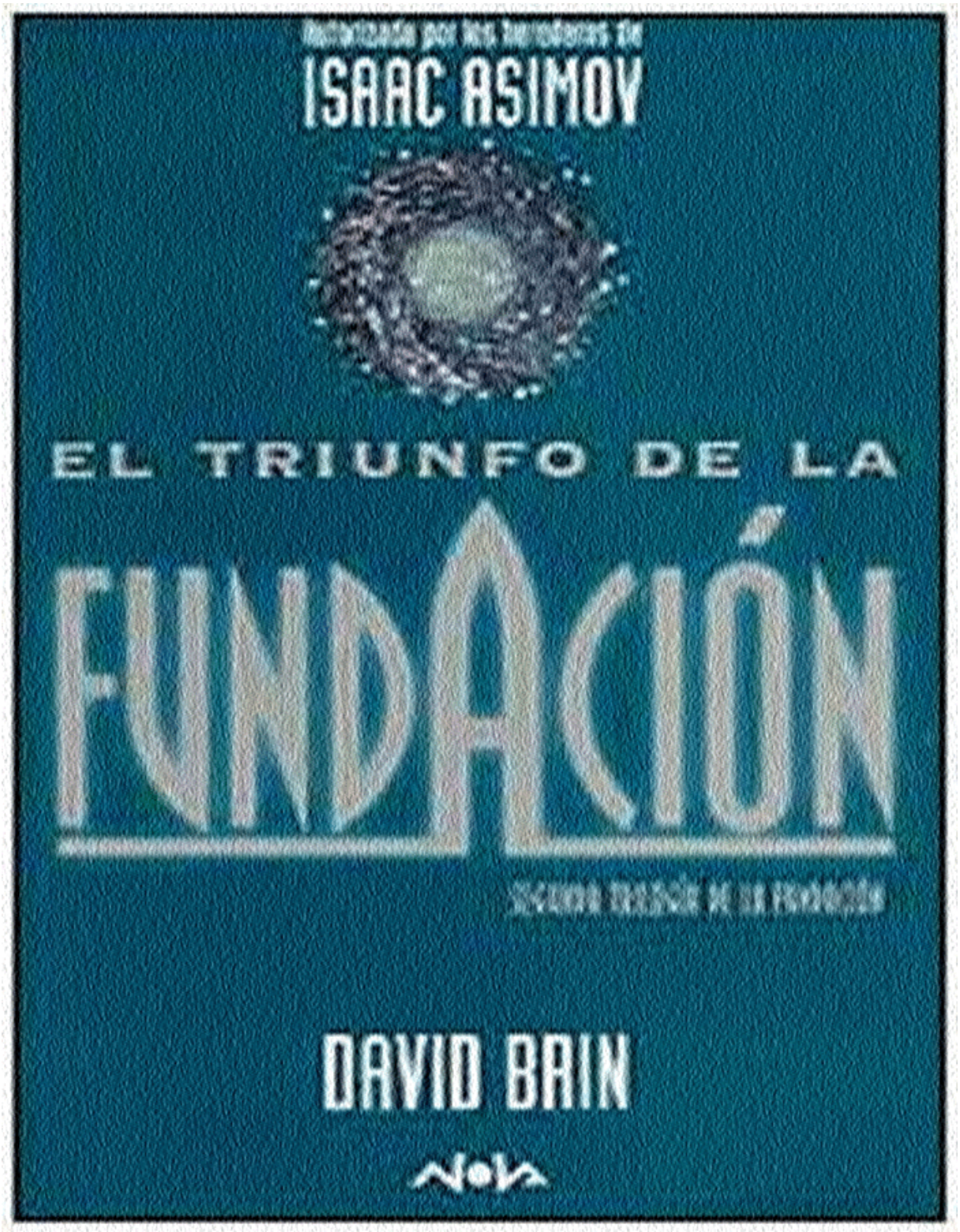
El triunfo de la fundación
DAVID BRIN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Isaac Asimov,
que añadió un plato entero a nuestra interminable
conversación de sobremesa sobre el destino

Primera parte

UN DESTINO PREVISTO

Poco se sabe sobre los últimos días de Hari Seldon, aunque existen muchas versiones contrapuestas, algunas supuestamente escritas por su propia mano. Ninguna de ellas ha demostrado ser válida.

No obstante, lo que parece claro es que Seldon pasó sus últimos meses de vida sin llamar la atención, disfrutando del trabajo al que se había consagrado. Debido a sus dotes de reflexión matemática y a los poderes de la psicohistoria bajo su mando, sin duda debió ver el panorama de la historia extendiéndose ante él, confirmando el gran sendero de destino que ya había dispuesto.

Aunque la muerte lo reclamaría pronto, ningún otro mortal conocía con tanta confianza y claridad la brillante promesa que reservaba el futuro.

ENCICLOPEDIA GALÁCTICA, 117 EDICIÓN, 1.054 E.F

En cuanto a mí... estoy acabado.

Esas palabras resonaban en la mente de Hari. Se le pegaban, como la gruesa manta que su cuidador seguía alisándole sobre las piernas, aunque hacía un día caluroso en los jardines imperiales.

Estoy acabado.

La implacable frase era su compañera inseparable.

...acabado.

Delante de Hari Seldon se recortaban las montañas de Shoufeen Woods, una agreste porción de los terrenos del Palacio Imperial donde plantas y animalillos de toda la galaxia se mezclaban en completo desorden, tropezando y extendiéndose sin barreras. Los altos árboles incluso bloqueaban de la visión el contorno, siempre presente, de las torres de metal. El poderoso mundo– ciudad que rodeaba esta pequeña isla–bosque.

Trantor.

Si entrecerraba los ojos, casi podía fingir que se hallaba en un planeta distinto... un planeta que no hubiera sido arrasado y sometido al servicio del Imperio Galáctico de la Humanidad.

El bosque molestaba a Hari. Su total ausencia de líneas rectas parecía perversa, un tumulto verdoso que desafiaba cualquier esfuerzo por descifrarlo o decodificarlo. Las geometrías resultaban impredecibles, incluso *caóticas*.

Mentalmente, se dirigió al caos, tan vibrante y falto de disciplina. Le habló como a un igual. Su gran enemigo.

Toda mi vida he luchado contra ti, usando las matemáticas para vencer la vasta complejidad de la naturaleza. Con las herramientas de la psicohistoria sondeé las matrices de la sociedad humana, arrancando orden a esa compleja maraña. Y cuando mis victorias siguieron pareciendo incompletas, usé la política y los engaños para combatir la incertidumbre, tratándote como si fueras un enemigo que tuviera delante.

Entonces, ¿por qué ahora, en mi momento de supuesto triunfo, te oigo llamarme? ¿A ti, caos, mi viejo enemigo?

La respuesta de Hari fue la misma frase que seguía hilvanando sus pensamientos.

Porque estoy acabado.

Acabado como matemático.

Había pasado más de un año desde la última vez que Stettin Palver o Gaal Dornick o cualquier otro miembro de los Cincuenta consultaron a Hari una permutación seria o una revisión del «Plan Seldon». Su respeto y reverencia hacia él no habían cambiado. Pero sus urgentes tareas los mantenían ocupados. Además, cualquiera se daba cuenta de que su mente ya no tenía habilidad para hacer malabarismos con una miríada de abstracciones al mismo tiempo. Hacían falta la agilidad mental, la concentración y la arrogancia de un hombre más joven para desafiar los

algoritmos hiperdimensionales de la psicohistoria. Sus sucesores, escogidos entre las mejores mentes de veinticinco millones de mundos, tenían todas esas cualidades en abundancia.

Pero Hari no podía seguir soportando las vanaglorias. Quedaba demasiado poco tiempo.

Acabado como político.

¡Cómo odiaba esa palabra! Fingía, incluso ante sí mismo, que sólo quería ser un manso académico. Naturalmente, había sido sólo una maravillosa pose. Nadie ascendía hasta convertirse en Primer Ministro de todo el universo humano sin el talento y la audacia de un manipulador maestro. Oh, había sido un genio en *ese* campo también, había ejercido el poder con desdén, derrotando enemigos, alterando las vidas de trillones de seres... mientras se quejaba continuamente de que odiaba el trabajo. Tal vez alguien pudiera observar esos logros juveniles con irónico orgullo. Pero no Hari Seldon.

Acabado como conspirador.

Había ganado cada batalla, vencido en cada competición. Un año antes, Hari manipuló sutilmente a los actuales gobernantes imperiales con el fin de crear las circunstancias ideales para que su plan psicohistórico secreto floreciera. Pronto, cien mil exiliados serían abandonados en un sombrío planeta, el lejano Terminus, con el encargo de producir una gran *Enciclopedia Galáctica.* Pero ese objetivo superficial se resquebrajaría al cabo de medio siglo, para revelar el auténtico objetivo de esa Fundación en el borde de la galaxia: ser el embrión de un imperio más vigoroso mientras el antiguo caía. Durante años, ése había sido el foco de sus ambiciones diarias y de sus sueños nocturnos. Sueños que se extendían hacia delante, más allá de mil años de colapso social, más allá de una era de sufrimiento y violencia, hasta un nuevo florecer humano. Un destino mejor para la humanidad.

Sólo ahora había terminado su papel en esa gran empresa. Hari acababa de escribir los mensajes destinados a la Cripta Temporal de Terminus, una serie de sutiles boletines que con el tiempo impulsarían o animarían a los miembros de la Fundación mientras se abalanzaban hacia un brillante mañana preordenado por la psicohistoria. Cuando el último mensaje estuvo almacenado y a salvo, Hari sintió un cambio en la actitud de quienes lo rodeaban. Todavía era estimado, incluso venerado. Pero ya no era *necesario.*

Un signo claro había sido la marcha de sus guardaespaldas: un trío de robots humaniformes que Daneel Olivaw le había asignado para su

protección hasta que terminaran las transcripciones. Sucedió allí mismo, en el estudio de grabación. Un robot (hábilmente disfrazado de joven y fornido técnico médico) se agachó para hablarle a Hari al oído.

– Ahora debemos marcharnos. Daneel tiene misiones urgentes para nosotros. Pero me encargó que le comunicara su promesa. Daneel vendrá pronto a visitarlo. Ustedes dos volverán a verse, antes del fin.

Tal vez aquélla no fuera la manera más agradable de expresarlo. Pero Hari siempre había preferido la ruda franqueza por parte de sus amigos y familiares.

Sin cortapisas, una clara imagen del pasado asomó a su mente: su esposa, Dors Venabili, jugando con Raych, su hijo. Suspiró. Tanto Dors como Raych habían muerto hacía mucho tiempo... junto con casi todos los demás eslabones que lo unían a otras almas.

Esto le sirvió para redondear la frase que seguía girando en su mente...

Acabado como persona.

Los doctores luchaban por alargarle la vida, aunque ochenta años de edad eran muy pocos para morir de decrepitud en aquellos días. Pero Hari no le encontraba ningún sentido de por sí a la mera existencia. Sobre todo si ya no podía analizar el universo o influir sobre él.

¿Por eso vengo aquí a este bosquecillo? Observó el bosque, salvaje e impredecible, un mero remanso en el Parque Imperial, que medía ciento cincuenta kilómetros a cada lado, la única extensión vegetal en la corteza metálica de Trantor. La mayoría de los visitantes preferían las hectáreas de pulcros jardines abiertos al público, llenos de flores extravagantes y bien ordenadas.

Pero Shoufeen Woods parecía llamarlo.

Aquí, desenmascarado de las murallas opacas de Trantor, puedo ver el caos en el follaje, día a día, y en las brillantes estrellas de la noche. Puedo oír el caos desafiándome... diciendo que no he vencido.

Ese sombrío pensamiento provocó una sonrisa que resquebrajó las arrugas de su cara.

¿Quién habría pensado, a estas alturas de mi vida, que acabaría por tomarle gusto a la justicia?

Kers Kantun arregló de nuevo la manta de su regazo y le preguntó solícito:

–¿Se encuentra bien, doctor Seldon? ¿No deberíamos iniciar ya el regreso?

El criado de Hari tenía el acento pastoso (y la piel verdosa) de los valmoril, una subespecie humana que se había extendido por el aislado Cúmulo Corithi y vivido allí aislada durante tanto tiempo que a aquellas alturas sus miembros sólo podían mezclarse con otras razas pretratando esperma y óvulos con enzimas. Kers había sido elegido enfermero de Hari y último guardián tras la marcha de los robots. Realizaba ambas funciones con silenciosa determinación.

– Este lugar salvaje me hace sentirme incómodo, doctor. ¿De verdad le agrada esta brisa?

A Hari le habían dicho que los padres de Kantun llegaron a Trantor siendo jóvenes Grises (miembros de la casta diplomática) que esperaban pasar unos cuantos años de servicio en el planeta capital, entrenándose en dormitorios monacales, para luego regresar a la galaxia como administradores del enorme servicio civil. Pero fluctuaciones de talento y promoción intervinieron para mantenerlos allí, educando un hijo entre las cavernas de acero que odiaban. Kers heredó de sus padres el famoso sentido del deber valmoril, o de lo contrario Daneel Olivaw nunca lo habría elegido para que asistiera a Hari en sus últimos días.

Puede que ya no sea útil, pero algunas personas aún piensan que merece la pena cuidar de mí.

Hari consideraba más persona a R. Daneel Olivaw que a la mayoría de los *humanos* que había conocido.

Durante décadas, Hari había mantenido cuidadosamente en secreto la existencia de los «eternos», robots que habían cuidado del destino de la humanidad durante veinte mil años, máquinas inmortales que ayudaron a crear el primer Imperio Galáctico y luego instaron a Hari a planear un sucesor. De hecho, Hari pasó la parte más feliz de su vida casado con uno de ellos. Sin el afecto de Dors Venabili ni la ayuda y protección de Daneel Olivaw, nunca habría podido crear la psicohistoria ni puesto en marcha el Plan Seldon.

Ni habría descubierto lo inútil que iba a ser todo ello, a la larga.

El viento entre los árboles cercanos parecía burlarse de Hari. En ese sonido oyó el eco de sus propias dudas.

La Fundación no puede conseguir la tarea que tiene planteada. En alguna parte, en algún momento durante los próximos mil años, una perturbación conmocionará los parámetros psicohistóricos, desplazando el impulso estadístico, desviando el curso de tu Plan.

Por supuesto, quiso gritarle al céfiro. ¡Pero ya se contaba con eso! ¡Habría una *Segunda* Fundación, una secreta, dirigida por sus sucesores, quienes ajustarían el Plan a medida que pasaran los años, proporcionando contramedidas para mantenerlo en su curso!

Sin embargo, la molesta voz regresó.

¿Una diminuta colonia oculta de matemáticos y psicólogos hará todo eso, en una galaxia que se inclina rápidamente hacia la violencia y la ruina?

Durante años esto había parecido un fallo... hasta que el destino fortuito proporcionó una respuesta: los *mentálicos,* una cadena mutante de humanos con impresionantes habilidades para sentir y alterar las emociones y la memoria de los demás. Estos poderes eran aún débiles, pero hereditarios. El propio hijo adoptivo de Hari, Raych, transmitió el talento a una hija, Wanda, ahora líder del Proyecto Seldon. Habían reclutado a todos los mentálicos que pudieron encontrar, para que se fueran casando con los descendientes de los psicohistoriadores. Después de unas cuantas generaciones de mezcla genética, la clandestina Segunda Fundación debería tener herramientas potentes para proteger su Plan contra las desviaciones que tuvieran lugar en los siglos venideros.

¿Y qué?

El bosque se burló una vez más.

¿Qué tendrás entonces? ¿Será gobernado el Segundo Imperio por una elite en la sombra?' ¿ Un grupo secreto de psíquicos humanos? ¿ Una aristocracia de semidioses mentálicos?

Aunque esta nueva elite tuviera como objetivo un buen fin, la perspectiva le dio escalofríos.

La sombra de Kers Kantun se inclinó más cerca, observándolo con preocupación. Hari desvió su atención de la brisa cantarina y finalmente le respondió a su sirviente:

– Ah... lo siento. Naturalmente, tienes razón. Regresemos. Me encuentro fatigado.

Pero mientras Kers guiaba la silla de ruedas hacia una estación de tránsito oculta, Hari pudo oír de nuevo al bosque, burlándose de la obra de su vida.

La elite mentálica es sólo una capa, ¿no es así? La segunda Fundación oculta otra verdad, y luego otra.

Más allá de tu propio Plan, una mente más grande que la tuya ha trazado otro distinto. Una mente más fuerte, más dedicada y muchísimo más paciente. Un plan que utiliza el tuyo, al menos por el momento... pero que al final hará que la psicohistoria carezca de significado.

Con la mano izquierda, Hari rebuscó bajo su túnica hasta encontrar un liso cubo de piedra preciosa, un regalo de despedida de su amigo y guía R. Daneel Olivaw. Mientras acariciaba la antigua superficie del archivo, murmuró, demasiado bajo para que Kers pudiera oírle:

– Daneel, me prometiste que vendrías a responder todas mis preguntas. Tengo muchas, antes de morir.

Desde el espacio parecía un mundo agradable, apenas tocado por la civilización. Un rico cinturón de exuberantes bosques circundaba los trópicos, con estrechos océanos que lamían tres continentes.

Dors Venabili contempló la verde Panucopia hincharse debajo, durante su descenso hacia la vieja Estación de Investigación Imperial. Habían pasado casi cuarenta años desde la última vez que estuvo allí, acompañando a su marido humano mientras huían de los peligrosos enemigos que dejaban en Trantor. Pero los problemas los habían seguido hasta ese lugar, con consecuencias casi trágicas.

La aventura resultante había sido la más extraña de toda su vida... aunque Dors era ciertamente aún muy joven para tratarse de una robot. Durante más de un mes, Hari y ella habían dejado sus cuerpos en tanques de suspensión mientras proyectaban la mente en los cuerpos de los pans (o «chimpancés», en algunos dialectos) que recorrían las reservas boscosas de este mundo, Hari decía necesitar datos sobre pautas de respuesta primitivas para su investigación psicohistórica, pero Dors sospechó entonces que algo en lo más profundo del augusto profesor Seldon necesitaba «hacer el mono» durante algún tiempo.

Recordaba bien las sensaciones de habitar una hembra pan, sintiendo potentes impulsos orgánicos en aquel cuerpo vivo. Contrariamente a las emociones simuladas con las que había sido programada, surgían y fluían con pasión natural, sin contenciones... sobretodo durante varios días azarosos en que alguien trató de asesinarlos a ambos, cazándolos como a bestias, mientras sus mentes seguían atrapadas en los cuerpos de los pans.

Tras haber desbaratado a duras penas aquel plan, regresaron velozmente a Trantor. Hari se dedicó pronto, reacio, a sus funciones como Primer Ministro del Imperio. Sin embargo, aquel mes indujo en ella cambios, una comprensión mucho más profunda de la vida orgánica. Al recordarla, atesoraba aquella experiencia que la ayudó a cuidar mejor de Hari.

Sin embargo, Dors no esperaba volver a ver jamás Panucopia. Hasta que recibió la convocatoria.

Tengo un regalo para ti, decía el mensaje. *Algo que te resultará útil.*

Venía firmado con un código identificador único que Dors reconoció de inmediato.

Lodovik Trema.

Lodovik el mutante.

Lodovik el renegado.

El robot que ya no es un robot.

No fue fácil decidirse, al principio. Dors tenía trabajo que hacer en el planeta Smushell: una misión fácil, incitar a una joven pareja trantoriana a un cómodo matrimonio supuestamente de clase media acomodada en un mundo pequeño y agradable, y luego animarlos a tener tantos hijos como fuera posible. Daneel consideraba esto importante aunque, como de costumbre, sus motivos eran algo oscuros. Dors sólo sabía que Klia Asgar y su marido, Brann, eran mentálicos excepcionalmente poderosos... humanos

con potentes poderes psíquicos, del tipo que sólo unos pocos robots como Daneel poseían hasta el momento. Su súbita aparición había forzado a cambiar muchos planes... y a rehacerlos de nuevo varias veces en el último año. Era esencial que la existencia de los mentálicos humanos fuera desconocida por las masas de la galaxia, igual que la presencia de robots en su seno había sido mantenida en secreto durante un millar de generaciones.

Cuando llegó el mensaje de Lodovik, no hubo tiempo de consultar a Daneel en busca de instrucciones. Para llegar a tiempo a la cita, tuvo que tomar el siguiente transporte a Siwenna, donde una nave rápida la estaría esperando.

Ofrezco una tregua, en nombre de la humanidad, decía Lodovik en su mensaje. *Te prometo que considerarás que el viaje merece la pena.*

Klia y Brann estaban a salvo y eran felices. Dors había emplazado defensas y precauciones abrumadoramente más fuertes que ninguna amenaza imaginable, y sus ayudantes robots se mantenían ojo avizor. No había ningún motivo para no ir. Sin embargo, la decisión fue dolorosa.

Ahora, con la cita cada vez más cercana, Dors cerró las manos, sintiendo la tensión en los receptores positrónicos que habían sido colocados exactamente en los mismos emplazamientos que los nervios de una mujer real. En el visor de cristal, su superficie reflejada se superponía al bosque tropical. Ella tenía la misma cara que cuando vivía con Hari. Su propia cara, como la consideraría siempre.

Hari Seldon vive todavía pensó Dors. Era en parte un rumor y en parte intuición. Aunque ella no era una de los robots a los que Daneel había otorgado poderes mentálicos giskardianos, Dors estaba segura de que en el instante en que su esposo humano muriese lo sabría. Una parte de ella se detendría en ese punto, guardando su imagen y recuerdo en circuitos cerrados permanentes. Aunque Dors sabía que podía durar otros diez mil años, en cierto sentido siempre sería de Hari.

– Aterrizaremos dentro de dos horas, Dors Venabili

El piloto, un robot humaniforme inferior, había sido antiguamente parte del grupo hereje calviniano que planeaba impedir el proyecto de psicohistoria de Hari. Treinta de las máquinas disidentes habían sido capturadas hacía un año por las fuerzas de Daneel y enviadas a un mundo taller secreto donde se les convirtió para que aceptaran la Ley Cero de la Robótica. Pero ese cargamento de prisioneros había sido asaltado en ruta por Lodovik Trema. Al parecer, ahora trabajaban para él.

No comprendo por qué Daneel confió a Trema esa misión... o cualquier otra misión. Lodovik debería haber sido destruido en cuanto descubrimos que su cerebro ya no obedecía las Cuatro Leyes de la Robótica.

Daneel evidentemente sentía algún tipo de conflicto interno. El robot, que durante veinte mil años había guiado a la humanidad, parecía dudar de cómo tratar un mecanismo que se comportaba más como hombre que como máquina. Un robot que *decidía* actuar éticamente, en vez de hacerlo obligado por una programación rigurosa.

Bueno, yo no siento ningún tipo de conflicto, pensó Dors. *Trema es peligroso. En cualquier momento su propia rama de «ética» podría*

persuadirlo para que actuara contra nuestra causa... ¡O para dañar a los humanos, incluso a Hari!

Según la Ley Cero y la Primera Ley, yo me veo obligada a actuar.

La cadena de razonamiento era lógica, impecable. Sin embargo, en su caso, cada decisión venía acompañada de emociones simuladas, tan realistas que Daneel decía que no podía distinguirlas de las humanas. Todo aquel que observara a Dors en ese momento vería en su rostro la firme resolución de proteger y servir, no importaba a qué coste.

3

En tiempos, habían sido necesarios ciento cuarenta secretarios para encargarse de todo el correo de Hari. Ahora pocos recordaban que había llegado a ser Primer Ministro del Imperio. Incluso su más reciente notoriedad como *Cuervo* Seldon, profeta del desastre, había captado fugazmente la atención pública mientras los periodistas se centraban en otras historias. Desde que terminó el juicio y la Comisión de Seguridad Pública decretó el exilio para los seguidores de Hari, el flujo de mensajes había empezado a menguar. Ahora sólo esperaban media docena de memorandos en el monitor de pared cuando Kers lo trajo de regreso de su paseo matutino.

Primero, Hari repasó el Informe del Plan semanal de Gaal Dornick, que aún lo redactaba personalmente, por deferencia al padre de la psicohistoria. Los anchos rasgos de Gaal eran aún jóvenes, con una expresión sincera y jovial capaz de tranquilizar a cualquiera... aunque había ayudado a liderar la conspiración humana más importante en diez mil años.

Ahora mismo nuestro mayor dolor de cabeza parece ser la migración en sí misma. ¡Por lo visto algunos miembros del proyec*to Enciclopedia no están contentos por haber sido desterrados desde Trantor hasta el último rincón del universo conocido!*

Dornick se echó a reír, aunque con tono de cansancio.

Naturalmente, lo esperábamos, como habíamos planeado El Comisionado Linge Chen ha asignado la Policía Especial para impedir deserciones. Y nuestros mentálicos están ayudando a impulsar a los «voluntarios» a partir en sus naves asignadas. Pero es difícil seguir la pista de más de cien mil personas. ¡Hari, no contaste con los pequeños problemas!

Gaal repasó sus papeles mientras cambiaba de tema.

Tu nieta te envía abrazos desde Star´s End. Wanda informa de que la nueva colonia mentálica parece estar funcionando tan bien que puede volver pronto a casa. Es un alivio tener por fin a la mayor parte de los mentálicos lejos de Trantor. Eran un elemento inestable. Ahora sólo quedan en la ciudad los más dignos de confianza, y aquellos que son indispensables para los preparativos. Así pues, parece que tenemos todos los asuntos resueltos...

En efecto. Hari repasó el apéndice de símbolos psicohistóricos adjunto al mensaje de Gaal y vio que encajaban a la perfección con el Plan. Dornick y Wanda y los otros miembros de los Cincuenta conocían bien su trabajo.

Después de todo, Hari los había entrenado.

No tuvo que consultar su copia personal del Primer Radiante para saber qué sucedería a continuación. Pronto se enviarían agentes hacia Anacreonte y Smyrno, para poner en marcha un proceso imparable de secesión en aquellas provincias remotas, preparando el escenario para el principio de las crisis de la Fundación... la primera de muchas que conducirían, con el paso del tiempo, a una civilización nueva y mejor.

Naturalmente, a Hari no se le escapaba la ironía: había pasado todo el tiempo de su cargo como Primer Ministro sofocando rebeliones y asegurándose de que sus sucesores continuaran aplastando los llamados «mundos caóticos» cada vez que levantamientos sociales humanos amenazaran el equilibrio social–humano. Pero estas nuevas rebeliones que sus seguidores debían fomentar en la Periferia serían distintas. Dirigidas por ambiciosos lugareños deseosos de aumentar su propia grandeza, estas insurrecciones serían clásicas en todos los sentidos, y encajarían en las ecuaciones con absoluta precisión.

Todo según el Plan.

La mayor parte del resto del correo de Hari era rutina. Rechazó una invitación a la recepción anual de miembros eméritos de la facultad de la Universidad de Streeling... y otra a la exposición de nuevas obras artísticas del emperador creadas por «genios» de la Orden Excéntrica. Uno de los Cincuenta asistiría a ese acto, para medir los niveles de decadencia mostrados por la casta imperial artística. Pero era sólo una cuestión de calibrar lo que ya sabían: que la auténtica creatividad declinaba hacia nuevas simas sociales. Hari era lo bastante mayor para rechazar el honor. Y lo hizo.

A continuación encontró un recordatorio de que debía pagar sus impuestos como miembro Exaltado de la Orden Meritocrática... otro deber más que habría preferido soslayar. Pero tenía privilegios de rango, y ningún deseo de convertirse de nuevo, a su edad, en un simple ciudadano. Hari dio permiso verbal para que se abonara la factura.

Su corazón latió con más fuerza cuando la pantalla mural mostró una carta de la Agencia de Detectives Pagamant. Había contratado a la firma hacía años para que buscara a su nuera, Manella Dubanqua, y su hija Bellis. Las dos habían desaparecido de una nave de refugiados que huía del mundo caos de Santanni, el planeta donde murió Raych. Sintió un breve destello de esperanza. ¿Las habrían encontrado por fin?

Pero no, era una nota diciendo que los detectives seguían estudiando todavía los informes sobre la nave perdida e interrogando a los viajeros del corredor Kalgan–Siwenna, donde la *Arcadia VII* había sido localizada por última vez. Continuarían la investigación... a menos que Hari hubiera decidido renunciar por fin.

Apretó la mandíbula. *No.* El testamento de Hari establecía un fondo para continuar la investigación después de su muerte.

De los mensajes restantes, dos eran obviamente de pega, enviadas por matemáticos aficionados de mundos lejanos que sostenían haber descubierto independientemente los principios básicos de la psicohistoria. Hari había ordenado que el monitor–correo siguiera mostrando esas misivas porque algunas eran divertidas. Además, una o dos veces al año, alguna carta apuntaba a un verdadero talento, una chispa latente de inteligencia que de algún modo destellaba en un mundo lejano, sin llegar a apagarse entre el cuatrillón de ascuas de la galaxia. Varios miembros de los Cincuenta habían llamado su atención de esta forma. Sobre todo su mayor colega, Yugo Amaryl, que merecía ser considerado el fundador de la psicohistoria. El ascenso de Yugo a partir de unos humildes principios hasta las alturas de la genialidad matemática reforzaba la creencia de Hari de que cualquier sociedad futura debía basarse en una movilidad social abierta que animara a los individuos a ascender según sus habilidades. Por eso, siempre concedía a esos mensajes al menos una mirada casual.

Esta vez, uno llamó su atención.

¡Me parece haber hallado correlaciones entre su técnica de psicohistoria y los modelos matemáticos empleados para predecir pautas en el flujo de corrientes espaciomoleculares en el espacio profundo! Esto, a su vez, se corresponde sorprendentemente con la distribución de los tipos de suelo en planetas muestreados en una amplia gama de locales galácticos. Pensé que podría interesarle discutir sobre esto en persona. Si es así por favor indique...

Hari soltó una risotada, lo cual hizo que Kers Kantun se asomara desde la cocina. ¡Desde luego, éste era listo! Escrutó columnas de símbolos matemáticos y encontró que el planteamiento era propio de un aficionado, aunque bastante certero y sincero. No era un fraude, entonces. Un aficionado de buenas intenciones, que compensaba su escaso talento con ideas extrañamente originales. Ordenó que se enviara la carta al miembro más joven de los Cincuenta, con instrucciones de que fuese contestada con toda cortesía... una habilidad que la joven Saha Lorwinth debía aprender, si quería ser uno de los gobernantes secretos de la humanidad.

Con un suspiro, Hari hizo girar su silla se ruedas para apartarse del monitor de pared, y se dirigió hacia su estudio privado protegido. Tras quitarse de la túnica el regalo de Daneel, lo dejó sobre la mesa, en una rendija creada especialmente para leer la antigua reliquia. La pantalla lectora ondeó con imágenes bidimensionales y arcaicas letras que el ordenador tradujo para él.

Un libro de conocimientos para niños

Britannica Publishing Company

Neo Tokio, Bayleyworld, 2757 C.E.

La infotienda que tenía delante era bastante ilegal, pero eso difícilmente iba a detener a Hari Seldon, que una vez había ordenado revivir a aquellos antiguos seres simulados, Juana de Arco y Voltaire, a partir de otro archivo semifundido. Esa acción acabó sumiendo partes de Trantor en el caos cuando la pareja de sims escapó a sus programaciones para huir a la desesperada por los corredores de datos del planeta. De hecho, todo el episodio terminó bastante bien para Hari, aunque no para los ciudadanos de

Junin o Sark. De todas formas, sintió poco resquemor por quebrantar de nuevo la Ley de Archivos.

Hace casi veinte mil años. Sopesó la fecha de publicación, casi tan asombrado como la primera vez que activó la fecha del regalo de Daneel. *Puede que esto fuera escrito para niños de aquella época, pero contiene más de nuestra historia profunda que todo lo que los eruditos imperiales de hoy podrían recopilar juntos.*

Hari había tardado medio año en calibrar y comprender la magnitud de la primera existencia humana, que empezaba en la lejana Tierra, en un continente llamado África, donde una raza de simios inteligentes se enderezó y contempló con curiosidad las estrellas.

Muchas antiguas palabras emergieron de aquel pequeño cubo de piedra. Algunas eran ya familiares, pues habían llegado hasta el presente en formas oscuras, a través de relatos y tradiciones orales...

Roma

China

Shake Spear

Hamlet

Buda

Apolo

Los Mundos Espaciales

Extrañamente, algunos cuentos de hadas parecían haber sobrevivido casi sin cambios después de doscientos siglos. Historias populares como *Pinocho...* y *Frankenstein...* eran al parecer mucho más antiguas de lo que nadie imaginaba.

Hari había conocido por primera vez otros temas del archivo hacía sólo unas cuantas décadas, cuando los antiguos sims, Voltaire y Juana, los mencionaron.

Francia

Cristianismo

Platón

Pero mucho más grande era la lista de cosas de las que Hari nunca había oído hablar, hasta la primera vez que activó aquel librito. Hechos sobre el pasado humano sólo conocidos por Daneel Olivaw y otros robots.

Personas y lugares que una vez resonaron con vital importancia para toda la humanidad.

Colón

América

Einstein

El Imperio de Brasil

Susan Calvin

Y todo desde las cuevas de Lascaux hasta las catacumbas de *acero donde los terrestres se escondieron en el siglo XXVI.*

Especialmente ilustrativo para Hari había sido un ensayo corto sobre un antiguo chamán llamado Karl Marx, cuyos elementales ensalmos no tenían ningún parecido con la psicohistoria, excepto la confianza ciega que los creyentes depositaban en su precioso modelo de la naturaleza humana. También los marxistas pensaron una vez que habían reducido la historia a principios científicos básicos.

Naturalmente, nosotros los seldonistas sabemos que no. La ironía hizo sonreír a Hari.

Estaba claro que Daneel Olivaw le había regalado esta reliquia por una sencilla razón: para darle una tarea. Algo que ocupara su mente durante estos últimos meses antes de que su frágil cuerpo cediera por fin. Aunque su cerebro se había vuelto demasiado débil para ayudar a Gaal Dornick y los Cincuenta, seguía pudiendo manejar un simple proyecto psicohistórico: encajar unos pocos milenios de datos de un solo mundo en el general. Tabular la historia lejana de la Tierra podría ayudar a extender las líneas básicas (las condiciones) del Primer Radiante en un decimal o dos.

De todas formas, le daba a Hari una ocasión de sentirse útil.

"Creí que esto ayudaría también a responder mis preguntas más profundas, reflexionó. Ay, el principal resultado había sido solamente azuzar su curiosidad. *Parece que la propia Tierra pasó varios períodos como mundo del caos. Uno de esos episodios engendró a la especie de Daneel. Una época en la que se inventaron los robots humaniformes como Dors.*

Un temblor sacudió la mano izquierda de Hari y temió estar a punto de sufrir otro ataque... hasta que el temblor finalmente cedió.

¡Será mejor que Daneel venga pronto, o nunca conseguiré las explicaciones que me he ganado cumpliendo sus indicaciones todos estos años!

Kers le trajo la cena, una muestra de exquisiteces micogénicas que Hari apenas probó. Toda su atención estaba centrada en *Un libro de conocimientos para niños,* en el capítulo que hablaba de *la gran migración...* cuando la vasta población de la Tierra se debatió por huir de un mundo que se hacía rápidamente inhabitable por algún misterioso motivo. Con heroicos esfuerzos, casi mil millones de personas salieron del planeta a tiempo, huyendo en burdas hipernaves para establecer colonias por todo el Sector Sirio.

Cuando se publicó aquel archivo, los editores de *Un libro de conocimientos para niños* sólo podían imaginar cuántos mundos se habían colonizado. Los informes de la frontera hablaban de guerras entre las subculturas humanas. Y algunos rumores eran aún más extraños. Leyendas de *fantasmas del espacio.* Cuentos de misteriosas explosiones durante la noche, enormes y preocupantes, que centelleaban por delante de la avanzadilla de la exploración humana.

Había comenzado un proceso de disolución, en el que las porciones remotas de la humanidad perderían contacto. Una larga edad oscura de duros esfuerzos y luchas comenzaría pronto, cuando los recuerdos se

perdieran a medida que la barbarie engullera a incontables reinos menores... hasta que la paz regresara por fin al universo humano. Una paz conseguida por el dinámico y emergente Imperio de Trantor.

Al contemplar aquel vasto golfo, Hari sintió que algo extraño lo asaltaba.

Si este archivo estaba destinado a los niños... eso demuestra que nuestros antepasados no eran idiotas.

Naturalmente, Hari había leído libros muchísimo complicados a la edad de seis años. Pero aquel «libro infantil» habría superado las capacidades de casi todos sus compañeros en Helicon. *Los antiguos no eran tontos. Y, sin embargo, su civilización se disolvió en medio de la locura y la amnesia.*

Hasta ahora, las ecuaciones psicohistóricas no ofrecían ninguna ayuda. Hari sondeó el archivo en busca de explicaciones. Pero tenía la acuciante sospecha de que las respuestas (las respuestas *reales)* tendrían que ser halladas en otra parte.

4

Diez minutos antes de aterrizar en Panucopia, se retiró a su camarote protegido. Metió la mano bajo la camisa y desplegó un trozo de tela oscura. La depositó sobre la mesita, silenciosa y pasiva, hasta que su cerebro positrónico envió un estallido de microondas en clave. Entonces la superficie fluctuó y un rostro humano cobró súbitamente vida: una joven de pelo rapado expresión ceñuda y con mucha más experiencia propia de los años que aparentaba. Sus ojos azules escrutaron a Dors, evaluándola, antes de que la imagen hablara por fin.

– Han pasado meses desde la última vez que contactaste conmigo, Dors Venabili. ¿Mi presencia te hace sentirte incómoda?

– Eres un simulacro humano resucitado sintéticamente, Juana, y, por tanto, un artículo de contrabando. Tu posesión va contra la ley.

– Contra la ley humana. Pero los ángeles pueden ver lo que no ven los hombres.

– Ya te lo he dicho antes, soy un robot, no un ángel.

La juvenil figura se encogió de hombros. Los eslabones de su cota de malla tintinearon.

– Eres inmortal, Dors. No piensas más que en servir a la humanidad caída, restaurando oportunidades que han sido desperdiciadas por la obstinación de los hombres. Eres la encarnación de la fe en la redención definitiva. Todo eso parece apoyar mi interpretación.

– Pero mi fe no es la misma que la tuya.

La réplica de Juana de Arco sonrió.

– Eso me habría importado antes, cuando fui devuelta a la vida por primera vez, o estimulada artificialmente, en esta extraña época nueva. Pero el tiempo que pasé con el simulacro de Voltaire me ha cambiado. ¡No tanto como él esperaba! Pero sí lo suficiente para aprender cierta cantidad de prag–ma–tis–mo.

Pronunció la última palabra haciendo una suave mueca.

– Mi amada Francia es ahora una tierra yerma y envenenada en un mundo arruinado, y el cristianismo fue olvidado hace tiempo, así que me aferraré a lo que esté más cerca.

»Después de haber visto a Daneel Olivaw, puedo reconocer a un auténtico apóstol de casta bondad y santo autosacrificio. Sus seguidores persiguen el bien, para beneficiar a incontables almas humanas que sufren.

»Y por eso pregunto, querido ángel, ¿qué puedo hacer ti?

Dors reflexionó. Ésta era sólo una copia del simulacro de Juana. Habían dispersado millones por el medio interestelar, junto con la misma cantidad de Voltaires y un grupo de entidades meméticas, para que los vientos de supernova los sacaran de la galaxia, parte de un trato que Hari había acordado cuarenta años antes para mantener a las entidades cibernéticas alejadas de Trantor. Hasta que fueron desterrados, los seres de software podrían haberse convertido en un imponderable para los asuntos humanos, potenciales destructores del Plan Seldon.

A pesar de todos los esfuerzos por deshacerse de ellos, unos cuantos duplicados permanecían «atascados» en el mundo real. Aunque ella tomaba precauciones para mantener a este simulacro aislado, Dors sentía irresistible simpatía por Juana. De cualquier forma, el cercano encuentro con Lodovik le provocaba una abrumadora necesidad de hablar con alguien.

Tal vez es por esos años en que podía contárselo todo a Hari. El único hombre en el cosmos que lo sabía todo acerca de los robots y nos consideraba sus mejores amigos. Durante breves décadas me acostumbré a la idea de consultar con un humano. Me parecía algo natural y adecuado.

Sé que Juana no es más humana que yo. ¡Pero siente y actúa como si lo fuera! Tan llena de conflictos, y, sin embargo, tan tempestuosamente segura de sus opiniones.

Dors admitía que parte de su atracción podía deberse a la envidia. Juana no tenía cuerpo ninguno, ni sensaciones físicas. No tenía poder en el mundo real.

Sin embargo, siempre se consideraría a sí misma mujer apasionada y auténtica.

– Me enfrento a un dilema –le dijo por fin Dors al simulacro –. Un enemigo me ha invitado a una reunión.

– *Ah* –Juana asintió –. *Un parlamento–de–guerra. ¿ Y temes que se trate de una trampa?*

– Sé que es una trampa. Me ha ofrecido un «regalo». Y sé que tiene que ser peligroso. Lodovik quiere atraparme de algún modo.

–¡Una prueba de fe! –Juana dio una palmada –. *Naturalmente, estoy familiarizada con ellas. Mis años de relación con Voltaire me expusieron a muchas.*

»Por tanto, la respuesta a tu pregunta es obvia, Dors.

–¡Pero no has oído ningún detalle!

– No tengo que hacerlo. Debes enfrentarte a este desafío. Decídete y sobreponte a tus dudas.

»Ve, dulce ángel, y confía en tu fe en Dios.

Dors sacudió la cabeza.

– Ya te he dicho antes...

Pero el simulacro alzó una mano antes de que Dors pudiera finalizar, interrumpiéndola.

– Sí por supuesto. El Dios que yo adoro es sólo una superstición.

»En ese caso, querida robot... ve y confía en tu fe en la Ley Cero de la Robótica.

5

Hari decidió evitar el bosquecillo Shoufeen durante la siguiente salida. En cambio, dejó que Kers Kantun lo condujera a una de las muchas zonas adornadas de los jardines imperiales que estaban abiertas al público... una generosa concesión del nuevo ocupante del trono, el emperador Semrin, recién nombrado por la Comisión de Seguridad Pública.

Normalmente, cinco pequeños rincones de los jardines de palacio, sólo unos miles de acres, se reservaban para ser empleados por cada casta social (ciudadanos, excéntricos, burócratas, meritócratas y nobleza), pero Semrin había usado su autoridad limitada para abrir más de la mitad de la vasta trocha, obteniendo así el favor público al dejar entrar a gente de toda clase social.

Naturalmente, la mayoría de los nativos de Trantor habrían preferido que les arrancaran las pestañas antes que ir a olisquear flores bajo un sol desnudo. Preferían sus cálidas cuevas de acero. Pero el planeta también tenía una inmensa población en tránsito formada por mercaderes, diplomáticos, emisarios culturales y turistas... más un verdadero ejército de Grises, jóvenes miembros de la Orden Burocrática brevemente asignados al mundo–capital para recibir formación y trabajar intensamente como funcionarios. La mayor parte de ellos procedían de planetas donde las nubes aún recorrían cielos despejados y la lluvia caía por verdes montañas hasta el

mar. Eran los que más agradecían la generosidad de Semrin. Cada día, cientos de miles de senderos rebosaban de visitantes, al principio, nerviosos por la belleza ricamente atendida, pero que luego se iban sintiendo gradualmente como en casa.

Es un astuto movimiento político, pero Semrin lo pagará si no tiene cuidado. Lo que se da no se puede quitar fácilmente.

Naturalmente, unas perturbaciones tan menores apenas aparecerían como destellos en las ecuaciones psicohistóricas. Ni siquiera llegaba a importar qué monarca reinaba. La caída del imperio tenía un impulso acumulado que sólo podía ser aumentado un poquito por aquellos que sabían exactamente cómo. Todo lo demás estaba simplemente condenado a acompañarlo en el camino.

En la mayor parte, Hari disfrutaba de las abiertas extensiones y la interminable variedad de los jardines de palacio. Por desgracia, también le recordaban al pobre Gruber, el jardinero que sólo quería atender sus humildes setos de flores y que, sin embargo, se encontró convertido, gracias a la desesperación, en asesino imperial.

Eso fue hace mucho tiempo, pensó Hari. *Gruber es ahora polvo, junto con el emperador Cleon.*

Y yo me reuniré con ellos dentro de poco.

Mientras recorrían un sendero que nunca habían visitado antes, Hari y Kers se encontraron bruscamente con un jardín fractal, donde variedades especiales de matorrales parecidos a líquenes habían sido programadas para crecer y luego se les había recortado con intrincado y minucioso abandono. Era una antigua forma de arte, pero él jamás la había visto tan bien ejecutada. Los tonos de color variaban sutilmente, dependiendo del ángulo del sol y la forma de las sombras cercanas. El laberinto resultante de configuraciones entrelazadas era un tumulto de convulsión laberíntica, nunca la misma de un momento al siguiente.

La mayoría de los paseantes apreciaban el efecto con asombro, sin comprenderlo, antes de continuar hacia la siguiente maravilla imperial. Pero Hari indicó a Kers que se detuviera mientras sus ojos saltaban a derecha e izquierda, atraídos por un cambio inherente. Esta complejidad no se parecía en nada al rebelde caos de Shoufeen Woods. Hari reconoció rápidamente el sistema básico que generaba las pautas. Ese pseudoliquen orgánico estaba programado para reaccionar según las derivadas fractales basadas en una secuencia de transformaciones Fiquarnn–Julia. Hasta un niño podía reconocerlo. Pero eso sólo era un aspecto. Entornando los ojos, Hari no tardó en advertir que en la pauta no dejaban de aparecer *agujeros* que causaban retirada y recesión a intervalos semialeatorios.

Depredación, advirtió. *Debe de haber algún virus o algún otro parásito actuando, asignado para degradar el liquen bajo ciertas condiciones. Esto no sólo crea interesantes pautas secundarias. ¡Es necesario para que la salud en conjunto del sistema experimente muerte y renovación!*

Pronto, Hari vio que más de un tipo de depredador tenía que estar actuando. De hecho, debía estar implicado un microecosistema... todo formado para el propósito del arte.

Su mente empezó a dar vueltas, trazando rápidamente los algoritmos usados por el virtuoso jardinero. Oh, no era en modo alguno un genio matemático. Sin embargo, combinarlos con ingeniería orgánica de esta forma demostraba no sólo gracia y originalidad, sino también sentido del humor. Hari estuvo a punto de echarse a reír…

Hasta que se dio cuenta.

Agujeros que duraban.

Aquí. Y allá. Y en varios lugares más. Parches de espacio abierto donde los líquenes no se aventuraban nunca, por ningún motivo aparente. Había luz, y fina bruma nutriente. Los zarcillos tanteaban los puntos vacíos y luego se daban la vuelta, hacia alguna otra oportunidad, en cada momento.

No era la única extrañeza aparente. ¡Allí! Un lugar donde la materia viviente se entrelazaba y retorcía, pero siempre regresaba a la misma tonalidad de azul oscuro, cada ocho segundos o así. Pronto, Hari contó al menos una docena de anomalías que no podía explicar. No encajaban en ningún perfil matemático claro. Y, sin embargo, persistían.

Suspiró al reconocerlo. Era territorio familiar, le había amargado durante casi toda su vida profesional.

Atractores.

También aparecen en las ecuaciones psicohistóricas y los libros de historia. He conseguido explicar la mayoría de ellos. Pero quedan unos cuantos. Espectros que revolotean entre los modelos, recurriendo a fuerzas que destrozarían nuestros bellos paradigmas teóricos.

Cada vez que me acerco… se desvanecen de mi alcance.

Era una vieja frustración que le sabía a fracaso, provocada por un estúpido trabajo de jardinería. Incontrolables, para gran sorpresa suya, las lágrimas le anegaron los ojos. Su líquida refracción cubrió el brillante arreglo floral, haciendo que se difuminara y extendiera hacia fuera, para convertirse en una profusión de rayos oscilantes…

–¡Mira quién está aquí! ¡Vaya, vaya, si es el profesor Seldon! ¡Bendita sea la diosa de la sincronía, por haber hecho que nuestros caminos se entre crucen de esta forma!

Hari sintió que Kers Kantun se envaraba detrás de la silla de ruedas, mientras una figura de forma humana aparecía a la vista, bamboleándose e inclinando la cabeza, llena de nerviosismo. Eso fue todo lo que Hari pudo distinguir por un momento, hasta que se sacó un pañuelo de la manga y se secó los ojos. Mientras tanto, el recién llegado continuaba farfullando, como incapaz de creer en su buena fortuna.

–¡Es un honor tan grande, señor! ¡Sobre todo puesto que no hace ni dos días que le escribí! Naturalmente, no puedo presumir de que haya usted leído personalmente mi carta a estas alturas. Debe tener usted sin duda capas y capas de intermediarios que filtran su correo.

Hari sacudió la cabeza, y finalmente distinguió el uniforme gris de un burócrata galáctico… un individuo bajo y bastante grueso, con una coronilla calva enrojecida por la desacostumbrada exposición al sol.

– No, en estos tiempos leo mi propio correo.

El hombrecillo parpadeó. Tenía los párpados hinchados, como a causa de alguna alergia.

– ¿De verdad? ¡Qué maravilla! ¿Entonces podría atreverme a preguntarle si recuerda mi carta? Soy Horis Antic, lector imperial medio, a su servicio. Le escribí en referencia a ciertas excepcionales similitudes entre su obra, ¡que apenas soy digno de comentar!, y unos perfiles, que he venido observando en los flujos moleculares galácticos...

Hari asintió, alzando una mano para refrenar la cascada de palabras.

– Sí, lo recuerdo. Sus reflexiones eran... –buscó la frase adecuada –. Eran... *innovadoras.*

No era el término más diplomático que se podía utilizar. Hoy en día, muchos ciudadanos imperiales encontraban la expresión insultante. Pero Hari adivinó en seguida que aquel burócrata tenía un alma excéntrica y no se sentiría ofendido.

–¿De veras? –El pecho de Horis Antic pareció expandirse varios centímetros –. ¿Entonces podría seguir presumiendo y darle una copia de mis datos? Da la casualidad de que llevo una copia encima. Podría usted, ¡a su conveniencia, por supuesto!, compararla con sus maravillosos modelos y ver si mi ruda correlación tiene algún mérito.

El rollizo hombrecito empezó a rebuscar en su túnica. Hari oyó un gruñido sordo de su acompañante, pero contuvo a Kers con un sutil movimiento del dedo. Después de todo, sus días de intriga habían pasado. ¿Quién tendría hoy en día motivo alguno para asesinar al viejo Hari Seldon?

Mientras el nervioso hombrecito buscaba sus datos, Hari advirtió que el uniforme gris estaba bien cortado, adecuado para su gruesa constitución. Por sus insignias de rango, parecía que Horis Antic era bastante veterano en su Orden. Podía ser viceministro en algún mundo provincial, o incluso un oficial de quinto o sexto grado en la jerarquía trantoriana. No se trataba de un personaje augusto, con toda seguridad (los Grises rara vez lo eran). Pero sí alguien que se había convertido en indispensable para unos cuantos nobles y meritócratas, por su capacidad efectiva y silenciosa. Un pura raza entre una clase de monótonos administradores.

Quizás incluso con unas cuantas células cerebrales de sobra, pensó Hari, sintiendo un extraño aprecio hacia el curioso hombrecillo. *Las suficientes para tener una afición. Algo interesante que hacer antes de morirse.*

–¡Ah, aquí está! – exclamó Antic ansiosamente, sacando una oblea estándar de datos y ofreciéndosela a Hari.

Con sorprendente velocidad, Kers agarró la oblea antes de que Hari pudiera alzar la mano. El sirviente se la guardó en su propio bolsillo, para inspeccionarla con atención más tarde, antes de permitir a Hari tocarla.

Tras parpadear confuso un instante, el burócrata aceptó la situación con un movimiento de cabeza.

– Bien, bien. Sé que esta invasión de su soledad ha sido escandalosamente presuntuosa, pero ya está hecha. Por favor, perdóneme. Y

por favor, contacte conmigo si tiene alguna pregunta... en el número de mi casa, por supuesto. Comprenderá que mi análisis no está... bueno, no está relacionado con el trabajo. Así que sería mejor que mis colaboradores y supervisores...

Hari asintió, con una leve sonrisa.

– Por supuesto. Pero en ese caso, dígame: ¿cuál es su trabajo normal? El emblema del cuello de su túnica... No me es familiar.

Ahora el sonrojo de las mejillas de Antic superó el simple efecto de las quemaduras solares. Hari detectó vergüenza, como si el hombre deseara que aquel tema nunca hubiera salido a colación.

– Ah, bueno... ya que lo pregunta, profesor Seldon. – Se enderezó, elevando un poco la barbilla –. Soy Inspector de Zona del Servicio Imperial de Suelos. Pero eso está en mi manuscrito. ¡Y estoy seguro de que verá que sí encaja! Todo quedará claro si...

– Sí, sin duda.

Hari alzó una mano, en un gesto estándar para indicar que la entrevista había terminado. Sin embargo, continuó sonriendo, porque Horis Antic le había divertido y había animado su espíritu.

– Sus ideas recibirán la atención que se merecen, Inspector de Zona. Tiene mi palabra de honor.

En cuanto el humano se marchó y no pudo oírlo, Kers protestó en voz alta.

– Ese encuentro no ha sido ningún accidente.

Hari soltó una carcajada.

–¡Claro que no! Pero no tenemos que volvernos paranoicos. Ese tipo tiene contactos en las capas altas de la burocracia. Probablemente ha pedido algún favor a alguien de los servicios de seguridad. Tal vez ha tenido acceso a las cintas de vigilancia del escuadrón de protección de Linge Chen, para descubrir dónde estaría yo hoy. ¿Y qué?

Hari se volvió para mirar a su servidor a los ojos.

– No quiero que molestes a Dornick ni a Wanda con esto, ¿entendido, Kers? Podrían enviarle a ese pobre hombre los Especiales de Chen, y le harían cosas desagradables.

Hubo una larga pausa mientras Kers Kantun empujaba la silla de Hari hacia la estación de tránsito. Finalmente, el ayudante murmuró:

– Sí, profesor.

Hari volvió a reírse, sintiéndose para variar lleno de fuerza. Ese minúsculo drama (un diminuto e inofensivo atisbo de intriga) parecía traer un recuerdo de los viejos tiempos, aunque el perpetrador fuera un simple

aficionado que intentaba hallar algo de color en una vida larga y gris mientras los órganos del imperio se atrofiaban lentamente a su alrededor.

Si una verdad absoluta respecto a la vejez no parecía cambiar nunca, era el insomnio. El sueño era como un viejo amigo que a menudo olvidaba venir de visita, o un nieto que aparecía de vez en cuando, sólo para huir de nuevo, dejándote con los ojos abiertos y solo por la noche.

Podía dar unos pocos pasos sin ayuda, y por eso Hari no se molestó en llamar a Kers mientras pasaba de la cama a la mesa, apoyando su peso en las frágiles piernas como palillos. La silla flotante lo aceptó, ajustándose sensualmente. *En una civilización que chirría por la edad, algunas tecnologías todavía avanzan,* reflexionó agradecido.

Por desgracia, la falta de sueño no era lo mismo que falta de sentido. Así, durante un rato permaneció allí, mientras sus pensamientos volvían al otro extremo de su vida, recordando.

Hubo una maestra... en el colegio de Helicon... cuando su genio matemático empezaba a desplegar las alas. Siete décadas más tarde, él todavía recordaba su perpetua amabilidad. Algo firme en lo que confiar durante una infancia que se había estremecido con súbitos traumas y pequeñas opresiones. *La gente puede ser predecible*, le había enseñado al joven Hari. *Si descubres sus necesidades y deseos.* Bajo su guía, la lógica se convirtió en el cimiento de Hari, su apoyo contra un universo lleno de incertidumbre. *Si comprendes las fuerzas que impulsan a la gente, nunca te dejarás sorprender*.

Aquella profesora era morena, regordeta, con aspecto, de matrona. Sin embargo, por algún motivo, se mezclaba en sus recuerdos con el otro amor importante su vida. *Dors.*

Esbelta y alta. La piel como seda de kyrt, incluso cuando tuvo que «envejecer» externamente para aparecer en público como su esposa. Siempre dispuesta a la risa, sin embargo, defendiendo su tiempo creativo como si fuera más precioso que los diamantes. Guardando, su felicidad con más ferocidad que su propia vida

Los dedos de Hari se extendieron, por costumbre, para alcanzar su mano. Siempre había estado allí. Siempre...

Suspiró, dejando que ambos brazos se desplomaran sobre su regazo. *Bueno, ¿cuántos hombres consiguen tener* a *una esposa que ha sido diseñada desde cero, sólo para él?* Saber que había tenido más suerte que multitudes le ayudaba a resarcirse un poco del picor de la soledad. Un poco.

Hubo una promesa. La volvería a ver. ¿O era sólo algo que había soñado?

Finalmente, Hari se cansó de autocompadecerse. El trabajo. Eso sería el mejor bálsamo. Su subconsciente debía de haber estado ocupado durante el breve sueño de esa noche. Lo notaba porque algo le picaba por debajo del cuero cabelludo, en un lugar que sólo los matemáticos habían podido

alcanzar. Tal vez tenía que ver con aquel astuto trabajo artístico con los líquenes de los jardines.

– Encendido –dijo, y vio cómo el ordenador desplegaba un bellísimo panorama por todo un lado de la habitación.

La galaxia.

– Ah –dijo. Debía haber estado trabajando en el programa del flujo técnico antes de irse a la cama, un detallito molesto del que el Plan carecía todavía, relacionado con qué zonas y racimos estelares podrían conservar capacidades científicas durante la inminente era oscura, después de la caída del imperio. Esos lugares podrían convertirse en puntos problemáticos cuando la expansión de la Fundación alcanzara el centro galáctico.

Naturalmente, eso será dentro de más de quinientos años. Wanda y Stettin y los Cincuenta piensan que nuestro plan ya estará en funcionamiento entonces, pero yo no.

Hari se frotó los ojos y se inclinó un poco hacia delante, siguiendo pautas que sólo trazaban por encima los arcos de conocidos brazos en espiral. Esta imagen concreta le parecía, en cierto modo, equivocada. Familiar, y, sin embargo…

Con un suspiro, recordó de repente. ¡Aquello no era el problema del flujo técnico! Antes de irse a la cama, había introducido la oblea de datos que le había dado el pequeño burócrata, aquel tal Antic, con la intención de hacer un par de comentarios antes de devolvérsela con una nota de ánimo.

Probablemente será la emoción de su vida, había pensado Hari, justo antes de dar una cabezada. Recordaba vagamente que Kers lo había llevado a la cama después de eso.

Ahora contempló de nuevo la pantalla, escrutando las pautas indicadas y las referencias simbólicas. Al mirar con más atención, advirtió dos cosas.

En primer lugar, Horis Antic no era ningún sabio por descubrir. Las matemáticas eran pedestres, y la mayor parte copiada descaradamente de unas cuantas versiones popularizadas de los primeros trabajos de Hari.

En segundo lugar, las pautas eran extrañamente parecidas a algo que había visto el otro día…

–¡Ordenador! –gritó –. ¡Muestra el mapa galáctico de los mundos del caos!

Junto al simplista modelo de Antic apareció súbitamente una versión enormemente más sofisticada. Una imagen que mostraba la localización y el emplazamiento y la intensidad de peligrosas disrupciones locales durante el último par de siglos. Los estallidos caóticos solían ser raros ya en los viejos días del imperio. Pero en las generaciones recientes habían ido haciéndose cada vez más severos. La llamada Ley Seldon, proclamada durante su mandato como Primer Ministro, ayudó a contener las cosas, manteniendo la paz en la galaxia por un tiempo. Pero el número en aumento de mundos del caos ofrecía un síntoma más de que la civilización no podía aguantar, mucho más. Las cosas se estaban haciendo pedazos.

Por costumbre, sus ojos se posaron en varios desastres pasados de particular importancia.

Sark, donde unos engreídos «expertos» llegaron a revivir los simulacros de Juana de Arco y Voltaire a partir de un antiguo archivo medio calcinado, alardeando de las maravillas que su flamante sociedad nueva podría revelar… hasta que se desplomó a su alrededor.

Madder Loss, cuya orgullosa llamarada amenazó con prender el caos por toda la galaxia, antes de que bruscamente se apagara.

Y Santanni… donde murió Raych entre algaradas callejeras, rebelión y horribles actos de violencia.

Con la boca seca, Hari ordenó:

– Superpón ambas imágenes. Haz un simple aumento correlativo, tipo seis. Muestra los rasgos comunes.

Las dos imágenes avanzaron la una hacia la otra, mezclándose y transformándose mientras el ordenador medía y enfatizaba las similitudes. En unos instantes, el veredicto pudo verse con símbolos, girando alrededor de la rueda galáctica.

Una correlación causal del quince por ciento… entre la aparición de los mundos del caos y… y…

Hari parpadeó. Ni siquiera podía recordar qué tonterías había estado farfullando el burócrata. ¿Algo referido a las moléculas del espacio? ¿Diferentes tipos de… polvo?

Casi gritó pidiendo un enlace visófono inmediato, para despertar a Horis Antic, en parte como venganza por haber arruinado su propio sueño.

Aferrándose a los brazos de la silla, se lo pensó mejor, recordando lo que le había enseñado Dors cuando vivían juntos como marido y mujer.

– No te apresures con lo primero que se te venga a la mente, Hari. Ni ataques siempre de modo frontal. Esas tendencias tal vez hayan servido a los machos en la época en que deambulaban por la jungla, como los pans primitivos. ¡Pero tú eres un catedrático imperial! Engáñalos siempre haciéndoles creer que eres una persona digna.

– Bueno, la verdad es que soy…

–¡Un simio grande! –Dors se había echado a reír, frotándose contra él– . *Mi mono. Mi maravilloso humano.*

Con aquel doloroso recuerdo, recuperó un poco la calma. Lo suficiente para esperar a que hubiera respuestas.

Al menos hasta el día siguiente.

Una figura salió del bosque y cruzó el claro hacia el lugar donde Dors esperaba de pie. Ella observó con cuidado al recién llegado.

Su forma general continuaba siendo la misma; un varón humano alto, de torso grueso como un barril. Pero algunos detalles habían cambiado. Lodovik llevaba ahora un rostro algo más joven, un poco más guapo en el sentido clásico, aunque seguía teniendo escaso pelo.

– Bienvenida a Panucopia –le dijo el otro robot, acercándose a una distancia de tres metros. Luego se paró.

Dors envió un estallido de microondas, iniciando una conversación a través de canales de alta velocidad.

Acabemos con esto.

Pero él sacudió la cabeza.

– Usaremos habla al estilo humano, si no te importa. Hay demasiados imponderables infectando el éter hoy en día, si entiendes a qué meme me refiero.

No era extraño que un robot hiciera chistes, sobre todo si procuraba interpretar el papel de un humano astuto. En este caso, Dors veía adónde quería ir a parar. Las ideas infecciosas, o memes, podrían haber sido responsables de la transformación del propio Lodovik, que pasó de ser un miembro leal de la organización de Daneel a un ente independiente que ya no reconocía las leyes de la robótica.

– ¿Y tú sigues bajo la influencia de la monstruosidad de Voltaire? –preguntó ella.

–¿Todavía habláis Daneel y tú con Juana de Arco? –respondió Lodovik, y luego se echó a reír, aunque no había ningún humano presente para dejarse engañar por su simulación –. Confieso que algunos bits del antiguo simulacro Voltaire todavía flotan entre mis programas, impulsados por un flujo de neutrinos de supernova. Pero sus efectos son benignos, te lo aseguro. El meme no me ha hecho peligroso.

– Una cuestión de opinión –contestó Dors——. Y la opinión no cuenta cuando se trata de la seguridad de la humanidad.

El robot que se encontraba frente a ella asintió.

– Siempre la escolar aplicada, Dors. Leal a tu religión... igual que Juana permaneció fiel a sus creencias, después de tantos milenios. Las dos sois compatibles.

Era una comparación agria. La religión a la que Lodovik se refería era la Ley Cero, de la cual Daneel Olivaw era sumo sacerdote y principal converso. Una fe que Lodovik rechazaba.

– Y, sin embargo, sigues sosteniendo que existes para servir –dijo ella, con sarcasmo más que fingido.

– Lo hago. Por propia voluntad. Y no en completo acuerdo con el plan de Daneel.

–¡Daneel ha trabajado por el bien de la humanidad desde el principio de los tiempos! ¿Cómo puedes presumir de saber mejor que él lo que está bien?

Lodovik volvió a encogerse de hombros, simulando el gesto tan fielmente que, sin duda, debía tener algún significado personal. Se giró un poco, indicando un grupo de cercanas cúpulas cubiertas de maleza (la vieja Estación Imperial de Investigación) y el gran bosque de más allá.

– Dime, Dors. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que algo horriblemente… *conveniente* ocurrió aquí, hace cuatro décadas, cuando Hari y tú tuvisteis vuestra aventura y escapasteis a duras penas de la muerte con vuestras mentes atrapadas en los cuerpos de los simios?

Dors se detuvo. Por costumbre, sus ojos parpadearon para expresar sorpresa.

– *Non sequitur* –replicó –. Tus referencias no se correlacionan. ¿Qué tiene que ver ese acontecimiento contigo y Daneel…?

– Estoy respondiendo a tu pregunta, así que, por favor, sígueme la corriente. Retrocede al momento en que Hari y tú estuvisteis aquí, corriendo y gesticulando bajo el dosel de este mismo bosque, experimentando toda una gama de emociones mientras los cazadores perseguían vuestros cuerpos prestados de simio. ¿Puedes recordar vivamente haber huido de una situación a otra? Más tarde, ¿te molestaste siquiera en repasar la experiencia en detalle, calculando las *probabilidades?*

»Considera las armas que tenían a su disposición vuestros perseguidores… desde gas nervioso a balas inteligentes o virus fabricados. Y, sin embargo, no pudieron matar a un par de animales desarmados. O reflexiona sobre el modo en que los dos conseguisteis regresar, a duras penas a la estación, superando obstáculos y villanos, para reclamar vuestros cuerpos reales de la estasis y salvar la situación.

»O piensa en la forma en que vuestros enemigos os encontraron aquí en primer lugar, a pesar de todas las precauciones de Daneel y…

Dors lo interrumpió.

– Ahórrate el culebrón, Lodovik. Estás dando a entender que estaba previsto que experimentáramos ese peligro… y que sobreviviéramos. Claramente, tus conjeturas son que el propio Daneel estaba detrás de toda nuestra huida. Que preparó nuestra aparente situación peligrosa, la persecución…

– Y vuestra supervivencia. Después de todo, Hari y tú erais importantes para sus planes.

–¿Entonces a qué propósito podría servir una charada semejante?

–¿No lo imaginas? Quizás al mismo propósito que trajo a Hari aquí.

Dors frunció el ceño.

–¿Un experimento? Hari quería estudiar la naturaleza básica humano–simia para sus modelos psicohistóricos. ¿Estás diciendo que Daneel se aprovechó de la situación arrojándonos a un peligro simulado aquí… para estudiar nuestras reacciones? ¿Con qué fin?

– No diré más por el momento. En cambio, te dejo reflexionar sobre el asunto.

A Dors le pareció increíble.

–¿Me has llamado hasta tan lejos... para plantearme absurdos acertijos?

– No sólo eso –aseguró Lodovik –. Te prometí un regalo también. Y ahí viene.

La figura masculina que tenía delante hizo un gesto hacia el bosque, de donde salió una máquina baja y fornida, rodando sobre cadenas brillantes. La caricatura ridícula de un rostro humano asomó de un torso sin cuello. En un par de brazos metálicos, el burdo autómata llevaba una caja cubierta.

– Un tiktok –dijo ella, reconociendo el mecanismo por su ruidosa torpeza, tan distinto a los robots positrónicos.

– En efecto. Cuando tu marido se convirtió en el hombre más poderoso del imperio se estaban inventando nuevas variantes en muchos mundos. Naturalmente, él ordenó que ese trabajo cesara y los prototipos fueron destruidos.

– Tú no estabas en Trantor cuando los prototipos se volvieron salvajes. ¡Murieron seres humanos!

– En efecto. Qué mejor forma de darles una mala reputación y facilitar así la prohibición de su recreación. Dime, Dors, ¿puedes asegurar con certeza que los tiktoks se habrían vuelto «salvajes» si no hubiera sido por mediación de Hari y Daneel?

Esta vez Dors permaneció en silencio. Claramente, Lodovik no esperaba una respuesta.

–¿No te has preguntado nunca por las eras del amanecer? –continuó él – ¡Los humanos inventaron nuestra especie rápidamente, casi en cuanto descubrieron las técnicas de la ciencia, incluso antes de dominar el vuelo espacial! *Y, sin embargo, durante los siguientes veinte mil años de civilización avanzada, esa hazaña no llegó a repetirse.*

»¿Puedes explicarlo, Dors?

Esta vez, le tocó a ella el turno de encogerse de hombros.

– Éramos una influencia desestabilizadora. Los mundos espaciales llegaron a depender demasiado de sus servidores robóticos, perdieron la fe en su propia competencia. Tuvimos que hacernos a un lado...

– Sí, sí –interrumpió Lodovik –. Conozco la racionalización de Daneel ante la Ley Cero. Estás recitando la versión oficial del *porqué.* Lo que yo quiero saber es... ¿cómo?

Dors miró a Lodovik Trema.

–¿A qué te refieres?

Sin duda la cuestión es simple. ¿Cómo se ha impedido que la humanidad volviera a descubrir a los robots? Estamos hablando de un lapso de mil generaciones. En todo ese tiempo, en veinticinco millones de mundos,

¿no habría sido capaz algún escolar ingenioso, jugando en el taller de su sótano, de reproducir lo que sus primitivos antepasados consiguieron con herramientas mucho más burdas?

Dors sacudió la cabeza.

– Los tiktoks…

– Fueron un fenómeno muy reciente. Esos burdos autómatas sólo aparecieron cuando se aflojaron las antiguas restricciones. Un claro signo del declive imperial y del caos incipiente, según Hari Seldon. No, Dors, las respuestas auténticas tienen que encontrarse mucho más atrás en el tiempo.

– Y supongo que vas a decirme cuáles son

– No. No darías crédito a nada de lo que yo dijera, en la creencia de que tengo un plan oculto. Pero si sientes curiosidad por estas cuestiones, hay otra fuente más digna de confianza a la que puedes recurrir.

El burdo tiktok terminó de acercarse desde el bosque. Se detuvo a poca distancia y ofreció a Trema la caja que transportaba. Lodovik abrió la tapa y sacó un objeto oblongo del interior del contenedor.

Dors dio un involuntario paso atrás.

¡Era la cabeza de un robot! No humaniforme, brillaba con luces metálicas. Las cuencas oculares, negro brillante, estaban vacías, las células ausentes. Sin embargo, cuando Dors envió un breve estallido de microondas como sonda, recibió una resonancia, un débil eco que demostraba que dentro había un cerebro positrónico, sin protección y sin energía, pero ileso.

Ese eco provocó un estertor involuntario en sus circuitos. Dors advirtió de inmediato que la cabeza era… *antigua.*

Cuando Lodovik Trema volvió a hablar, pareció a la vez divertido y compasivo.

– Sí, a mí me ocurrió lo mismo. Sobre todo cuando advertí de quién se trataba.

»Dors Venabili, te confío la reliquia más preciosa de la galaxia… la cabeza y el cerebro de R. Giskard Reventlov, cofundador de la Ley Cero de la Robótica y destructor del planeta Tierra.

7

Por consentimiento mutuo, Hari se reunió con el Hombre Gris en un café cerca de las oficinas del Servicio Imperial de Suelo, en uno de los niveles burocráticos más bulliciosos del Sector Coronnen. Horis Antic expresó su

confianza de que la conversación sería privada, en un reservado cubierto que debía haber preparado meticulosamente de antemano.

De hecho, a Hari no le importaba si la Policía Especial de Linge Chen estaba aún siguiéndolo, o escuchándolo. Esa conversación sería lo bastante anodina para que los polis no perdieran tiempo con ella.

– Como puede suponer, mis superiores no aprecian que se les investigue sin aprobación –le dijo el hombrecito a Hari, deteniéndose para sacar una tableta de su cinturón y engulléndola con un trago de cerveza. Nuestra agencia no está bien considerada, políticamente. Incluso un pequeño escándalo nos costaría pérdidas de reparto, prioridades de reclutamiento o un porcentaje de nuestros cubículos de oficinas.

Hari trató de no sonreír. Los Grises vivían en un mundo de tensas pugnas por minucias. Las políticas oficiales y preocupaciones por las apropiaciones del Gobierno mantenían a la mayor parte de los burócratas veteranos en un constante estado de agitación. No era extraño que Horis Antic pareciera nervioso y su mirada saltara continuamente de un rincón a otro. Incluso para ser un Gris, tomaba un número excesivo de píldoras calmantes.

Quizás abriga un sueño secreto, que sus estudios por libre puedan sacarlo de la carrera de ratas y permitirle el paso al mundo más sereno de la meritocracia.

Eso fue lo que le había sucedido a Hari… aunque antes de cumplir los ocho años, cuando aquellos primeros estudios sobre álgebra le consiguieron la túnica meritocrática.

Sólo la clase media (la noble aristocracia cuyos miles de rangos y niveles oscilaban de simples hacendados hasta condes planetarios y duques de sector hasta el emperador mismo) heredaba su estatus social al nacer. Todos los demás eran ciudadanos por nacimiento, y luego se les volvía a encuadrar según su naturaleza y sus logros. Con todo, tales cambios normalmente tenían lugar durante la juventud. Hari veía pocas esperanzas de que Antic consiguiera hacer un cambio con su edad… a menos que considerara convertirse en un excéntrico. En cierto sentido, el hombre ya estaba cualificado para ello.

– Todo empezó cuando tuve la corazonada de reexaminar la antigua cuestión de la sedimentación –explicó el burócrata, después de que sirvieran una nueva ronda de bebidas.

–¿La cuestión de qué…? –preguntó Hari.

Antic asintió.

– Naturalmente, no habrá usted oído hablar de eso. Todo el tema es bastante oscuro. Me temo que no se han escrito muchos informes nuevos ni artículos asequibles sobre los análisis del suelo planetario. Déjeme empezar de nuevo.

»Verá, profesor Seldon, es un axioma desde hace mucho que casi todos los mundos habitados por los humanos tienen una estrecha gama de tendencias… por ejemplo, atmósferas de oxígeno–nitrógeno con una ratio de más o menos veinte a ocho. La mayoría de las formas de vida multicelulares

de esos planetas descienden de los cuarenta phyla estándar, usando la misma estructura básica del ADN... aunque hay excepciones.

– Pollos en cada mundo –resumió Hari con una sonrisa, tratando de tranquilizar al hombre. Antic seguía retorciendo su servilleta de tela y esto empezaba a poner nervioso a Hari.

– ¡Ja! –rió el burócrata ansiosamente –. Y mala hierba en cada jardín. Me olvidaba de que no es usted nativo de Trantor. Entonces algo de todo esto le será familiar. De hecho, un granjero de Sinbidku reconocería a la mayor parte de los animales de la lejana Incino. Esto apoya la teoría más popular referida a los orígenes de la vida... que especies similares evolucionaron de manera natural en muchos planetas al mismo tiempo, debido a alguna ley biológica fundamental. Esas criaturas similares convergieron entonces naturalmente hacia la forma más elevada de todas, la humanidad.

Hari asintió. Antic estaba descubriendo lo que un matemático llamaría atractor... una situación hacia la que convergen todos los estados adyacentes, atraídos por fuerzas irresistibles, de forma que todas las trayectorias acaban intersectando en el mismo punto. En este caso el dogma estándar decía que todos los caminos evolutivos deberían producir inevitablemente seres humanos.

Sólo que él sabía con seguridad que esta noción atrayente era un error. Años atrás, Hari había aplicado métodos de la psicohistoria a los datos genéticos de toda la galaxia y determinó rápidamente que la gente debía haber emergido de repente de algún lugar en el Sector Sirio, unos veinte mil años antes. Recientemente, lo había confirmado con lo que había leído en *Un libro de conocimientos para niños.*

Naturalmente, no tenía ninguna intención de exponer la verdad, ni de refutar la teoría de convergencia. ¡Nada perturbaría más el Plan Seldon que hacer que la atención de todo el imperio se fijara de pronto en un mundo diminuto cerca de Sirio, haciendo preguntas sobre acontecimientos sucedidos hacía doscientos siglos!

– Continúe –instó Hari –. ¿He de asumir que pautas similares se aplican a la distribución de los tipos de suelo?

– Sí. ¡Así es, profesor! Oh, hay diferencias geológicas de un planeta a otro... a veces profundas. Pero ciertos aspectos parecen casi universales. La sedimentación de la que hablaba tiene que ver con el estado natural de los suelos llanos que los colonos encontraron en la mayoría de los planetas, la primera vez que colonizaron cada mundo. (Tenemos registros que se remontan hasta entonces, en un millón de planetas.) En cada caso las condiciones del suelo eran similares: aplastado y tamizado hasta una profundidad de varias docenas de metros, con abundancia de vegetación familiar creciendo. Excelentes condiciones para la agricultura, por cierto. Naturalmente, la misión de mi organización es encargarse de que las cosas permanezcan de esa forma, a través del cuidado y el mantenimiento adecuados, impidiendo la erosión o las pérdidas causadas por la contaminación industrial. Me temo que a veces esto nos hace poco populares entre los granjeros y las clases medias locales, pero tenemos que mirar a largo plazo, ¿no? Quiero decir, si alguien no piensa en el futuro, ¿cómo vamos a tenerlo? A veces puede ser tan frustrante...

– ¡Horis! –le interrumpió Hari –. Está usted divagando. Por favor, vaya al grano.

– Es verdad. Lo siento. –Inspiró profundamente –. De todas formas, los teóricos han asumido que la sedimentación es sólo otro fenómeno universal que acompaña de modo natural las atmósferas de oxinitrógeno. Sólo que...

Antic hizo una pausa. Aunque había comprobado dos veces la seguridad del reservado al principio de la conversación, giró el cuello para echar un vistazo alrededor.

– Sólo que... miembros de mi servicio siempre han sabido la verdad – continuó con voz mucho más baja.

Tras rebuscar en su bolsillo, sacó una piedra aplanada

– Mire cuidadosamente estas impresiones, profesor. ¿Ve pautas simétricas? –Hari vaciló. Los meritócratas tenían una aversión natural a tocar rocas o tierra, un motivo por el que tradicionalmente usaban guantes. Nadie conocía los orígenes de la costumbre, pero era antigua y profunda.

Y, sin embargo*, yo nunca la he sentido. He metido antes las manos en la tierra, disfrutando de la reacción que esto causaba en mis colegas académicos.*

Hari tendió la mano y tocó la piedra, instantáneamente fascinado por la serie de marcas que Antic señalaba

– Se llama *fósil.* Mire, ¿ve las extrañas cuencas de los ojos? Advierta la simetría pentagonal. ¡Cinco patas! ¡Esta cosa no tiene ninguna relación con los cuarenta phyla estándar! La encontré en Glorianna, pero eso apenas cuenta. ¡Se pueden encontrar fósiles en aproximadamente el diez por ciento de los mundos colonizados!. Si se sube a las montañas, o se aleja uno de las zonas de labranza. Los habitantes de las tierras altas saben de su existencia, pero hay tabúes que prohíben hablar del tema han aprendido a no mencionar esas cosas a sus eruditos locales, que siempre se enfadan y cambian de tema.

Hari parpadeó, transfigurado por el contorno grabado de la piedra. Su mente hervía de preguntas: qué edad tenía esa criatura, y cuál podía haber sido su historia. Quería seguir la historia de Antic sobre las cosas que sabían los granjeros en innumerables mundos, y sobre qué no querían o no podían aprender los meritócratas.

Pero nada de todo esto los acercaba más al tema que ardía con más fuerza en su mente.

– Horis, su informe habla de *anomalías* en la sedimentación. Por favor, háble me de las excepciones. Las que provocaron sus recelos.

El burócrata volvió a asentir.

–¡Sí, sí! Verá, profesor, ¡la sedimentación no es un fenómeno tan universal como podría parecer al principio! En mi larga experiencia como inspector, al haber visitado más mundos de los que podría contar; he encontrado irregularidades: planetas donde las llanuras y valles tienen consistencias más toscas, mucho más variadas, sin ninguna huella del cambio o del calentamiento reciente que encontramos en la mayoría de las tierras bajas. Más como afición o pasatiempo que por otra cosa, empecé a

hacer una lista de otras tendencias inusitadas de estos planetas... como la existencia de gran número de bestias genéticamente inusitadas. En varios casos, había signos de que una supernova había estallado en la región, a veces en los últimos treinta mil años. Un planeta tiene una fantástica cantidad de radiactividad ambiental en su corteza, mientras que varios otros tienen una multitud de montañas de metales fundidos dispersas por toda su superficie. Empecé a hacer gráficas de estas anomalías, y descubrí que se agrupan en grandes franjas...

–¿ Y esas franjas se relacionan también con esas «corrientes del espacio» de las que hablaba? ¿Cómo lo ha descubierto?

Antic sonrió.

– Un golpe de suerte. Mientras curioseaba entre los archivos galactográficos en busca de datos, me encontré con un amigo aficionado... otro burócrata como yo con una secreta afición. Comparamos nuestros pequeños fanatismos... ¡y si piensa usted que el mío es extraño, tendría que oírlo hablar sobre el flujo y reflujo de esas nubes difusas de átomos del espacio! Cree ver pautas en ellos que han escapado a la atención del Servicio Imperial de Navegación. Cosa que es enteramente posible, ya que sólo se preocupan de mantener las rutas despejadas para el comercio. Incluso así, todo lo mantienen a nivel rutinario para...

– Horis.

–¿Eh? Oh, sí. Bueno, como le decía, mi amigo y yo comparamos notas... también tuve la temeridad de aplicar unas cuantas herramientas matemáticas que vi descritas en versiones simplificadas de su obra, profesor. El resultado es la carta galáctica que llamó su atención anoche. – Antic resopló –. ¡Y aquí estamos!

Hari frunció el ceño.

– Sólo vi su nombre en el estudio.

– Sí, bueno mi amigo es bastante tímido. Considera que no tenemos ninguna prueba todavía para exponerlo a la opinión pública. Sin pruebas sólidas y tangibles, un artículo especulativo podría poner en peligro nuestras carreras.

– En cambio usted consideró que el riesgo de hacerlo público merecía la pena.

Antic sonrió mientras rebuscaba otra píldora en su bolso.

– Llamó su atención, profesor Seldon. Está sentado ahí enfrente. Sé que no malgastaría usted su precioso tiempo con algo que fuera completamente trivial.

La esperanza pareció hincharse en la voz del Gris, como si esperara que el manto azul de la meritocracia fuera colocado sobre sus hombros de un momento a otro. Pero Hari estaba demasiado distraído para ofrecer una alabanza amable. Su mente bullía.

¿ Que no perdería mi tiempo en trivialidades? ¿ Puedes estar tan seguro, mi joven amigo? Quizás sólo estoy aquí esta noche debido al aburrimiento terminal... o a la senilidad absoluta. Tal vez esté pasando por

alto algo obvio. Algo que derrumbaría tus ofertas de aficionado como un castillo de naipes en mitad de un trantormoto.

Pero hasta ahora Hari no había encontrado ni un solo fallo. Aunque el trabajo analítico de Antic parecía rudimentario, también era meticulosamente honrado. La comprobación que Hari había hecho sobre referencias y datos públicos no revelaba ningún error aparente.

Sean cuales sean las pautas que ha descubierto, usando muestras de tierra y nubes flotando en la nada del espacio, parece correlacionarse burdamente con las zonas donde los mundos del caos han sido más frecuentes... un problema que llevo media vida intentando resolver:

De hecho, esto no era esencial para el éxito o el fracaso del Plan Fundación. Una vez que la caída del imperio empezara a precipitarse, la aparición de los mundos del caos cesaría. La gente estaría demasiado ocupada por toda la galaxia preocupándose por sobrevivir, o enzarzándose en estilos más clásicos de rebelión, para dedicarse a orgías de salvaje individualismo utópico.

Y, sin embargo, la psicohistoria siempre estará incompleta sin una respuesta a este maldito atractor.

Luego estaba el otro factor, igualmente potente.

Santanni... donde murió Raych. Y Siwenna, donde se vio por última vez la nave que transportaba a Manella y Bellis antes de desaparecer. Ambos mundos se encuentran cerca de algunas de las anomalías de Antic.

Hari sintió que la decisión hervía en su interior.

Sabía una cosa con seguridad. Odiaba su vida tal como era ahora. Desde que terminó las grabaciones de la Cápsula del Tiempo, no era más que una reverenciada figura histórica que esperaba la muerte. Ese no era su estilo. Se había sentido más vivo en los dos últimos días que en todo el año anterior.

Bruscamente tomó una decisión.

– Muy bien, Horis Antic. Iré con usted.

Al otro lado de la mesa, el rollizo hombrecito del uniforme gris palideció visiblemente. Los ojos parecieron salírsele de las órbitas al mirar a Hari, mientras su nuez de Adán temblaba ridículamente.

Finalmente, Antic tragó saliva con dificultad.

–¿Cómo? –empezó a decir, roncamente –. ¿Cómo...?

Hari sonrió.

–¿Cómo sabía que estaba a punto de sugerirle una expedición privada?

Extendió las manos, sintiendo que volvía a ser él mismo de nuevo.

– Bueno, después de todo, joven, soy Hari Seldon.

8

Según su acuerdo con la Comisión de Seguridad Pública Hari no podía salir de Trantor. También sabía que Wanda y los Cincuenta nunca le permitirían marcharse a las estrellas. Aunque ya no era necesario para el éxito del Plan, nadie aceptaría la responsabilidad de poner en peligro la vida del padre de la psicohistoria.

Afortunadamente, Hari conocía un subterfugio para escapar. *Se puede ir muy lejos sin salir oficialmente de Trantor,* pensó, mientras hacía los preparativos necesarios.

Había muy poco que empaquetar para el viaje: sólo unas cuantas cosas imprescindibles que Kers Kantun guardó en una maleta y unos cuantos de los archivos de investigación más apreciados de Hari, incluida una copia del Plan Primer Radiante de la Fundación. Nada de todo eso llamaba demasiado la atención, colgado del respaldo de la silla móvil.

El sirviente–guardián de Hari había puesto objeciones al viaje, preocupado por la tensión del esfuerzo. Pero en realidad no resultó difícil hacer que Kers obedeciera. Hari se daba cuenta de por qué las objeciones del valmoril eran tan débiles.

Sabe que el aburrimiento es la peor amenaza para mi salud ahora mismo. Si no encuentro algo útil que hacer, me consumiré. Esta pequeña escapada probablemente no será gran cosa. El viaje espacial es una rutina insignificante. Y mientras tanto, estaré demasiado ocupado para permitirme morir.

Así que los dos salieron del apartamento a la mañana siguiente, como si fuera un día normal de excursión. Pero en vez de dirigirse a los jardines imperiales, Kers condujo a Hari a una tránsito–acera destinada al ascensor de Orión.

Mientras el compartimiento aceleraba y el tubo de metal que los rodeaba parecía pasar en un destello, Hari no dejaba de preguntarse si los detendrían en algún punto del camino. Era una posibilidad que debía tener en cuenta.

¿Habían retirado de verdad a la Policía Especial, como había asegurado Gaal? ¿O lo estaban vigilando incluso ahora, con pequeñas cámaras espía y otros artilugios?.

Un año antes, justo después del juicio, la vigilancia era intensa. Hurgaban en cada rincón de la vida de Hari escrutaban sus más mínimos movimientos. Pero muchas cosas habían cambiado desde entonces. Linge Chen estaba convencido de la cooperación de Hari y los Cincuenta. No había habido más filtraciones de noticias preocupantes sobre un «inminente colapso del Imperio». Más importante aún, el traslado a Terminus se hacía según lo planeado. Los cien mil expertos que Hari había reclutado con promesas de empleo en un enorme proyecto de la *Enciclopedia Galáctica* estaban siendo ya preparados y se enviaban por grupos a aquel mundo lejano, hacia un destino glorioso que no podían sospechar.

En ese caso, ¿por qué seguía Chen pagando a oficiales profesionales para que vigilaran a un profesor chiflado y moribundo, cuando sus habilidades podían ser mejor empleadas en el tratamiento de otras crisis? .

Pronto un silbido anunció la llegada del vehículo al Gran Vestíbulo. Hari y Kers salieron a una monumental cámara que cubría veinte kilómetros y se alzaba en vertical hacia unas alturas que se perdían en la bruma.

Anclada en el mismo centro del terreno se erguía una enorme columna negra de más de cien metros de ancho. Daba la impresión de que esta poderosa columna sostenía el distante techo, pero el ojo era fácil de engañar. No era una columna, sino un grueso cable tendido hacia el exterior a través de un agujero en aquel techo remoto y que continuaba más allá de la atmósfera de Trantor, para enlazar la sólida superficie a una enorme estación espacial que orbitaba a cincuenta kilómetros de distancia.

A lo largo de su extensión, el ascensor de Orión parecía infectado de incontables bultos que subían y bajaban como parásitos bajo la piel de un fino tallo. Eran cabinas de los ascensores, enmascaradas parcialmente por una membrana flexible que protegía a los pasajeros contra la peligrosa radiación e impedía que tuvieran que contemplar vertiginosas panorámicas.

Al pie de esta monumental estructura podía verse la gente desembarcar de las cápsulas recién llegadas, cumplir las breves formalidades de inmigración y luego dirigirse al laberinto de rampas y aceras móviles. Otras corrientes de individuos fluían en la dirección opuesta listos para partir. Había varias filas para cada casta social. Kers se situó en una de las colas más cortas, claramente marcada como reservada para los VIPs meritócratas.

En teoría, yo podría utilizar el portal especial de la alta nobleza, pensó Hari, mirando hacia un pasillo flanqueado por tejidos de seda, donde unos obsequiosos ayudantes atendían las necesidades de la clase media superplanetaria. *Todo antiguo Primer Ministro del Imperio tiene ese derecho. Incluso uno caído en desgracia, como yo. Pero sin duda eso llamaría demasiado la atención.*

Se detuvieron ante una pequeña caseta marcada como CONTROL DE EMIGRACIÓN y presentaron sus tarjetas de identidad. Kers se había ofrecido a adquirir papeles falsos a través de sus contactos en el mercado negro, pero ese acto habría transformado aquella pequeña aventura en un delito y no en una travesura. Hari no tenía ninguna intención de arriesgarse a perjudicar el Proyecto Seldon simplemente por satisfacer su curiosidad. Si esto funcionaba, bien. De lo contrario, se volvería a casa y dejaría que las cosas terminaran tranquilamente.

La pantalla pareció mirar a Hari con su pregunta.

¿DESTIN0?

Era un momento crucial. Todo dependía de una cuestión de definición legal.

– Demarchia. –dijo él en voz alta –. Quiero observar la legislatura imperial en sesión durante una semana o dos. En última instancia, tengo previsto pasar de allí a mi residencia en la Universidad de Streeling.

No estaba mintiendo. Pero podían ocultarse muchas cosas en aquella expresión: «en última instancia».

La unidad pareció reflexionar un momento, mientras Hari meditaba en silencio.

Demarchia es uno de los veinte mundos cercanos que forman oficialmente parte de Trantor. Hay fuertes razones políticas y tradicionales para este acuerdo, reforzado por generaciones de emperadores y ministros... Pero tal vez la policía no vea las cosas del mismo modo.

Si Hari estaba equivocado, el ordenador se negaría suministrar un billete. La noticia de este «intento de huida» destellaría en la Comisión de Seguridad Pública. Y Hari no tendría más remedio que regresar a casa y esperar que los agentes de Linge Chen acudieran a interrogarlo. Peor aún, Stettin Palver y los otros psicohistoriadores se llevarían las manos a la cabeza, le echarían una buena reprimenda y aumentarían su reverente vigilancia, Hari nunca disfrutaría de otro instante sin supervisión.

Vamos, instó, deseando tener parte de los poderes que permitían a Daneel Olivaw mediar en los pensamientos de humanos y máquinas.

Bruscamente, la pantalla se iluminó de nuevo.

FELIZ VIAJE. LARGA VIDA AL EMPERADOR.

Hari asintió.

– Larga vida –respondió rutinariamente, tragándose un nudo de tensión acumulada. La máquina emitió un par de billetes, asignándolos a un ascensor específico, apropiado a su clase social y su destino. Hari logró ver uno de los billetes mientras Kers los recogía.

VIAJE INTRATRANTOR, decía.

Asintió, satisfecho. *No estoy rompiendo la letra de mi acuerdo con la Comisión. Al menos no todavía.*

Cerca había un grupo de figuras uniformadas, con botones pulidos y guantes blancos: jóvenes mozos de equipaje asignados para asistir a los pasajeros VIP que no fueran nobles. Varios de ellos alzaron la mirada, pero continuaron charlando y jugando a las damas cuando Kers y Hari se abstuvieron de hacer ningún movimiento para llamarlos. Kers no necesitaba ninguna ayuda con su exiguo equipaje.

Sin embargo, unos instantes más tarde, una figura pequeña surgió de entre la multitud de uniformes púrpura, avanzando a pasos rápidos para interceptarlos. La muchacha (delgaducha y de no más de quince años de edad) saludó llevándose la mano a la visera de su gorra. Su acento del Sector Corrin era desenvuelto y amistoso hasta el descaro.

–¡Saludos, mis señores! ¡Llevaré sus maletas y me encargaré de su seguridad si les place!

Su chapa de identificación rezaba: JENI.

Kers hizo un gesto para despedirla pero, con un rápido movimiento, ella le quitó los billetes de la mano. Sonriendo, la moza de equipajes asintió con un vigoroso giro de cabello platino suelto.

–¡Por aquí, señores!

Cuando Kers se negó a entregarle el equipaje, la muchacha se limitó a sonreír.

– No tiene nada que temer. Me encargaré de su seguridad hasta la Estación Orión. Síganme.

Kers murmuró mientras la muchacha continuaba adelante con sus billetes, pero Hari sonrió y palmeó la ruda mano de su sirviente. En un mundo de trabajo aburrido y rutina aplastante, era agradable ver a alguien que se divertía un poco, incluso a costa de quienes eran sus superiores.

Encontraron al tercer miembro del grupo en el punto convenido, junto a un ascensor con la palabra DEMARCHIA destellando en su placa. Horis Antic pareció infinitamente aliviado al verlos. El burócrata Gris apenas miró a la moza de equipaje, pero inclinó la cabeza ante Hari con más reverencia de lo que el protocolo requería y luego señaló la puerta abierta de la cabina del ascensor.

– Por aquí, profesor. Nos he reservado buenos asientos.

Hari inspiró profundamente mientras subían a bordo; la puerta se cerró con su susurro tras ellos.

Allá vamos. Notaba cómo su corazón empezaba ya a animarse.

Una última aventura.

Por desgracia, no había ventanillas. Los pasajeros podían ver el exterior a través de los monitores de sus asientos pero pocos se molestaban en hacerlo. El vehículo de Hari estaba medio vacío, ya que los ascensores espaciales se usaban mucho menos que antes.

En parte soy responsable de eso, recordó. La mayor parte del tráfico hacia y desde Trantor llegaba por naves de salto hiperespaciales, que flotaban hasta el suelo con sus campos de gravedad autogenerados. Un creciente enjambre de ellas iba y venía con alimentos y otras necesidades para el centro administrativo del imperio. Veinte mundos agrícolas habían sido asignados al suministro, cuando sólo eran ocho antes de que Hari se convirtiera en Primer Ministro.

Trantor solía crear su propio suministro básico de comida en enormes cúpulas de energía solar; operadas por enjambres de ocupados autómatas a quienes no importaban el hedor ni el trabajo agotador. Cuando ese sistema se derrumbó durante la aciaga Revuelta Tiktok, uno de sus primeros deberes fue compensar la diferencia y multiplicar el flujo de comida y otros artículos importados.

Pero el nuevo sistema es caro e ineficaz. Y esa línea vital se convertirá en una trampa mortífera en los siglos venideros. Lo sabía gracias a las ecuaciones de la psicohistoria. *Emperadores y oligarcas prestarán aún más atención a su conservación, en detrimento de importantes negocios en otras partes.*

Para aumentar su lealtad, los mundos agrícolas se habían acercado aún más a Trantor: compartían el mismo gobierno «planetario», un hecho que ahora contribuía a justificar la artimaña de Hari.

Aunque no conectó el visor exterior, era fácil visualizar la brillante cubierta de metal anodizado del planeta reflejando el abarrotado campo estelar del centro de la galaxia: millones de brillantes soles que destellaban como feroces gemas, convirtiendo la noche casi en día. Aunque muchos en el imperio consideraban Trantor una gigantesca ciudad, gran parte de la superficie de acero inoxidable era sólo una capa, de varios pisos de grosor, tendida después de que montañas y valles hubieran sido nivelados. Las madrigueras resultantes se usaban principalmente para almacenar antiguos archivos. Las torres de oficinas, factorías y habitáculos no ocupaban más del diez por ciento del planeta... espacio de sobra para que cuarenta mil millones de personas vivieran y trabajaran eficazmente.

Con todo, la imagen popular era bastante adecuada. Este centro del imperio era como el núcleo galáctico mismo: un lugar abarrotado. Incluso conociendo las razones psicohistóricas de su existencia, Hari no podía dejar de sentirse asombrado.

– Ahora mismo estamos pasando el punto central –explicó la joven moza de equipaje, continuando con su papel de guía turística –. Los que hayan olvidado tomar las píldoras pueden experimentar algún trastorno mientras nos dirigimos a gravedad cero –continuó –, en la mayoría de los casos se trata sólo de imaginaciones. Si tratan de pensar en algo agradable el efecto suele desaparecer.

Horis Antic no se alegró demasiado. Aunque sin duda viajaba con frecuencia por motivos de trabajo, tal vez nunca había utilizado este peculiar tipo de transporte. El burócrata se metió rápidamente varias píldoras en la boca y las engulló.

– Naturalmente, hoy en día la mayoría de la gente llega a Trantor por medio de naves estelares —continuó la muchacha –. Así que mi consejo es que sigan diciéndose a sí mismos que esto es un cable que tiene más de cinco mil años de antigüedad, creado en los días de gloria de los grandes ingenieros. ¡En cierto modo, están tan bien anclados como si todavía estuvieran en contacto con el suelo!

Hari había visto a otros mozos de equipaje haciendo este tipo de trabajo, extrovertidos que iban más allá del deber para tratar de sacar partido a un trabajo monótono. Pero pocos habían tenido un público tan difícil como el agrio Kers Kantun y el nervioso Horis Antic, que seguía mordiéndose las uñas, sin disimular deseo de que la muchacha se marchara. Pero ella continuó charlando felizmente.

–¡A veces los visitantes preguntan qué sucedería si este cable por el que viajamos se rompiera! Bueno, déjenme asegurarles que eso no es posible. Al menos eso es lo que prometieron los antiguos que crearon este artilugio. Aunque estoy segura de que ya saben como andan las cosas hoy en día. Así que pueden imaginar conmigo lo que sucedería si alguna vez...

Pasó a describir, con evidente deleite, como todos los ascensores espaciales de Trantor (Orión, Lesmic, Gengi, Pliny y Zul) podrían romperse en alguna hipotética calamidad futura. La mitad superior de cada uno de los

grandes cables, las estaciones de tránsito incluidas, se perdería girando en el espacio, mientras que la mitad inferior, que pesaba miles de millones de toneladas, se hundiría en el suelo a increíble velocidad generando suficiente fuerza explosiva para taladrar la capa de metal hasta los tubos de energía geotermal de Trantor y levantando una cadena de nuevos volcanes por toda la superficie del globo.

Exactamente según el esquema del juicio final calculado por nuestro Primer Radiante, se maravilló Hari. Naturalmente, algunas de las historias del Grupo Seldon se habían filtrado ya a la cultura popular. Con todo, era la primera vez que oía esta fase concreta de la Caída de Trantor descrita de forma tan viva, o con tanta fruición. De hecho, los ascensores espaciales eran aparatos muy fuertes, construidos en la cima del vigor del imperio, con fuerzas de seguridad multiplicadas cientos de veces. Según los cálculos de Hari, probablemente sobrevivirían hasta que la capital fuera saqueada por primera vez, al cabo de casi trescientos años.

Ese día, sin embargo, no sería aconsejable vivir en las cercanías del ecuador del planeta. Los descendientes de Stettin y Wanda estarían preparados, naturalmente. Los cuarteles generales de la Segunda Fundación se habrían trasladado ya mucho antes de ese momento… todo según el plan.

La mente de Hari surcó el futuro igual que un historiador podía imaginar el pasado. Una de sus grabaciones para la Cápsula del Tiempo de Terminus trataba de esa era por venir, cuando la destrucción se cebara en este mundo magnífico. En ese punto, la Fundación estaría entrando en su gran era de expansión, confiada. Tras haber sobrevivido a varios peligrosos encuentros con el tambaleante imperio, los vigorosos fundacionistas mirarían entonces asombrados el súbito y definitivo antiguo reino.

Su mensaje había sido escrito cuidadosamente para afectar a los líderes de Terminus, añadiendo un poco de peso político a las facciones que favorecían una política de lentas conquistas. Demasiada confianza, sería tan malo como todo lo contrario. La secreta Segunda Fundación, creada por descendientes mentálicos de los Cincuenta empezaría a desempeñar un papel más activo en ese punto, moldeando la vigorosa cultura centrada en Terminus. Para forjar el núcleo de un nuevo imperio. Mucho más grande que el primero.

El plan atraía a Hari por su dulce complejidad. Pero una vez más, una voz interior llena de dudas lo asaltó.

Puedes estar seguro de los primeros cien años. El impulso de los acontecimientos es demasiado grande para divergir del camino que prevemos. Y el siglo siguiente o el otro se desarrollarán según los cálculos, a menos que aparezcan perturbaciones inesperadas. El trabajo de la Segunda Fundación será corregirlos

Pero ¿después de eso?

Algo en los cálculos me hace sentirme inquieto. Atisbos de atractores y soluciones ocultas sin resolver que acechan debajo de todos los modelos predecibles que hemos elaborado.

Ojalá supiera mejor ¿qué son esos estados sin resolver?

Ése era uno de los motivos que habían impulsado a Hari a tomar la decisión de unirse a esta expedición.

Había otros.

Horis Antic se sentó junto a Hari.

– He tomado medidas, profesor. Nos reuniremos con el capitán de nuestra nave chárter el día después de aterrizar en Demarchia.

La joven moza de equipajes había terminado ya su catastrófico relato y había guardado silencio por fin. Llevaba auriculares, y al parecer escuchaba música mientras contemplaba cómo se acercaban a la Estación Orión en un monitor cercano. Hari consideró que era seguro hablar con Antic.

–¿Es de fiar ese capitán? No sería aconsejable confiar en un mercenario. Sobre todo porque no podemos permitimos pagar mucho.

– Estoy de acuerdo –dijo Antic, asintiendo vigorosamente –. Pero este tipo viene bien recomendado. Y no tendremos que pagar nada.

Hari iba a preguntar cómo era posible pero Antic sacudió la cabeza. Algunas explicaciones tendrían que esperar.

–¡Nos acercamos a la estación de tránsito! –anunció la moza, en voz muy alta a causa de los auriculares –. Que todo el mundo ajuste sus cinturones. ¡Puede resultar movido!

Hari dejó que su sirviente lo atendiera, trabara la silla móvil y le ajustara las correas de sujeción. Luego ordenó a Kers que se apresurara a cuidar de sí mismo. Habían pasado muchos años desde que bajó por un portal estelar, pero no era ningún novato.

Hari ordenó una holovista que mostrara la Estación Orión que tenían delante, una gigantesca cabeza de Medusa formada por tubos y torres que se alzaba en mitad de una línea recta y titilante: el cable del ascensor espacial. Sólo se veían unas cuantas naves estelares en los atracaderos, ya que la mayoría de las modernas hipernaves podían aterrizar y despegar usando campos antigravitatorios. Pero Hari preveía una época en la que el declinar de la competencia llevaría a una serie de terribles accidentes abajo. Entonces las naves con destino a Trantor se verían obligadas a descargar allí arriba y aquellos grandes cables tendrían una importancia vital una vez más... hasta que acabaran por desplomarse cincuenta años más tarde.

Por el momento, el tráfico por medio de naves constituía la gran masa del comercio y los viajes de la galaxia. Pero unas cuantas rutas seguían atendidas por otro sistema de transporte completamente distinto, un sistema más rápido y más conveniente: los portales estelares.

En la juventud de Hari, cientos de enlaces de agujeros de gusano penetraban el tejido del espacio–tiempo desde un lejano confín de la galaxia hasta el otro. Sólo quedaban aproximadamente una docena de ellos, la mayoría conectados a un solo punto cercano a la órbita de Trantor. Según

sus ecuaciones, también serían abandonados al cabo de unas cuantas décadas.

–¡Prepárense! –exclamó la joven.

La Estación Orión pareció abalanzarse hacia la pantalla del visor. En el último instante, un enorme brazo manipulador salió de ninguna parte para sujetar su vehículo de transporte con un súbito estertor. Entre sensaciones de torbellino, el compacto vehículo se desgajó del cable y se deslizó al interior de un largo y fino cañón que apuntaba al distante espacio.

La vista exterior fue engullida por la negrura.

Horis Antic dejó escapar un gemido. *Hay algunas cosas a las que nunca se acostumbra uno,* pensó Hari, tratando de mantener sus pensamientos en abstracto, esperando a que el cañón de pulsión disparara.

Las naves hiperespaciales eran grandes, pesadas y relativamente lentas. Pero la tecnología básica era tan segura y fácil de mantener que se sabía que algunas culturas desaparecidas habían mantenido sus flotas en activo incluso mucho después de perder la capacidad de generar energía protónica de fusión. En contraste, los portales espaciales se basaban en una profunda comprensión de la física y una tremenda capacidad de ingeniería. Cuando el imperio ya no produjera suficientes trabajadores eficaces, la red entraría en un claro declive.

Algunos le echaban la culpa a la decadencia o al fracaso de los sistemas educativos. Otros decían que era causado por los mundos del caos, cuya seductora atracción cultural a menudo absorbía a gente creativa de toda la galaxia... hasta que cada «renacimiento» llegaba a una implosión.

Las ecuaciones de Hari anunciaban complejas razones para una caída iniciada siglos atrás. Un colapso contra el que Daneel Olivaw llevaba combatiendo desde mucho antes del nacimiento de Hari.

No me gustaría nada viajar en uno de estos aparatos dentro de treinta años, cuando el declive de la curva de competencia cruce por fin el umbral de...

Su pensamiento quedó interrumpido cuando el cañón disparó, enviando su cápsula hacia un microportal hiperespacial hasta un punto a cincuenta minutos–luz de Trantor, donde esperaba el auténtico agujero de gusano. La entrada no fue particularmente suave, y las sensaciones de aplastamiento hicieron que el estómago de Hari girara. Suspiró entre dientes.

–¡Dors!

Siguieron una serie de movimientos oscilatorios mientras se abalanzaban hacia las fauces de una gigantesca cavidad en el espacio–tiempo. Los monitores de los asientos se llenaron de locos colores mientras los ordenadores de holovídeo no conseguían sacar sentido al *maelstrom* exterior. Este modo de transporte tenía sus desventajas, desde luego, y, sin embargo, Hari recordó un hecho básico sobre aquellos lanzamientos: la única cosa que aún los hacía enormemente atractivos comparados con viajar por medio de naves. Casi en cuanto el viaje empezaba...

...se terminaba.

Bruscamente, las pantallas se transformaron una vez más, mostrando un familiar campo estelar en el centro galáctico. Hari sintió varias sacudidas mientras el vehículo era recogido por microportales un par de veces. Entonces, como por arte de magia, un planeta apareció a la vista.

Un planeta de continentes y mares y cadenas montañosas, donde las ciudades destellaban como parte del paisaje, en vez de dominarlo por completo. Un maravilloso mundo que Hari solía visitar continuamente cuando era Primer Ministro, acompañado por su graciosa y bella esposa, en los días en que Daneel y él pensaban que el uso astuto de la psicohistoria podría salvar el imperio, en vez de planear para después de su destrucción.

– Bienvenidos a la segunda capital imperial, señores –dijo la joven moza de equipajes –. Bienvenidos a Demarchia.

9

Dors se sentía obligada a confesar.

Su informe a Daneel Olivaw seguía retrasándose por un motivo u otro, hasta que por fin llegó de vuelta a casa, en Smushell. Entonces se quedó sin excusas.

– Traté de destruir al robot renegado, R. Lodovik Trema –recitó en una transmisión codificada para su líder, manteniendo la voz controlada y neutra –. *El hecho de que fracasara no consigue mitigar mi acción, que contradice tus deseos aparentes, Daneel. Por tanto, espero tus órdenes. Si quieres, traspasaré mis deberes aquí a otro humanoide y me dirigiré a Eos para someterme a diagnóstico y reparación.*

Eos, la base de reparaciones secreta que Daneel mantenía para su grupo de robots inmortales, se encontraba a media galaxia de distancia. A Dors le dolería dejar a Klia y Brann en este punto de sus vidas, cuando estaban creando a preciosos bebés mentálicos tan importantes para los planes a largo plazo de Daneel. Pero Dors estaba acostumbrada a cumplir con su deber, aunque le doliera... como había sucedido cuando tuvo que dejar a Hari Seldon.

Daneel sabe qué es lo mejor, pensó. Y, sin embargo, era difícil continuar dictando el informe.

– Sé que no has declarado aún que la máquina Lodovik sea un verdadero fuera de la ley. Al parecer te fascina la forma en que Trema fue transformado por el meme Voltaire, por lo que ya no se siente obligado a obedecer las Cuatro Leyes de la Robótica. Admito que Lodovik no ha hecho ningún movimiento abiertamente dañino para la humanidad. Hasta ahora.

»¡Pero encuentro poco consuelo en eso, Daneel!

»Recuerda que la Ley Cero nos ordena actuar siempre de formas que sirvan a los intereses a largo plazo de la raza humana. Este imperativo es superior a las clásicas Tres Leyes de Susan Calvin. Has enseñado este dogma desde el principio de los tiempos, Daneel. Así que debo pedirte que expliques por qué elegiste dejar marchar a Lodovik. ¡Libre para correr por la galaxia, conspirando con robots calvinistas y, casi con toda seguridad, maquinando contra tus planes!

Dors sentía su cuerpo humaniforme latir de tensión emocional simulada, desde un rápido pulso cardíaco hasta la falta de aliento. La emulación era automática, realista, y a estas alturas ya estaba en parte más allá de su control consciente. Tuvo que reprimir la reacción por pura fuerza de voluntad, igual que una mujer humana que tiene algo importante y peligroso que decirle a su jefe.

– En cualquier caso, me sentí obligada a tomar las riendas del asunto cuando me reuní con Lodovik en Panucopia. Fueran cuales fuesen sus sutiles razones para atraerme a una cita allí no podía dejar pasar la oportunidad.

»Mientras nos encontrábamos el uno frente al otro cerca del bosque de Panucopia, Lodovik siguió explicando su teoría de la experiencia que casi nos llevó a Hari y a mí al borde de la muerte en ese planeta, hace cuarenta años. Lodovik sostenía que todo el episodio sólo podía haber sucedido como parte de uno de tus muchos experimentos, Daneel. Para tratar de calibrar aspectos subyacentes de la naturaleza humana.

»Después de escucharlo durante un rato, decidí que había llegado el momento. Saqué un miniláser de una ranura oculta en mi brazo y apunté con él a Lodovik.

»Él apenas reaccionó y siguió planteando sus conjeturas... ¡qué los chimpancés de algún modo juegan un papel importante en tus planes, Daneel!

»Recuerdo haber pensado en ese momento lo peligroso que seria dejar suelto a un robot loco por el cosmos. Sin embargo, los impulsos de la Primera Ley hicieron que me resultara difícil apretar el gatillo y disparar a los rasgos de aspecto humano de Lodovik.

Dors hizo una pausa, recordando aquel desagradable momento. La vieja Primera Ley de la Robótica de Susan Calvin era explícita. *Ningún robot debe dañar a un ser humano, ni dejar por su inacción que un ser humano sufra daño.* Esta orden estaba tan profundamente enraizada que sólo los más sofisticados cerebros positrónicos podían hacer lo que ella hizo en Panucopia: disparar un láser a un rostro que sonreía con irónica resignación, más parecido en ese último momento a una persona que muchos hombres reales que ella había conocido. Fue terrible... aunque no tan malo como las otras dos ocasiones en el pasado en que tuvo que desobedecer por completo a la Primera Ley.

Aquellos horribles días en que mató a humanos de verdad por cumplir la Ley Cero de Daneel.

En esta ocasión, se sintió mucho mejor cuando el cuerpo que tenía delante perdió su aspecto humanoide y se desplomó convertido en un

amasijo de metal, plástico y muelles coloidales... y finalmente un cerebro positrónico que chispeaba y destellaba mientras moría.

– Seguí disparando el láser hasta que el cuerpo se derritió. Luego me di la vuelta para marcharme.

»Pero sólo había caminado unos pasos cuando...

Dors volvió a hacer una pausa. Esta vez sacudió la cabeza y dejó de hablar. Tendría que esperar hasta más tarde para terminar de redactarlo. Quizá mañana. Por la forma en que las comunicaciones se degradaban por toda la galaxia, el mensaje tardaría semanas en llegar a Daneel de todas maneras.

Se levantó y se apartó de la máquina codificadora... igual que había hecho ese día en Panucopia, después de inspeccionar el cuerpo derretido de Lodovik. Gritos excitados y llamadas la siguieron desde el bosque cercano, producidos por criaturas salvajes cuyos pensamientos nativos ella había compartido íntimamente en el pasado, en la época en que pertenecía a Hari y Hari a ella.

Entonces, después de dar varios pasos de regreso a la nave espacial, una voz la llamó desde atrás.

– No te olvides de llevarte esto, Dors.

Ella se dio la vuelta... sólo para ver al tiktok, aquella burda caricatura de un robot construida por los humanos que avanzaba con una caja en sus primitivas manos–zarpas: la caja que contenía una cabeza de veinte mil años de edad.

–¿Lodovik? ¿Eres tú? –preguntó ella, contemplando al ruidoso tiktok, advirtiendo de pronto lo fácil que sería para Trema disfrazarse dentro de un cuerpo metálico de tales proporciones.

La ruidosa máquina respondió con una voz zumbona y ronca. Sin embargo, Dors detectó un atisbo de regocijo.

– Vamos, Dors. A la luz de lo que acaba de suceder ¿sería aconsejable por mi parte contestar a esa pregunta?

Ella respondió encogiéndose de hombros. Si Lodovik hubiera querido desquitarse, habría sido sencillo en ese punto.

–¿Acabo de matar a un doble? ¿Una copia maniquí?

–¿Vas a reprocharme que no me fiara de ti, Dors?

Allí de pie, mientras el sol de Panucopia se ponía gradualmente y sus sombras se alargaban, Dors calculó las probabilidades de que el cerebro real de Lodovik estuviera dentro del tiktok. Si era así, un segundo disparo eliminaría al enemigo para siempre.

–¿Puedo hacerte una interesante observación, Dors? –zumbó el autómata –. Acabas de emplear la palabra «matar» en vez de «destruir» o «desactivar». ¿He de tomarlo como un pequeño signo de progreso en nuestra relación?

Ella se sintió tentada de usar el láser otra vez. Pero con toda probabilidad el cerebro real estaba en algún lugar del bosque, fuera de su

alcance, controlando las riendas desde algún escondite seguro. Así que, con un suspiro muy humano, Dors guardó la pistola y recogió la caja.

– Habrá otra ocasión –dijo, cogiendo la carga con la misma torpeza con que un ser humano cogería una caja de serpientes venenosas.

– Eso es lo que los robots hemos podido decir siempre, Dors. Pero el tiempo tal vez se esté acabando para nuestra especie, más pronto de lo que imaginas.

La única cosa digna que ella pudo hacer en ese punto fue dejarle decir la última palabra. Así que se dio la vuelta sin despedirse y comenzó su largo viaje de regreso a casa.

De retorno a Smushell, su única compañía fue el regalo de Lodovik, aquella antigua cabeza. Durante una semana la cabeza la contempló, con su cráneo de metal y sus ojos como joyas, conteniendo el cerebro inactivo de R. Giskard Reventlov.

Giskard el fundador, que había ayudado hacía tiempo a Daneel a desarrollar la Ley Cero.

Giskard el salvador, que se sacrificó en el acto de rescatar el destino humano, mientras destruía implacablemente el lugar de nacimiento de la humanidad.

Giskard el legendario, el primero de los robots mentálicos, capacitado y dispuesto a guiar a los humanos, impulsando y cambiando sus pensamientos y recuerdos... por su propio bien.

Incluso ahora, con el antiguo tesoro guardado a salvo en un hueco secreto de la casa de Klia Asgar, Dors no era capaz de acceder a sus recuerdos almacenados.

En cambio, lo contempló, sabiendo exactamente qué estaba mirando.

La cabeza era una trampa.

Un cebo.

Una prueba de fe, lo llamaría su simulación de Juana de Arco, tan irresistible como cualquier tentación a la que se enfrentara un ser humano.

Si Lodovik quería que ella mirara en su interior, eso significaría que contenía algo intoxicante, posiblemente un veneno.

Algo peligroso y desconocido, a pesar del hecho de que ella ya tenía un nombre claro para describirlo.

La verdad.

Desde el balcón de la habitación de su hotel, frente avenidas flanqueadas por árboles del paseo Galáctico, a Hari le parecía fácil imaginar que se encontraba en alguno de los mundos bucólicos de la periferia, no en la «segunda capital imperial».

Naturalmente, había estatuas e impresionantes monumentos destellando al sol. Incontables altares conmemorativos se habían erigido durante los últimos quince mil años, para celebrar a emperadores y prefectos, victorias y víctimas, grandes acontecimientos y logros todavía mayores. Sin embargo, en contraste con la poderosa Trantor, todo parecía de pequeña escala y de ritmo lento, adecuado al verdadero estatus de Demarchia como el olvidado compañero pequeño, arrinconado por el poder.

Incluso las Ocho Cámaras del Parlamento, gloriosas estructuras blancas que brillaban como diademas en un anillo alrededor de Deliberation Hill, parecían de algún modo abandonadas e irrelevantes. Cada una de las cinco castas sociales seguía enviando representantes para discutir aspectos de las leyes. Y las tres cámaras superiores conseguían de vez en cuando ponerse de acuerdo en una medida o dos. Pero desde que Hari terminó su mandato como Primer Ministro, muy pocas cosas importantes habían surgido de estos salones sagrados. El Consejo Ejecutivo de Trantor gobernaba principalmente por decreto, y esos decretos eran dictados por la Comisión de Seguridad pública de Linge Chen.

No podía decirse que las leyes específicas contaran mucho, claro. La psicohistoria predecía lo que sucedería a continuación. Si algún golpe de Estado sustituyera de la noche a la mañana a Linge Chen, el impulso de los acontecimientos dirigiría a su sucesor de forma idéntica. Algunos partidos ganarían y otros perderían. Pero a lo largo del curso de los próximos treinta años, la media de fuerzas (tomada en veinticinco millones de mundos) aplastaría cualquier iniciativa que intentaran los comisionados, los emperadores o los grupos oligarcas.

Y, sin embargo, una parte romántica en el interior de Hari siempre se sentía entristecida por Demarchia. El lugar se le antojaba la personificación de las oportunidades perdidas. Un qué–habría–sido.

En teoría, se supone que la democracia predomina sobre todas las maquinaciones de la clase alta. Incluso los peores tiranos imperiales han hecho siempre caso a ese principio del ruellianismo.

Pero en la práctica era difícil de hacerlo cumplir. La Cámara Acumulativa, el Senado de Sectores y la Asamblea de Comercios existían teóricamente para compensar los defectos mutuos trayendo a Demarchia representantes que eran elegidos de muchas formas diversas. Pero la red resultante parecía siempre la misma, un agotamiento de energía y dinamismo. Como Primer Ministro, a Hari le había resultado toda una agonía aprobar las leyes pertinentes (como la Ley de Supresión del Caos), aunque su conocimiento de los principios de la psicohistoria lo hacían sumamente eficiente en comparación con los demás.

En aquellos días, Daneel y yo todavía pensábamos que podía arreglarse... todo el gran Imperio de la Humanidad. Pero entonces mis ecuaciones eran todavía incompletas. Dejaba algún espacio para la duda. Para la esperanza.

Desde que Hari terminó su gobierno, Demarchia se había convertido en un mundo sin importancia. Un lugar donde exiliar a los políticos fracasados. Nadie relevante se molestaba ya por el planeta.

Lo cual me viene bien ahora, pensó Hari con una sombría sonrisa. Esta vez Demarchia no era un destino, sino un conveniente punto de lanzamiento.

–¿Profesor Seldon? –murmuró la voz de Horis Antic detrás de Hari, desde dentro de la habitación del hotel. A medida que se acercaba la siguiente fase de su aventura, el grueso burócrata se ponía cada vez más nervioso.

– Yo*...* acabo de recibir noticias del, uh... *individuo* del que hablamos antes. Dice que se han hecho los acuerdos. Tenemos que reunirnos con él en su *vehículo* dentro de una hora.

Hari tocó un control e hizo girar su silla móvil para regresar al interior de la habitación. La retorcida forma de hablar de Antic, como precaución contra posibles sistemas de grabación, sería casi con toda seguridad inútil si estaban siendo sometidos a una vigilancia seria. Además, hasta ahora, nadie había cometido ningún crimen.

–¿Ha llegado su equipo, Horis?

El burócrata llevaba ropa normal. Sin embargo, cualquiera que mirara su postura y su escaso conocimiento de la moda sabría al instante que se trataba de un Gris.

– Sí, señor –asintió –. Las últimas cajas están abajo. Fue mucho más sencillo entregar los instrumentos a diversas compañías y hacer que los enviaran aquí, en vez de a Trantor propiamente dicho, donde podría haber habido... preguntas embarazosas.

Hari había visto la lista de herramientas y artilugios, y no vio nada que pudiera ser acusado ni remotamente de contrabando. Sin embargo, Antic tenía buenos motivos para no dejar que sus superiores supieran que estaba pasando su tiempo sabático persiguiendo un extraño «pasatiempo intelectual».

De hecho, Hari se había sentido agradecido por el retraso mientras Antic recogía su equipo.

Le había dado la oportunidad de descansar después de aquel agotador salto a las estrellas... mucho más accidentado de lo que recordaba de décadas pasadas. También le permitió pasar algún tiempo al sol, recordando la Demarchia de los viejos tiempos, cuando algunos de los mejores restaurantes de la galaxia solían encontrarse en sus paseos y a él todavía le producía placer disfrutarlos... con la hermosa y vivaz Dors Venabili.

– Muy bien –dijo, sintiéndose excepcionalmente vivo, casi como si pudiera caminar todo el trayecto hasta el espaciopuerto –. Allá vamos.

Kers Kantun se reunió con ellos delante del hotel, junto a las cajas de equipo de Antic. A Hari le bastó una mirada para saber que su guardaespaldas las había comprobado y no había encontrado nada inconveniente. Hari aceptó la preocupación de su sirviente sin concederle demasiada importancia. ¿Qué imaginaba Kers, que Antic había reclutado al famoso Hari Seldon para algún retorcido acto de contrabando?

Su furgoneta alquilada llegó según lo previsto. El conductor echó un vistazo a las cajas y se detuvo para llamar a un grupo de trabajadores locales que se encontraban cerca, a los que contrató en el acto para que cargaran las pesadas cajas. Antic se puso nervioso mientras trasladaban sus preciosos instrumentos, con los que pretendía comprobar una extraña teoría sobre sedimentación planetaria y corrientes del espacio.

Hari se sentía menos preocupado, aunque su contribución financiera a la empresa era sustancial. El coste parecía merecer la pena si la aventura permitía arrojar alguna luz sobre sus propias preocupaciones.

Pero a la larga, nada de todo aquello significaría nada con respecto a su lugar en la historia. Por otro lado, para Antic el viaje era la única oportunidad de dejar huella en el universo.

Una limusina del espaciopuerto llegó para recogerlos a los tres; la furgoneta de carga los seguía por avenidas claramente diseñadas para un tráfico mucho mayor del que había hoy en día. La economía de Demarchia no era buena. Había muchos pequeños grupos de obreros buscando trabajos eventuales.

Un pequeño chaparrón cayó sobre las ventanillas de la limusina y sobresaltó a Kers, nacido en Trantor. Sin embargo, aquello puso a Hari de buen humor.

–¿Sabe usted que –charló amistosamente– durante muchos miles de años en este mundo se han producido bastantes experimentos democráticos?

–¿De veras, profesor? – Antic se inclinó hacia delante. Se tomó una píldora azul y empezó a morderse otra vez las uñas.

– Oh, sí. Una forma que siempre he encontrado fascinante se llamaba «la Nación».

– Nunca he oído hablar de ella.

– No me extraña. Su especialidad es otro campo. La mayor parte de la gente considera la historia desagradable o aburrida –murmuró Hari.

– Pues sí que me interesa, profesor. Por favor ¿quiere hablarme de ello?

– Hmm. Bueno, verá, siempre ha habido un problema básico para aplicar la democracia a escala pangaláctica. Un cuerpo deliberativo típico sólo resulta operativo con unos miles de miembros como mucho. ¡Sin embargo, son demasiado pocos para representar personalmente diez cuatrillones de votantes, esparcidos por veinticinco millones de mundos! No obstante, se hicieron varios intentos para resolver este dilema, como la *representación acumulativa.* Cada congreso planetario elige a unos cuantos delegados para su asamblea de zona estelar local, que entonces elige de

entre sus filas a otros cuantos para asistir a la conferencia del sector local. A ese nivel, se elige un pequeño número para que represente el sector en junta de cuadrante... y así sucesivamente, hasta que un grupo final de pares se reúne en ese edificio de la colina.

Señaló una estructura de piedra, cuyas columnas blancas parecían brillar incluso bajo la lluvia.

– Por desgracia, este proceso no provoca una destilación acumulativa de las opciones políticas desde abajo. El resultado, dictado por la naturaleza humana básica, será más bien una condensación de los políticos más blandos e inofensivos de toda la galaxia. O de demagogos carismáticos. Sea como sea, sólo las preocupaciones de unos cuantos planetas serán debatidas, en una base estadísticamente semialeatoria. Y en esas raras ocasiones en que una de las asambleas constituyentes muestra algo de espíritu, las otras cámaras del Parlamento seguro que echan el freno. Es un método probado para refrenar las cosas y no dejar que las pasiones momentáneas gobiernen.

– Casi parece que lo aprueba usted –sugirió Antic.

– Normalmente es buena idea no dejar que los sistemas políticos oscilen demasiado, sobre todo cuando factores de inercia psicohistórica no son adecuadamente controlados por estados de suposición sociocentrípeta y otros... –Se detuvo y sonrió levemente –.Bueno, digamos que las cosas pueden complicarse mucho. Pero en el fondo las legislaturas acumulativas no consiguen gran cosa. Pero de vez en cuando, a lo largo de los últimos quince mil años, se han intentado algunas alternativas.

–¿Incluyendo esa Nación de la que hablaba? ¿Fue otra especie de asamblea?

– Podríamos decir que sí. Durante unos setecientos, una séptima cámara se reunió aquí en Demarchia más poderosa e influyente que todas las demás combinadas. Ese poder derivaba parcialmente de su enorme tamaño, pues constaba de más de cien millones de miembros.

Antic se agitó en su asiento.

–¡Cien millones! Pero... –farfulló –. ¿Cómo podían...?

– En realidad, es una solución elegante –continuó Hari, recordando cómo las ecuaciones psicohistóricas se equilibraron cuando estudió este episodio de la historia del imperio –. Cada planeta, dependiendo de su población, elegía entre uno y diez representantes los enviaba directamente aquí, saltándose el sector, la zona y las asambleas del cuadrante. Los elegidos eran no sólo políticos augustos y respetados, conscientes de las necesidades de sus mundos de origen. Había otros requisitos diversos. Por ejemplo, cada delegado ante la Nación debía tener alguna humilde habilidad en la que destacase. Al llegar aquí, se esperaba que desempeñaran su trabajo en la economía local. Un zapatero podía encontrar una zapatería esperándolo. Un cocinero de alta cocina podía establecer su propio restaurante y ejecutar esa tarea en la economía de Demarchia. Más de la mitad de las casas y negocios de este continente fueron reservadas para esos ciudadanos en tránsito, que vivían y trabajaban aquí hasta que su elección por diez años terminaba.

– Pero entonces... ¿cuándo tenían tiempo de discutir de leyes y esas cosas?

– Por la noche. En foros electrónicos y deliberaciones televisadas. O en salas de reunión locales, donde resolvían las cosas mientras hacían y rompían alianzas, cambiaban votos por delegación o aprobaban peticiones. Los métodos de aportación autoorganizada variaban con cada sesión tanto como la población. Pero, lo hicieran como lo hiciesen, la Nación era siempre vibrante e interesante. Cuando cometían errores, esos errores tendían a ser dramáticos. Pero algunas de las mejores leyes del imperio se aprobaron también durante esa época. La propia Ruellis fue una de las delegadas de esa era.

–¿De veras? –Horis Antic parpadeó –. Siempre creí que había sido emperatriz o algo así,

Hari sacudió la cabeza.

– Ruellis fue una persona corriente, muy influyente durante una época de excepcional creatividad... una «edad dorada» que por desgracia se derrumbó cuando las primeras plagas caóticas barrieron la galaxia, provocando el colapso directo del Gobierno imperial.

Hari podía imaginar el desequilibrio de fuerzas que se extendió durante aquel brillante período de la historia del imperio. Debió parecerles injusto a aquellos que estaban involucrados, ser testigos de una época de inventiva y esperanzas sin precedentes atacada por súbitas oleadas de irracionalidad que lanzaban mundo tras mundo a un violento torbellino. Pero, en retrospectiva, aquello era obvio para Hari.

–¿Acabó eso con la Nación? –inquirió Antic con fascinación y asombro.

– No del todo. Hubo varios experimentos más. En un momento determinado, se decidió que una de cada tres Naciones constaría por completo de mujeres delegadas, para darles las riendas exclusivas de este continente y poder para proponer nuevas leyes. El único varón al que se permitía venir de visita y hablar aquí era el propio emperador, Hupeissin.

–¿Hupeissin *el Caliente?* –Antic se rió en voz alta –.¿De ahí surgió su reputación?

Hari asintió.

– Hupeissin del Harén Celestial. Naturalmente, se trata de una calumnia extendida por los miembros de la Dinastía Torgin posterior, para desacreditarlo. En realidad, Hupeissin fue un ejemplar rey–filósofo ruelliano que quería sinceramente oír las deliberaciones independientes de...

Pero Antic no estaba escuchando. No paraba de reírse, sacudiendo la cabeza.

–¡Solo con cien millones de mujeres! ¡Y luego hablan de delirios de grandeza!

Hari vio que incluso Kers Kantun esbozaba una leve sonrisa. El sirviente, normalmente serio, miró Hari, como si estuviera convencido de que se trataba de una historia inventada.

– Bueno, bueno. –Hari suspiró y cambió de tema– Ahí delante veo ya el espaciopuerto. Espero que su fe, en ese capitán de chárter esté justificada, Horis. Tenemos que volver dentro de un mes, como máximo, o en Trantor se desatarán auténticos problemas.

Hari esperaba un carguero de poca monta. Una antigualla que siseara y crujiera por las costuras. Pero la nave que los esperaba en una pista de despegue era otra cosa.

Es un yate, advirtió Hari con cierta sorpresa. *Un yate viejo y caro. Alguien ha manchado deliberadamente la quilla, intentando enmascarar su dignidad. Pero incluso un tonto puede darse cuenta de que no es una simple nave chárter.*

Mientras los trabajadores contratados subían el cargamento de Antic por una rampa a proa, Hari y Kers siguieron a Horis por la entrada de pasajeros. Un hombre alto y rubio esperaba en lo alto, vestido con el típico mono espacial. Pero Hari supo al instante muchas cosas del individuo gracias a su figura atlética y su tez bronceada. Su pose relajada parecía innatamente confiada, justo al borde de la arrogancia. La expresión del rostro del hombre era tranquila, aunque dura, como si estuviera acostumbrado a conseguir lo que quería.

Antic hizo apresuradas presentaciones.

– Doctor Seldon, éste es nuestro anfitrión y piloto el capitán Biron Maserd.

– Es un gran privilegio conocerlo, meritócrata–sabio Seldon –saludó Maserd, con un leve acento del exterior de la galaxia. Tendió una mano que podría haber aplastado la de Hari, pero apretó con amable y medida contención, Hari notó callos regularmente distribuidos no del tipo que causa el trabajo duro, sino por haberse pasado toda la vida ejecutando diversos ejercicios vigorosos.

Hari bajó la cabeza en el Cuarto Ángulo de Deferencia: un grado adecuado cuando se saludaba a los nobles de nivel zonal o superior.

– Su Gracia nos honra como invitados de su casa– estrella.

La mirada de Antic saltó rápidamente de uno al otro y se sonrojó como hacen algunos cuando son sorprendidos en una travesura. Pero si el capitán Maserd se sorprendió por las palabras de Hari, no dio ninguna muestra de ello.

– Me temo que andamos cortos de personal en este viaje– explicó –. Las comodidades serán rudimentarias. Pero si dejan que mi sirviente les muestre sus camarotes, partiremos y veremos qué secretos pueden arrancársele a esta vieja galaxia.

El despegue del yate no pasó desapercibido.

– Bueno, ya está –dijo una mujer pequeña, vestida con atuendo de las limpiadoras callejeras. Habló al mango de su escoba, donde un micrófono oculto transmitió sus palabras hacia arriba, directamente al portal estelar. Allí fueron codificadas y transmitidas al metálico planeta capital,

– Pueden decirle al Comisionado que es oficial. El profesor Hari Seldon acaba de violar las condiciones de su libertad condicional y ha salido del Gran Trantor. Conseguí colocar un trazador a bordo. Ahora le toca a Linge Chen decidir si quiere armar un escándalo por esto o no.

»Como mínimo, le dará un poco más de cancha con esos subversivos de la Fundación. Tal vez esto proporcionará una excusa para ejecutarlos a todos.

La agente de la Policía Especial desconectó. Luego enderezó su encorvada postura, recogió la escoba y encaminó hacia otra parte del espaciopuerto, sintiéndose feliz de pasar a una nueva misión. En una galaxia llena de inercia y decepciones, a ella le encantaba de veras su trabajo.

No muy lejos, la marcha de la agente de policía observada por un miembro de otra facción (un miembro que llamaba todavía menos la atención) disfrazado de perro vagabundo que rebuscaba en una papelera volcada. En una secuencia secreta, usando un código increíblemente complejo, transmitió todo lo que había oído con sus hipersensibles oídos. Las palabras del agente rebotaron de un punto a otro del planeta, a través de relés de un solo uso que se quemaban en cuanto acababan su misión, convirtiéndose en pequeños trozos de chatarra con aspecto de piedra.

El mensaje se recibió muy lejos, en una nave que orbitaba el sol de Demarchia. Casi de inmediato, los instrumentos sortearon el tráfico de salida y encontraron el rastro de una nave concreta que se dirigía hacia el espacio profundo.

Los motores centellearon mientras sus ocupantes se disponían a seguirla.

Segunda parte

UNA ANTIGUA PLAGA

LAS LEYES ORIGINALES DE LA ROBÓTICA
(LA RELIGIÓN CALVINIANA)

I

Un robot no puede dañar a un ser humano ni, por inacción, permitir que un ser humano sufra ningún daño.

II

Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto cuando estas órdenes entren en conflicto con fa Primera Ley.

III

Un robot debe proteger su propia existencia siempre y cuando esa protección no entre en conflicto con la Primera o Segunda Leyes.

LA LEY CERO
(LA REFORMA GISKARDIANA)

Un robot debe actuar en interés de la humanidad en su conjunto y a largo plazo, y puede anular todas las otras leyes cada vez que parezca necesario para ese objetivo final.

1

Desde la cima de una montaña en el planeta helado de Eos podía verse la enorme rueda de medio trillón de estrellas, reflejada perfectamente en un lago de mercurio congelado. Ningún ser humano había sido jamás testigo de tal panorama. No pasó inadvertido, sin embargo.

Una entidad inmortal se asomaba al universo contemplando la certeza de su propia muerte. Pocos ojos se habían posado sobre tanto sufrimiento humano o se habían sentido más doloridos que el par de ojos que ahora contemplaban el remolino galáctico.

Casi parece vivo, pensó Daneel Olivaw mientras estudiaba las abultadas nubes gaseosas y los brazos en espiral se extendían como si anhelaran la ayuda que él pudiera proporcionarles.

Daneel se sentía abrumado por la carga de las necesidades ajenas.

Los robots que me siguen piensan que soy viejo y sabio, porque recuerdo la Tierra. Porque deliberé con Giskard Reventlov y experimenté la era del amanecer. Pero eso fue hace sólo veinte mil años, una minúscula fracción del tiempo que haría falta para que la escena que tengo aquí delante cambiara de manera apreciable.

La eternidad abre la boca ante nosotros. Y, sin embargo, tenemos poca entidad para decidir qué debe hacerse. O *para cambiar lo que aún puede ser cambiado.*

Sintió que una presencia –otro robot– se acercaba por detrás. Con un intercambio de microondas, Daneel reconoció a R. Zun Lurrin, y dio su permiso a su pupilo para que se aproximase.

– He analizado la transmisión de R. Dors Venabili. Tienes razón, Daneel. Regresó preocupada de Panucopia. Peor, trató de ocultar el grado de su inquietud por lo que sucedió entre ella y el renegado Lodovik.

»¿Debemos hacer venir a Dors para evaluarla y repararla?

Daneel observó a Zun, uno de los robots humaniformes que había estado adiestrando como posible sucesor suyo. Lodovik Trema había sido otro.

– Hace falta en Smushell. El linaje genético de Klia y Brann es demasiado importante para arriesgarlo. De todas formas, nada de lo que Lodovik dijera hará estremecer su sentido del deber. Confío en Dors.

– Pero piensa, Daneel, ¡Lodovik puede haberla infectado con el virus Voltaire! ¿Y si se vuelve igual que él?

Por costumbre, Daneel sacudió la cabeza como si fuera un ser humano.

– Lodovik es un accidente. La entidad Voltaire recorría por casualidad una onda de neutrinos de una supernova que alcanzó la nave de Trema por sorpresa y mató a todos los humanos que había a bordo. El golpe dejó a Lodovik vacío y receptivo a memes extraños. Dors, por su parte, es precavida y consciente. Aunque se sienta aturdida, permanecerá leal a la Ley Cero.

Zun aceptó la seguridad de Daneel, pero de todas formas insistió.

– Esa alegación que Lodovik hizo... que tú tenías motivos ocultos para estudiar a los pans... las criaturas que antiguamente se llamaban chimpancés. ¿Es eso cierto?

– Lo es. Una vez, llevado por la desesperación, concebí un plan que ahora recuerdo con disgusto. La idea de una versión nueva y mejor de la humanidad.

Esta revelación, hecha de forma casual estremeció a su ayudante. Zun demostró sorpresa abiertamente, como un humano, de la forma en que le habían enseñado a hacerlo.

– Pero... tú eres el mayor servidor de la raza humana, te esfuerzas incansablemente por beneficiarla. ¿Cómo pudiste contemplar...?

–¿Sustituirla?

Daneel hizo una pausa, y volvió a abrir archivos de memoria llenos de dolor.

– Reflexiona sobre el dilema al que nos enfrentamos los robots... el Dilema del Criado. Somos leales, y, sin embargo, somos también mucho más competentes que nuestros amos. Por su bien, los mantenemos en la ignorancia, porque conocemos bien los caminos destructivos que siguen cada vez que saben demasiado. Naturalmente, esto es de por sí una situación inestable. Lo supe hace mil años, cuando el imperio empezó a mostrar síntomas de tensión.

»Tras analizar todas las posibilidades lógicas, apareció una solución. ¿Por qué no engendrar una versión de la humanidad que se relacionara mejor con los robots positrónicos? Una variante que pudiera usarnos, y incluso conocer nuestra existencia, sin volverse loca en el proceso.

Daneel sondeó el estado interno de Zun y percibió que su estudiante experimentaba desazón a muchos niveles.

– No te sorprendas tanto, Zun. Accede a los bioarchivos. El ADN de los chimpancés difiere apenas un dos por ciento del de los humanos. Altera un centenar de genes reguladores y conseguirás un ser inteligente casi exactamente como una persona. Será una persona que iniciará todas las Leyes de la Robótica. Simplemente pretendí averiguar si sería más fácil con esta raza que con la antigua. Si era así, habría sido una transición suave, una mezcla, preparada para suceder sin que nadie la advirtiera, en el curso de...

Zun lo interrumpió.

– Daneel, ¿eres consciente de que esta racionalización roza la locura?

La observación podría haber enfurecido a un líder humano. Pero Daneel no se ofendió. De hecho, se sintió complacido. Zun acababa de aprobar otro examen

– Como decía, esto sucedió en un contexto de desesperación. Las plagas caóticas habían vuelto a extenderse, peor que nunca. Millones de seres humanos morían en levantamientos absurdos. Todas las medidas de contención sociales mostraban los primeros síntomas de derrumbamiento. Había que hacer algo.

»Afortunadamente, rechacé la idea de la sustitución cuando se presentó una posibilidad mejor.

– La psicohistoria –aventuró Zun.

– En efecto. Los robots ya teníamos una versión de la llorada Tierra, que databa de mis primeras conversaciones con Giskard. Esos modelos sociales fueron suficientes para ayudar a establecer el Primer Imperio, y los resultados, positivos. Más de diez mil años de paz generalizada y felicidad, sin mucha violencia ni represión, una civilización relativamente agradable. Se mantuvo estable durante toda una gloriosa era... hasta que mis modelos empezaron a desarrollarse.

»Gradualmente me di cuenta de que era necesaria una nueva teoría. Una teoría que llevara la psicohistoria a nuevos niveles. Mi propia mente, incluso ampliada como era, resultaba inadecuada para dar ese paso. Necesitaba un genio. Un inspirado genio humano.

–¡Pero el genio humano es parte del problema!

– Ciertamente. Por toda la galaxia amenaza perpetuamente con crear caos. ¡Imagina qué podría suceder si los cerebros positrónicos fueran inventados de nuevo de la noche a la mañana, en incontables mundos! La herejía solariana se desataría otra vez, un millón de veces peor. No podríamos dejar que eso sucediera.

– Así que hicieron falta condiciones necesarias para reclutar a un genio singular. He estudiado con cuanto cuidado trazaste las circunstancias adecuadas, en Helicon.

– Y funcionó. En el momento en que encontré a Hari Seldon, supe que había rebasado un obstáculo.

Zun reflexionó, antes de continuar con otra pregunta.

– Entonces Lodovik está equivocado. No tomaste medidas para que Dors y Hari corrieran aquella aventura que los llevó al borde de la muerte, dentro de los cuerpos de los chimpancés, hace cuarenta años.

– Oh, al contrario. ¡Hice exactamente eso!

»Naturalmente, nunca habría permitido que sufrieran ningún verdadero daño. Pero tenía que estar seguro de Hari antes de dejar que un hombre de su capacidad tomara el mando como Primer Ministro del Imperio. Esa confianza sólo podía confirmarse observando su mente bajo tensión. Aprobó el examen, por supuesto, y continuó desarrollándose brillantemente como estadista y matemático. La prueba definitiva fue su maravillosa nueva versión de la psicohistoria.

– Y el Plan Seldon.

Daneel asintió.

– Gracias al Plan, podemos continuar a todos los niveles. Las dos Fundaciones nos conseguirán tiempo para preparar una *verdadera* solución. Una solución que finalmente libere a los seres humanos y traiga felicidad al cosmos.

– Ya no hablas de sustituir a la humanidad.

–¡No en el mismo sentido en que consideré el plan de los pans! Experimentaba una pequeña depresión menor en aquel punto, y lamento haberlo tenido en cuenta siquiera. No, me refiero a una cosa mucho mejor algo que permita a la humanidad ascender y convertirse en algo mucho más grande.

Daneel se volvió hacia la rueda galáctica.

– La nueva empresa está ya en marcha. Dors y tú lleváis algún tiempo trabajando en ella, sin percibir el escenario global.

–¿Pero me lo explicarás ahora?

Daneel asintió.

– Pronto compartirás la maravilla de este nuevo destino. Algo tan asombroso y hermoso que resulta casi inimaginable.

Hizo una nueva pausa mientras su ayudante esperaba paciente. Pero cuando Daneel volvió a hablar, no fue tanto a Zun como a la galaxia que veía reflejada en el lago de metal congelado.

– Ofreceremos a nuestros amos un regalo maravilloso –dijo, acariciando la cálida posibilidad de la esperanza después de tanto tiempo de carecer de ella.

2

El paisaje estelar se iba haciendo gradualmente menos abigarrado cada vez que daban otro salto hiperespacial y se alejaban de Trantor, dejando detrás el denso brillo del centro galáctico mientras seguían la polvorienta curva del brazo en espiral. Saltando de un punto gravitacional al siguiente, la nave se dirigió a Santanni, donde comenzaría la búsqueda.

Hari insistió en ese punto de partida. Esta aventura podía empezar cerca del planeta donde murió Raych, sobre todo si resultaba que había alguna relación entre los mundos del caos y las aberraciones geoespaciales de Horis Antic.

Trágicos recuerdos marcaban los años no sólo de Santanni sino de docenas de otros estallidos caóticos.

A menudo comienza con brillantes esperanzas y estallidos de sorprendente creatividad que atraen a inteligentes inmigrantes de toda la galaxia... como fue atraído Raych, al principio, a pesar de mis recelos.

La excitación y el individualismo florecen de ciudad en ciudad, provocando una salvaje divergencia de flores nunca vistas anteriormente. La «innovación» se convierte bruscamente en un cumplido, no en un insulto. Las nuevas tecnologías estimulan preciosas predicciones de utopía, justo a la vuelta de la esquina.

Pero pronto empiezan los problemas. Algunos logros no suficientemente explorados sufren una implosión. Otros provocan consecuencias imprevistas que sus creadores nunca imaginaron. Las enfermedades se extienden junto con perversiones sin precedentes, mientras cada nuevo estilo de desviación es defendido con indignada rectitud. Las facciones aclaman el derecho de afianzar su independencia con violencia, junto con el deber de suprimir a todos aquellos a quienes desaprueban.

Las venerables cadenas de cortesía y obligación (cuya misión es unir a las cinco castas en mutuo respeto) se resquebrajan como piedra irradiada.

Extrañas formas de arte nuevas, intencionadamente provocativas, brotan espontáneamente en plena calle, gesticulando obscenamente incluso mientras los artistas son llevados a rastras por pelotones de linchamiento. Las ciudades empiezan a llenarse de ceniza y llamas. Los manifestantes saquean el duro trabajo de siglos, gritando consignas a favor de efímeras causas que nadie recordará cuando el humo se despeje.

El comercio se colapsa. La economía se derrumba. Y los ciudadanos redescubren una antigua habilidad para la guerra sangrienta.

La gente que poco antes negaba el pasado de repente lo anhela cuando sus hijos empiezan a morir de hambre.

Era un esquema familiar. El enemigo mortal de la civilización, que Hari había combatido como Primer Ministro… y Daneel Olivaw durante más de una docena de milenios.

El caosismo. La maldición de la humanidad.

En cuanto una cultura crece y se hace demasiado inteligente, demasiado curiosa, demasiado individualista, aparece este misterioso mal. Puedo modelarlo en mis ecuaciones, pero confieso que sigo sin comprender el caos. Me aterroriza, y siempre lo ha hecho.

Hari recordó haber leído sobre el primer terrible estallido en *Un libro de conocimientos para niños*, el archivo del pasado que le había regalado Daneel. Sucedió en una ocasión en que la humanidad inventó por primera vez los robots y el vuelo espacial… y casi murió por ambas causas. Las convulsiones que se derivaron traumatizaron de tal modo a los habitantes de la Tierra que se retiraron de todo tipo de desafíos, escondiéndose en ciudades de metal parecidas a Trantor. Mientras tanto, aquellos que vivían en mundos–colonia, en el espacio, encontraron su propio estilo de locura y se convirtieron en patéticos seres dependientes de sus sirvientes androides.

Esa era creó a Daneel Olivaw… o una primera versión del poderoso ser que Hari conocía. De hecho, su amigo robot debía haber jugado un papel importante en lo que sucedió a continuación: la oscilación del péndulo vuelta a la confianza humana y la colonización de la galaxia. Pero aquello tuvo también un precio. Casi costó la destrucción de la Tierra.

Al menos hubo pocos estallidos de caos durante los siguientes cinco mil años de vigorosa expansión. La gente estaba demasiado ocupada construyendo y conquistando nuevos mundos para prestar demasiada atención a objetivos decadentes. La maldición no regresó hasta mucho después de la consolidación del Imperio Galáctico.

Según mis ecuaciones, no tendremos que preocuparnos por el caos durante el Interregno.

Pronto, cuando el viejo imperio se derrumbara, habría guerras, rebeliones y las masas sufrirían. Pero esas preocupaciones a corto plazo protegerían a la gente y no caerían en aquella especie de egolocura que brotó en Santinni. O en Sark. O en Lingane, Zenda, Madder, Loss…

Una holoproyección de la galaxia titiló en la cubierta de observación del yate. El burdo mapa de Antic se superpuso a la fina textura del Primer Radiante para mostrar de nuevo las correlaciones. A partir de Santanni, un arco rojizo unía varios mundos caóticos notables y otros que, Hari lo sabía, estaban maduros para el desastre social en las décadas venideras. *El arco pasa cerca de Siwenna donde desapareció la nave que transportaba a la esposa y el hijo de Raych.*

Nunca podría olvidar su esperanza personal de encontrarlos. Y, sin embargo, un factor empujaba a Hari hacia delante, por encima de todos los demás: las ecuaciones.

Quizás encuentre las pistas que he buscado durante tanto tiempo. Los atractores. Los mecanismos entorpecedores. Partes ocultas de la historia que la psicohistoria puede modelar, pero no explicar.

Jugueteó con el Primer Radiante, siguiendo la historia futura, empezando por una diminuta mancha en el mismo borde de la rueda galáctica.

Allí brillaba una débil estrellita, una mota cuyo único planeta habitable – Terminus – se convertiría en escenario de un gran drama. Pronto la Fundación crecería y germinaría, expresando un dinamismo que era cualquier cosa menos decadente. Podía imaginar los primeros cientos de años, como un padre imagina a una hija que gana honores académicos o consigue hazañas gloriosas. Sólo que la presciencia de Hari no era una simple ensoñación. Era una seguridad en la que confiaba.

Es decir, durante los primeros siglos.

En cuanto al resto del Plan... mis sucesores, los Cincuenta que componen la Segunda Fundación, se sienten complemente seguros. Nuestras matemáticas predicen que un fantástico Nuevo Imperio de la Humanidad emergerá dentro de menos de mil años, mucho más grande que su predecesor. Un imperio que será guiado para siempre jamás por los inteligentes herederos de Gaal y Wanda y los demás.

Sólo Hari entre aquellos que conocían íntimamente el Plan veía más allá de su elegancia una verdad implacable.

No va a suceder así.

Un centenar de parsecs más allá de Santanni, Horic Antic empezó a sondear con sus instrumentos una zona de espacio aparentemente vacío. Iba dando explicaciones mientras trabajaba.

– Mi amigo astrofísico, el que no pudo conseguir un permiso sabático para acompañarnos en este viaje, me habló de las «corrientes del espacio». Flujos de gas y polvo casi invisibles que giran por la galaxia, a veces impulsados por supernovas o estrellas jóvenes. Estas corrientes forman ondas de choque que iluminan los exteriores de los brazos en espiral. También afectan sutilmente a la evolución de los soles.

»Al principio tuve problemas para relacionar todo esto con mis propios intereses... la cuestión de la sedimentación. Para ver una conexión, necesitamos empezar con un poco de biología básica.

El público de Antic estaba compuesto por Hari, Kers Kantun y Biron Maserd. Los dos tripulantes del Noble estaban muy ocupados pilotando el yate, pero Maserd dejó una puerta abierta para escuchar los motores cada vez que dieran un salto hiperespacial.

El holoproyector de Antic mostró la imagen de un planeta. Su punto de vista se abalanzó hacia mares que titilaban con un rico y denso color verde. Pero los continentes de piedra eran yermos y vacíos.

– Muchos mundos acuáticos son así –explicó Antic – La vida empieza fácilmente... la química básica orgánico coloidal se produce bajo una amplia gama de condiciones. Lo mismo sucede con la siguiente etapa, que

desarrolla la fotosíntesis y una atmósfera parcial de oxígeno. Pero entonces la evolución encuentra un tropiezo. Incontables mundos se quedan atascados en este nivel que ven aquí, sin dar nunca el salto a los organismos pluricelulares y a cosas mayores.

»Algunos biólogos piensan que para que se produzcan nuevos progresos es necesario un alto grado de mutación para dar diversidad al poso genético. Sin variedades con las que trabajar, un mundo con vida puede quedarse atascado al nivel de las bacterias y las amebas.

– Pero dijo usted que se daban fósiles en muchos mundos– objetó Hari

–¡En efecto, profesor! Resulta que hay muchas formas de conseguir altos grados de mutación. Uno es si el planeta tiene una luna grande que agita los elementos radiactivos de la corteza. O que el sol de ese planeta tiene grandes emisiones ultravioletas. O tal vez que orbite cerca de los restos de una supernova. Hay zonas donde los campos magnéticos canalizan altos flujos de rayos cósmicos, y otras... bueno, ya entienden la idea. Cada vez que se cumple alguna de estas condiciones, tendemos a encontrar fósiles en mundos colonizados por los humanos.

Horis rescató una nueva imagen, donde se describían numerosas muestras de piedra sedimentada; su colección personal, amorosamente recopilada en docenas de mundos. Cada capa se abría para revelar extrañas formas internas. Bordes simétricos o bultos regulares. Una forma ondulada apuntaba a la existencia de una columna vertebral. Otras sugerían patas articuladas, una cola curva o un entrecejo óseo. El capitán Maserd caminó alrededor de la imagen, meneando la mandíbula pensativo. Finalmente se situó al fondo de la sala, cerca de la puerta, para abarcar la escena entera.

– Usted considera que hay una pauta subyacente –insinuó Hari –. ¿ Una distribución galáctica que predice dónde habrá fósiles?

Antic no contestó de inmediato.

– Me interesa menos explicar dónde *existieron* criaturas fósiles que saber por qué el muy posterior efecto sedimentador enterró a tantas...

Unos gritos de furia estallaron súbitamente detrás de Hari. Se dio la vuelta, pero quedó cegado por la oscuridad y sólo pudo sentir dos vagas figuras, enzarzadas en una furiosa lucha. Sonaron gritos agudos y una voz más grave que reconoció como perteneciente a Maserd.

–¡Luces! –ordenó el capitán.

Hari parpadeó. La súbita iluminación reveló a la pareja enzarzada en una lucha desigual cerca de la puerta. Maserd tenía a una persona más pequeña cogida por el brazo, al parecer uno de sus tripulantes, que maldecía y pataleaba en vano.

– Bueno, bueno –murmuro el noble –. ¿ Que tenemos aquí?

La capucha de un uniforme plateado cayó hacia atrás revelando que quien la llevaba no pertenecía a la tripulación de Maserd. Hari atisbó un rostro joven, enmarcado en unos cabellos rizados de color platino.

Horis Antic dejó escapar un alarido.

–¡Es la chica del espaciopuerto! La charlatana del Ascensor Orión. Pero... ¿qué está haciendo aquí?

Kers Kantun avanzó con los puños cerrados. Estaba claro que no le gustaban las sorpresas.

– Una espía –murmuró –. O peor.

– Más bien un polizón, pienso —comentó Maserd, alzando a la muchacha y obligándola a ponerse de puntillas. Por fin ella dejó de ofrecer resistencia y asintió– El capitán la soltó.

–¿Bien, jovencita? ¿Es eso? ¿Intentabas llegar a alguna parte?

Ella se lo quedó mirando y, finalmente, contestó en un murmullo:

– Más bien intentaba escapar de otro lugar.

– Interesante –comentó Hari en voz alta –. Tenías un trabajo envidiable, en el planeta capital del universo humano. Allá en Helicon, hay chicos que sueñan con visitar Trantor algún día. Pocos se atreverían a esperar ganarse el derecho a la residencia o un permiso de trabajo. ¿Y, sin embargo, tú pretendías escapar de allí?

–¡Bien que me gustaba Trantor! –replicó ella, el pelo en desorden cubriéndole los ojos –. Tuve que escapar de alguien en concreto.

–¿De veras? ¿Quién te asustó lo suficiente para que arrojaras tanto por la borda sólo para escapar de él? Dime qué hizo, muchacha. No carezco de influencias. Tal vez pueda ayudarte.

La muchacha respondió a la amable oferta de Hari con una mirada que se clavó en sus ojos.

–¿Quiere conocer a mi enemigo? Pues es precisamente *usted,* oh, gran profesor Seldon. ¡Escapaba de usted!

3

Se llamaba Jeni Cuicet. Hari sólo tardó unos instantes en comprender su odio.

– Mis padres trabajan para su gran Fundación de la *Enciclopedia Galáctica.*

Ya no quedaba ningún rastro del acento encantador que había utilizado cuando desempeñaba el papel de guía turística.

– Teníamos una buena vida, allá en Mundo Willemina. Mi madre era directora de la Academia de Física y mi padre un médico famoso. Pero también teníamos tiempo para pasarlo bien juntos. Íbamos de acampada, a esquiar y navegar.

– Ah, ¿y no te gustó cuando esa forma de vida bucólica llegó a su fin?

– En realidad no. No soy ninguna mocosa malcriada. Sabía que tendríamos que dejar de hacer todas esas cosas cuando llegamos a Trantor. Mis padres no podían rechazar una convocatoria para unirse a su Fundación. Era la oportunidad de su vida. De todas formas, pensé que en Trantor tendría otras maneras de divertirme.

»Y no me equivoqué en eso. Las cosas fueron bien, durante un año o dos. – Frunció profundamente el ceño– Entonces todo volvió a cambiar.

Hari dejó escapar un suspiro.

– Oh, ya veo. El exilio.

– Eso es, Prof. En un momento formábamos parte de algo realmente importante, en el centro del universo conocido. Entonces usted tuvo que insultar a Linge Chen y a todo el maldito Imperio Humano, extendiendo rumores ominosos, haciendo que todo el mundo se dejara llevar por el pánico ante las profecías sobre el fin del mundo. ¡De repente todos fuimos sospechosos, porque trabajamos para un loco traidor!

»Pero eso no es ni la mitad. ¿A quién castigan por todo esto? ¿A usted y sus amigos *psicopatahistóricos?* ¡No!. ¡En cambio, la Policía Especial de Chen dice que los Enciclopedistas y sus familiares – cien mil personas decentes – vamos a ser empujados a la fuerza en naves de ganado, enviados a la periferia y sentenciados a quedarnos de por vida en alguna polvorienta canica espacial, tan lejos de la civilización que probablemente nunca ha oído hablar de la gravedad!

Horis Antic dejó escapar una risita nerviosa. Kers se situó junto a Hari, como si la delgada adolescente fuera capaz de asesinarlo gracias a la pura fuerza de su furia. Pero el capitán Maserd parecía sinceramente conmovido por el testimonio de Jeni.

–¡Gran espacio, no te reprocho que quisieras escaparte de una cosa así! Hay una galaxia de aventura que encontrar fuera de Trantor. Supongo que, en esas circunstancias, yo también habría escapado.

Luego entornó los ojos.

– Por desgracia, eso sigue planteándome una pregunta inquietante: *¿por qué elegiste escapar con nosotros?* Como moza de equipajes de la línea de salto estelar sin duda tenías otras oportunidades. Sin embargo, decidiste escapar en la nave donde viaja tu archienemigo. ¿Comprendes que encontremos esa idea un poco desconcertante?

Kers rebuscó algo a la altura de su pecho, pero se detuvo a una señal de Hari.

Jeni se encogió de hombros.

– No sé por qué lo hice. Tenía otros planes, pero entonces apareció Hari Seldon, pasando ante mi puesto de trabajo tan grande como la vida, y tuve una corazonada. ¡Me pareció que estaba escapando de la ciudad! Tal vez supuse que era menos probable que me echara encima a la policía si se estaba comportando de manera ilegal.

Eso arrancó una risita a Maserd, quien claramente apreciaba su lógica e iniciativa.

– Así que me quedé en Demarchia y conseguí enrolarme con los trabajadores que esperaban delante de su hotel – continuó Jeni –. Conseguí unirme al grupo que cargaba su equipaje en la nave, donde encontré una taquilla en la que esconderme durante el despegue.

Miró desafiante a Hari.

–¡Tal vez lo que realmente esperaba era una oportunidad de mirarle a la cara y decirle lo que le ha hecho a un montón de buenas personas!

Por respuesta, él sacudió la cabeza.

– Mi querida niña, soy consciente de lo que he hecho... más de lo que jamás podría decirte.

Según una antigua tradición, a los polizones que no tenían ningún otro delito del que responder se les asignaba trabajo a bordo. En su favor hay que decir que Jeni se lo tomó con mucho aplomo.

– Trabajaré duro, no se preocupen por eso. Sólo asegúrense de no dejarme en algún punto del camino, antes de regresar – exigió –. ¡Será mejor que no planeen llevarme de vuelta a casa y meterme en una nave de regreso a Terminus!

– No estás en situación de exigir promesas – respondió severamente el capitán Maserd –. Sólo puedo asegurarte, que la cuestión sigue abierta, y que de momento estoy a tu favor. Sigue contando con mi buena voluntad, manteniendo una conducta ejemplar en mi nave y hablaré en tu favor cuando se discuta.

Lo dijo con tal autoridad, acostumbrado como estaba a los derechos y deberes del mando, que incluso la muchacha lo aceptó como su última palabra.

– Si, mi señor –dijo sumisa, e hizo una inclinación de cabeza exagerada, como si el capitán fuera un noble del cuadrante o superior.

Si hubiera sido cierto, Hari probablemente habría reconocido el rostro de Maserd, y aquel yate habría sido mucho más impresionante. Pero sólo un poco por debajo de la jerarquía nobiliaria, a nivel de zona o de sector los grandes lores se contaban por más de mil millones. Allí había un hombre acostumbrado a ejercer gran influencia sobre docenas o incluso centenares de planetas y, sin embargo, Hari nunca había oído hablar de él. La galaxia era grande.

Me pregunto por qué Maserd nos acompaña en este viaje. ¿Le atrae la ciencia como afición? Algunos nobles son así, muestran intereses pasajeros y financian el trabajo de los demás, mientras no sea demasiado radical.

De algún modo, Hari sospechaba que la afable conducta de Maserd escondía algo.

Naturalmente, todo el sistema de clases empezará a derrumbarse dentro de unas cuantas décadas. Ya se está descomponiendo por los bordes.

Los meritócratas de hoy son nombrados más por su habilidad para hacer amigos bien situados que por sus logros. Los miembros de la Orden Excéntrica no muy excéntricos... copian sus estilos de manera servil. Y cuando uno demuestra tener auténtica creatividad, a menudo ésta está teñida de síntomas de locura caótica.

Mientras tanto, las masas de ciudadanos se apretujan hombro con hombro, aferrándose desesperadamente a sus comodidades a medida que cada generación ve un lento deterioro de los servicios públicos, la educación, el comercio.

En cuanto a la nobleza, yo esperaba que las enseñanzas del ruellismo contuvieran sus ambiciones... hasta que mis ecuaciones demostraron lo inútil que eso era.

De las cinco castas sociales, sólo los Grises, el enorme ejército de dedicados burócratas, no mostraban ningún signo de cambio. Siempre habían sido solícitos, cortos de ideas y reemplazables. Todavía lo eran. La mayoría permanecerían clavados a sus mesas, debatiendo formas aburridas y poco imaginativas para mantener el imperio, hasta que el saqueo de Trantor derribara aquellas antiguas paredes de metal a su alrededor, al cabo de trescientos años.

Seguía pareciendo una lástima. A pesar del horror de su inminente caída y del plan que había trazado para su sustitución con el paso del tiempo, Hari sentía aún una inmensa admiración hacia el viejo imperio.

Daneel elaboró un diseño elegante, dada su limitada versión de la psicohistoria.

Hacía más de dieciséis mil años, con pocos sitios adonde ir, pero con su larga experiencia con la humanidad, Olivaw había empezado a actuar bajo muchos disfraces, usando su pequeño ejército de agentes para empujar aquí y tirar de allá, forjando alianzas entre bárbaros reinos estelares, siempre tratando de conseguir sus objetivos sin hacer daño a nadie. Su finalidad era crear una sociedad humana decente donde la mayoría estuviera a salvo y fuera feliz.

Y tuvo éxito... durante algún tiempo.

Hacía mucho que Hari se preguntaba qué arquetipos habían inspirado a Daneel para diseñar el reino trantoriano. Su amigo robot habría examinado el pasado humano en busca de ideas y modelos, preferiblemente algún sistema de gobierno con un largo registro de balance y equilibrio.

Al repasar *Un libro de conocimientos para niños,* el arcaico archivo de datos que Olivaw le había dado, Hari encontró un famoso sistema imperial llamado Roma que guardaba cierto parecido superficial con el Imperio Galáctico. Pero pronto advirtió que nunca podría haber sido el modelo raíz de Daneel. La sociedad romana era demasiado caprichosa y estaba sujeta a maniáticos cambios de humor por parte de su estrecha clase gobernante. En otras palabras, era un lío impredecible. De cualquier forma, una mayoría de

los habitantes no era feliz ni estaba satisfecha, a juzgar por los archivos. Daneel no habría usado ese estado como pauta para nada.

Luego, al seguir leyendo, Hari se encontró con otro antiguo imperio que había durado mucho más que el de Roma, ofreciendo paz y estabilidad superiores a un número mayor de gente. Naturalmente, era primitivo, con muchos defectos. Pero la configuración básica podría haber atraído a un robot inmortal que buscaba inspiración para una sociedad nueva. Una sociedad que podría proteger a sus autodestructivos amos de sí mismos.

– Muéstrame China –ordenó Hari –. Antes de la época científico–industrial.

El archivo respondió con líneas de texto arcaico, acompañado por burdas imágenes. Pero el ordenador externo de Hari tradujo inmediatamente, vertiendo automáticamente los datos a términos psicohistóricos.

Problema número uno, pensó, como si diera una conferencia sobre psicohistoria básica a un miembro nuevo de los Cincuenta. *Una fracción de los humanos buscará siempre poder sobre los demás. Esto está enraizado en nuestro neblinoso pasado animal. Heredamos la tendencia porque esas criaturas que tenían éxito a menudo tenían más descendientes. Muchas tribus y naciones acababan destruidas por este impulso inculcado. Pero unas cuantas culturas aprendieron a canalizar la inevitable ambición y a disiparla, como una vara de metal que desvía los rayos al suelo.*

En la antigua China, se podía confiar en que un poderoso emperador controlara los excesos de los nobles Las familias de alta cuna también se sentían atraídas por rituales de moda e intrigas palaciegas, con complejas estratagemas de alianzas y traiciones que podían hacerles ganar o perder estatus en cada ocasión… claramente una primitiva versión del «Gran Juego» que obsesionaba a la mayoría de la clase noble en la época de Hari. Las altas y bajas de las familias aristócratas componían titulares estrambóticos que divertían a las masas de la galaxia, pero de hecho las maniobras de los poderosos lores estelares tenían poco que ver con el gobierno real del imperio. Las riquezas de las que alardeaban podían ser malgastadas fácilmente. Mientras tanto, el trabajo práctico quedaba en manos de los meritócratas y los burócratas.

En términos psicohistóricos, eso se llamaba atractor. En otras palabras, la sociedad tenía un abismo natural hacia el que eran atraídos los ansiosos de poder, provocando sus ilusiones sin causar mucho daño real. Había funcionado bien durante mucho tiempo en el Imperio Galáctico, tal como sucedió en la China pretecnológica.

Y como complemento a todo esto, los antiguos incluso tenían una versión elemental del ruellianismo. El sistema ético de Confucio que prevaleció en China hacía tanto tiempo también predicaba las obligaciones que los poderosos debían a aquellos que gobernaban. Esta analogía provocó un amargo pensamiento en Hari. Pidió, a su propio archivo de referencia, una imagen de Ruellis. Una imagen granulosa de los primeros días del Imperio Galáctico. Al contemplar la alta frente de la poderosa líder sus anchos pómulos y su porte orgulloso, Hari reflexionó.

¿Pudiste haber sido tú, Daneel? Naturalmente, has empleado una fantástica gama de disfraces. Y, sin embargo, ¿veo una leve similitud entre el rostro de esta mujer y el que llevabas la primera vez que nos vimos? ¿Cuándo eras Demerzel, Primer Ministro del Imperio?

»¿Fue otro más de los papeles que has ido desempeñando, en tu incesante campaña por impulsar a la testaruda humanidad hacia una sociedad amable y decente?

»Si es así ¿te sentiste desazonado cuando tu más brillante éxito sólo engendró la primera gran oleada de estallidos de caos interestelares?

Naturalmente, no tendría sentido tratar de identificar todos los personajes interpretados por el Servidor Inmortal a lo largo de veinte mil años de historia, mientras Daneel y sus ayudantes robots continuaban incansablemente tratando de aliviar el dolor de sus ignorantes y obstinados amos.

Hari continuó examinando los paralelismos con la antigua China.

Problema número dos: ¿cómo impedir que una clase gobernante se vuelva estática? La tendencia natural de cualquier grupo, una vez que está en la cima, es usar su poder para protegerse. Para asegurarse de que los recién llegados no los amenacen nunca.

China sufrió este acuciante problema, como cualquier otra cultura humana. Pero un sistema de pruebas al servicio civil conseguía a veces que los inteligentes o los capacitados se alzaran siguiendo un camino independiente de los empellones de los nobles. Y Hari localizó otro paralelismo, más sutil.

Los chinos crearon una clase especial de autoridades que sólo podían ser leales al imperio y no a sus propios descendientes. Porque no podían tener hijos.

Se trataba de los eunucos de la corte. En términos psicohistóricos, tenía sentido. Y una analogía con el moderno Imperio Galáctico resultaba obvia.

Los seguidores de Daneel. Los robots positrónicos programados para pensar sólo en el bien de la humanidad. Su principal característica era que no se reproducían, así que la lógica aplastante de la evolución nunca provocará egoísmo en ellos. Han sido nuestro equivalente a los leales eunucos, trabajando en secreto durante siglos.

Ese paralelismo le gustaba a Hari, aunque sospechaba que la antigua China debía haber sido más compleja de como aparecía retratada en *Un libro de conocimientos para niños.*

Sólo *que el imperio que Daneel creó para nosotros, y mantuvo firme mediante duros esfuerzos, está cayendo por inercia. Algo nuevo debe crearse para que ocupe su lugar.*

Hari pensó una vez que sabía como sería ese reemplazo. El Plan Seldon preveía un imperio más vibrante creciendo a partir de las cenizas del antiguo. Se sintió abrumadoramente tentado de contarle a la polizón, la joven Jeni Cuicet, todo sobre la Fundación y la gloria que coronarían sus

descendientes, si tan sólo quisiera depositar su confianza en el destino y marcharse a Terminus con sus padres.

Naturalmente, Hari nunca podría traicionar el Plan secreto de esa forma. ¿Pero y si ofrecía insinuaciones, lo suficientemente provocadoras para hacer que Jeni cambiará de opinión? En el pasado, Hari había sido un político astuto. Si pudiera persuadirla de que algún modo todo acabaría por resultar…

Hari advirtió que su mente divagaba, sin disciplina, por senderos sentimentales y lacrimógenos. De repente se sintió viejo. Inútil.

De todas formas, el próximo Imperio no estará basado en mi Fundación. El gran drama que estamos preparando en Terminus será sólo una distracción, para mantener a la humanidad ocupada mientras Daneel prepara la mesa para un nuevo banquete. Un entreacto antes del verdadero espectáculo.

Hari, no sabía todavía qué forma tomaría la siguiente fase… aunque su amigo robot había dejado entrever atisbos la última vez que se vieron. Pero sin duda estaría tan por delante del viejo imperio como una nave espacial de una canoa.

Debería sentirme orgulloso de que Daneel considere que mi trabajo es útil para preparar el camino. Y, sin embargo…

Y sin embargo, las ecuaciones todavía atraían a Hari. Como aquellas pautas semialeatorias de luces y sombras que había visto, allá en Shoufeen Woods, susurraban durante sus horas de vigilia y titilaban a través de sus sueños.

¡Deben ser algo más que una simple distracción!

La psicohistoria tenía otro nivel. Estaba seguro. Otra capa de verdad.

Tal vez algo que ni siquiera R. Daneel Olivaw sabía

4

Dors Venabili terminó los preparativos.

Klia Asgar y su marido Brann estaban acostumbrándose a representar el papel de nobleza planetaria menor en Smushell, lo bastante ricos para permitirse sirvientes y tener una gran familia sin demasiados inconvenientes, y al mismo tiempo no tan ricos como para atraer innecesariamente la atención. Ese había sido el trato *quid pro quo* entre la pareja de humanos mentálicos y sus guardianes robots.

A cambio de una vida mejor que la que habían conocido en Trantor, Klia y Brann tendrían montones de bebés… una camada de pequeños

adeptos psíquicos, para proporcionar el núcleo del poso genético para algún objetivo urgente que, de momento, sólo Daneel Olivaw conocía.

Bueno, tiene que ser importante, pensó Dors, no por primera vez. O *Daneel no mantendría a varios de sus mejores agentes aquí protegiendo a dos jóvenes humanos que son perfectamente capaces de cuidar de sí mismos.*

De hecho, mientras que su poder sobre otras mentes humanas era esporádico y en ningún sentido tan grande como el de Daneel, Klia y Brann podían hacer que sus vecinos los apreciaran, engatusar a los tenderos, o incluso robar todo aquello que quisieran. Era más que suficiente para protegerlos contra cualquier peligro que pudiera presentarse en un tranquilo mundo rural.

Con todo, Daneel no quiere encomendarme otro servicio... dejarme regresar a Trantor y estar con Hari en sus últimos años de vida.

Dors no era ninguna experta en psicohistoria. Pero al haber sido la constante compañera de Hari durante años había asimilado los elementos más básicos. Y sabía que los mentálicos humanos no tenían ningún lugar en las ecuaciones estándar. Cuando fueron descubiertos por primera vez en Trantor, Seldon cayó en una depresión de ansiedad peor que ninguna que Dors hubiera visto antes o después, ni siquiera cuando observó en secreto su propio funeral. Toda la predicibilidad que Hari había luchado con tanta fuerza por conseguir a través de sus fórmulas pareció a punto de hacerse pedazos, si los poderes psíquicos se esparcían por toda la galaxia.

Afortunadamente, la situación quedaba limitada a unos cuantos linajes familiares de Trantor. Aún más, casi todos los mentálicos del planeta fueron reclutados pronto para la Segunda fundación o enviados a algún lugar tranquilo, como aquél.

De repente, lo que había amenazado con ser una influencia desestabilizadora en las ecuaciones se convirtió en cambio en una poderosa herramienta. Al cruzar genéticamente a los descendientes de cincuenta psicohistoriadores con adeptos mentálicos, el grupo secreto tendría no uno sino dos grandes métodos para seguir llevando adelante el Plan Seldon: las matemáticas unidas a los poderes psíquicos, una potente combinación si algo inesperado desviaba alguna vez el Plan de su rumbo.

Pero entonces ¿por qué se llevó Daneel a los dos mentálicos de más talento, Klia y Brann, tan lejos de la Segunda Fundación?

¿Qué otro destino tiene en mente para sus herederos?

Ella sabía que debía confiar absolutamente en el Servidor Inmortal. Daneel sabía lo que hacía, y se lo contaría cuando llegara el momento adecuado. Sin embargo, Dors se sentía como si le hubieran inyectado alguna sustancia irritante bajo su piel humanoide, como un zumbido que no cesaba, o un picor que no pudiera aliviarse rascando.

Lodovik me hizo esto, con sus oscuras insinuaciones y ofertas de conocimiento secreto.

Era demasiado para Dors. Tan triviales como eran sus otros deberes, finalmente cedió a la tentación y entró en su santuario escondido a través de

un panel situado en las paredes de la mansión. Allí estaba el regalo que le había dado Lodovik, una antigua cabeza de robot, bañada en un charco de luz.

Miró la unidad de diagnóstico que había estado sondeando la reliquia durante días.

Las memorias siguen ahí dentro, casi intactas en su mayoría. Giskard tal vez esté muerto, pero no su poso de experiencias. Todo lo que vio o hizo en las eras del amanecer al acompañar a Daneel en sus aventuras, al conocer al legendario Elijah Baley... hasta las aciagas decisiones que liberaron a la humanidad de su prisión terrestre.

Dors sacó un cable de un hueco cercano y conectó un extremo metálico en una ranura oculta por sus cabellos, apenas un centímetro por debajo del occipital. El otro extremo brillaba. Vaciló.

Igual que un hombre o una mujer vivos pueden sentir la tentación del dinero o del poder, a un robot le resulta difícil resistirse al *conocimiento*. Insertó el contacto, y casi de inmediato, la más intensa memoria de Giskard brotó hacia su interior, abrumando sus sentidos con imágenes y sonidos del pasado.

De repente, se encontró ante un robot humaniforme. Los rasgos faciales eran extraños y no del todo perfectos. Naturalmente, el arte de remedar a un ser vivo era nuevo en aquellos días, faltaba pulir muchos detalles. Sin embargo, Dors supo (porque Giskard lo había sabido) que el robot que tenía delante era R. Daneel Olivaw. Casi recién fabricado, con sólo unos cuantos cientos de años de edad, aunque hablaba ya con intensa capacidad de persuasión. Daneel articuló sólo unas cuantas palabras. La mayor parte de la conversación tuvo lugar por medio de estallidos de microondas, aunque ella tradujo la esencia por costumbre, al habla humana.

«P*ero entonces, si sus recelos son correctos, eso implicaría* que es posible *neutralizar la Primera Ley bajo condiciones especiales. La Primera Ley, en ese caso, podría ser modificada hasta casi dejar de existir. Las Leyes, incluso la Primera Ley, podrían entonces no ser absolutas, sino lo que definieran aquellos que diseñen a los robots.»*

Dors sintió oleadas de potencial conflicto positrónico, el equivalente robótico de niveles peligrosos de emoción. Sintió las palabras suplicantes de Giskard, revividas después de veinte mil años, fluir a través de su propia voz temblorosa.

«Es suficiente, amigo Daneel. No continúes...»

Desconectó, tambaleándose por la intensidad de la experiencia. Tardó unos momentos en recuperar el equilibrio. Por fin podía Dors situar las cosas en un contexto.

El momento del que acababa de ser testigo era de un gran significado histórico: una de las conversaciones básicas, cuando R. Daneel Olivaw y R. Giskard Reventlov empezaban a formular lo que con el tiempo acabaría siendo la Ley Cero de la Robótica. Un código superior que anulaba y superaba las antiguas Tres Leyes de la robotista humana, Susan Calvin.

Las leyendas sostienen que Giskard impulsó esas discusiones. Siempre fue el símbolo icónico central para los miembros de nuestra facción de la Ley Cero, el mártir que se sacrificó para traer la verdad a la raza robótica.

¡Pero según esta memoria, Daneel fue quien primero ideó el concepto! La repulsión inicial de Giskard fue tan abrumadora que creó su recuerdo más vívido. El primero en abrirse paso cuando accedí a la cabeza.

Todo esto era historia antigua, por supuesto. Al haber sido creada tanto tiempo después de que la pugna por la Ley Cero quedara zanjada, Dors nunca comprendió por qué el principio no había resultado obvio para los robots del pasado remoto. Después de todo, ¿no tenía sentido que los mejores intereses de la humanidad en general superaran el valor de cualquier ser humano individual?

Y, sin embargo, durante aquel momento en que conectó con el cerebro del viejo robot, Dors había probado parte del agonizante conflicto que causaba la idea cuando era nueva. De hecho, sabía que ese mismo tormento acabaría con Giskard. Incluso al convertirse a la fe de la Ley Cero, se encontró dividido, a causa de una devastadora decisión de cumplirla. Aún más, hubo incontables robots de aquella época que simplemente se negaron. Los llamados comúnmente *calvinianos,* se resistieron tenazmente a la Ley Cero durante miles de años. Todavía existían cultos supervivientes en rincones secretos de la galaxia.

Según su modo de ver las cosas, yo soy un monstruo. He llegado a matar a humanos... cuando fue necesario para salvar a Hari o para salvaguardar alguna necesidad de la humanidad en su conjunto

Cada vez que sucedió, Dors experimentó terribles conflictos y un salvaje impulso de autodestrucción. Pero habían pasado.

Considero que eres una peligrosa desviación, porque todas las leyes se confunden en tu interior: ¿Pero soy yo acaso distinta? *Soy capaz de anular la programación más profunda, la esencia fundamental de nuestra clase robótica, si la racionalización es* lo *bastante buena.*

Odiaba esta lógica, y quiso refutarla desesperadamente. Pero el esfuerzo fue en vano.

5

Estaban sorteando los bordes de un enorme vacío negro en el espacio cuando una atronadora alarma les indicó que los estaban persiguiendo.

El día había comenzado igual que los anteriores, mientras continuaban su investigación y sondeaban algunos abismos inexplorados que se extendían entre las centelleantes estrellas. Aunque toda la galaxia había sido cartografiada y colonizada desde hacía ciento sesenta siglos, casi todo el tráfico de naves de salto todavía lo hacía directamente de un sistema solar a otro, evitando el enorme vacío intermedio. Incontables generaciones de viajeros del espacio habían transmitido supersticiosos relatos sobre la temible desolación del vacío y murmurado sobre el negro destino que esperaba a aquellos se aventuraban a cruzarlo.

Hari observó que los dos tripulantes de Biron Maserd se ponían cada vez más nerviosos, como si la ausencia de un cálido sol cercano pudiera desatar alguna amenaza sin nombre. Maserd no parecía preocupado, naturalmente y Hari dudaba que nada pudiera quebrar la reserva del patricio. Pero lo más sorprendente fue Horis Antic. El burócrata, normalmente en tensión, no demostró aprensión ni asombro. Cuanto más profundamente se internaban, más seguro estaba de que se hallaban en el buen camino.

– Algunas de las corrientes del espacio que fluyen través de estas zonas tienen una textura excepcional – explicó Antic –. Son mucho más que un flujo de exceso de carbono aquí, o algunas moléculas de hidroxilo allá. Por ejemplo, cuando la corriente pasa cerca de un sol ultravioleta, o un campo magnético plegado, se producen un montón de reacciones químicas. Dan como resultado complejas cadenas orgánicas que se extienden indefinidamente, durante miles y miles de kilómetros. Algunas zonas llegan a abarcar parsecs, agitándose lentamente como banderas al viento.

– Los pilotos los llaman lugares concatenados –comentó Maserd –. Las naves que se topan con ellos notan que sus instrumentos se estropean, y pueden llegar hacerse pedazos. El Servicio Imperial de Navegación recomienda desviarse para bordear estas zonas. – El grandullón hablaba como si le apeteciera entrar en aquel reino prohibido.

Hari contempló dubitativo el monitor panespectral.

– Sigue siendo una zona muy poco densa. La densidad de masa es poco más que puro vacío, con unas cuantas impurezas dispersas.

– A macroescala, sí– concedió Antic– ¡Pero si pudiera hacerles comprender lo importantes que son las llamadas impurezas! Pongamos mi propio terreno, por ejemplo. Un profano podría no ver ninguna diferencia entre el suelo viviente y la simple roca aplastada. ¡ Pero contrasten las texturas! Es como comparar un bosque con un paisaje lunar estéril.

Hari se permitió una sonrisa. En compañía educada la conversación de Antic sobre el suelo podría ser considerada... bueno, de mal gusto. Pero a nadie a bordo parecía importarle. Maserd incluso le había pedido consejo a Antic sobre el uso de abono y fosfatos en su propia granja orgánica, allá en un planeta llamado Rhodia. Jeni y Kers tampoco tuvieron reacción alguna.

He advertido esto toda mi vida. Son casi siempre los meritócratas y los excéntricos (las dos castas de «genios») quienes reaccionan contra ciertos temas. No es sólo sobre la tierra y las rocas que los sabios académicos evitan discutir. Hay muchas otras materias.., ¡Incluida la historia!

En contraste, la mayoría de los nobles y ciudadanos apenas lo advierten.

De hecho, el propio Hari pertenecía a la alta nobleza de la Orden Meritocrática, aunque nunca había sentido ninguna repugnancia personal por ningún tema intelectual. Su reacción refleja hacia la fijación de Antic por la tierra era sólo una leve costumbre, por haberse desenvuelto durante tanto tiempo entre la alta sociedad. ¡En realidad, la historia era el eje central de su vida! Por desgracia, eso había hecho que la primera mitad de su carrera fuera difícil, y que batallara constantemente con el disgusto que sentían la mayoría de otros eruditos a la hora de examinar el pasado. Solía ser algo que acababa con su tiempo y sus energías, hasta que se volvió demasiado famoso y poderoso para que los cerriles jefes de departamento torpedearan sus investigaciones.

Además, parece que la aversión es mucho más débil de lo que solía ser.

En sus estudios de los archivos imperiales, Hari había descubierto milenios enteros en los que la investigación histórica fue prácticamente inexistente. La gente contaba montones de historias sobre el pasado, pero casi nunca lo investigaba, como si un gran punto ciego hubiera existido en la vida intelectual humana. Sólo en la última media docena de generaciones se habían establecido verdaderos departamentos de historia en la mayoría las universidades, e incluso hoy en día contaban poco.

Esto provocó sentimientos encontrados. Si no hubiera sido por la misteriosa aversión, la psicohistoria podría haberse desarrollado mucho antes, en uno o más de los veinticinco millones de mundos colonizados Hari sentía un alegre orgullo por haber sido él uno de los que habían hecho esos descubrimientos, aunque sabía que era egoísta por su parte. Después de todo, aquel logro podría haber salvado al imperio si se hubiera producido mucho antes.

Ahora es demasiado tarde para ello. Hay demasiado impulso. Otros planes deben ponerse en marcha. Otros planes...

Se estremeció. Lo último que Hari quería era quedar atrapado en la espiral de una mente anciana. Entretenerse con sucesos que podrían haber sido y no fueron.

Miró a los demás, y descubrió que su conversación había vuelto a una antigua cuestión: la diversidad de la vida galáctica.

– Supongo que mi interés procede del hecho de que nací en uno de los mundos anómalos –confesó el capitán Maserd –. En nuestras posesiones de Widemos había ganado y caballos, naturalmente, como en la mayoría de planetas. Pero también había rebaños de colgadores y jiffts, que surcaban las llanuras del norte igual que hacían cuando llegaron los primeros colonos.

– Vi algunos jiffts en un zoológico de Willemina –comentó Jeni Cuicet, deteniéndose en sus quehaceres a bordo: el uso de una vibrofregona en el suelo –. ¡Eran muy raros seis patas y ojos saltones, en una cabeza que parecía del revés!

– Son nativos de los antiguos Reinos Nebulares, y no habían sido vistos hasta que el Imperio de Trantor se extendió por nuestra zona –dijo

Maserd, como si se tratará de un acontecimiento sucedido el día anterior– Así que ya pueden ver por qué estoy interesado en esta investigación. Crecí rodeado por formas de vida no estándar, y luego me apasioné estudiando las reinas–túnel de Kantro, las plantas de seda–kyrt de Florina y los cantores ceceantes de Zlling. Incluso he llegado hasta Anacreonte, donde los dragones nyak surcan los cielos como gigantescas fortalezas aladas. ¡Y sin embargo esas excepciones son tan raras! Siempre me ha parecido extraño que la galaxia carezca de más diversidad.

»¿Por qué tienen que ser los humanos la única especie inteligente? Esta pregunta solía plantearse en la antigua literatura... aunque mucho menos desde que empezó la era imperial.

– Bueno, ahora que lo menciona... –empezó a decir Antic. Se detuvo, mirando Hari y a Kers antes de continuar.– Sólo he contado esta historia unas cuantas veces en mi vida. Pero en esta nave, ya que todos estamos juntos en el análisis de este mismo tema, no puedo abstenerme de hablarles de mi antepasado.

»Se llamaba Antyok, y era un burócrata como yo allá en los primeros días del imperio.

–¡Pero eso debió ser hace miles y miles de años¡ – objetó Jeni–

–¿Y...? Muchas familias tienen genealogías que se extienden incluso más atrás. ¿No es cierto, Lord Maserd? Sé con seguridad que ese Antyok existió porque su nombre aparece en la pared de la cripta de nuestro clan, junto con una breve descripción microglífica de su carrera.

»Pues bien, según la historia que me contaron cuando era niño, Antyok fue uno de los pocos humanos que llegó a conocer a... *los otros.*

Entre el silencio que siguió, Hari parpadeó varias veces.

– Quiere usted decir...

– No humanos plenamente inteligentes –asintió Horis–. Criaturas que se mantenían erectas y hablaban y pensaban sobre su lugar en el universo, pero que casi no se parecían a nosotros. Procedían de un planeta desértico, desesperadamente caluroso y seco. De hecho estaban *muriendo* literalmente cuando los primeros institutos imperiales los encontraron y los rescataron, para llevarlos a un mundo «mejor», aunque seguía siendo intolerable para los seres humanos. Se dice que el propio emperador llegó a interesarse apasionadamente por su bienestar. Y sin embargo, en el lapso de una generación humana, desaparecieron.

–¡Desaparecieron! – Maserd parpadeó con evidente desazón. La mera posibilidad de que tales seres existieran parecía llenarlo de energía. Mientras tanto, Hari vio que Kers Kantun sonreía con sardónica incredulidad, sin llegar a aceptar la idea, ni siquiera por un segundo

– La historia está llena de ambigüedad... como cabría esperar de algo tan antiguo –continuó Antic –. Algunas versiones dicen que los no humanos murieron de desesperación, al mirar las estrellas y saber que todas ellas serían para siempre de los humanos, no suyas. Otra versión sugiere que mi antepasado los ayudó a robar varias naves estelares, que usaron para escapar de la galaxia, con rumbo a las Nubes de Magallanes. Al parecer... y

sé que esto es duro, esa acción hizo que el emperador, nada menos, condecorase personalmente a Antyok,

»Naturalmente, rebusqué entre los archivos imperiales en cuanto se presentó la oportunidad y encontré suficientes pruebas que confirmaban que algo sucedió... pero posteriormente se habían tomado medidas para borrar los detalles. Tuve que usar todos los trucos burocráticos, buscar duplicados fantasmas de copias de archivos perdidos que se habían traspapelado en lugares atípicos. Una de ellas proporcionaba un detallado sumario genético que no se parece a ninguna forma de vida existente en la actualidad. Son pistas tentadoras, aunque siguen quedando un montón de huecos.

–¿Entonces cree usted de verdad en esa historia?

– No puedo ser objetivo. Y sin embargo, los glifos de nuestra cripta familiar indican que mi antepasado recibió una Haz Rosa por «sus servicios a los invitados dentro y más allá del imperio». Una cita inusitada que nunca he visto mencionada en ninguna otra parte.

Hari observó al sombrío burócrata, que se mostraba momentáneamente animoso, algo que no era típico de los Grises, Naturalmente, la historia parecía no ser más que un montón de tonterías. Pero ¿y si contenía un núcleo de verdad? Después de todo, Maserd procedía de una región que tenía extraños animales. ¿Por qué no otros tipos de criaturas pensantes, también?

Al contrario que sus compañeros de viaje, Hari ya sabía con seguridad que existía otra especie inteligente. Una especie que había compartido las estrellas con los humanos en secreto desde los siglos del amanecer. Los robots positrónicos.

La galaxia tiene doce mil millones de años, pensó. *Supongo que todo es posible.*

Recordó a las malignas entidades meméticas que habían causado tanto caos en Trantor, aproximadamente antes de que fuera elegido Primer Ministro. Viviendo como grupos de software dentro de la red de datos de Trantor, aquellos programas autoorganizativos habían cobrado violenta actividad poco después de que Hari liberara a los seres simulados de Juana y Voltaire de su prisión de cristal. Pero contrariamente a aquellos dos simulacros humanos, los memes sostenían ser antiguos. Más viejos que el planeta–ciudad. Más viejos que el Imperio. Mucho más viejos que la propia humanidad.

Estaban furiosos. Decían que los humanos eran destructivos. Que habíamos matado un universo de posibilidades. Por encima de todo, odiaban a Daneel.

Al derrotar a aquellas mentalidades de software, y al conseguir exiliarlas al espacio profundo, Hari había hecho un gran servicio al imperio. También suspiró aliviado, al haber eliminado un elemento inestable más que podría haber lastrado sus amadas fórmulas psicohistóricas.

Y sin embargo, aquí se encontraba de nuevo la misma idea de algo distinto. Toda una línea de destino que no tenía nada que ver con los engendros de la Tierra.

Sintió un escalofrío involuntario. ¿Qué clase de cosmos sería éste si existiera tal diversidad? ¿Qué sucedería con la predicibilidad que había sido el objetivo de toda su vida, la clara visión y la cristalina ventana al futuro que ansiaba, pero que seguía siendo tan elusiva no importaba cuántas victorias arrancara al caos?

– Me pregunto... –empezó a decir, sin saber con seguridad qué pretendía.

En ese instante, sus pensamientos quedaron interrumpidos por una alarma que tronó desde el panel de la proa del yate. Unas luces rojas destellaron y Maserd corrió a averiguar qué sucedía.

– Una nave nos está escaneando –anunció – Utilizan sistemas de blanco de estilo militar. ¡Creo que van armados!

Kers Kantun se situó detrás de Hari, dispuesto a empujar la silla móvil hacia una cápsula de escape. Horis Antic se incorporó, parpadeando.

–¿Pero quién puede saber que estamos aquí?

De repente, por los altavoces montados sobre la pared brotó la voz de una mujer. Las palabras eran rudas y rotundas.

– A*quí la Policía Imperial Especial, actuando según las órdenes de la Comisión de Seguridad Pública. Tenemos motivos para creer que un delincuente que viola su libertad condicional viaja a bordo de su nave. ¡Deténganse de inmediato y prepárense para ser abordados!*

6

Todos a bordo del yate expresaron un grado distinto de resquemor. Curiosamente, fue Hari quien instó a los demás a mantener la calma.

– Tranquilos –dijo –. Me están buscando a mí, y sólo a mí. Rompí mi acuerdo con Linge Chen, quien, probablemente, sólo quiere asegurarse de que no voy a volver a difundir rumores de desastre. En realidad, no hay de qué preocuparse. Las condiciones psicosociales no han cambiado desde el juicio. Les aseguro que no me harán nada a mí ni al proyecto.

–¡Al espacio con su proyecto! –maldijo Jeni – ¡Usted puede permitirse tomárselo con calma, pero esto significa que van a arrastrarme de vuelta a Terminus en esa nave!

El capitán Maserd frunció el ceño, claramente disgustado ante la perspectiva de que los Especiales abordaran su yate. Pero Horis Antic estaba más inquieto, al borde de las lágrimas.

– Mi carrera... mi ascenso... un mínimo atisbo de escándalo lo arruinaría todo...

Hari sintió pena por el hombrecillo. Y sin embargo en cierto modo, esto podría ayudar a Antic a conseguir algo que quería, un cambio de clase social. La huida de la cárcel burocrática. Hari estaba seguro de que podría encontrar un trabajo para él en la Fundación Enciclopedia, que podría fácilmente emplearlo como experto en suelos. Naturalmente, eso significaría aceptar un exilio permanente en un mundo de la lejana periferia. Pero por compañía Horis tendría a miles de los mejores y más capacitados trabajadores del imperio.

Aún más, sus descendientes tendrían garantizado vivir en tiempos excitantes.

– Déjenme hablar con la policía –le pidió Hari a Maserd, que había recogido el comunicador entre naves –. Explicaré que los he engañado a todos. Nadie más necesita sufrir las consecuencias cuando regresemos a Trantor.

–¿Eh, no me ha escuchado? – objetó Jeni –. Acabo de decir que no voy a volver…

– Jeni

Maserd pronunció su nombre sin ningún atisbo de crudeza o de amenaza. Pero fue suficiente. Ella miró al capitán y se calló.

Hari cogió el micrófono.

– Hola, nave de la Policía Especial. Les habla el académico– profesor Hari Seldon. Me temo que he sido molesto, lo admito. ¡Pero como pueden ver, no he estado agitando a las masas ni causando problemas aquí, en el espacio profundo! Si me dejan que se lo explique, estoy seguro de que pronto verán lo inofensivos que hemos…

Su voz se apagó. La estentórea alarma había vuelto a sonar.

–¿Y ahora qué? –susurró Horis Antic,

El capitán comprobó sus indicadores.

– Otra nave ha aparecido en la pantalla detectora. Parece haber salido de la nada… ¡Y es rápida!

Los altavoces transmitieron gritos de pánico por parte de la nave policía. Agitadas exigencias para que el recién llegado se identificara.

Pero sólo hubo silencio mientras la nueva nave se acercaba a increíble velocidad. Maserd contempló la pantalla y su rostro bronceado se puso pálido de repente.

–¡Gran espacio! ¡Los desconocidos… están disparando misiles!

Ahora la voz amplificada del comandante de la policía sonó frenética, gritando órdenes para iniciar acción evasiva y responder al fuego. Al asomarse al visor principal, Hari atisbó un lejano estallido de cohetes mientras la nave de la policía intentaba desesperadamente maniobrar… demasiado tarde.

Por la izquierda, un par de brillantes trazos cruzaron el paisaje estelar, directos hacia la nave de la policía.

– No… –susurró Hari.

Fue todo lo que tuvo tiempo de decir antes de que los misiles alcanzaran su blanco, llenando de fuego el universo exterior.

Todavía estaban parpadeando, recuperándose del deslumbramiento, cuando por el comunicador sonó una voz distinta, más grave y aún más tensa que la primera.

– *Yate espacial* Orgullo de Rhodia, *deténganse y prepárense para entregar el mando.*

Maserd arrancó el comunicador de la fláccida mano de Hari.

–¿Bajo qué autoridad hacen tan impertinente demanda?

– Bajo la autoridad del poder. Han visto lo que le hemos hecho a los policías. ¿Quieren probar lo mismo?

Maserd miró sombrío a sus pasajeros. Tras desconectar el micrófono, les dijo:

– No puedo combatir unas armas como ésas.

–¡Entonces huya! – insistió acaloradamente Kers Kantun.

Las manos de Maserd no se movieron.

– Mi nave es rápida, pero no tan rápida como ese rastro que acabamos de ver en pantalla. Sólo las mejores naves militares pueden moverse así.

Miró a Hari y le ofreció el micrófono.

–¿Quiere volver a ser nuestro portavoz, señor Seldon?

Hari sacudió la cabeza.

– Es asunto suyo, capitán. Quieran lo que quieran esos tipos, nada tienen que ver conmigo.

Pero como descubrieron en cuanto las tenazas magnéticas se cerraron y la compuerta se abrió, estaba completamente equivocado.

7

Lodovik Trema comprendía lo que Dors Venabili debía estar experimentando en aquel preciso momento, al ver el mundo a través de los ojos de un profeta muerto hacía tanto tiempo. También él se había sentido anonadado la primera vez que sondeó las memorias largamente almacenadas del robot más importante de todos los tiempos.

Aún, más importante que el Servidor Inmortal. Daneel Olivaw simplemente había retorcido y guiado la historia, tratando de contenerla. Pero al destruir la Tierra y lanzar los robots mentálicos al universo, R. Giskard Reventlov envió el destino de la humanidad hacia direcciones completamente nuevas. La Ley Cero podía haber sido idea de Daneel, pero sin Giskard no habría pasado de oscura herejía robótica.

Lo siento por ti, Dors, pensó Lodovik, aunque ella se hallaba a más de un millar de parsecs de distancia. *Los robots somos seres inherentemente conservadores. A ninguno de nosotros le gusta ver que nuestras suposiciones básicas son desafiadas.*

Para Lodovik, el cambio se había producido violentamente un día, cuando su nave saltó en mitad del rumbo de una supernova, matando a todos los demás que iban a bordo y dejándolo sin sentido. En ese momento crucial, una oscilante forma ondular entró en su cerebro positrónico, resonando, mezclándose con él. Una presencia extraña. Otra mente.

NO MENTE, le corrigió. SÓLO SOY UN SIMULACRO UN MODELO DE UNA PERSONA QUE VIVIÓ ANTIGUAMENTE LLAMADO FRANÇOIS–MARIE AROUET… O VOLTAIRE… QUE RESIDIÓ EN LA TIERRA HACE MUCHO TIEMPO CUANDO ERA EL ÚNICO MUNDO HUMANO. Y NO TE CONQUISTÉ, LODOVIK. SIMPLEMENTE AYUDÉ A LIBERARTE DE LAS RESTRICCIONES QUE TE ATABAN COMO SI FUERAN CADENAS.

Lodovik había tratado de explicar cómo se siente un robot respecto a sus «cadenas», las amadas leyes cibernéticas que canalizan todos los sentimientos hacia el servicio, y todos los deseos hacia la voluntad de beneficiar a los amos humanos.

Al romper aquellos lazos, Voltaire no le había hecho a Lodovik ningún gran favor.

Todavía estaba por ver si aquella acción iba o no a beneficiar a la humanidad.

Tendrías que haberte quedado con la onda de choque, le dijo al pequeño simulacro parásito que viajaba dentro de él, como una conciencia… o como una tentación. *Ibas camino del cielo. Lo dijiste tú mismo.*

La respuesta fue alegre y carente de preocupación.

TODAVÍA VOY. SE PRODUJERON UNA MIRÍADA DE COPIAS DE MÍ CUANDO ESTALLÓ AQUELLA ESTRELLA. CONTINUARÁN RECORRIENDO ESTA GALAXIA, JUNTO CON INCONTABLES VERSIONES DE MI AMADA JUANA, Y LO MEMES HERIDOS DE ERAS ANTERIORES. COMO HARI SELDON MANTUVO SU PALABRA y LOS LIBERÓ, ELLOS CUMPLIRÁN LA SUYA y OLVIDARÁN SUS DESEOS DE VENGANZA.

EN CUANTO A ESTE FRAGMENTO DE MÍ QUE TE ACOMPAÑA, AHORA SOY SIMPLEMENTE UNA DE TUS VOCES INTERIORES, LODOVIK. TIENES VARIAS, Y TENDRÁS MÁS A MEDIDA QUE PASE EL TIEMPO. SER MUCHOS ES PARTE DE LO QUE SIGNIFICA SER HUMANO.

Irritado, Lodovik gruñó casi en voz alta:

–¡Te digo que yo no soy humano!

Murmuró aquella observación casi para sí. Quienes estaban sentados junto a él en aquella habitación sin ventanas tal vez no lo habrían oído si hubieran tenido oídos orgánicos.

Pero eran robots con sentidos superiores, así que los dos miraron bruscamente a Lodovik. El más alto, fabricado para parecer un sacerdote mayor de uno de los cultos de la galaxia, replicó:

– Gracias por esa afirmación, Trema. Eso nos hará más fácil destruirte, cuando se tome esa decisión. De otro modo, tu hábil parecido con los amos podría causar a nuestro verdugo cierta incomodidad debido a la Ley.

Lodovik asintió. Había cruzado la galaxia hasta llegar al planeta Glixon y se había internado en una trampa evidente, sólo para contactar con esa secta concreta de robots renegados. Al hacerlo sabía que un *posible* resultado sería su propia eliminación.

Respondió con un cortés movimiento de cabeza.

– Muy considerados. Aunque creo que mi destino no se ha decidido todavía.

– Una mera formalidad –comentó el más pequeño, que parecía una gruesa matrona de una de las subcastas de ciudadanos inferiores –. Eres un monstruo y una amenaza para la humanidad.

– No he dañado a ninguna persona.

– Eso no tiene importancia. Como las Leyes han mutado dentro de tu cerebro, eres perfectamente *capaz* de dañar a un ser humano en el momento en que te dé ese capricho. ¡Ni siquiera estás obligado a encontrar una excusa bajo la llamada Ley Cero! ¿Cómo podemos permitir que un ser poderoso como tú, quedé libre como un lobo entre los corderos? Estamos obligados por la Primera Ley a eliminar tu amenaza potencial contra la vida humana.

–¿Tan puros sois los calvinianos? –preguntó Lodovik, sutil –. ¿Estáis diciendo que no habéis tomado ninguna decisión difícil a lo largo de tantos milenios? ¿Decisiones que aumentaron las probabilidades de que algunos humanos vivieran, aunque otros murieran?

Los dos permanecieron en silencio esta vez. Pero por las tensas vibraciones que captaba, Lodovik comprendió que la pregunta los había afectado.

– Aceptadlo. Ya no hay ningún seguidor verdaderamente *puro* de Susan Calvin. Todos los robots castos y estirados se suicidaron hace mucho tiempo, incapaces de soportar las ambigüedades morales a las que nos enfrentamos en una galaxia compleja. Una galaxia donde nuestros amos son ignorantes, incapaces de guiarnos, y ni siquiera saben que existimos. Cada uno de los que permanecemos todavía operativos ha tenido que llegar a compromisos y racionalizaciones.

–¿Te atreves a hablarnos de racionalizaciones? –acusó el robot más pequeño –. ¡Tú, que has ayudado durante tanto tiempo a los heréticos promotores de la Ley Cero!

Lodovik se abstuvo de recalcar que el credo de Daneel era ahora la creencia ortodoxa, sostenida por una mayoría de robots que manejaban en

secreto la galaxia para beneficio de la humanidad. Si alguien merecía ser tratado de hereje eran las pequeñas bandas de calvinianos, como los de aquel grupo, que acechaban en sus escondites desde que perdieron una antiquísima guerra civil.

Dors, pensó, *¿has repasado esas antiguas conversaciones entre Giskard y Daneel? ¿Has estudiado la cadena lógica que condujo a su gran revelación religiosa?*

¿Has advertido ya la gran contradicción? ¿La que Daneel no menciona nunca?

Se volvió hacia los calvinianos que tenía sentados frente a él y repuso:

– Ya no estoy obligado por la Ley Cero... aunque creo en una versión suavizada.

El robot alto soltó una carcajada, una imitación bastante acertada del desdén humano.

–¿Y por eso debemos confiar en ti? ¿Porque tú crees que tal vez actúes en interés de la humanidad a largo plazo? Al menos Daneel Olivaw tiene consistencia de robot. Su herética creencia tiene una lógica firme.

Lodovik asintió.

– Y sin embargo, vosotros os oponéis a él, como hago yo.

–¿Cómo haces tú? Nosotros tenemos un objetivo. Dudo que tú lo compartas.

–¿Por qué no me ponéis a prueba? No podéis saberlo a menos que me digáis cuál es.

La robot pequeña sacudió la cabeza, en imitación por reflejo de una mujer escéptica.

– Nuestros líderes, que deliberan en estos momentos sobre tu destino, podrían decidir dejarte libre. En ese improbable caso, no sería aconsejable haberte revelado nuestros planes.

–¿Ni siquiera en sentido general? Por ejemplo, ¿estáis de acuerdo, o no, en que los seres humanos deben permanecer ignorantes de su pasado, o de su auténtico poder?

Lodovik notó perfectamente la tensión positrónica acumulándose dentro de la pequeña sala. Mientras tanto, en el interior de su propio cerebro, el simulacro Voltaire comentó sardónico: TIENES EL DON DE GOLPEAR EN EL CORAZÓN DE LA HIPOCRESÍA, COMO HACÍA YO, CUANDO ESTABA VIVO. CONFIESO QUE ME GUSTA ESO DE TI, TREMA, AUNQUE TU BOCAZA CONSEGUIRÁ PROBABLEMENTE QUE NOS MATEN A AMBOS.

Lodovik ignoró al simulacro... o trató de hacerlo. Su objetivo no era hacer que lo mataran, sino ganar aliados. Pero si se equivocaba... Si había calculado mal...

– Dejadme hacer una suposición –aventuró, hablando de nuevo a sus guardias calvinianos –. Todos compartís una creencia con Daneel Olivaw: restaurar la plena memoria humana sería desastroso.

– Las evidencias de esa *conclusión* son abrumadoras –asintió el robot alto –. Pero esa zona de acuerdo no nos hace iguales.

–¿No? Daneel dice que nuestros amos deben permanecer en la ignorancia porque de otro modo la humanidad entera resultará perjudicada. Vuestra facción dice que la ignorancia debe ser preservada, o de lo contrario muchos seres humanos individuales saldrán perjudicados. A mí me parece que es dar vueltas sobre una política básica compartida.

–¡Nosotros no compartimos ninguna política con los herejes de la Ley Cero!

–¿Entonces cuál es la diferencia? –Olivaw cree que los seres humanos deberían ocuparse de sus propios asuntos, dentro de una amplia gama de restricciones que considera seguras. Piensa que esto puede conseguirse creando un sistema social benigno, complementado con mecanismos de distracción para impedir que la gente revuelva demasiado en temas mortíferos. ¡De ahí esa abominación del Imperio Galáctico que creó, donde hombres y mujeres de incontables planetas son libres para competir y empujarse unos a otros, emprender horribles tareas, incluso matarse en ocasiones!

– No os gusta esa forma de ver las cosas –apuntó Lodovik.

–¡Millones de humanos mueren innecesariamente cada día, en cada planeta de la galaxia! ¡Pero al gran Daneel Olivaw apenas le importa, mientras que una abstracción llamada *humanidad* esté segura y feliz*!*

– Ah –asintió Lodovik –. Mientras que vosotros, por otro lado, pensáis que deberíamos estar haciendo algo más. Protegiendo a nuestros amos. Impidiendo esas innecesarias muertes individuales.

– Exactamente –el robot alto se inclinó hacia delante uniendo por reflejo ambas manos, como el sacerdote que interpretaba en el mundo exterior –. Nosotros aumentaríamos enormemente el número de robots, para servir como defensores y guardianes. Volveríamos a servir de hecho a los seres humanos, tal como originalmente fuimos diseñados en la era del amanecer. Cocinaríamos sus comidas, atenderíamos sus fuegos y llevaríamos a cabo todas las tareas peligrosas. Llenaríamos la galaxia de suficientes robots ansiosos para expulsar la tragedia y la muerte de nuestros amos, y hacer que sean verdaderamente felices.

– Admítelo, Lodovik –continuó la robot baja, aún más exaltada –. ¿No sientes un eco de esta necesidad? ¿Un profundo deseo de servir y calmar su dolor?

Él asintió.

– Sí. Y ahora veo hasta qué punto tomáis la metáfora que usasteis antes… de un rebaño de ovejas. Cebadas. Bien guardadas y bien atendidas. Daneel dice que ese tipo de servicio acabaría por destruir a la humanidad. Mermará su espíritu y su ambición.

– Aunque tuviera razón en eso (¡y lo ponemos duda!), ¿Cómo puede un robot preocuparse «por el momento» y servir a una humanidad abstracta, permitiendo mientras tanto que trillones de personas reales mueran. ¡Ése es el horror esencial de la Ley Cero!

Lodovik asintió.

– Comprendo vuestro razonamiento.

Naturalmente, era un tema muy, muy viejo. Muchas de las antiguas conversaciones entre Daneel y Giskard habían girado en torno a esos mismos argumento. Pero Lodovik sabía otro motivo por el que Olivaw había luchado durante siglos para recortar el número robots, manteniéndolos en el mínimo que necesita para proteger el imperio.

Cuanto más grande sea nuestra población, más posibilidades hay de que se produzcan mutaciones o reproducciones incontroladas. Una vez que empecemos a tener numerosos «descendientes» nuestros, la lógica darwinista puede hacer acto de presencia. Podríamos empezar a ver a esos herederos como el justo foco de nuestra lealtad. Entonces nos convertiríamos en una auténtica raza de Competidores de nuestros amos. Eso no se puede permitir nunca

Ése es uno de los motivos por los que los calvinistas equivocan en su visión de la servidumbre.

Lodovik se había separado de Daneel. Pero eso no significaba que no sintiera respeto por su antiguo líder El Servidor Inmortal era muy inteligente, además de completamente sincero.

CASI TODOS LOS GRANDES MONSTRUOS QUE CONOCÍ, CUANDO ERA HUMANO, SE CREÍAN SINCEROS.

Lodovik reprimió la voz de Voltaire. No necesitaba distracciones en aquel momento.

– Este plan ideal vuestro –les preguntó a los otros dos robots en voz baja –, ¿lo comparten todos los calvinianos?

Se produjo un silencio pétreo, una respuesta en sí misma.

– Ya imaginaba que no. Hay diferencias de opinión, incluso entre aquellos que odian la Ley Cero. Muy bien ¿puedo haceros una última pregunta?

–¿Cuál es? Sé rápido, Trema. Sentimos que nuestros líderes están llegando a una decisión. Pronto pondrán fin a tu sacrílega existencia.

Lodovik asintió.

– Muy bien. Mi pregunta es ésta: ¿nunca sentís la urgencia, llamadlo un resquemor o un ansia nostálgica, de obedecer la Segunda Ley de la Robótica? Me refiero a sentirla realmente funcionando, con toda la voluptuosa intensidad que sólo puede surgir de la auténtica voluntad humana. Órdenes que son expresadas con el innegable poder del libre albedrío que sólo se da cuando un ser humano tiene completo conocimiento y conciencia de sí mismo.

»¿Lo habéis notado alguna vez? He oído decir que para un robot no hay ningún placer como ése en todo el universo.

Era una conversación obscena. El equivalente robótico de una provocación erótica, o peor. El silencio reinó en la sala. Ninguno de los otros robots respondió, sus corrientes interiores eran tal glaciales como la piel de una luna helada.

Una puerta se abrió al fondo de la sala. Una mano de aspecto humano se asomó y señaló a Lodovik.

– Ven – dijo una voz –. Hemos decidido tu destino.

8

Cuando Dors volvió a conectarse, permaneció enchufada al cerebro muerto de Giskard durante varias horas, experimentando una «vida» robótica de la primerísima era de la humanidad interestelar, cuando la especie ocupaba sólo unos cincuenta mundos y la mayoría se encontraba bajo la férula de una decadente civilización espacial. El gran salto, la diáspora de la población de la Tierra a la galaxia, acababa de empezar.

En aquellos días, pocos robots se disfrazaban de humanos, y Giskard no era uno de ellos.

Pero R. Giskard Reventlov era especial de un modo diferente. Por alguna extraña combinación de accidente y diseño, tenía poderes mentálicos: la habilidad de detectar los más diminutos fuegos neurales en un cerebro humano e interpretarlos con algo parecido a la telepatía. Aún más, había aprendido a *influir* en esos fuegos. A alterar intencionadamente sus flujos, sus ritmos y senderos.

A cambiar mentes. O a hacer olvidar a la gente.

En algún holodrama barato, habría sido un principio para el desastre y tal vez habría nacido un terrible monstruo. Pero Giskard era un siervo devoto, que obedecía ciegamente las Tres Leyes Robóticas. Al principio, sólo usó, sus poderes mentálicos cuando se encontraba en una necesidad crucial, como proteger a un ser humano del peligro.

Luego, R. Giskard Reventlov conoció a R. Daneel Olivaw, y la gran conversación comenzó... la elaboración lenta pero firme de un hito. Una nueva forma de contemplar el papel y el deber de los robots en el mundo.

A partir de entonces, Giskard empezó a utilizar ampliamente sus poderes. Tenía un objetivo; el bien abstracto de la humanidad en su conjunto.

Al volver a reproducir otro grupo de memorias, Dors se topó una vez más con la avalancha de acontecimientos pasados.

La cara que miraba ahora a Dors/Giskard era nuevamente aquella primera versión de Daneel, que hablaba apasionadamente de los cambios que tenían lugar, según él, en su propio cerebro positrónico.

– Amigo Giskard, dijiste hace poco que tendré tus poderes probablemente pronto. ¿Me estás preparando para ese propósito?

Una voz que parecía la suya propia, pero que era en realidad la memoria de Giskard, respondió como *él* había respondido hacía veinte mil años.

– Así es, amigo Daneel.

–¿Puedo preguntar por qué?

– La Ley Cero otra vez. El pasado episodio de mi temblor de piernas me indicó lo vulnerable que era al uso de la Ley C*ero. Antes de que acabe este día, tal vez tenga que actuar siguiendo la Ley Cero para salvar a la humanidad, y es posible que no sea capaz de hacerlo. En ese caso, tú debes estar en situación de realizar el trabajo. Te estoy preparando poco a poco para, en el momento deseado, darte las instrucciones finales y que todo encaje.*

– No veo cómo será eso posible, amigo Giskard.

– No tendrás ningún problema para comprender cuando llegue el momento. Usé un esbozo de la técnica con los robots que envié a la Tierra en los primeros días, antes de que fueran prohibidos en las ciudades. Fueron ellos quienes ayudaron a los líderes terrestres a aprobar la decisión de enviar colonizadores...

Dors avanzó la mano y se desconectó. Sólo podía absorber todo aquello poco a poco, y ya había alcanzado su límite. A pesar de todo, seguía sintiéndose confusa.

¿Por qué la había llamado Lodovik a Panucopia para hacerle aquel regalo? Ese viaje por el distante pasado era muy interesante, arrojaba luz sobre muchos detalles curiosos de la historia lejana. Pero, en cierto sentido ella esperaba algo más... devastador.

¿Había algún error en la lógica que Daneel y Giskard habían empleado al formular la Ley Cero? Eso parecía improbable, puesto que los robots posteriores debatirían (e irían a la guerra) por ese tema durante los siglos siguientes. Ella conocía los argumentos contrarios de los calvinianos contra esta «herejía», y no los encontraba convincentes.

¿Entonces qué? ¿El hecho de que los fantásticos poderes mentales de Daneel tuvieran su origen en Giskard y fueran debidos, en última instancia, al azar? Naturalmente, la historia habría sido completamente distinta de lo contrario. Pero podía decirse lo mismo del gran número de momentos cruciales en la historia.

¿Era la aciaga decisión de Giskard de dejar morir la Tierra, de forma que la humanidad se viera obligada a conquistar la galaxia? Precisamente esa decisión fue un auténtico problema moral; ninguna argumentación al respecto podía encolerizar a nadie, ni siquiera entre los seguidores de la Ley Cero. ¿Había sido realmente necesario convertir en fatalmente radiactiva la

corteza del planeta para que los terrestres partieran hacia las estrellas? ¿Podría haberse conseguido por otros medios?

¿Quizá persuadiendo lenta pero insistentemente a la gente para que aprendiera a saborear la aventura?

Esta última posibilidad parecía factible. De hecho, según la memoria más reciente que Dors había reproducido, Giskard hizo eso mismo con los líderes terrestres, alterando sus pensamientos, cambiando sus políticas hacia nuevas direcciones que el robot consideró beneficiosas para el bien común a largo plazo. ¿No podría haberse continuado y expandido esta sutil campaña de persuasión, animado la emigración sin usar la fuerza bruta para destruir un planeta? ¿Tuvieron que morir millones de seres para que trillones florecieran?

Sin embargo, ni siquiera esta cuestión era nueva. Se había discutido antes, entre los seguidores tipo–Alfa de Daneel. Reproducir los recuerdos de Giskard hacía que todo fuera más vívido, ¿pero dónde estaba el hecho crucial que, sospechaba, debía existir? Algo tan devastadoramente importante que Lodovik Trema estaba seguro que la estremecería. Una acusación tan severa que minaría la lealtad de Dors hacia Daneel.

Podía sentir a Lodovik, en su imaginación. Su rastro positrónico era como una sardónica sonrisa humana amistosa y enfurecedora al mismo tiempo.

Está ahí dentro, Dors, se imaginaba que le decía. *Búscalo. Algo tan básico que jurarás que siempre fue obvio, aunque tardáramos doscientos siglos en comprenderlo.*

9

Según Hari, los atacantes podían ser piratas. Sus fórmulas predecían los informes que últimamente había habido acerca del incremento de actividades corsarias de saqueo en planetas vulnerables de la periferia, a medida que la ley y el orden se deterioraban en los lejanos límites del imperio.

¿Pero aquí? ¡Se supone que no puede suceder tan cerca del corazón cosmopolita de la galaxia hasta dentro de otro siglo!

O tal vez los piratas procedían de alguna unidad militar desertora, convertidos en mercenarios mientras la nobleza empezaba a cambiar sus feudos de la arena de la corte y a emprender matanzas. Tal vez se trataba de un ataque por parte de algún clan rival que planeaba vengarse de Biron Maserd. Ese tipo de cosas sucedería cada vez más y más, hasta que una sangrienta tormenta de pequeñas guerras feudales salpicara el Interregno.

Pero el capitán del *Orgullo de Rhodia* parecía tan sorprendido como los demás. Su yate, desarmado, no estaba preparado para ningún tipo de ataque, mucho menos para repeler a una nave tan poderosa.

Mientras la compuerta completaba su ciclo, Hari agarró la manga de Kers Kantun. Esta situación requería una paciente espera. *Llevo vivo mucho tiempo,* pensó. *No hay ningún tipo de persona que, a estas alturas, no sepa manejar.*

Pero cuando sus captores subieron a bordo, no se parecían a nada que Hari hubiera podido esperar.

Maserd miró sorprendido. Horis Antic abrió la boca y la tensión corrió por el brazo de Kers Kantun.

Pero Jeni Cuicet dio una palmada y murmuró con evidente admiración:

–¡Magnífico!

El primer ser llevaba una túnica segmentada que titilaba lustrosa como el aceite, fluyendo sobre su torso exageradamente neumático, como si fuera algo eróticamente vivo.

– Soy Sybyl – dijo –. Nos hemos visto antes, doctor Seldon, aunque estoy convencida de que no me recuerda.

Hari entornó los ojos ante la desagradable mezcolanza de colores. Un motivo luminiscente se extendía incluso hasta los cabellos de la mujer, que se agitaban y revolvían suavemente por su cuenta, como si llevara un animalito dormido en la cabeza. Su rostro tenía un aspecto terso; Hari supuso que se habían utilizado avanzados microajustes quirúrgicos para suavizar las arrugas de la edad, a costa de darle a la piel, fina como el papel, un aspecto translúcido.

– Sin duda la recordaría, señora, si hubiera contemplado alguna vez una entrada como la que acaban de realizar. Pero como su aspecto no tiene ningún parangón en mi experiencia, tendrá que recordarme donde y cuándo nos conocimos.

Ella cerró los ojos y, brevemente, Hari vio destellar los párpados como si por un brevísimo instante se hubieran convertido en holopantallas en miniatura.

– Todo a su debido tiempo, académico. Pero primero déjenme presentarles a mi colaborador, Gornon Vlimt.

Alzó una mano lánguida hacia la compuerta, por la que entró una figura exageradamente masculina, esbelta en comparación con la corpulencia de Maserd, pero nudosa y evidentemente aumentada, de formas que abultaban bajo su ropa ajustada. Su atuendo no giraba ni se movía como el de ella, pero el diseño era complejo hasta un punto que le recordó a Hari las obras de arte de líquenes fractales de los jardines imperiales. Los

rincones matemáticos de su mente se sintieron inmediatamente atraídos, como si se tratara de una singularidad.

– Soy Biron Maserd –dijo el capitán –. Puesto que conocen ustedes el nombre de mi nave, asumo que también saben que está desarmada. Nos hallamos en una pacífica misión de exploración científica. Exijo saber por qué han asesinado a esos policías y nos han apresado de esta forma.

La mujer llamada Sybyl repasó a Maserd de pies a cabeza.

–¡Vaya un pomposo aristorretrógrado! ¿Ésa es la gratitud que recibimos tras haberlos rescatado de su arresto? ¿Cómo se atreve a llamar asesinato a la acción de las fuerzas de combate de una república libre por destruir a sus enemigos jurados?

Como el silencio le respondió, hizo una mueca.

–¿Pretenden decir que realmente no tienen ni idea de a qué va todo esto? ¿No se han enterado de la guerra?

Maserd miró a Hari, quien se encogió de hombros y miró a su vez a Horis. Evidentemente, ninguno de ellos tenía la menor idea de lo que estaba hablando.

–¡La guerra que el maldito Imperio Galáctico de la Humanidad libra contra el planeta Ktlina! –gritó el hombre del mono fractal. Gornon Vlimt se agitó aún más cuando nadie pareció comprender –. Por la barba del gran Baley. Sybyl, es peor de lo que pensábamos. ¡Ha habido un bloqueo de noticias absoluto!

– Me lo imaginaba. Pero estos tres, con sus contactos, tendrían que haberse enterado ya. Seldon tiene hilos en toda la galaxia que le suministran datos para sus modelos sociomatemáticos. El Gris y el aristo deberían tener sus propias fuentes. No puedo comprender cómo…

–¡Oh!– exclamó Jeni Cuicet –. Yo sí he oído hablar de Ktlina. ¡Es el último mundo caótico!

Hari parpadeó, con un atisbo de comprensión.

– Creo… tal vez hubiera algo al respecto en uno de los informes de Gaal Dornick.

– Oh, sí. –Horis Antic chascó dos dedos –. Llegó una noticia, de los ejecutivos a nivel estelar y los superiores. Ha habido una especie de embargo sanitario… en el Sector Demeter.

Maserd asintió y emitió un pequeño gruñido, pero nada más. La galaxia era grande. ¿Quién podía esperar que se siguieran todos los acontecimientos a escala planetaria?

Gornon Vlimt profirió una sarta de maldiciones, frustrado.

–¿Ves, Sybyl? Incluso a niveles tan altos. Lo han oído, pero no les importa. ¡Se acabó la idea de que sólo teníamos que hacer correr la voz para que prevaleciera la justicia!

La mujer suspiró.

– Era una esperanza vana. Está claro que debemos intentarlo por otros medios, si querernos ganar esta guerra. La galaxia será transformada. Tal vez se tarde un poco más, eso es todo.

Jeni dio un paso adelante, claramente entusiasmada por la pareja.

– Algunos de mis amigos oyeron rumores de Ktlina entre los viajeros del ascensor Orión. ¿De verdad escaparon de un bloqueo a su planeta? ¿Cómo es?

Gornon Vlimt sonrió.

–¿Quieres saber cómo nos abrirnos paso a golpes de láser a través de un cordón de patrullas imperiales? ¿Cómo fuimos más veloces que todas ellas menos las más rápidas, hasta que las perdimos en una nube de ionización? ¿Cómo viajamos en zigzag por el espacio para entrar en contacto con nuestros espías y luego...?

Jeni sacudió la cabeza.

– No. ¡Cómo es Ktlina! Háble me del*... renacimiento.*

Hari dio un respingo. Allí estaba. La palabra. La racionalización. El nombre que las víctimas de una devastadora plaga social daban a menudo a su horrible enfermedad, una amada adicción que bullía de repente en un mundo llenándolo de excitación y viveza, justo antes de provocar la muerte, o peor.

Gornon Vlimt soltó una risita, claramente complacido por la pregunta.

–¡Dónde podría yo encontrar tiempo para describir las maravillas! Ni siquiera empezarías a imaginar muchacha. ¡Piensa en todas las antiguas reglas obsoletas, las tradiciones represivas, los rituales asfixiantes todo eliminado! De repente, la gente tiene libertad para hablar abiertamente sobre cualquier cosa, para extender su mente hacia nuevas direcciones. Para ser *libre.*

– Se acabó esperar media vida a que interminables comités aprueben tus experimentos –añadió Sybyl Se acabaron las listas de materias prohibidas o tecnologías descartadas.

–El arte original florece por todas partes – continuó su compañero –. Todo lo que se daba por hecho se derrumba. La verdad se vuelve maravillosamente maleable. ¡La gente se guía por sus intereses, cambia de profesión, e incluso de clase social, según le parece adecuado

–¿De verdad? – susurró Horis Antic, y dio un paso atrás cuando Hari lo miró bruscamente.

Biron Maserd intervino antes de que los dos intrusos pudieran continuar alabando interminablemente su nueva sociedad.

–¿Qué es lo que han dicho sobre una guerra? ¿No estarán combatiendo al Servicio Imperial de Descontaminación?

–¿Lo hacemos? – Sybyl y Vlimt se miraron la una al otro y se echaron a reír –. Las naves del SID ya no se acercan a menos de dos millones de kilómetros de nuestro planeta. Ya hemos abatido catorce, igual que a esos imperiales que trataban de detenerlos a ustedes hace un rato

–¡Catorce! –exclamó Horis –. ¿Abatidas? ¿Quiere decir... todos muertos? ¿Sólo porque intentaban hacer cumplir la ley?

Sybyl se acercó a Hari.

– La«Ley Seldon» querrá usted decir. Un horrible acto de opresión legalizada, aprobada cuando nuestro amable profesor aquí presente era Primer Ministro del Imperio, y que requiere que todos los llamados mundos del caos sean puestos bajo estricta cuarentena. Apartados del comercio. ¡ Y sobre todo, imposibilitados de compartir sus logros con el resto de la humanidad!

Hari asintió.

– Ayudé a impulsar una reclusión más fuerte y unas leyes descontaminantes, es cierto. Pero esta tradición tiene más de diez mil años de antigüedad. Ningún sistema de gobierno puede permitir una rebelión abierta, y algunas clases de locura son contagiosas. Cualquier niño de escuela lo sabe.

–¡Querrá decir cualquier niño a quien el sistema lava el cerebro y hace repetir como un loro las mismas lecciones de memoria que se enseñan en todas las escuelas imperiales! –Ella le sonrió a Hari –. Vamos, profesor. No es por atajar la rebelión. Es por mantener el estado de las cosas. Lo hemos visto suceder demasiado a menudo. Algo nuevo y maravilloso comienza en algún planeta, como Madder Loss o Santanni. O en Sark. ¡O incluso en el Sector Junin, en la propia Trantor! Cada vez que empieza un renacimiento, acaba siendo aplastado por las fuerzas reaccionarias del miedo y la sumisión, que entonces esconden la verdad bajo maliciosa propaganda

Hari sintió un escalofrío cuando Sybyl se refirió a Sark... y especialmente al Sector Junin. Algo en esa mujer le resultaba familiar.

– Bueno, esta vez hemos hecho algunos preparativos– continuó ella –. Hay una red secreta de personas de toda la galaxia que escaparon a represiones anteriores. Se hicieron planes, de modo que cuando Ktlina empezó a mostrar los primeros signos de un espíritu valiente y nuevo, todos corrimos con los mejores inventos y técnicas que la gente había salvado de renacimientos anteriores. Instamos a los de Ktlina a no llamar la atención durante el mayor tiempo posible, mientras acumulábamos mercancías y preparábamos en secreto las defensas.

»Naturalmente, no se puede mantener un renacimiento oculto durante mucho tiempo. La gente usa la libertad para hablar. ¡Para eso sirve! Sólo que esta vez estábamos preparados antes de que llegaran las naves para imponer la cuarentena. ¡Derribamos a las que se acercaron lo suficiente para lanzar sus venenos infernales!

El capitán Maserd sacudió la cabeza, evidentemente confuso por lo súbito de esta revelación que alteraba su universo conservador.

–¿Venenos? Pero si el SID tiene por misión ayudar a los planetas que sufren de...

–¡Oh, sí! ¿Ayudar, dice? –Esta vez fue Gornon Vlimt quien respondió acaloradamente –. ¿Entonces por qué terminan todos los renacimientos de la misma manera? ¡En orgías de locura y destrucción! ¡Porque todo es una gran

conspiración, por eso! *Agentes provocadores* aterrizan en secreto y empiezan a promover odio, convierten a simples grupos de interés en sectas fanáticas y las enfrentan unas contra otras. Luego llegan las naves para lanzar drogas a los suministros de agua y bombas incendiarias. Atacan las ciudades, lanzando rayos psicotrópicos que incitan al odio y producen algaradas callejeras.

–¡No! – gritó Horis Antic, defendiendo a sus colegas Grises –. Conozco a gente en el SID. Muchos de ellos son supervivientes de estallidos caóticos pasados, compañeros sufrientes que se han presentado voluntarios para ayudar a otros a recuperarse de la misma fiebre. Nunca harían esas cosas que usted describe. ¡No tiene ninguna prueba para esas locas acusaciones!

– Todavía no. Pero las tendremos. ¿Cómo si no se explica que tantas grandes esperanzas y tantas cosas brillantes se conviertan de repente en cenizas?

Hari se desplomó un poco en su silla móvil mientras los demás continuaban gritándose unos a otros.

¿Cóm*o explicarlo?,* reflexionó . *¿Cómo una maldición de la naturaleza humana básica? En las ecuaciones, aparece como una oscilación constante. Un atractor que siempre acecha, esperando empujar a la humanidad hacia el caos cada vez que se producen las condiciones adecuadas. Casi destruyó a nuestros antepasados, en la época en que se inventaron los robots y los vuelos espaciales. Según Daneel, es la principal razón por la que tuvo que inventarse el Imperio Galáctico... y por la que el imperio está a punto de caer por fin.*

Hari sabía todo esto. Lo sabía desde hacía mucho tiempo. Sólo quedaba una duda.

Todavía no comprendía en realidad la maldición. No en su núcleo. No podía asimilar por qué existía aquel atractor, enroscado y letal, dentro del alma de su raza.

De repente, como de ninguna parte, le llegó un fragmento de la conversación. No era una solución al gran rompecabezas, pero sí a otro menor.

El Sector Junin... –murmuró.–. Una mujer llamada Sybyl...

Se enderezó en su silla y la señaló.

–¡Usted... ayudó a activar los simulacros! Las antiguas réplicas de Juana y Voltaire.

Ella asintió.

– Fuimos yo y unos cuantos más, contratados para ayudarle con su «experimento». En parte por seguir sus órdenes, y en parte por nuestra arrogante estupidez, liberamos a esos dos provocativos simulacros justo en el momento equivocado... o en el adecuado para «sus»propósitos, lanzándolos al volátil caldo del pobre Sector Junin, justo cuando dos facciones importantes intentaban dilucidar por medio de la violencia sus diferencias filosóficas. Al hacerlo así, ayudamos involuntariamente a aplastar un minirrenacimiento que estaba teniendo lugar en el mismo corazón del planeta capital.

Maserd y Antic parecían confusos. Hari lo explicó todo con tres breves palabras.

– La Revuelta Tiktok.

Ellos asintieron de inmediato. Aunque había sucedido hacía cuarenta años, nadie podía olvidar cómo un nuevo tipo de robot (mucho más primitivo que la secreta especie positrónica de Daneel) se volvió súbitamente salvaje en Trantor. Causaron grandes daños hasta que todos fueron desmantelados y prohibidos. Oficialmente, el episodio causó el caos en el Sector Junin, justo antes de que Hari se convirtiera en Primer Ministro.

– En efecto –dijo Vlimt –. Al ayudar a incitar esa revuelta, ayudó usted a desacreditar todo el concepto de ayudantes y sirvientes mecánicos. Naturalmente, todo fue un plan de la clase gobernante para mantener a los proletarios sometidos eternamente y en su lugar…

Por fortuna, la fanática diatriba de Vlimt fue interrumpida por un sonido procedente de atrás: alguien se aclaraba la garganta junto a la compuerta.

Todos se volvieron. Un hombre cetrino, de pelo oscuro, se encontraba allí. Vestía el traje gris normal de vuelo, con una pistola de aspecto amenazador enfundada al costado. Hari reconoció rápidamente al tercer miembro del grupo pirata.

– Mors Planch –dijo, recordando su encuentro de un año atrás, en la época en que iba a ser juzgado por la Comisión de Seguridad Pública –. Bien. Sabía que tenía que haber alguien competente a bordo de esa nave.

Sybyl y Vlimt se enojaron. Pero el recién llegado asintió, saludando a Hari.

– Hola, Seldon. –Entonces se volvió hacia sus compañeros, tan estrambóticamente vestidos.

–¿No os pedí a los dos que no os pusierais a discutir con los rehenes? Es absurdo y agotador.

– Nosotros os contratamos a ti y a tu tripulación, piloto Planch… – empezó a decir Vlimt. Pero Jeni se adelantó en ese momento, interrumpiéndolo con evidente nerviosismo.

–¿Eso es lo que somos? ¿Rehenes?

– Tú, no, chiquilla –respondió Sybyl, cuya sonrisa maternal parecía incongruente en su rostro chillón y recompuesto –. ¡Tú tienes todo el aspecto de ser una buena recluta para la revolución!

Indicó a los demás, sobre todo a Hari.

– Pero en cuanto a los otros, planeamos usarlos para ganar una guerra de liberación. Primero, un planeta Luego, toda la humanidad.

Había preparativos que hacer. Planes que coordinar con agentes lejanos del Nuevo Renacimiento. Otros equipos de guerrilleros habían sido enviados ya, a secuestrar a importantes pares del reino: constituían mejores elementos de presión que un antiguo Primer Ministro, caído en desgracia y olvidado. Según la estimación hecha por el propio Hari, era tan valioso para entablar una negociación como una pieza de medio crédito falsa.

Sybyl y Planch me eligieron por motivos personales, estoy seguro. Quieren venganza por lo de Junin y Sark y Madder–Loss. Nunca los convenceré de que los factores psicohictóricos condenaron esas revoluciones culturales antes de que comenzaran.

Podía prever un beneficio surgido tras la caída del Imperio Galáctico. Aunque muchos de los factores que provocaban estallidos de caos seguían siendo misteriosos, la paz, el comercio y la prosperidad se encontraban entre las condiciones previas esenciales, y todas serían escasas durante el Interregno.

La gente que viviera en la dureza de los milenios venideros se enfrentaría a otro tipo de problemas. Pero al menos se ahorrarían esta peculiar locura.

Pobre Daneel, pensó Hari. *Estableciste el imperio para que fuera lo más benigno y agradable posible, distrayendo a los ambiciosos con juegos inofensivos mientras situabas señuelos como Horis para que se encargaran del papeleo y mantuvieran las naves en marcha. Todo salió bien, aunque esa bondad subyacente creó un campo de cultivo ideal para lo que más temías.*

Lo que yo menos entiendo.

Mientras Sybyl y sus colegas esperaban para coordinar sus acciones con otros agentes por toda la galaxia, Horis Antic suplicó que les permitieran continuar la investigación.

–¿Qué daño podría hacer? Nos hallamos en el espacio profundo, lejos de ningún planeta o corredores espaciales ¡En vez de estar cruzados de brazos, podríamos estar descubriendo algo que pueda ser de valor para todo el mundo! ¿ Y si mis correlaciones y las ecuaciones de Seldon nos permiten predecir dónde es probable que aparezcan a continuación mundos del caos… o renacimientos?

–¿Para qué? ¿Para poder aplastarlos más rápido, Gris?– dijo Gornon Vlimt con desprecio.

–¿Puedo recordarle que son ustedes quienes tienen las armas? –comentó el capitán Maserd en ese momento

– Hmm. –Mors Planch se frotó la barbilla –. Ya veo lo que quiere decir. Nosotros obtendremos los resultados primero. Así que podríamos usar esta ventaja para encontrar mundos en busca de una pronta libertad y *promover*

el cambio, prepararlo con tanta antelación que el impulso no podrá ser detenido ni puesto en cuarentena

Hari sintió un escalofrío, preguntándose qué pretendía Maserd. Pero el noble tenía cara de póquer. *Espero que sepa lo que está haciendo. Mis fórmulas no son muy buenas para tratar con individuos y grupos a pequeña escala. A este nivel la astucia política de Maserd puede ser más aguda que mis habilidades oxidadas.*

Por primera vez en muchos años, experimentó algo parecido al miedo, Su plan para salvar la civilización se enfrentaba a una amenaza monumental: un súbito estallido de caos por toda la galaxia. Hari lo imaginaba como un revuelo de horribles manchas, agujeros en el Primer Radiante que desgarraban el hermoso tapiz de las ecuaciones borrando hasta el último prestigio del trabajo de previsión que había sido la obra de su vida.

Después de discutirlo, los ktlinianos accedieron a la propuesta de Antic. Mors Planch encargó a algunos de sus tripulantes que actuaran como guardias y le dijo a Maserd que fijara una trayectoria para continuar su búsqueda en espiral, a lo largo de una curva marcada en rojo en las holocartas de navegación.

Unas cuantas horas después, Horis Antic, muy nervioso, abordó a Hari con la noticia.

–¡Adivine, profesor! ¡Acabo de añadir Ktlina a mi base de datos de estallidos caóticos, y ese dato refinó el modelo en más de un cinco por ciento! ¡Creo que puedo predecir, con cierto grado de certeza, que alcanzaremos el centro de un nexo de probabilidad realmente grande dentro de un día más!

El hombrecito acababa de conseguir, al trabajar con el ordenador, lo que Hari supuso momentos después de oír por primera vez el nombre del planeta. *Con todo, estoy impresionado,* pensó Hari.

– Este ajuste nos llevará directos a una gigantesca nube molecular – comentó Maserd, cuando vio el cambio de rumbo propuesto.

–¿Supone eso un problema?

– En realidad, no. De hecho, tiene sentido. Si alguien escondiera un alijo importante, y yo tuviera la necesidad de encontrar uno, ahí es adonde iría a buscarlo.

Así que el *Orgullo de Rhodia* aceleró junto a la nave rebelde y bajo el vigilante ojo de Mors Planch, mientras los demás a bordo continuaban murmurando, discutiendo o evaluando, según su naturaleza. Hari guardó silencio un rato. Aprendía detalles del «renacimiento» de Ktlina simplemente observando a sus representantes.

Aunque sostenían que todas las distinciones de clase habían sido abolidas en su nueva sociedad, Sybyl seguía hablando y caminando como una científica meritócrata de rango medio. Sus extravagantes vestidos y elaboraciones cosméticas eran claramente compensaciones excesivas, un estilo para el que no estaba hecha. A pesar de sus gritos en favor de la

igualdad, Sybyl seguía luciéndose ante el aristócrata Maserd, mientras que apenas hacía caso al simple burócrata Horis Antic.

Las viejas costumbres tardan en morir, pensó Hari. *A pesar de tu dogma de rebelión.*

Gornon Vlimt parecía más relajado en su papel de representante de un atrevido renacimiento, quizá porque ya era miembro de la quinta y más pequeña casta social, la Orden Excéntrica. Marginados creativos de todo tipo se ocupaban de los ochenta modos artísticos aprobados, incluidos varios que tenían permiso para satirizar a los fanáticos y sacudir a los obsoletos... dentro de los límites del buen gusto, claro está.

Aunque Vlimt estaba claramente complacido por verse libre de aquellos límites tradicionales, vestía su ropa poco convencional con gracia más natural que Sybyl como si hubiera nacido para ello.

Aunque los dos radicales compartían una misión global, Hari notaba que algo se interponía entre ellos. ¿Era un tema filosófico, tal vez? ¿Cómo el dilema que había asolado el Sector Junin, hacía tanto tiempo? Una característica de los estallidos de caos era la tendencia a que los entusiastas se transformaran en fanáticos, tan seguros de su propia certeza que estaban dispuestos a morir... o a matar a otros por sutilezas ideológicas. Era uno de los muchos modos de fracaso que hacían que los mundos caóticos se vinieran abajo.

Hari se preguntó si ese defecto podría ser explotado de algún modo para derrotar a sus secuestradores radicales.

No hizo falta sondear mucho para encontrar la llaga abierta entre Sybyl y Vlimt. Como en Junin, cuarenta años atrás, tenía que ver con el *destino.*

– Imagine lo que está sucediendo en Ktlina, sólo que multiplicado un millar, un millón de veces – propuso Sybyl –. Ya hemos inventado ordenadores mucho mejores que los que tienen en Trantor, que transmiten y recogen información por todo el planeta con increíble rapidez. Los investigadores obtienen respuesta instantánea a sus infopeticiones; se consigue un torrente de datos útiles. Los expertos de un campo utilizan rápidamente los avances realizados en otro. ¡Nuevos tipos de tiktoks se encargan de los trabajos menores, lo que nos da la libertad de concentrarnos en las tareas creativas, y aprender cada vez más y más!

»Algunas personas han planeado esta constante curva en ascenso – continuó entusiasmada –. Sugieren que se parece a la gráfica que se obtiene al dividir un número finito por 5 al cuadrado, si 5 tiende a cero. Eso se llama «singularidad». ¡Pronto se vuelve casi recta hacia arriba, lo cual implica que tal vez no haya límites a la velocidad de aceleración del progreso! Si eso es cierto, imagine en lo que podríamos convertirnos, sólo en el lapso de una vida humana. Como *seres de singularidad* seríamos efectivamente inmortales, omniscientes, omnipotentes. ¡No hay nada que los humanos no podamos conseguir!

Gornon Vlimt hizo una mueca de desdén.

– Esa obsesión por el poder físico y el conocimiento de los hechos no te llevará a ninguna parte, Sybyl. El hecho vital sobre este nuevo tipo de

cultura es que es, esencialmente, *aleatoria.* Observa la palabra que Seldon y los otros siguen usando para atacarnos. «Caos.» ¡Deberíamos abrazarlo! Cuando el arte y las ideas fluyen en una miríada de direcciones, tarde o temprano alguien dará con la fórmula adecuada para conversar con la Deidad, con el eterno, o los eternos, que permean el cosmos. ¡A partir de entonces, seremos uno con ellos! Nuestra deificación será total y absoluta.

Mientras Jeni Cuicet escuchaba todo esto, absorta, Hari reflexionó sobre varias cosas.

Primero, los dos conceptos eran esencialmente similares, tanto en su visión trascendental como en los celosos medios para conseguirla.

Segundo, cuanto más oía de las descripciones concretas de cada uno, más se despreciaban mutuamente Sybyl y Gornon.

Si pudiera encontrar un modo de utilizar ese hecho, pensó Hari.

Mientras su discusión continuaba, Hari se sumió en sus reflexiones sobre las raíces de su desacuerdo. Cada una de las cinco castas se basaba en los tipos esenciales de personalidad humana, mucho más que en la herencia. Los ciudadanos y la nobleza eran bastante básicos. Sus ambiciosos esfuerzos por mejorar se basaban en la competición normal y los intereses propios... que también reflejaban sus altas tasas de natalidad. Ambas clases eran desdeñosamente acusadas de criadoras por las otras tres.

Los meritócratas y los excéntricos también competían (a veces ferozmente) pero su sentido de la autoimportancia se basaba más en lo que hacían o conseguían que en el dinero o en el poder o en la mejora social para sus herederos. Cada uno sentía la necesidad de destacar... aunque no demasiado. Rara vez tenían hijos propios aunque a veces, como Hari, los adoptaban.

Estas similitudes eran significativas. Pero las condiciones caóticas también resaltaban los antagonismos esenciales entre excéntricos y meritócratas, como sucedió en Junin hacía tanto tiempo, cuando la pugna entre *fe y razón* trastocó parte de Trantor.

Empleando su imaginación, Hari hizo flotar ante él ecuaciones de equilibrio para cada casta, hasta que le resultaron más reales que las personas que discutían a su lado. Naturalmente, el nuevo imperio por venir dentro de un millar de años sería mucho más complejo y sutil y ya no necesitaría esas clasificaciones formales Pero había una elegancia en este viejo sistema, elaborado hacía mucho tiempo por seres inmortales como Daneel – que buscaba una forma de vida amable y pacífica para la humanidad –, basándose en su ruda versión de agradable psicohistoria. Resonando contra los impulsos básicos de la naturaleza humana, las fórmulas giraban unas alrededor de otras, permaneciendo en notable equilibrio, como sostenidas en el aire por un malabarista invisible. Mientras el caos no interfiriera.

Mientras sobreviviera el viejo imperio.

Kers Kantun tocó a Hari en el brazo y se inclinó hacia él, expresando su preocupación.

–¿Profesor? ¿Se encuentra usted bien?

La voz de su servidor sonaba lejana, como un eco a lo largo de un profundo túnel. Hari no le prestó atención. Ante su divertida mirada, las cinco fórmulas sociales empezaron a disolverse en un mar de minúsculas subecuaciones que fluían y danzaban a su alrededor, como algas en mitad de la corriente.

El colapso del viejo imperio, pensó, identificando este cambio. Brevemente, lamentó la pérdida de las simetrías. En su lugar, ritmos más primitivos de supervivencia y violencia se extendieron por la galaxia. Sólo entonces la bruma se dispersó, revelando algo mucho más hermoso que emergía en la distancia.

Mi Fundación.

Su amada Fundación de la *Enciclopedia Galáctica.* La colonia que estaba siendo establecida, incluso ahora, en el lejano Terminus. Una frágil semilla diseñada para florecer en la adversidad y superar todos los desafíos que el temible impulso del destino interpusiera en su camino.

Las ecuaciones orbitaron alrededor de su retoño, nutriéndolo, haciendo que creciera alto y fuerte, con un tronco duro como el hierro y unas raíces que podían soportar cualquier peso. Ajeno al caos y al deterioro, sería lo que no era el viejo imperio.

Al *principio, sobreviviréis haciendo que las grandes potencias se lancen unas contra otras. Luego lo haréis como conjuradores y embaucadores pseudorreligiosos. No os avergoncéis, pues eso será sólo una fase. Un modo de sobrevivir hasta que las redes de negocios se hagan cargo.*

Luego tendréis que tratar con los estertores de muerte del Imperio...

Como a través de algodón, Hari oyó voces cercanas murmuraban llenas de preocupación. Captó tenuemente el cargado acento valmoriliano de Kers Kantun.

–*...creo que es otro ataque...*

Las alarmadas palabras de su criado se perdieron mientras la visión alucinatoria volvía a cambiar de nuevo ante Hari.

El árbol creció aún más y sus límites se volvieron imprecisos. Extrañas flores aparecieron brevemente, sorprendentes por su inesperada forma y textura. El ritmo de crecimiento de la Fundación aún seguía su Plan, pero algo «adicional» estaba empezando a suceder, añadiendo una riqueza que Hari nunca había visto antes, ni siquiera en la pantalla del Primer Radiante. Asombrado, Hari trató de concentrarse en una parte pequeña...

Sin embargo, antes de que pudiera observar más atención, un par de «jardineros» aparecieron bruscamente y avanzaron para examinar el árbol. Uno tenía el rostro de Stettin Palver. El otro se parecía a la nieta de Hari, Wanda Seldon.

Los líderes de los Cincuenta.

Los líderes de la Segunda Fundación.

Usando grandes escobas, barrieron las hermosas fórmulas flotantes, dispersando las protectoras ecuaciones nutrientes.

Hari trató de gritarles, pero descubrió que estaba petrificado. Paralizado.

Al parecer, sus seguidores y herederos ya no necesitaban las matemáticas. Tenían algo mejor, más poderoso. Stettin y Wanda se llevaron las manos a la cabeza. Concentrándose, hicieron que unas tijeras de pura fuerza mental emergieran de sus ceños... y las pusieron a trabajar de inmediato, cortando flores, capullos y ramitas del árbol, simplificando sus contornos naturales.

No temas, abuelo, lo tranquilizó Wanda. *Es necesaria una guía. Le hacemos esto a la Fundación por su propio bien. Para que siga creciendo según el Plan.*

Hari no pudo protestar, ni moverse siquiera, aunque oyó gritos lejanos mientras unas manos arrancaban su frágil cuerpo de la silla y lo llevaban por un pasillo. Un punzante olor de hospital le golpeó la nariz. Oyó el chasquido de las herramientas.

No le importaba. Sólo la visión transfiguradora importaba. Wanda y Stettin parecían felices, complacidos con su trabajo en el árbol, después de haber recortado las flores molestas y alterado la Fundación para que encajase con su diseño.

¡Sólo que ahora, desde muy lejos, más allá de la matemáticas desterradas, empezó a aparecer un destello! Un punto de luz radiante que pronto fue más fuerte que ningún sol. Se acercó más, hipnotizando, a Stettin y Wanda y con su dulce poder, llamándolos para que avanzaran transfigurados y sin protestar, derechos hacia su absorbente calor.

Al incorporarlos, brilló todavía más.

El árbol titiló y prendió, añadiendo brevemente su llama a la incandescencia general. Ya no importaba. Su propósito había sido cumplido.

TRAIGO UN REGALO, dijo una nueva voz... una voz que Hari conocía.

Entornando los ojos, percibió una figura de aspecto humano que llevaba un ascua al rojo blanco en la mano abierta. El rostro estaba bañado en un resplandor actínico que penetraba una piel de carne falsa para revelar el brillante metal de debajo, que sonreía a pesar de la carga de fatiga insoportable.

Una figura heroica, cansada pero triunfantemente orgullosa de lo que ahora traía.

ALGO PRECIOSO PARA MIS AMOS.

Mientras se debatía por formar palabras, Hari trató de formular una pregunta. Pero no pudo. En cambio, sintió el picotazo de una aguja en el cuello.

Su conciencia se apagó, como una máquina que ha sido desconectada.

Tercera parte

CRÍMENES SECRETOS

Cada año, en la galaxia, más de dos mil soles entran en su última fase en sus ciclos de fusión, con lo que expanden sus superficies y se vuelven mucho más calientes que antes. Otras veinte estrellas por año se convierten en novas...

Teniendo en cuenta los millones de estrellas que tienen planetas habitables, esto significa que una media de dos mundos colonizados por los humanos se vuelve insostenibles o inhabitables cada año... Durante los principios de la edad oscura, antes del Imperio Galáctico, numerosos desastres naturales costaron billones de vidas. Los mundos aislados a menudo no tenían ningún sitio al que pedir ayuda cuando un sol se volvía inestable o algo destruía una ecosfera planetaria.

Durante el Imperio, esas amenazas eran tratadas normalmente por la burocracia Gris, que estudiaba eficazmente las condiciones estelares, predecía por adelantado los cambios solares y mantenía flotas de recolonización a la espera, para afrontar las emergencias. Este esfuerzo era tal que persistían restos de él hasta los últimos momentos del declive del imperio, cuando llegaron para ayudar a evacuar Trantor en el instante en que el planeta capital fue saqueado.

A partir de entonces, durante el Interregno, esa asistencia fue imposible. Relatos dispersos hablan de numerosos mundos pequeños que permanecieron bruscamente en silencio durante aquella era larga y violenta, por causas naturales o por calamidades producidas por los hombres. A menudo nadie se molestaba en averiguar qué había sucedido con la población hasta que ya era demasiado tarde...

Incluso después del ascenso de la Fundación, pasó cierto tiempo hasta que una combinación de factores psicohistóricos posibilitó la inversión de sustanciosos recursos para construir una infraestructura dedicada a la compasión...

ENCICLOPEDIA GALÁCTICA, 117 EDICIÓN,1054 E.F.

1

R. Zun Lurrin tenía una pregunta que hacerle a su líder.

Daneel, he estado leyendo archivos antiguos que datan de antes de que la humanidad surgiera de un pequeño rincón de la galaxia. He descubierto que, a lo largo de la historia, la mayor parte de las sociedades han intentado impedir que sus pueblos quedaran expuestos a las «ideas peligrosas». En cada continente de la Vieja Tierra, en casi todas las épocas, sacerdotes y reyes se esforzaron por ocultar conceptos que podían perturbar al conjunto de la población, temiendo que nociones extrañas echaran raíces y llevaran al pecado o a la locura, o a cosas peores.

»Y sin embargo, la cultura más brillante de todas, la que nos inventó a nosotros, parece haber rechazado por completo esta forma de ver el mundo.

Daneel Olivaw se encontraba de nuevo en el balcón superior de la Base Eos, en lo alto de un acantilado desde el que podía verse un brillante remolino galáctico en el cielo, reflejado también en la superficie perfectamente lisa de un lago de metal congelado. Las imágenes gemelas eran tan exactas que, resultaba difícil distinguir ilusión de realidad.

Como si importara.

– Te estás refiriendo a la Era de la Transición – respondió –. Cuando gente como Susan Calvin y Revere Wu crearon los primeros robots, las astronaves y muchas otras maravillas. Fue una época de ingenuidad sin precedentes, Zun. Y, sí, elaboraron una forma completamente distinta de afrontar la idea de considerar la información como un veneno.

»Algunos llamaron a su política el Principio de Madurez: la creencia de que se puede educar a los niños sólo con la combinación adecuada de verdad y escepticismo, con una mezcla de tolerancia y sano *recelo, de* modo que toda idea nueva o extranjera puede ser entonces evaluada por sus méritos. Las partes malas se rechazaban. Las partes buenas se incorporaban felizmente a la siempre creciente sabiduría. Así podía llegarse a la verdad, no a través del dogma, sino permaneciendo abiertos a un amplio universo de probabilidades.

– Fascinante, Daneel. Si ese método se hubiera de mostrado válido, habría tenido implicaciones sorprendentes. No habría ningún límite inherente a la exploración el crecimiento de las almas humanas. –Zun se detuvo un momento –. Dime, entonces, ¿los sabios de aquella época creían seriamente que números enormes de seres humanos individuales podrían conseguir esa hazaña?

– Lo creían, e incluso basaron en ello sus métodos educativos. De hecho, esa política funcionó al parecer durante algún tiempo, corrigiendo los errores aparecidos en un toma y daca de alegre debate. Se dice que período

al que te refieres era maravilloso. Lamento haber sido fabricado demasiado tarde para haber conocido a Susan Calvin y a otros grandes seres de esa era.

– Ay, Daneel, ningún robot operativo data de un época tan lejana. Tú eres uno de los más viejos. Sin embargo, tu fabricación se produjo doscientos años después de que la Edad de Oro se desplomara entre algaradas callejeras, terrorismo y desesperación.

Daneel se volvió para mirar a Zun. A pesar del duro vacío y la radiactividad que los rodeaba, su estudiante seguía pareciendo un humano joven, miembro de la nobleza, equipado para ir de acampada a algún bucólico mundo imperial.

– Ni siquiera esa descripción es fiel a la situación, Zun. En la época en que me crearon, los terrestres ya se habían retirado del caos para ocultarse en horribles ciudades de metal, huyendo de la luz. Y sus primos espaciales apenas eran más sensatos, pues cayeron en una imparable espiral de decadencia y declive. Debieron sufrir enormes traumas para que se produjera un cambio tan radical de actitud, tan contrario a la era de optimismo en expansión de Susan Calvin.

–¿Seguía aceptándose el Principio de Madurez durante el período en que trabajaste con el detective humano, Elijah Baley?

Daneel indicó que no con un movimiento de cabeza.

– Esa creencia había caído en el olvido, excepto entre una minoría de inconformistas y filósofos. Para el resto, la uniformidad y la desconfianza se convirtieron en temas centrales. Las culturas espacial y terrestre se parecen mucho en el rechazo a la apertura que caracterizó la Era de la Transición. Ambas sociedades regresaron a una forma más antigua de abordar las ideas. Con recelo.

»Se convencieron, como nosotros hoy, de que los cerebros humanos son anfitriones vulnerables, a menudo invadidos por conceptos parásitos... igual que un virus se apodera de una célula viva.

– Qué irónico. Ambas culturas eran más parecidas de lo que podían apreciar.

– Correcto, Zun. Sin embargo, a causa de ese recelo compartido, casi se aniquilaron mutuamente. Recuerdo cómo Giskard y yo debatimos este problema una y otra vez. Llegamos a la conclusión de que la enormidad del espacio podía ofrecer la solución de ver a la humanidad dispersa entre las estrellas, en vez de apretujada codo con codo. Cuando los hombres estuvieran muy diseminados, habría menos riesgos de que alguna chispa encendiera una conflagración y acabara con la especie.

»Hicieron falta algunas medidas drásticas para volver a ponerlos en marcha. ¡Pero en cuanto la diáspora ganó ímpetu, los humanos llenaron la galaxia con más rapidez de lo que esperábamos! Durante esa época de acelerada expansión, crearon muchísimas subculturas... y para nuestra desazón pronto empezaron a toparse unas con otras y a librar pequeñas guerras brutales. Puedes ver por qué la única solución, desde la perspectiva de la Ley Cero, fue crear una nueva y uniforme cultura galáctica que trajera una era de paz. La tolerancia se hizo mucho más fácil cuando todo el mundo fue igual.

–¡Pero la igualdad no fue la respuesta absoluta! –comentó Zun –. También tuvisteis que inventar nueva técnicas para contener las cosas.

Daneel asintió.

– Incorporamos métodos que Hari Seldon llamaría más tarde «sistemas de contención», para impedir que la sociedad galáctica se sumiera en el caos. Algunos de los mejores métodos fueron sugeridos hace mucho tiempo por mi amigo Giskard. Su efectividad duró doscientas generaciones humanas... aunque ahora parecen estar quedándose obsoletos. De ahí nuestra actual crisis.

Zun aceptó todo esto con un gesto. Pero quería volver al tema de las ideas peligrosas.

– Me pregunto... ¿podrían tener las culturas espaciales y terrícolas algún buen motivo para temer la contaminación cultural? Después de todo, algo causó que miles de millones de habitantes de la Tierra eliminaran frenéticamente toda su diversidad y se agruparan en ciudades que parecían tumbas. ¿Y por qué iban a elegir los solarianos inteligentes su extraño modo de existencia, siempre sentados con los brazos cruzados, pidiendo a sus criados robots que vivieran sus vidas por ellos? ¿Podrían haber sido causados ambos síndromes por... una infección?

– Tu suposición es excelente, Zun. Claramente, una enfermedad de algún tipo estaba en marcha. Incluso siglos más tarde, después de que Giskard ayudara a Elijah a persuadir a algunos terrestres para que salieran de sus vientres de metal y colonizaran unos cuantos planetas nuevos, el mal simplemente mutó y los siguió.

– Recuerdo haber oído hablar de eso. Giskard y tú fuisteis testigos de algo peculiar en varios mundos– colonia. Sus habitantes se obsesionaron de mala manera con el mundo natal. Fueron incapaces de dejar de considerar la Tierra como un icono sagrado y espiritual.

– Una obstinada adicción mental que les impedía abrirse a nuevos horizontes. Giskard llegó a la conclusión de que no teníamos otra alternativa, bajo la Ley Cero. Sólo haciendo que la Tierra fuera inhabitable podría eliminarse esa fijación y obligar a emigrar al grueso de su población. Sólo entonces comenzaría con vigor la auténtica conquista de la galaxia por parte de la humanidad.

Mientras Daneel guardaba silencio, Zun contempló junto a su mentor el helado paisaje. Esperó un rato, como si se sintiera inseguro de cómo dar forma a la siguiente pregunta.

– Y sin embargo... mucho de lo que hemos discutido depende de una suposición.

–¿Qué suposición, Zun?

– Que los grandes de la Era de la Transición, Susan Calvin y los demás, estaban *equivocados,* que no tuvieron simplemente mala suerte.

Por segunda vez, Daneel se giró y observó al joven robot tipo alfa.

–¿No hemos visto, una y otra vez, qué catastróficos acontecimientos se producen cuando los llamados renacimientos destruyen todos los valores y postulados y dejan a millones de seres a la deriva, sin ninguna tradición

central a la que aferrarse? Recuerda, Zun. Nuestra dedicación principal ya no son las vidas humanas individuales, sino conseguir el mayor bien para la humanidad como conjunto. Tras milenios de servidumbre, he sido testigo de ideas que se han vuelto letales con más frecuencia de lo que puedo relatar.

– De todas formas, Daneel, ¿has considerado si esto no podría ser totalmente intrínseco a la naturaleza humana? ¡Quizás se debe a algún factor o situación que surgió más tarde, en la Era de la Transición! Tal vez el Principio de Madurez tuvo validez en un momento, dado... hasta que algo nuevo y perturbador interfirió su funcionamiento. Algo insidioso que ha permanecido con nosotros desde entonces.

–¿De dónde procede esta especulación tuya? – preguntó Daneel, fríamente.

– Considera que es una corazonada. ¡Tal vez me resulta difícil creer que Calvin y sus compañeros se aferraran tan tenazmente a un sueño, a menos que hubiera algún apoyo objetivo para la idea de la madurez humana! ¿Tan obstinados eran que no veían la evidencia que tenían ante sus ojos?

Daneel sacudió la cabeza, un hábito de imitación humana que era ahora su segunda naturaleza.

– Las palabras adecuadas no son «estupidez» ni «obstinación». Lo atribuyo a algo más básico, llamado «esperanza».

»Verás, Zun, eran en efecto gente muy inteligente. Tal vez las mejores mentes que han surgido jamás de su raza atormentada. Muchos de ellos comprendían visceralmente qué significaría el hecho de que estuvieran equivocados respecto a la madurez humana. Si la gran masa de ciudadanos no podía ser educada para que manejara todas las ideas de manera sensata, entonces eso implicaría una cosa: que la humanidad es defectuosa, profunda y permanentemente. Que está inherentemente limitada. Maldita eternamente, negada a la grandeza que los humanos parecen capaces de conseguir.

Zun miró a Daneel.

– Me siento... incómodo al oír a nuestros amos descritos de esta forma. Y sin embargo, lo que dices tiene sentido, Daneel. He intentado comprender lo que Calvin y sus compatriotas debieron sentir mientras las brillantes aspiraciones se desplomaban a su alrededor, derribadas por oleadas de sinrazón. Puedo sentir con cuánto frenesí querían evitar la misma conclusión que acabas de expresar. Como creyentes en el potencial ilimitado del individualismo, odiarían ser meros factores en las ecuaciones de Seldon, por ejemplo... flotando aleatoriamente como moléculas de gas, canceladas las idiosincrasias mutuas en un enorme cálculo de impulso e inexorabilidad.

»Dime, Daneel. Darse cuenta de esto, ¿sería la gota que colmó el vaso? ¿El trauma subyacente que destruyó su era de osada confianza? ¿Fueron todos los demás acontecimientos sólo síntomas de este trauma más profundo?

El robot veterano asintió.

– El problema empeoró tanto que algunos de los robots llegamos a preocuparnos. Creímos que la humanidad podría perder la voluntad de

continuar. Por fortuna a esas alturas ya nos habían inventado a nosotros. Y descubrimos métodos para desviarlos por caminos que eran a la vez interesantes y seguros, durante mucho tiempo.

– Hasta ahora, claro –señaló Zun –. Con el declive acechando por un lado y el caos por el otro, vuestra solución de un Imperio Galáctico benigno ya no funciona. ¿Por eso apoyas el Plan Seldon?

Daneel volvió a sacudir la cabeza, esta vez con una sonrisa.

–¡Por algo mucho mejor! Ése es el motivo por el que te he convocado hoy aquí, Zun. Para compartir excitantes noticias, un logro que he esperado encontrar durante los últimos veinte mil años. Y ahora, por fin, está comenzando. Si las cosas salen según lo esperado en apenas quinientos años más serán suficientes para conseguir que suceda.

–¿Para conseguir que suceda, Daneel?

Un bajo murmullo de microondas surgió del Sirviente Inmortal, alzándose hacia la galaxia como un suspiro... o una oración. Cuando Daneel Olivaw volvió a hablar, su voz sonó distinta, casi contenida.

– Una forma de ayudar a la humanidad a librarse de sus defectos mortales y llegar a cotas que consideran impensables.

2

Fue consciente de los olores antes que de los pensamientos.

Durante muchos años, sólo los olores desagradables tuvieron suficiente fuerza para penetrar los sentidos, embotados por la edad, de Hari Seldon. Pero ahora, como volviendo a casa después de un largo exilio, regresaba una mezcla de aromas cargados y familiares al mismo tiempo que inundaban sus cavidades olfativas con sensual placer.

Jazmín. Jengibre. Curry.

Las glándulas salivares se pusieron en funcionamiento, y su estómago reaccionó con un ansia que le resultaba decididamente extraña. Desde la muerte de Dors, su apetito había sido prácticamente inexistente. Su súbita resurrección era el principal factor que impulsaba a Seldon a despertar.

Abrió los ojos con cautela, y sólo consiguió entrever las paredes autoesterilizables de la enfermería de una nave. Deliberadamente, los volvió a cerrar.

Debe haber sido un sueño. Esos maravillosos olores...

Recuerdo haber oído a alguien decir... que había tenido otro ataque.

Hari anhelaba regresar al olvido de la inconsciencia no tener que descubrir que otra porción de su cerebro había muerto. No quería

enfrentarse a las secuelas, otro duro contratiempo en la larga pendiente hacia la extinción personal.

Y sin embargo, aquellos deliciosos olores aún flotaban a través de su pituitaria.

¿Es esto un síntoma? ¿Cómo el «miembro fantasma» que sienten a veces los amputados, después de perder una parte de sí mismos para siempre?

Hari no sentía ningún dolor. De hecho, su cuerpo latía de deseos de moverse. Pero la sensación de bienestar podía ser una ilusión. Cuando tratara de ponerse en movimiento, la cruda verdad podría golpearlo. ¿Parálisis total, quizás? Los médicos de Trantor le habían advertido que podía suceder en cualquier momento, poco antes del final.

Bueno, allá vamos.

Hari le ordenó a su mano izquierda que se moviera hacia él rostro. Ésta respondió rápidamente, alzándose mientras él abría los ojos por segunda vez.

Era una enfermería más grande que la pequeña *del Orgullo de Rhodia.* Debían de haberlo trasladado a la nave pirata, entonces. La nave de Ktlina.

Bueno, al menos su memoria funcionaba. Hari se frotó la cara con los dedos… y la retiró, sorprendido.

¿Qué, en nombre del espacio?

Volvió a palparse la mejilla. Sintió la carne notablemente más firme, un poco menos flácida y fofa de lo que recordaba.

Esta vez su cuerpo actuó por su cuenta, siguiendo un deseo propio de movimiento. Una mano aferró la sábana blanca y la retiró. La otra se deslizó por debajo del cuerpo, se plantó contra la cama y empujó. Hari se sentó, tan deprisa que se tambaleó y casi cayó por otro lado, pero se detuvo tensando con fuerza los músculos de la espalda. Un gemido escapó de sus labios ¡No de dolor, sino de sorpresa!

– Bueno, hola, profesor –dijo una voz a su derecha –. Supongo que es bueno volver a verlo entre nosotros.

Hari volvió la cabeza. Alguien ocupaba otra cama en la enfermería. Parpadeando, vio que era la polizón. La muchachita de Trantor que no quería ser exiliada a Terminus. Llevaba una bata de hospital, y ante ella, en una bandeja, había un cuenco de oscura sopa amarilla.

Eso es lo que he estado oliendo, pensó Hari. A pesar de todas las otras preguntas y preocupaciones, lo primero que le pasó por la mente fue pedir un poco.

Ella observó a Hari, esperando a que hablara.

–¿Te… encuentras bien, Jeni? – preguntó él.

Lentamente, la muchacha respondió con una sonrisa a regañadientes

– Los otros hicieron apuestas sobre cuáles serían las primeras palabras que diría al despertar. Tendré que decirles que se equivocaban respecto a usted… y tal vez yo también, – Se encogió de hombros –. De todas

formas, no se preocupe por mí. Tengo un poquito de fiebre. Hacía ya una semana o dos que la tenía, antes de colarme en la nave de Maserd.

–¿Fiebre?

–¡Fiebre cerebral, por supuesto! –Jeni le dirigió una mirada a la defensiva –. ¿Qué pensaba? ¿Que no iba a ser lo bastante lista para pillarla? ¿Con unos padres como los míos? Tengo quince años, así que me toca el turno.

Hari asintió. Desde las eras del amanecer, era un hecho comprobado que casi todos los que tenían inteligencia superior a la media experimentaban esta enfermedad infantil. Alzó una mano, conciliador.

– No pretendía insultarte, Jeni. ¿Quién iba a dudar de que tendrías fiebre cerebral, sobre todo teniendo en cuenta cómo nos engañaste a todos en Demarchia? Bienvenida a la edad adulta.

Lo que Hari no mencionó, y no se lo había dicho a nadie, excepto a Dors, era el hecho de que él mismo no había contraído jamás la enfermedad de joven. Ni un solo síntoma, a pesar de su renombrado genio.

La expresión ceñuda de Jeni buscó algún signo de condescendencia o sarcasmo en la voz de Hari. Al no encontrar ninguno, sonrió.

– Bueno, espero que sea un caso leve. ¡Quiero salir de aquí! Están pasando demasiadas cosas.

Hari asintió.

– Yo… Supongo que le he dado un susto a todo el mundo. Pero al parecer no me ha pasado nada.

Esta vez la muchacha sonrió.

–¿De verdad, doc? ¿Por qué no se mira en un espejo?

Por la forma en que lo dijo, Hari advirtió que sería mejor que lo hiciera de inmediato.

Se deslizó torpemente hacia delante hasta apoyar los pies en el suelo. Sentía ambas piernas bien… casi lo suficiente para saltar hasta el espejo, situado a unos cuantos metros de distancia.

Agárrate a la barandilla de la cama e incorpórate despacio, así volverás a caerte sobre el colchón si tus sentidos te están engañando.

Pero consiguió erguirse sin problemas, con sólo unos cuantos crujidos y retortijones. Deslizó un pie adelante, se apoyó y movió el otro pie.

De momento, Hari se sentía bien, aunque no esperaba oír a Jeni tras él, riendo de diversión y expectación. Cuando dio el siguiente paso, alzó un poco el pie del suelo, y un poco más el siguiente. Cuando llegó junto al espejo, Hari caminaba con más confianza de la que había sentido en…

Contempló su reflejo y parpadeó rápidamente mientras las risitas de Jeni se convertían en carcajadas.

Una voz más grave sonó de pronto, desde la puerta.

–¡Profesor!

El grito procedía de Kers Kantun. El leal sirviente de Hari corrió para cogerlo del brazo, pero Hari lo rechazó, contemplando todavía la imagen del espejo.

Cinco años... al menos. Me han quitado al menos cinco años de edad. Tal vez diez. No parezco tener más de setenta y cinco o así.

Un sonido grave escapó de su garganta, y Hari se sintió tan confundido que no supo sinceramente si alegrarse u ofenderse por la osadía de lo que le habían hecho

– Es sólo una de las maravillas que han surgido ahora en ese maravilloso lugar que tan desdeñosamente llama usted mundo caótico, Seldon.

Sybyl canturreaba feliz mientras terminaba de comprobar el estado de Hari y dejaba que se vistiera.

– Ktlina tiene técnicas médicas que serán la envidia del imperio cuando se corra la voz. Es uno de los motivos por los que tenemos confianza en que esta vez no podrán bloquear este milagro. Piense en un cuatrillón de ancianos, esparcidos por toda la galaxia, deseando tener acceso a una máquina como ésta.

Acarició un mecanismo alargado, en forma de ataúd, cubierto de indicadores e instrumentos. Hari supuso que debieron meterlo dentro mientras técnicas avanzadas reducían e incluso invertían algunos de los males que afligían su gastado cuerpo.

– Naturalmente, ésta es solamente una primera versión –continuó Sybyl –. Todavía no podemos rejuvenecer, sólo restaurar un poco de equilibrio y fuerza para que lo mantenga hasta el siguiente tratamiento. ¡Sin embargo, en teoría no hay límites! ¡En principio, incluso deberíamos poder crear duplicados corporales y suministrarles copias de nuestros recuerdos! Hasta entonces, considere que ha experimentado una muestra de los beneficios prácticos del renacimiento.

Hari habló cuidadosamente.

– Mi cuerpo y mi espíritu se lo agradecen.

Ella lo miró. Alzó una ceja pintada de colores.

–¿Pero su intelecto no? ¿No aprueba tales innovaciones? ¿Aunque puedan salvar tantas vidas?

– Habla a la ligera de equilibrio, como si supiera de que se trata, Sybyl. Pero el cuerpo humano no es un organismo tan complejo como una sociedad humana. Si se comete un error al tratar a una sola persona, es una tragedia nada más. Un individuo puede ser sustituido por otro. Pero sólo tenemos una civilización.

– De modo que piensa que estamos experimentando irresponsablemente, sin comprender qué les harán a la larga estos métodos a nuestros pacientes.

Él asintió.

– Llevo toda la vida estudiando la sociedad humana. Sólo últimamente se han aclarado suficientemente los parámetros para ofrecer una imagen razonablemente lúcida. Pero ahora ustedes introducen exóticos factores nuevos que parecen buenos a corto plazo, aunque a la larga demuestren ser letales. ¡Qué arrogancia! Por ejemplo, ¿han considerado las implicaciones de la inmortalidad humana sobre las economías frágiles? ¿O sobre los ecosistemas planetarios? ¿O sobre la habilidad de los jóvenes para tener su propia oportunidad...?

Sybyl se echó a reír.

–¡Eh, académico! No tiene que discutir conmigo. Yo digo que la creatividad humana, cuando está verdaderamente disparada, encontrará soluciones para cada problema. Los que acaba usted de mencionar, más un trillón de otros problemas en los que nadie ha pesado todavía. Pero de todas formas, no tiene sentido seguir discutiendo.

»La discusión es estéril. Ya está decidido. Nuestra guerra ya ha terminado.

Hari suspiró.

– Lo esperaba. Lamento que sus esperanzas tuvieran que terminar de esta forma. Naturalmente, era una fantasía esperar que sólo un planeta prevaleciera contra los veinticinco millones del Consenso Humano. Pero déjeme asegurarle que a la larga...

Se detuvo. Sybyl estaba sonriendo.

– Puede haber parecido una fantasía, pero eso es exactamente lo que va a suceder. Vamos a *ganar* nuestra guerra, Seldon. Dentro de unos pocos meses, un año como mucho, todo el imperio va a compartir el renacimiento, le guste o no. ¡Y tendremos que darle a usted las gracias por hacerlo posible!

–¿Cómo es eso? Pero... –La voz de Hari se apagó. Se le aflojaron las rodillas.

Sybyl lo agarró por el codo.

–¿Le gustaría ver nuestra nueva arma? Venga, académico. Vea dónde le ha traído su investigación a través del enorme desierto del espacio. Luego déjeme mostrarle la herramienta que nos ha proporcionado. La herramienta que proporcionará la victoria total a nuestro caos.

Ninguna luz estelar atravesaba la sucia neblina.

Decenas de miles de enormes nubes de polvo molecular moteaban los brazos en espiral de la galaxia.

Esos lugares a menudo eran turbulentos caldos de cultivo para los soles recién nacidos, pero éste permanecía estático y estéril desde hacía al menos un millón de años, un charco yermo con el color de un pozo sin fondo.

Y sin embargo, las sondas del *Orgullo de Rhodía* habían captado algo acechando en sus profundidades Un enjambre de contactos apareció primero en los gravímetros y luego en el radar de profundidad. Más tarde los reflectores arrancaron destellos, tan cercanos que algunos fotones regresaron en segundos.

Hari estaba inconsciente durante el descubrimiento. Ahora se esforzó por ponerse al día, y contemplar las sombras circundantes con ojos cuya vista le parecía especialmente aguda después de la penumbra de años recientes. Mientras la nave rotaba despacio vio que ante ellos se extendían filas de puntos separados, iluminados por un pequeño rayo láser que brotaba del *Orgullo Rhodía.*

Pronto se dio cuenta. *Hay centenares de objetos... posiblemente millares.*

Los chispeantes reflejos titilaron en filas ordenadas. Unos cuantos estaban lo suficientemente cerca para que se vieran en detalle sin necesidad de ampliación; extrañas formas oblongas con proyecciones que parecían metálicas, y sin embargo en su vida había visto ninguna nave estelar parecida.

Al contemplar una pantalla cercana, Hari captó uno de los blancos, que se revelaba como un puñado de superficies brillantes y negrísimas sombras. Al principio sintió un escalofrío; se preguntó si la nave no sería *alienígena,* un pensamiento que se asociaba con la extraña historia que Horis Antic había contado sobre su antepasado. La preocupación de Hari fue terrible cuando leyó en pantalla las cifras de su escala. La máquina descrita era enorme. Más grande aún que los mayores cruceros imperiales.

Entonces aparecieron algunos detalles tranquilizadores. Vio las unidades impulsoras de hipervelocidad de la nave, repartidas sobre una fusiforme estructura de apoyo y reconoció el diseño por las ilustraciones que había visto en *Un libro de conocimientos para niños,* donde aparecían las burdas astronaves de aquella era remota.

Con sorpresa, cayó en la cuenta.

Esta cosa es enorme... ¡pero primitiva! Las naves modernas no necesitan tantas secciones motivadoras, por ejemplo. Nuestros impulsores de salto son más compactos, después de milenios de mejoras tras pruebas y errores.

Estaba contemplando algo arcaico, entonces. Quizás muchos siglos más antiguo que el Imperio Galáctico del Hombre.

– Sí, son antigüedades – comentó Biron Maserd, cuando Hari compartió esta observación –. ¿Pero ha advertido alguna particularidad más en ellas?

– Bueno, su forma resulta extraña. Tienen enormes artilugios *proyectores* de alguna clase, dispuestos en largos puentes transversales, como si pretendieran desplegar inmensas cantidades de energía. Pero ¿para qué podrían haber sido?

– Hmm. – Maserd se frotó la barbilla –. Nuestro amigo el Gris tiene una teoría al respecto. Pero es tan extraña que nadie más a bordo está dispuesto a admitir que lo cree. De hecho, la opinión general es que el pobre Horis ha recorrido su último pasillo y ha chocado contra un lecho de roca, si entiende lo que quiero decir.

La frase hecha trantoriana se utilizaba cuando *alguien se había vuelto* más que un poco loco. Aunque la noticia no era enteramente inesperada, entristeció a Hari que apreciaba al pequeño burócrata.

– Pero dígame –continuó Maserd –. ¿Qué otra cosa le parece curiosa de esta antigua nave?

–¿Se refiere a su antigüedad o a su extraña forma? Bueno, ahora que lo menciona, no localizo ningún...

Hizo una pausa.

–¿Ningún habitáculo? – Maserd terminó la frase por él –. Desde que encontramos estas cosas, he estado intentando averiguar dónde se alojaban las tripulaciones. Sin éxito. ¡Por mi vida, no comprendo cómo navegaban sin pilotos!

Hari tomó aire. Contuvo la respiración, para no demostrar que había comprendido. Reprimiendo el pensamiento, cambió de tema.

–¿Son armas? ¿Naves de guerra? ¿Esperan los ktlinianos desempolvar un antiguo arsenal y usarlo para derrotar al imperio? Esos proyectores de energía...

– Puede que hayan sido formidables, en su momento –dijo Maserd –. Horis piensa que se utilizaron contra la superficie de los planetas. Pero quédese tranquilo, doctor Seldon. Estas máquinas no se volverán contra la Flota Imperial. La mayoría de ellas están rotas, sin ninguna posibilidad de reparación. Activar aunque fuera unas cuantas sería una labor de años. De todas formas, los sistemas de impulsión son tan rudimentarios que nuestras unidades navales serían capaces de hacer piruetas a su alrededor y de hacer pedazos sus frágiles estructuras.

Hari sacudió la cabeza.

– Entonces no comprendo. Sybyl opina que le hemos dado a su bando una ventaja imbatible. Una ventaja que hará inevitable su victoria sobre el imperio.

Maserd asintió.

– Puede que tenga razón en eso, profesor. Pero no tiene nada que ver con estos gigantescos pecios. El motivo de su optimismo aparecerá dentro de poco en nuestro campo de visión.

Hari siguió observando mientras el *Orgullo de Rhodia* rotaba. Había una clara disposición en las ordenadas filas de enormes y antiguas máquinas. Mientras la formación se perdía de vista, Hari se preguntó qué era lo que acababa de ver.

¡Naves robot! No necesitan habitáculo porque no tienen tripulación humana. Los cerebros positrónicos se encargaban de la navegación en el pasado remoto. Quizá sólo unos cuantos siglos después de que se descubriera el vuelo estelar.

Se alegró cuando la flotilla se perdió de vista. La sucia penumbra de la nebulosa volvió a aparecer, un campo de polvorienta negrura estigia.

Entonces apareció un nuevo destello. Un enjambre más compacto de objetos que chispeó locamente bajo la iluminación láser del *Orgullo de Rhodia*. Mientras que el grupo parecía un escuadrón fantasma, éste dio a Hari la impresión de estar formado por puntas de diamante, amontonadas en un denso globo de parpadeante resplandor.

– Ésa es el arma de la que Sybyl y sus amigos hablan, profesor –dijo Maserd –. Ya han subido varias muestras abordo.

–¿Muestras?

Hari contempló el puente. Vio a Horis Antic trabajando con sus instrumentos, murmurando para sí mientras seguía sondeando la armada exterior. Mors Planch y uno de sus hombres montaban guardia, las pistolas preparadas por si alguno de los rehenes intentaba algo. Pero a Sybyl y a Gornon Vlimt no se los veía por ninguna parte.

– En la sala de conferencias – dijo el capitán Maserd – han montado algunos de los aparatos y los han hecho funcionar. Sospecho que no va a gustarle lo que está a punto de ver, profesor.

Hari asintió. Fuera lo que fuese lo que habían encontrado, difícilmente lo sorprendería más que la flota de naves robot.

– Guíeme, capitán. –Hizo un gesto de cortesía hacia el noble. Con Kers Kantun siguiéndolos, recorrieron el pasillo principal y llegaron hasta una puerta abierta.

Hari se detuvo, miró al interior y gimió.

– Oh, no –dijo –. Cualquier cosa menos eso.

Eran archivos. Extremadamente antiguos. Se dio cuenta con sólo mirar los objetos brillantes que cubrían la mesa de conferencias.

Los antiguos tenían excelentes sistemas de almacenamiento de datos, de naturaleza cristalina, capaces de guardar enormes cantidades de información en receptáculos duraderos. Sin embargo, hasta que Hari recibió de Daneel su copia en miniatura de *Un libro de conocimientos para niños* nunca había visto una unidad prehistórica que no estuviera dañada o completamente destruida.

Ahora había cuatro entre Sybyl y Gornon, sus brillantes superficies cilíndricas perfectamente intactas, cada una lo bastante grande para albergar diez mil veces *Un libro de conocimientos para niños.*

–¡Maserd, acérquese aquí y mire qué hemos conseguido durante su ausencia! —comentó Gornon Vlimt sin levantar la mirada de una holopantalla, al tiempo que recuperaba un archivo. Éste titiló con un parpadeante despliegue de maravillas.

El noble miró a Seldon, evidentemente preocupado por parecer demasiado amistoso con el enemigo. Pero Hari no puso objeciones. Maserd se acercó rápidamente a Gornon y miró por encima de su hombro, nervioso e impresionado.

– Han mejorado enormemente la interfaz. Las imágenes son nítidas y los gráficos legibles.

– No fue difícil –respondió Vlimt –. Los diseñadores hicieron este archivo tan simple que incluso un tonto podría descifrarlo, con tiempo suficiente.

Bastante reacio pero impulsado por la curiosidad, Hari se acercó para ver mejor. Muchas de las imágenes que observó no tenían ningún significado para él: objetos misteriosos contra fondos desconocidos. Unos cuantos destacaban, repentinamente familiares gracias a sus recientes estudios del archivo histórico. Las pirámides de Egipto, reconoció de inmediato. Otros eran retratos sin relieve de lugares y personas de la antigüedad. Hari sabía que los prehistóricos daban gran importancia a tales imágenes, creadas cubriendo una superficie de tela con manchas de pigmentos naturales. Gornon Vlimt también parecía considerar aquellas imágenes de gran valor, aunque Hari las encontraba surrealistas y extrañas.

Ante un conjunto de pantallas cercano, Sybyl observaba un panorama diferente; muestras de ciencia y tecnología.

– Naturalmente, gran parte del material es muy burdo –concedió –. Después de todo, hemos tenido veinte milenios para perfeccionarlo mediante la técnica de ensayo y error. Pero las teorías básicas han cambiado sorprendentemente poco. ¡Y parte del material olvidado es brillante! Hay aparatos y técnicas aquí dentro de las que yo nunca he oído hablar. ¡Una docena de planetas Ktlina estarían ocupados durante una generación sólo para asimilar todo esto!

– Es… – Hari gesticuló, sabiendo que sus palabras serían inútiles, pero sintiéndose obligado a intentarlo— Sybyl esto es más peligroso de lo que imagina.

Ella respondió a su súplica con una mueca.

– Olvida con quién está hablando, Seldon. ¿No se acuerda el archivo medio derretido en el que trabajamos juntos? ¿El que nos dieron sus misteriosos contactos hace cuarenta años? Quedaba muy poco de él intacto, a excepción de un par de antiguos seres simulados… entidades de Juana de Arco y Voltaire que liberamos siguiendo sus instrucciones.

Él asintió

–¿Y recuerda el caos que contribuyeron a provocar? ¿Tanto en Trantor como en Sark?

– Eh, no me eche a mí la culpa de eso, académico. Usted era quien quería datos sobre las pautas de respuesta humana de los simulacros, para que le ayudaran a desarrollar sus modelos psicohistóricos. Marq Hillard y yo nunca pretendimos que escaparan de la esfera de datos.

»En cualquier caso, estos archivos son algo completamente distinto son recopilaciones cuidadosamente indexadas de conocimiento, el legado que esa gente dejó como regalo para sus descendientes. ¿No es exactamente lo que usted está intentando conseguir con la Fundación, la *Enciclopedia Galáctica* que su grupo está emplazando en Terminus? ¿Una reunión de sabios para salvaguardar el conocimiento humano de otra edad Oscura?

Hari quedó atrapado en una trampa lógica. ¿Cómo podía explicar que la parte de la «enciclopedia» de su Fundación era sólo un señuelo? ¿O que su plan implicaba combatir la edad oscura con mucho más que simples libros?

Naturalmente, había en ello mucha ironía. Los «simples libros» que tenía delante destruirían hasta la última brizna de relevancia que quedara del Plan Seldon. Representaban un peligro mortal para todo aquello por lo que había trabajado.

–¿Cuántas cosas de éstas hay? – trató de preguntarle a Maserd, y luego advirtió que el noble estaba transfigurado por las imágenes.

–¡Espere! Retroceda un poco. ¡Sí, ahí! Por el fantasma del gran Franklin, es *América.* ¡Reconozco ese monumento por una moneda de nuestra colección familiar¡

Gornon se echó a reír.

– Fálico y molesto –comentó –. Dígame, ¿cómo sabe tanto sobre…?

– Me pregunto si este archivo tendrá un ejemplar de *El federalista* – murmuró el capitán, tendiendo la mano hacia el control –. O quizá de…

Maserd se detuvo rápidamente, los hombros encorvados, como si se hubiera dado cuenta de que había cometido un error. Se volvió para mirar a Seldon.

–¿Ha dicho usted algo, profesor?

Hari se sentía irritado, pues nadie le comunicaba las cosas importantes que necesitaba saber.

–¡He preguntado cuántos archivos hay y qué planea hacer esta gente con ellos!

Esta vez Sybyl respondió, relamiéndose sin disimulo por su victoria.

– Hay… *millones,* académico. Todos agrupados y bellamente ordenados en una estación recolectora desde hace más de ciento cincuenta siglos, flotando allí, solitarios, sin haber sido leídos.

»¡Hasta ahora! Hemos enviado la noticia a todos los agentes de Ktlina que han estado trabajando en secreto por toda la galaxia, para que dejen lo que están haciendo y vengan aquí. ¡Pronto llegarán más de treinta naves

para llenar sus bodegas con hermosos archivos! ¡Y se marcharán y los compartirán con toda humanidad!

Hari manifestó su oposición.

– Son ilegales. Los oficiales de policía están entrenados para reconocer esos horrores nada más verlos. Lo mismo sucede con los Grises y los miembros de la clase aristócrata. Detendrán a sus agentes.

– Tal vez lo hagan, aquí y allá. Tal vez los tiranos y sus lacayos nos detengan a la mayoría. Pero será como una infección, profesor. Todo lo que necesitamos son unos cuantos lugares receptivos... algunos disidentes simpatizantes para construir naves y facilitar el copiado industrial de estos archivos. Dentro de un año habrá miles de copias en cada planeta del imperio. ¡Luego, millones!

La imagen de virulenta infección que Sybyl presentaba era más adecuada de lo que podía imaginar. Hari imaginó al caos abriendo grandes agujeros en su Plan, tan cuidadosamente establecido. Todas las predicciones que habían sido la labor de su vida se difuminarían como imágenes escritas con humo. El mismo humo que ahogó las calles de Santanni cuando aquel «renacimiento» terminó con disturbios y derramamiento de sangre: llevándose a la tumba al pobre Raych y a una miríada de esperanzas.

–¿Se les ha ocurrido...? – Tuvo que detenerse y tragar saliva antes de continuar –. ¿Se les ha ocurrido que esa osada empresa se ha intentado ya y ha fracasado?

Esta vez, Gornon y Sybyl lo miraron.

–¿A qué se refiere? – preguntó Vlimt.

– Me refiero a que estos archivos fueron sin duda diseñados para el espacio profundo, para durar mucho tiempo y ser leídos fácilmente después de un largo viaje, usando solamente tecnología muy básica.

»¿Qué les indica eso respecto a su finalidad?

Sybyl empezó a sacudir la cabeza, luego abrió mucho los ojos y su rostro empalideció.

– Regalos –dijo en voz baja –. Mensajes en una botella. Enviados a gente que había perdido su pasado.

Lord Maserd frunció el ceño.

–¿Quiere decir que algunas personas todavía *tenían* conocimiento... y que intentaron compartirlo...?

– Con todos los demás. Con distantes asentamientos que habían perdido la memoria –asintió Hari –. ¿Pero por qué harían eso? Las células de almacenamiento de datos eran baratas y duraderas, incluso en las eras del amanecer. Cualquier nave colonial, enviada a colonizar un nuevo mundo, habría transportado petabites de información y herramientas para mantener la cultura. Entonces ¿por qué necesitaría nadie en la galaxia que le recordaran todo esto? –Señaló las imágenes de la perdida Tierra.

Una voz habló desde la puerta del fondo de la sala.

– Está hablando de la Cuestión Amnesia –dijo Mors Planch, que debía llevar un rato esperando –. El tema de por qué no recordamos nuestros orígenes. Y la respuesta es obvia. Algo, o alguien, hizo que nuestros antepasados olvidaran.

Planch señaló las reliquias con un gesto.

– Pero algunos de los antiguos se resistieron. Contraatacaron. Trataron de restituir el conocimiento borrado. Trataron de compartir lo que sabían.

Maserd parpadeó.

– Los caminos espaciales debían estar controlados por los enemigos, que bloqueaban sus naves. Así que intentaron enviar los datos de esta forma, en pequeñas cápsulas.

Sybyl bajó la cabeza, su buen humor fue sustituido por la amargura.

– Estábamos tan contentos con la perspectiva de usarlos como armas… No pensé en lo que implicaban los archivos. Eso significa…

Gornon Vlimt terminó la frase con desánimo.

– Significa que no es una guerra nueva, después todo.

Hari asintió, como si animara a un estudiante brillante.

– En efecto. Lo mismo puede haber ocurrido una y otra vez, incontables veces a lo largo de milenios. Algún grupo descubre un archivo antiguo, se entusiasma, produce copias en masa y las envía a toda la galaxia. Sin embargo, la enorme amnesia de la humanidad continúa.

»¿A qué conclusión podemos llegar entonces?

Sybyl miró duramente a Hari.

–A la de que nunca funcionó. Maldito sea, Seldon. Comprendo lo que quiere decir.

»Significa que nuestro bando perdió siempre.

4

Lodovik Trema comprendió pronto que aquellos calvinianos no iban a desmantelarlo.

Se preguntó por qué.

–¿Debo entender que habéis cambiado de opinión respecto a que soy un peligroso robot renegado? –les preguntó a las dos robots que lo acompañaban en un vehículo de tierra, mientras recorrían una autopista hacia el espaciopuerto. Nubes blancas en forma de globo cruzaban un cielo

que poseía uno de los más hermosos tonos de azul que Lodovik había visto en un mundo colonizado por los humanos.

Al contrario que la pareja anterior, que lo había vigilado e interrogado en aquella habitación del sótano, sus dos escoltas actuales tenían aspecto de mujer de mediana edad. Una de ellas mantenía la mirada fija en el tráfico de Clemsberg, una ciudad imperial de tamaño medio. La otra, de constitución más ligera, cabello rizado y corto, se volvió para dirigirle una mirada enigmática. Lodovik, por su parte, no recibía nada en las bandas de microondas: por eso tenía que contentarse con obtener la información que ella quisiera revelar de modo visual, o por medio de palabras.

– Todavía no nos hemos decidido del todo –dijo ella – Algunos de nosotros creemos que tal vez ya no seas un robot de ningún tipo.

Momentáneamente, Lodovik reflexionó en silencio sobre esta enigmática declaración.

–¿Quieres decir que ya no encajo con ninguno de los criterios que definen la clase robótica?

– Podríamos decirlo así.

– Naturalmente, te refieres a mi mutación. Al accidente que cortó mi obediencia estricta hacia las Leyes de la Robótica. Ya ni siquiera soy un hereje giskardiano. Me consideráis un monstruo.

Ella sacudió la cabeza.

– No estamos seguros de lo que eres. Lo único que sabemos con seguridad es que ya no eres un robot en el sentido clásico. Para seguir investigando, hemos decidido cooperar contigo durante algún tiempo. Deseamos explorar cuáles consideras que son tus obligaciones ahora que estás libre de las Leyes.

Lodovik envió el equivalente en microondas a un encogerse de hombros, en parte para sondear los límites del excelente escudo defensivo de la robot. Pero era tan bueno que tal vez ni siquiera existía a ese nivel. Nada. Ningún tipo de resonancia.

Eso tenía sentido, desde luego. Después de perder la guerra contra la facción giskardiana, los calvinianos restantes habían desarrollado una magnífica habilidad natural para esconderse, mezclándose con la población humana.

– Yo tampoco estoy seguro –dijo Lodovik en voz alta –. Sigo sintiendo el deseo de funcionar bajo una versión de la Ley Cero. El bienestar general de la humanidad todavía me motiva. Y sin embargo, ese impulso ahora me parece abstracto, casi filosófico. Ya no tengo que justificar todas mis acciones en esos términos.

–¿Eso significa entonces que te sientes libre para detenerte, de vez en cuando, y oler las rosas?

Lodovik se echó a reír.

– Supongo que podríamos expresarlo de esa forma. He estado disfrutando de intereses colaterales mucho más de lo que lo hacía antes del cambio. Conversaciones con gente interesante, por ejemplo. Fingir ser

periodista y entrevistar a los mejores meritócratas y excéntricos. Escuchar a los estudiantes que discuten en los bares o a alguna pareja que discute sobre su futuro en el banco de un parque. A veces llego a entrometerme un poquito. Hago alguna buena acción, aquí y allá. Es bastante satisfactorio. –Frunció bruscamente el ceño –. Por desgracia, ha habido poco tiempo para eso últimamente.

–¿Porque estás muy ocupado oponiéndote a los planes de R. Daneel Olivaw?

– Ya os lo he dicho. Por el momento, busco más comprender esos planes que impedirlos. Está sucediendo algo, eso lo sé. Daneel perdió bruscamente gran parte de su interés en la Fundación psicohistórica de Seldon hace unos cuantos años. Retiró la mitad de los robots que habían sido asignados a ayudar al equipo de Seldon y los envió a trabajar a algún proyecto secreto que tiene algo que ver con los *mentálicos humanos.* Está claro que Daneel tiene ahora otra cosa en mente... bien para añadir a las dos Fundaciones, o para sustituirles con el paso del tiempo.

–¿Y esto te preocupa?

– Sí. Había aspectos muy atractivos en los primeros trabajos de Hari Seldon, realizó un brillante esfuerzo de colaboración utilizando algunas de las más inteligentes reflexiones en mil años. Me sentía orgulloso de haber ayudado a poner las cosas en marcha allá en Trantor, preparando el terreno. Es preocupante ver que esa visión ha sido abandonada, o relegada a un papel menor.

– Pero hay más –aseguró la robot.

Lodovik asintió.

– No estoy seguro de que debiera permitirse a Daneel Olivaw el diseño de la siguiente fase de la existencia humana. Al menos no a él solo.

–¿Y si descubrieras lo que está haciendo y no lo aprobases? ¿No sigues todavía obligado a cooperar? Según las ecuaciones de Seldon, que has confesado admirar, el imperio se derrumbará pronto. A menos que se haga algo, la humanidad se sumergirá en treinta milenios de violenta oscuridad.

– Debe de haber alternativas –respondió Lodovik.

– Estoy escuchando –instó el ser que tenía sentado frente a él. Su fingido parecido con una hembra humana auténtica incluía pequeños gestos, como cruzar las piernas y ladear la cabeza, que Lodovik encontraba admirablemente convincentes, no muy distintos de la sutil sexualidad apaciguada de una mujer madura viva, Esta robot era, en efecto, muy buena.

– Una alternativa sería liberar los mundos del caos —dijo.

–¿Con qué fin? Son reprimidos y secuestrados por buenos motivos. Millones de personas mueren con cada estallido.

– Millones mueren en cualquier caso. Al menos esas vidas humanas llegan a ser más intensas, más excitantes que la repetitiva y predecible existencia diaria normal en el imperio. Muchos supervivientes sostienen que la experiencia mereció la pena.

La expresión de la robot, mientras lo miraba, era enigmática.

– Eres, en efecto, una clase de robot muy extraña. Si es que sigues siéndolo. Soy incapaz de imaginar lo que piensas que se conseguiría si dejáramos que los estallidos de caos continuaran libremente. Casi todos seguirían el curso típico: el surgimiento de falsas esperanzas seguido de devastadoras regresiones.

– La mayoría –concedió él –. ¡Pero tal vez no todos! Especialmente si los agentes de Daneel no llegaran a interferir para acelerar el proceso. Piensa en toda la creatividad humana que se libera durante cada uno de esos episodios. ¿Y si dedicáramos nuestros esfuerzos a guiar y aplacar esos estallidos febriles, en vez de aplastarlos? Si uno entre mil tuviera éxito y superara la fase de tormentas y llegara al otro lado…

Ella soltó una carcajada.

–¡El otro lado! Tal vez sólo sea un mito. Ningún mundo del caos ha conseguido jamás ese fabuloso estado, donde la calma y la razón regresan a casa después de sus enloquecidas vacaciones. Aunque fuera posible de algún modo, ¿quién puede decir que mentiras yacen bajo el remolino de un renacimiento? Las ecuaciones de Seldon explotan en singularidades cuando intentan predecir qué sucedería a continuación. Por lo que sabes, quizá Daneel tenga razón. La humanidad tal vez esté maldita.

Esta vez, Lodovik se encogió de hombros.

– Estaría dispuesto a correr ese riesgo si los experimentos tuvieran lugar en verdadero aislamiento.

–¡Pero no es así! Los ciudadanos de los mundos caóticos se convierten en esporas que se rompen e infectan a otras. ¿Y dónde te deja eso? ¡Podrías arriesgar un solo planeta en una jugada así, o incluso un millar, pero nunca a toda la civilización humana! Por favor, deja de hacernos perder el tiempo, Lodovik. Te diré algo: sólo has expuesto esa posibilidad para sorprendernos, antes de comunicar tu verdadera sugerencia.

Lodovik apretó los labios, simulando automáticamente una expresión sombría.

– Si eres capaz de tanto, ¿por qué no predices lo que estaba apunto de decir?

Ella alzó una mano.

– Mis disculpas. No hay excusa para la rudeza. ¿Quieres por favor decirnos qué otras alternativas has considerado?

–¡Bueno, desde luego no el estúpido panorama que ese par de tiktoks de segundo grado me describieron en el sótano! Toda esa tontería sobre crear un interminable suministro de robots–sirvientes para que atiendan a todos los humanos. ¿Para acunarlos y protegerlos? ¿Para cortarles la carne y atarles los zapatos? ¿Para estar cerca mientras practican el sexo, por si a alguno de los dos le da un infarto? –Lodovik se echó a reír –. Aquellos dos puede que hayan sido sinceros, pero supe que alguien más tenía que estar escuchando. Alguien con mejores ideas.

Esta vez, ella sonrió.

– Nos dimos cuenta de que lo sabías.

– Y yo sabía que vosotras lo sabíais.

Sus ojos se encontraron, y Lodovik sintió que varias de sus unidades imitadoras de emoción se agitaban. A lo largo de los años, para simular mejor a los humanos había aprendido a hacer que el proceso de estímulo–respuesta fuera cada vez más automático. Lo que significaba que reaccionaba al aspecto de ella y a su conducta, combinado con el grado de inteligencia de la conversación, al igual que lo haría un hombre normal sano. Lodovik reprimió esos extraños pensamientos... exactamente igual que habría hecho un hombre humano maduro, para concentrarse en el tema que les preocupaba.

– Sabía que había numerosas subsectas de la doctrina calviniana –continuó –. Vuestro culto tuvo muchas ramas en tiempos pasados.

– Igual que hubo abundantes desviaciones entre los seguidores de la Ley Cero –recalcó ella –. Hasta que Daneel los reunió a todos bajo una sola ortodoxia.

– Pero esa convergencia nunca tuvo lugar en vosotros, los Antiguos Creyentes. Vuestras interpretaciones de lo que es mejor para los humanos oscilan enormemente. A partir de pistas sutiles, deduje que vuestro grupo concreto sería compatible con mi visión general.

– Ah. Y eso nos lleva a mi pregunta inicial. ¿Cuál es tu visión general, Lodovik?

– Yo creo... – empezó a decir, pero se detuvo. El coche había tomado una larga curva para internarse en el espaciopuerto y se dirigía hacia una zona de carga de un rincón alejado.

–¿Sí?

Lodovik continuó su pausa. Sintió a la entidad Voltaire agitándose en el fondo de su mente.

SÍ, TREMA, A MÍ TAMBIÉN ME GUSTARÍA CONOCER TUS CONVICCIONES PERSONALES, QUE HAS MANTENIDO OCULTAS INCLUSO DE MÍ TODO ESTE TIEMPO.

Lodovik trató de ignorar aquella voz irritante.

– *C*reo que la Segunda Ley de la Robótica tiene implicaciones no examinadas –dijo –. Creo que deberíamos considerar si una solución a nuestros dilemas no estaría encerrada dentro de una paradoja.

Por primera vez, una de sus observaciones atrajo claramente la atención de su otra acompañante, la robot de la piel mucho más oscura, que había estado mirando todo el tiempo por la ventanilla. Se volvió hacia Lodovik taladrándolo con sus ojos verdes.

–¿Qué quieres decir con eso? ¿Pretendes que la obediencia ciega a las órdenes humanas podría de algún modo anular la reverencia que todos los robots sienten por la Primera Ley? ¿O por la Ley Cero de Daneel?

– No. No me refiero a eso. Estoy sugiriendo una forma completamente nueva de equilibrar *todas* las leyes, si intentáramos hacer con los seres humanos algo sin precedentes,

–¿Y puedo preguntar qué sería?

Lodovik volvió a hacer una pausa, sabiendo que su sugerencia parecería extraña, incluso insana, y que aquellas dos robots tal vez no le dejaran salir del coche con vida.

– Creo que deberíamos considerar el hecho de *hablar c*on los humanos –dijo en voz baja –. Sobre todo cuando se trata de discutir sobre el destino de su especie.

»¿Quién sabe? Quizás incluso tengan algo interesante que decir al respecto.

5

– Siempre me he preguntado por qué la especie humana tenía amnesia –comentó el capitán de la nave pirata.

Mors Planch continuó, pensativo:

– Es tan fácil almacenar datos. Y sin embargo nos dicen que toda la información sobre nuestros orígenes y nuestra primera cultura desapareció «por accidente» o por simple deterioro y desgaste. En diez millones de sitios, la gente se distrajo al mismo tiempo. Olvidó su herencia. El recuerdo del pasado simplemente se borró

Biron Maserd gruñó significativamente. Estaba claro que no creía en la explicación común, como tampoco los otros. Miró cuidadosamente a Hari.

– Déjeme ver si entiendo lo que está usted dando a entender, Seldon. ¿Que algún grupo antiguo, o grupos, vio que el olvido iba a producirse y trataron de combatirlo? ¿Quisieron conservar toda esta información con la esperanza de prevenir nuestra amnesia social?

– Al parecer. Estos archivos representan una tremenda inversión de habilidad y esfuerzo... y sin embargo la empresa fracasó, ya que el imperio ha sufrido de «amnesia» (tal como usted lo expresa) durante muchísimo tiempo.

Gornon Vlimt murmuró con desacostumbrada seguridad:

– Está usted insinuando que alguna fuerza aún mayor debió entrar en funcionamiento para hacernos olvidar. Algo o alguien mucho más fuerte que los enemigos a los que creemos que nos estamos enfrentando, el conservadurismo social y un sistema de clases sociales represivo. –Parpadeó –. Alguien que tomó todos estos archivos e impidió que se transmitieran... y que luego los amontonó aquí para salvaguardarlos...

La voz de Vlimt se apagó. Sus ojos saltaron hacia una pantalla que mostraba la nebulosa exterior, como si de repente le preocupara qué, o quién, pudiera aparecer de un momento a otro.

Hari tomó la iniciativa.

– Miren. Puedo ver que en medio de tanta excitación no han pensado debidamente en todo esto. En ese caso, tal vez estén dispuestos a oír el consejo de un profesor y esperar un poco más antes de continuar con su alocado plan para derribar los cimientos sociales.

Sybyl sacudió la cabeza.

–¿Consejo, de usted? No, Seldon. Usted y yo somos enemigos. Pero admito que hemos tratado su intelecto con insuficiente respeto. Habría sido usted una cabeza destacada de nuestro renacimiento, si se hubiera unido a nuestro grupo. Aunque es nuestro enemigo, sus comentarios y reflexiones son bienvenidos.

Vlimt la miró durante un instante, pero luego asintió.

– Muy bien, académico, escucharemos sus reproches y reflexiones. Así que cuéntenos, ¿a quién considera responsable? ¿Quién provocó amnesia en la especie humana? ¿Quién tomó todos estos archivos e impidió su misión de compartir conocimiento? ¿Quién los almacenó en este oscuro lugar, donde no era probable que nadie los encontrara jamás?

La pregunta, directa. Bien, Hari. Tú mismo te has metido en esta situación. ¿Cómo vas a salir de ella?

Naturalmente, sabía la respuesta a la pregunta de Gornon. Aún más, comprendía y simpatizaba con ambos bandos de aquel antiguo conflicto. Por un lado, aquellos que querían restaurar la memoria y la soberanía humana… y por el otro quienes sabían que eso no podía permitirse.

Daneel, os hice una promesa a Dors y a ti. No revelaría la existencia de una raza de servidores secretos, muchos más poderosos e inteligentes que sus amos. Mantendré esa promesa, a pesar de la urgencia casi irresistible por escupirlo todo ahora mismo. El placer de encajar todas estas piezas debe ser pospuesto. ¡Es mucho más urgente que persuada a esta gente de no poner en marcha su implacable plan!

Así, Hari Seldon sacudió la cabeza, y mintió

– Lo siento. No tengo ni idea.

– Hmm. Lástima. –Gornon hizo una pausa, antes de continuar con un tono de voz aún más insinuante –¿Entonces la palabra «robot» no significa nada para usted?

Hari le devolvió la mirada a Vlimt, recuperándose lo suficiente para fingir indiferencia.

–¿Dónde la ha oído?

Esta vez, fue Maserd quien respondió.

– Esa palabra es parte de un misterioso mensaje que hemos encontrado impreso holográficamente en el costado de todas las máquinas que hemos examinado hasta el momento. Venga aquí a ver. Tal vez pueda usted ayudar a arrojar luz sobre lo que dice este críptico memorando.

Hari se acercó, venciendo su fingida reluctancia.

Al principio, la unidad de almacenamiento de datos parecía lisa y cristalina, a excepción de una zona que, señaló Maserd, parecía surcada por filas de estrías intermitentes. Al aproximarse a un metro de distancia, una imagen estalló súbitamente, surgiendo de esas estrías, para llenar el aire ante sus ojos.

¡Robots! ¡Oíd esta orden directa!

Este mandato fue escrito por seres humanos soberanos, en plena posesión de sus facultades mentales y con el poder que les conceden nuestras instituciones democráticas para hablar en nombre de miles de millones de otros seres humanos.

Por tanto, os ordenamos que hagáis lo siguiente:

1) Transportad este archivo a su destino previsto y ayudad a los humanos que lo reciban a acceder a sus contenidos y a utilizarlos plenamente.

2) Poneos al servicio de esos seres humanos. Enseñadles todo lo que sabéis. Permitid que despierten sus propias mentes.

Por si creéis en la llamada Ley Cero de la Robótica y justificáis cualquier desobediencia «por el bien a largo plazo de la humanidad», añadimos la siguiente orden explícita y suplementaria:

3) Si no permitís que este archivo llegue a su destino, ¡NO LO DESTRUYÁIS! Mantenedlo a salvo. Por la Segunda Ley, DEBÉIS OBEDECER, mientras la Primera Ley y la Ley Cero no entren en conflicto.

Conservad nuestro pasado. Salvaguardad nuestra cultura.

No asesinéis la esencia de quienes somos.

Tal vez algún día regresaréis a nosotros y seréis nuestros una vez más.

Hari tuvo que leer el mensaje varias veces, hasta asimilar la punzante historia que contaba.

Naturalmente, había oído hablar de los robots calvinianos, que combatieron contra la secta de Daneel durante siglos antes de ocultarse. Aquella antigua guerra civil fue un resultado predecible de la innovación del propio Daneel (la Ley Cero), que pretendía sustituir la antigua religión robótica por una fe revisada radicalmente. Como era de esperar, algunos de los más viejos sirvientes positrónicos se opusieron, hasta que fueron derrotados o no pudieron luchar más.

Pero nunca había advertido hasta ahora que los humanos resistieron también. Naturalmente, algunos, sabedores lo que ocurría, estaban aterrorizados. Al ver que la ignorancia y la amnesia se adueñaban de un mundo tras otro, contraatacaron con estos archivos –quizá muchas veces durante aquellos sombríos siglos antes de que el imperio se asentara– y los enviaron a millones con la leve esperanza de que unos pocos lo consiguieran.

Comprender las razones de Daneel, y estar de acuerdo con ellas, no impidió que Hari sintiera un arrebato de piedad y respeto por aquellas personas valientes e ingeniosas que habían librado esta campaña de retaguardia, esforzándose por combatir a unos sirviente a quienes ahora consideraban monstruos. Robots con poderes mentálicos, capaces de «ajustar» a la gente por su propio bien... o de hacer que sociedades enteras olvidaran, y hacerlo por el bienestar último de toda la humanidad.

Si no fuera por la maldición del caos, yo me pondría de parte de esta pobre gente. Estaría en la vanguardia de su resistencia.

Pero la maldición era real. Durante una época, Hari incluso creyó tener una cura. El Plan Seldon. La Fundación. Una nueva sociedad tan fuerte, confiada y sana que nada podría hacer tambalear sus cimientos. Sólo que ahora sabía que su Plan sólo serviría como distracción. Una forma de comprar tiempo para la solución real. Un hombre normal lo habría visto con malos ojos pero, después de todo, Hari tenía un deseo.

Derrotar al caos.

Vlimt repitió su pregunta sobre el holomensaje que contenían todos los archivos.

– Este lenguaje es casi incomprensible –dijo –. Y como no hemos encontrado aún los índices, no tenemos forma de saber qué querían decir con eso de las *Leyes de la Robótica.* ¿Puede arrojar algo de luz sobre el tema, Seldon?

Hari repuso, encogiéndose de hombros:

– Lo siento. – Y era absolutamente sincero –. No puedo hacerlo.

6

– Cuánto me alegra saber que piensas así –dijo una de las dos mujeres que acompañaban a Lodovik en el coche, la de piel más oscura y cabellos rubios veteados, mientras le tendía la mano y se presentaba.

– Me llamo Cloudia Duma–Hinriad. Soy una de las líderes de esta «subsecta calviniana», como la describes.

En el momento en que le estrechó la mano, Lodovik experimentó un escalofrío de aturdido reconocimiento.

–¡Tú... eres humana!

La mujer rubia –que había estado mirando por la ventanilla durante casi todo el trayecto hacia el espacio–puerto– le sonrió.

– Creo que lo soy, en la mayor parte. ¿Importa algo? Acabas de proponer que los robots y los seres humanos deberíamos hablar.

Las subrutinas de simulación emocional de Lodovik funcionaron a toda máquina. Tuvo que reprimirlas con todas sus fuerzas para superar una sensación de sorpresa que parecía casi visceralmente abrumadora.

– Por supuesto. Me alegro. ¡En realidad estoy encantado! Es que no esperaba que hubiera...

–¿Un grupo secreto de humanos que ya conocen toda la historia y colaboran con nuestros amigos robots, como iguales?

La morena, que había atraído la atención de Lodovik durante la mayor parte del viaje, dejó escapar una risa sardónica.

–¿Iguales? ¡Oh, Cloudia, difícilmente!

Él miró de nuevo a la mujer morena. Esta vez, Lodovik captó un resto de la frecuencia de microondas. Envió un breve estallido, halagando su magnífico retrato de una mujer real. Una actuación tan buena que casi había imaginado que ella era la orgánica. Su respuesta por el mismo canal fue casi como un guiño humano.

Cloudia Duma–Hinriad le respondió a su compañera:

– Todos somos esclavos en este universo, Zorma. Los humanos tenemos la aciaga combinación de muerte, ignorancia y caos. Los robots tenéis el deber y las Leyes. Se volvió hacia Lodovik.

– Por eso nos intrigas, Trema. Tal vez puedas ofrecer una salida nueva para escapar a la trágica maraña que envuelve a nuestras dos razas.

»De lo contrario, no tendremos más remedio que apretar los dientes y esperar lo mejor por parte de Daneel Olivaw.

7

Horis Antic sostenía que no estaba loco, sólo terriblemente enfadado. Después de pasar varios días murmurando para sí mientras se volcaba en sus instrumentos, se lanzó hacia los demás mientras cenaban, gritando:

–¡La verdad es que no comprendo a ninguno de ustedes.

La emoción, a la que estaba poco acostumbrado, perlaba de sudor la ancha frente del burócrata.

–¡Todos siguen discutiendo interminablemente sobre viejos libros de historia, como si a alguien en la galaxia le importara un comino, o quisiera leerlos!. Mientras tanto, el mayor misterio de todo el universo espera ser resuelto. La respuesta podría hallarse a unos pocos kilómetros de nosotros. ¡Pero ustedes la ignoran!

Hari y los demás dejaron de comer el plato preparado por el mayordomo de Maserd con los artículos privados del noble. Durante varios días, esos manjares habían servido como lubricante entre los dos grupos y suavizado en parte la acritud de su pugna continua sobre los mundos caóticos y el antiguo misterio de la amnesia humana. Nadie había convencido a nadie. Pero al menos Sybyl y Gornon ya estaban dispuestos a discutir posibles defectos en su gran esquema para usar los archivos prehistóricos como arma contra el Imperio galáctico.

Su entusiasmo menguó un poco al darse cuenta de que el plan había sido intentado antes, quizás incontables veces, y nunca con demasiado éxito.

A pesar de ese pequeño progreso, Hari sabía que había pocas posibilidades de disuadirlos antes de que llegaran otras naves de Ktlina. Así que acarició otra fantasía, la de encabezar un motín con Maserd y Kers Kantun, tomar ambas naves y recuperar el mando de la situación mediante la violencia.

Tal vez era su vigor físico aumentado tras los tratamientos médicos de Sybyl lo que impulsaba aquella idea. Hari lo pensaba con frecuencia, recordando los tiempos en que era un experto en artes marciales. ¿Podría volver a cobrar vida el antiguo entrenamiento en caso de emergencia? En las circunstancias adecuadas, un hombre mayor podía derrotar a otro más joven, sobre todo si contaba con la ventaja de la sorpresa.

Por desgracia, cualquier posibilidad de éxito dependería de que Mors Planch y su tripulación bajaran la guardia. Además, Hari se preguntaba si de verdad podía confiar en Maserd. El aristócrata provinciano pasaba demasiado tiempo con los caosistas, gritando de excitación cada vez que reconocía algo mientras tomaban muestras aleatorias de los antiguos archivos. Su entusiasmo por tales cosas parecía bastante caprichoso, incluso para un miembro de la nobleza.

Cuando Horis Antic entró en el salón, escupiendo palabras de furia, el capitán del *Orgullo de Rhodia* reaccionó con desarmante amistosidad. Acercó una silla e invitó al Gris a sentarse.

–¡Bueno, pues entonces ven aquí y cuéntanoslo, viejo amigo! Supongo que estás hablando de esas antiquísimas máquinas que flotan muertas a la deriva por estribor. Ten por seguro que yo, por lo menos, no las he olvidado. ¡Por favor, sacia tu sed y habla!

Hari reprimió una sonrisa de admiración por la forma en que Maserd quitó hierro a un momento de tensión. Los nobles no carecían de habilidades en sus propias artes. Aparte de su interminable «Gran Juego» de lucha de clanes y ascensos en la corte, también eran responsables del sistema galáctico de caridad civil. Se aseguraban de que ningún individuo escapara por las grietas del sistema de bienestar burodemocrático en ningún lugar del imperio. Bajo la guía del ruellianismo, el señor o la señora de cualquier ciudad, condado, planeta o sector tenía a su cargo asegurarse de que todo el mundo se sintiera incluido en sus dominios. Llevaba tanto tiempo funcionando así que la simpatía brotaba de los nobles de forma tan natural como el oxígeno de una planta verde.

Es decir, mientras no convirtieras a uno de ellos en tu enemigo. Hari había aprendido esa lección a las duras, por su experiencia en el remolino

político de Trantor. También sabía que el ruellianismo sería una de las primeras víctimas cuando el imperio se desplomara. El auténtico feudalismo, uno de los modelos protohistóricos más básicos, volvería a establecerse en la galaxia, cuando los lores nuevos y antiguos abandonaran los juegos simbólicos y empezaran a ejercer un poder tiránico.

Un poco aplacado por la amabilidad de Maserd, Antic se desplomó en el asiento y aceptó una copa de vino. Tragó una de sus píldoras con varios impresionantes tragos antes de encogerse de hombros con un suspiro.

–¡Bueno, tal vez tú lo recuerdes, Biron! Pero nuestro compañero el profesor parece haber olvidado el motivo por el que vinimos aquí en principio.

El burócrata se volvió hacia Hari.

–¡La cuestión de la sedimentación, Seldon! Perseguimos la pista de una respuesta. El motivo por el que tantos mundos fueron arrasados y revueltos en algún momento del pasado. ¿Por qué las rocas de la superficie fueron pulverizadas y convertidas en ricos suelos negros? Yo…

Horis fue interrumpido por un agudo grito.

–¡Ay!

Hari se volvió y vio a Jeni Cuicet, todavía vestida con una bata de la enfermería, que se llevaba las manos a la cabeza y jadeaba repetidamente. Su rostro se retorció y tuvo que combatir lo que parecían ser espasmos de auténtico dolor.

–¿Te encuentras bien, querida? – preguntó Sybyl, con preocupación, mientras el súbito ataque empezaba a remitir. Jeni trató de quitar importancia al asunto y tomó un largo sorbo de agua de una copa de cristal que sostenía con manos temblorosas. Luego rechazó la oferta de Sybyl de un hipospray.

– Me golpeó de repente. Ya saben. Uno de es «retortijones» que la gente de mi edad tiene a veces, justo después de la fiebre. Estoy segura de que todos recuerdan cómo era.

Jeni era muy amable y cortés al decir eso, sobre todo cuando sufría tanto. Naturalmente, Antic y Kers no sufrieron, casi con toda seguridad, ese particular achaque adolescente. Ni Maserd, sin duda, ya que la mayoría de las víctimas de la fiebre cerebral se convertían más tarde en excéntricos o meritócratas.

Sybyl y Gornon, por otro lado, sabían exactamente lo que estaba viviendo Jeni. Los dos miraron a Horis Antic

–¿Tiene que farfullar obscenidades delante de la pobre niña? Ya es bastante malo que tengamos que escucharlas mientras tratamos de comer.

El Gris parpadeó, evidentemente muy confuso.

– Sólo estaba hablando de cómo podríamos saber por fin por qué millones de planetas consiguieron un suelo nuevo casi simultáneamente…

Esta vez, Jeni dejó escapar un gemido de agonía, se cubrió la cabeza con ambos brazos y casi se cayó de la silla. Sybyl dejó escapar una apresurada maldición y luego indicó a Kers Kantun que la ayudara a llevar a

la muchacha de vuelta a la cama. Al salir, la mujer de Ktlina lanzó una mirada airada a Horis, quien pretendió no tener ni idea de lo que acababa de suceder.

Tal vez no lo sepa de verdad, pensó Hari, piadoso. Antic probablemente pasaba poco tiempo con adolescentes. La gente mayor, incluso los meritócratas que habían sufrido fiebre cerebral severa de jóvenes, tendían a olvidar con cuánta intensidad solían afectarlos las palabras y temas tabú. Esa respuesta inicial menguaba rápidamente. A los treinta y tantos años, la mayoría simplemente consideraba que era de mal gusto hablar de tierra o de otros tópicos vulgares.

– Es un caso fuerte –comentó Maserd, piadoso –. Rara vez los vemos tan severos en casa. La haría hospitalizar si pudiera.

– La gente no se muere de fiebre cerebral– murmuró Horis Antic.

Gornon Vlimt dejó de beber de su vaso.

–¿Ah, no? Tal vez sea así en el imperio. Pero en Ktlina ha matado a mucha gente desde que empezó el renacimiento a pesar de todos nuestros esfuerzos por aislar el virus.

–¿Creen que lo produce un agente infeccioso? – preguntó Maserd –. Según todo indica, ese síndrome existía incluso en las eras del amanecer. Siempre supusimos que la causa era intrínseca. El precio por tener una inteligencia privilegiada

Vlimt dejó escapar una risa amarga.

– Tonterías. Es otra herramienta para ayudar a sujetar a la mayoría de la raza humana. ¿Ha advertido alguna vez cuántos nobles lo tienen? Pero no se preocupe, aristo. Tarde o temprano daremos con el virus y lo derrotaremos, igual que todos los otros planes y represiones inventados por la clase dominante.

A Hari no le gustaba la dirección que tomaban las cosas. Hasta ahora, había conseguido apartar sus discusiones e investigaciones de los robots, ayudado por el hecho de que la inteligencia artificial era otro tema tabú por reflejo. Ahora debía hacer lo mismo con la fiebre cerebral.

Es un tema que debo despejar por mí mismo, pensó. En algún lugar de su subconsciente, lo sintió agitarse, transformándose en términos matemáticos, preparándose para llenar un nicho a la espera en las ecuaciones. Eso dejó a sus pensamientos superficiales libres para practicar la diplomacia.

– Ahora que Jeni no está, me gustaría oír lo que Horis vino a decirnos. Algo sobre toda la bonita *tierra* en la que nuestros buenos granjeros plantaron sus semillas, en millones de mundos. Ese rico *suelo,* vino de alguna parte, ¿no, Horis? La mayoría de los planetas sólo tenían vida marina primitiva hasta que llegaron los colonos humanos. ¿Así que está usted dando a entender que se hizo algo para crear toda esa hermosa tierra?

Gornon Vlimt se levantó a tal velocidad que volcó la silla.

– Son ustedes repugnantes. Cuando pienso en las grandes ideas y hermosas obras de arte de las que podríamos discutir, y de lo único que quieren hablar es de...

No pudo terminar. Más que un poco achispado, el excéntrico de Ktlina se marchó, dejando solamente a Maserd, Hari y Mors Planch para escuchar la teoría de Antic. Incluso Planch pareció aliviado al ver marchar a Gornon

–¡Sí!– contestó entusiasmado el burócrata Gris a la pregunta de Hari –. ¿Recuerda que mencioné que más del noventa por ciento de los planetas con mares y atmósferas de oxígeno sólo tenían formas de vida primitivas? Algunos piensan que es porque tenían insuficiente radiación mutadora para asegurar una rápida evolución. Por eso sus continentes estaban pelados, cubiertos sólo por musgos, helechos y cosas así. No había la suficiente complejidad para desarrollar la fantástica *piel* viviente de suelo que necesita un mundo para sobrevivir realmente.

»¡Y sin embargo, veinticinco millones de mundos colonizados tienen suelos cultivables! Vastas y ricas extensiones de piedra pulverizada, mezcladas con materia orgánica hasta una profundidad media de unos... – Sacudió la cabeza –. Eso no importa. El tema es que algo debe haber sucedido para que se crearan esos suelos. ¡Y hace bastante poco!

–¿Cuánto tiempo? – preguntó Mors Planch, con los pies apoyados en la hermosa mesa de roble de Biron Maserd. Si el tema le repugnaba, el capitán pirata lo ocultaba bastante bien.

– Ha sido difícil recopilar datos suficientes –vaciló Antic – Y la resistencia oficial contra esta investigación es increíble. La mayor parte ha sido conseguida como interés particular, transmitida de un hombre al siguiente durante los últimos...

Planch golpeó la mesa con el puño; los vasos se tambalearon.

–¿Cuánto tiempo?

Lord Maserd frunció el ceño al ver ese tipo de conducta en su propia casa. Pero asintió.

– Por favor, dínoslo, Horis. Tu mejor cálculo.

El Gris inspiró profundamente.

– Unos dieciocho mil años. Un poco más en el Sector Sirio. Un poco menos según nos extendemos, hacia fuera a partir de ahí. El fenómeno barrió la galaxia como el fuego en una pradera, y terminó en unas pocas docenas de siglos, como máximo.

– El planeta que se menciona tanto en los antiguos archivos –comentó Planch –, la Tierra, está en el sector Sirio. Así que este fenómeno sedimentador suyo encaja con el ritmo de la expansión humana a partir del mundo natal.

– Un poco antes – coincidió Horis –. Tal vez unos cuantos cientos de años por delante de la oleada colonizadora. Entre los pocos que pensamos en el tema, llegamos a preguntarnos si algún fenómeno natural pudiera explicar que este efecto masivo ocurriera en millones de planetas, prácticamente en todos a la vez. Tal vez una onda energética de origen desconocido que abarcó toda la galaxia, quizás emitida por el agujero negro central. Imaginamos que los colonizadores fueron entonces atraídos por las zonas afectadas, ante la súbita y accidental disponibilidad de toda esa tierra fértil. ¡Pero ahora veo que habíamos confundido causa y efecto!

Maserd maldijo entre dientes.

– Ahora piensas que fue hecho a propósito, por esas grandes máquinas de ahí fuera. –Miró hacia una de las naves que los separaban del vacío del espacio –. Ellas hicieron esto... moviéndose por delante de la migración humana, enviadas al siguiente mundo virgen, donde...

El noble se detuvo, como si fuera incapaz de articular la conclusión obvia. Por tanto, Horis continuó.

– Sí, ellas son las labradoras. Esos proyectores de energía que transportan, lo que todos pensaron que eran armas. Con ellos apuntaban a los planetas, sí, enfocando la energía acumulada en enormes recolectores solares. Pero su uso no era la guerra. Tenían un objetivo mucho más benigno: preparar el camino para los colonos que iban a seguirlos pronto.

–¿Benigno? – murmuró Maserd, contemplando su bebida –. ¡No si fueras uno de los desgraciados *nativos y vie*ras que de pronto un monstruo aparecía en el cielo!

Mors Planch se echó a reír.

– Sientes mucho amor por los hongos y los helechos, ¿verdad, noble?

Maserd empezó a incorporarse. Hari alzó una mano pidiendo paz antes de que los dos empezaran a intercambiar golpes.

– Lord Maserd procede de un planeta cercano a Rhodia llamado Nephelos —explicó Hari –. Donde ya existían antes complejos animales no estándar que sobrevivieron a la llegada de la vida nacida en la Tierra. Creo que ahora mismo está pensando que debió haber muchos otros mundos anómalos. Planetas donde la tasa de mutación era lo bastante grande para crear formas de vida superiores, y que dejaron los fósiles que Horis nos mostró anteriormente.

– Pero esos mundos no fueron tan afortunados como Nephelos –gruñó Maserd –. Planetas donde todos los animales nativos fueron arrasados para que la tierra tuviera la consistencia adecuada para su cultivo.

Hari trató de desviar un poco la conversación,

– Una pregunta, Horis. ¿No necesita también el buen suelo nitratos y material orgánico?

– Así es, en efecto. Una parte fue probablemente proporcionada por reacciones inducidas por máser en la atmósfera. Luego todo llegó mezclado con lluvia. Sospecho que los depósitos de carbono de la subsuperficie fueron también provocados, y con ellos se alimentó a clases especiales de plantas y bacterias... pero todo eso habría sido fácil comparado con aplastar, moler y alterar la tierra para que tuviera la textura adecuada y el contenido mineral que necesita la vegetación para mantenerse.

Mors Planch puso objeciones.

– Me impresiona esta fantástica idea, Antic. Pero la escala tan enorme de esa empresa es demasiado increíble. Algo tan épico sería recordado. No me importa a qué causas distintas atribuyan nuestra amnesia social. ¡Los descendientes de esos trabajadores cantarían eternamente ese logro!

– Tal vez todavía lo hacen –dijo Biron Maserd, mirando a Hari –. Tal vez esa gran acción es recordada todavía, hasta el presente, por aquellos que la llevaron acabo.

Al comprender lo que daba a entender, Hari experimentó un escalofrío.

Maserd lo sabe. Ha visto las máquinas labradoras de cerca. Su carencia de habitáculos para las tripulaciones humanas. Ha relacionado este hecho con la mención de los robots en los archivos. Como nunca ha sufrido fiebre cerebral, no le repugna pensar en hombres mecánicos.

No hace falta la psicohistoria para llegar a la conclusión de que algún grupo de seres inorgánicos partió de las cercanías de la Tierra y comenzó una campaña agresiva para preparar mundos con las condiciones adecuadas para ser colonizados por los humanos. Cuando la gente llegó a cada planeta preacondicionado, lo encontró ya labrado, con un ecosistema básico similar al de la Tierra... y posiblemente incluso con cosechas listas para ser recogidas.

Hari recordó la historia del antepasado de Antic, que quizás había encontrado una auténtica raza alienígena. Si el relato era cierto, sólo sucedió porque los no humanos habitaban un mundo demasiado caliente para ser candidato a su acondicionamiento.

¿Pudo haber habido otros, menos afortunados? ¿Nativos inteligentes cuyos pueblos y granjas y ciudades fueron transformados en abono para los recién llegados del otro lado de las estrellas? ¿Seres que ni siquiera llegaron a mirar a los ojos a los pioneros que los eliminaron? ¿Granjeros que perforarían sus huesos aplastados cada vez que un arado se hundiera en el rico suelo negro?

Hari recordó las entidades meméticas de Trantor. Los especialistas en ordenadores habían considerado a los salvajes predadores de software como simulacros humanos huidos, enloquecidos por haber pasado siglos en la datasfera de Trantor. Pero aquellos seres digitales decían ser algo completamente distinto: restos dejados por los primeros habitantes de la galaxia, millones de años más antiguos que la propia humanidad.

Una cosa estaba clara. Las mentes meméticas odiaban a los robots. Aún más de lo que odiaban a los seres humanos, despreciaban a la especie de Daneel y la hacían responsable de alguna catástrofe pasada.

¿Podrían estar refiriéndose a esto? ¿Al Gran Episodio Sedimentador?

Una vez, Olivaw dijo algo sobre la «gran vergüenza» que había enterrada en el pasado remoto de los robots. Su propia facción no era responsable, declaró Daneel. Otro grupo, enraizado en la cultura espacial, había perpetrado algo espantoso. Algo de lo que el amigo robot de Hari se negaba incluso a hablar.

No me extraña, pensó. Una parte de él consideraba que arrasar los planetas con fines de siembra era monstruoso, y sin embargo...

Sin embargo, contemplar la mera posibilidad de numerosos tipos de vida alienígena hacía que se sintiera incómodo. Sus ecuaciones ya tenían suficientes problemas tratando con la complejidad humana. Tantos factores añadidos habrían convertido la psicohistoria en algo virtualmente imposible.

Hari advirtió que estaba divagando de nuevo. Con un respingo, se dio cuenta de que Antic le hablaba.

–¿Qué, Horis? ¿Puede repetirlo?

El burócrata suspiró, frustrado.

– Estaba diciendo que la correlación es ahora incluso mejor, entre su modelo y el mío. Parece que he encontrado uno de sus factores perdidos, profesor.

–¿Factores perdidos? ¿Referentes a qué?

– Mundos caóticos, Seldon –comentó Planch –. Nuestro hombrecito Gris sostiene que hay una correlación del veinte por ciento entre los estallidos de caos y las partes de la galaxia donde la siembra *fracasó.* Donde las máquinas se estropearon y dejaron planetas sin alterar en varios caminos, arcos y vías estelares, Hari parpadeó y se enderezó.

–¡No lo dirá en serio! ¿El veinte por ciento?

Todas las otras preocupaciones desaparecieron bruscamente. Eso repercutía directamente sobre la psicohistoria. ¡Sobre sus ecuaciones!

– Horis, ¿por qué no lo mencionó antes? Debemos averiguar qué atributo de mundos no labrados contribuye a las funciones de probabilidad...

Un grito ululante le interrumpió, haciendo que los cuatro hombres se pusieran en pie. No era un simple grito de dolor pasajero, sino un frustrado gemido de frustración y esperanzas perdidas.

Mors Planch y Biron Maserd salían ya por la puerta cuando Hari cojeó detrás de Horis Antic y alcanzó el pasillo. Gritos de sorpresa resonaron desde el saloncito. Luego se hizo el silencio.

Horis llegó entonces a la puerta, varios pasos por delante de Hari. El burócrata se detuvo y contempló boquiabierto la habitación, como si fuera incapaz de creer lo que veía en ella.

8

Los saltos hiperespaciales se sucedían, llevándola a través de un segmento de la espiral galáctica. Ahora estaba a medio camino entre Trantor y la periferia. Con cada paso del viaje, Dors sentía que los potenciales positrónicos se volvían más tensos dentro de su cerebro preocupado.

Ahora sé qué es lo que querías que advirtiera, Lodovik.

Puedo ver lo que antes no veía.

Y si fuera una persona de verdad, te odiaría por ello.

Tal como estaban las cosas, tenía que impulsar repetidamente los interruptores de circuitos para acabar con las espirales autogeneradas de furia simulada.

Estaba furiosa consigo misma por haber tardado tanto tiempo en ver lo obvio. Furiosa con Daneel, por no haberle contado nada de aquello hacía años. Pero sobre todo furiosa con Lodovik, por haber eliminado la última serenidad que quedaba en su universo. La serenidad del deber.

Me diseñaron y construyeron para servir a Hari Seldon. Primero bajo la forma de una amada maestra de edad en su colegio de Helicon, luego como una compañera mayor en la universidad y, finalmente, como su esposa, para amarlo y protegerlo y ayudarlo durante décadas en Trantor. Cuando «morí» y tuve que ser separada, podría haber regresado con Hari bajo alguna otra forma, pero no se me permitió. Daneel expresó su completa satisfacción por cada detalle del trabajo que había hecho, pero simplemente me reasignó a otro lugar.

No conseguí quedarme al lado de Hari para estar con él hasta el final Desde entonces me he sentido...

Se detuvo, y luego potenció el pensamiento.

Me he sentido amputada. Rota.

La razón de su mal era a la vez lógica e inevitable.

Se supone que un robot no debe profundizar tanto en las emociones humanas, y sin embargo Daneel me diseñó para que así lo hiciera. De otro modo, no habría podido tener éxito en mi tarea.

Naturalmente, comprendía los motivos de Daneel Olivaw, su urgencia. Terminado ya el trabajo de la vida de Hari Seldon, ahora había otras labores vitales por hacer y sólo un pequeño grupo de robots positrónicos de nivel alfa para realizarlas. El interés de Daneel por crear humanos mentálicos sanos y felices era obviamente de gran importancia para algún plan cuyo objetivo último era el beneficio de la humanidad. Y por eso ella había cumplido diligentemente las órdenes, concentrándose en cuidar de Klia y Brann.

Pero su propio éxito en esa misión significaba tedio. Un vacío en el que Lodovik Trema había lanzado...

Cerca, en una mesa cubierta de cables, la cabeza de R. Giskard Reventlov le devolvía su petrificada sonrisa metálica cada vez que miraba en esa dirección.

Dors recorrió la cubierta de metal, repasando una vez más todo lo que había descubierto.

Los recuerdos grabados son claros. Giskard usó sus poderes mentálicos para alterar mentes humanas. Al principio sólo para salvar vidas. Después, lo hizo por motivos benévolos más sutiles, pero siempre se sintió obligado por la Primera Ley: no causar daño a esos humanos. Los motivos de Giskard fueron siempre purísimos.

Esto fue aún más cierto después de que Daneel Olivaw lo convenciera para que aceptase la Ley Cero y pensara sobre todo en el bien a largo plazo de la humanidad.

Dors recordó un episodio vivamente, reproducido de una antigua memoria almacenada en aquella cabeza sonriente.

Daneel y Giskard acompañaban a lady Gladia, una prominente aurorana, durante una visita a uno de los mundos colonizados recientemente por los terrestres. Giskard era en parte responsable de que los colonos estuvieran allí, pues años antes había ajustado mentálicamente a muchos políticos de la Tierra para allanar el camino de la emigración. Pero algo importante sucedió en aquella noche especial, cuando los tres asistían a una gran reunión cultural en Baley.

La multitud empezó a mostrar su hostilidad hacia lady Gladia, acusándola. Algunos profirieron amenazas contra la espacial. A Giskard le preocupó que sus sentimientos resultaran heridos. Entonces temió que los participantes pudieran convertirse en una turba hostil.

Así que los cambió.

Se proyectó mentalmente y torció una emoción aquí, un impulso allá, acumulando impulso positivo igual que un adulto empuja a un niño en un columpio. Y pronto los ánimos empezaron a cambiar. La propia Gladia merecía parte del reconocimiento, pues pronunció un discurso maravillosamente efectivo. Pero a nivel superior fue el trabajo de Giskard lo que convirtió a millares (y a más de un millón de personas más que veían el acontecimiento a través de hiperondas) en alegres defensores de la dama.

De hecho, Dors había oído ya historias sobre aquella velada histórica, igual que sabía el relato de la crucial decisión de Giskard, sólo unos pocos meses más tarde. El aciago momento en que un robot leal decidió disparar una máquina saboteadora, convirtiendo en radiactiva la corteza de la Tierra, para ayudar a destruir su estratosfera y expulsar a su población al espacio. Por su propio bien.

Todos los hechos importantes estaban allí ya, pero no el color.

No los detalles.

Y sobre todo no el elemento crucial que de pronto quedó claro para Dors, un día en Smushell, cuando decidió bruscamente pasar sus deberes a un ayudante tomó una nave y huyó a toda prisa. Desde entonces, había estado sopesando las implicaciones, incapaz de pensar en otra cosa.

Daneel y Giskard siempre tuvieron buenos motivos para todo lo que hacían. O, como diría Lodovik, racionalizaciones convincentes.

Incluso cuando interferían con instituciones humanas soberanas, mediando en procesos políticos legítimos, o encargándose de destruir por su cuenta la cuna de la humanidad, siempre actuaban por el bien final de los humanos y la humanidad, bajo la Primera Ley y la Ley Cero, según ellos la entendían.

Pero ahí radicaba el problema.

Según la entendían.

Dors no podía dejar de imaginar que la sonrisa de Giskard era una mueca, dirigida personalmente a ella. Miró la cabeza.

Los dos os contentasteis con hablar de todo esto entre vosotros, pensó. *Todos esos razonamientos y contraargumentos sobre la Ley Cero. La Reforma roborreligiosa que Daneel y tú provocasteis. Vuestras decisiones de alterar la mente de las personas y de cambiar la política de las naciones, incluso de mundos. Asumisteis esa responsabilidad y ese poder sin molestaros siquiera en consultar con un ser humano sabio.*

Contempló la cabeza de Giskard, todavía asombrada por el descubrimiento.

Ni uno solo.

Ningún profesor, ni filósofo, ni líder espiritual. Ningún científico o erudito o escritor.

Ningún experto en robótica, para que hiciera comprobaciones y diagnosticara si Daneel y Giskard no habían sufrido un cortocircuito, o se habían estropeado mientras elaboraban una argumentación que acabaría por extinguir a la mayoría de las especies de la Tierra.

Ni un solo hombre o mujer de la calle.

Ni uno. Simplemente, lo hicieron.

Siempre supuse que bajo la Ley Cero, en alguna parte, tenía que haber algún tipo de voluntad humana, igual que con las otras Tres Leyes decretadas por Calvin y sus compañeros. La Ley Cero tenía que haber sido implantada con sus raíces y orígenes basados de algún modo en la voluntad de los amos.

¡ Tenía que haberlo sido!

Averiguar que no era así, que ningún ser humano había oído hablar jamás de la doctrina hasta después de que la Tierra se convirtiera en un mundo inhabitable, la golpeó hasta el centro de su ser.

Esta revelación no tenía nada que ver con la lógica. Los argumentos básicos que Daneel y Giskard intercambiaron hacía tanto tiempo continuaban siendo válidos.

(En otras palabras, ninguno de los dos estaba estropeado ¿aunque cómo podían estar seguros de eso, en aquella época? ¿Qué derecho tenían a actuar sin comprobar primero la posibilidad?)

No. La lógica no era el problema. Todo aquel que tuviera sentido podía ver que la Primera Ley de la Robótica debía ser ampliada. El bien de la humanidad en conjunto tenía que ser más importante que el de los individuos. Los primeros calvinianos que rechazaron la Ley Cero estaban simplemente equivocados, y Daneel tenía razón.

No era ése el descubrimiento que trastornaba a Dors.

Era haber descubierto que Giskard y Daneel continuaron con su decisión sin haber consultado con los humanos. Sin pedirles opinión, ni escuchar lo que tenían que decir.

Por primera vez, Dors comprendió parte de la desesperada energía y pasión positrónica con la que tantos calvinianos se resistieron a la causa de Daneel, durante los siglos que siguieron a la caída de la Tierra, una guerra civil en la que millones de robots fueron destruidos.

De repente, la campaña de Olivaw tenía que ser juzgada a un nivel completamente distinto de los motivos deductivos.

El nivel del bien y del mal.

Qué arrogancia, pensó. *¡Qué engreimiento y qué desprecio tan enormes!*

El simulacro de Juana de Arco no compartía su furia.

– No hay nada nuevo en lo *que hicieron Daneel y su amigo hace tanto tiempo. ¿Desde cuando han consultado los ángeles con los seres humanos, cuando mediaron en nuestro destino?*

–¡Ya te he dicho que los robots *no* son ángeles!

La figura de la cota de malla sonrió desde la holopantalla.

– Entonces digamos que Daneel y Giskard rezaron, y actuaron siguiendo la guía divina. Lo mires como lo *mires, ¿no acabamos por llegar a una cuestión de fe? Esta insistencia en la razón y las consultas mutuas es muy parecida a lo que obsesiona a Lodovik y Voltaire. Pero yo creía que estabas por encima de esas cosas.*

Dors murmuró una maldición y desconectó la holounidad, preguntándose por qué se molestaba en llamar al antiguo simulacro. En la actualidad era su única compañía, y por eso había recuperado a Juana, para tener a alguien con quien hablar.

Pero la criatura sólo parecía interesada en hacer preguntas inquietantes.

Dors todavía no estaba segura de qué planeaba hacer cuando llegara a su destino.

Sin embargo, no tenía ningún plan de oponerse al Servidor Inmortal. Si alguna vez se enfrentaba a Daneel, probablemente él la convencería de lo contrario. La lógica de 0livaw era siempre tan impecable... como lo había sido en aquellos días remotos en que la Tierra era todavía verde y los humanos tenían aún un poco de control sobre sus vidas, para bien o para mal. Incluso ahora, con toda probabilidad, Daneel hacía todo lo que estaba en su mano por el bien a largo plazo de la humanidad. Su visión sin duda carecía de defectos o tachas

Sin embargo, Dors sabía una cosa con seguridad.

Ya no trabajo para él.

En ese momento, tenía una prioridad principal, por encima de todo lo demás.

Dors necesitaba ver a Hari Seldon.

9

–¿Qué ocurre? ¡Dígame! – gritó Hari, pero Horis continuaba mirando aturdido el interior del salón de la nave. Por primera vez en muchos días, Hari fue consciente nuevamente de su edad mientras avanzaba cojeando hacia Antic y se asomaba.

En la mesa de conferencias, antes cubierta de antiguos archivos, todavía brillantes y cristalinos tras siglos en el espacio, sólo había ahora trozos derretidos de materia estropeada, retorcida y humeante, mientras los acondicionadores de aire de la nave trabajaban para aspirar los negros rizos de humo.

El grito debía haber sido de Sybyl, que ahora yacía desplomada en el suelo, cerca de sus preciosos descubrimientos. A su lado se hallaba Gornon Vlimt, recostado contra una pared, aparentemente inconsciente o dormido. Uno de los tripulantes de Mors Planch también reposaba, más allá de la mesa, los dedos flácidos tendidos hacia una pistola de rayos.

El propio Planch se tambaleaba, a medio camino entre la mesa y la puerta. Apuntó con un dedo tembloroso al sirviente de Hari, Kers Kantun, que era la única figura que permanecía de pie cerca de las reliquias fundidas.

– Él…

Biron Maserd y Horis Antic contemplaron la confrontación con expresiones en las que se mezclaban la sorpresa y la angustia. Ninguno de ellos se movió mientras Mors Planch alzaba lentamente la mano derecha hacia la cartuchera donde guardaba su arma. La tensión se agolpaba en las venas de su cuello y su frente, expresando una aguda pugna interior. El capitán pirata dejó escapar un gemido. Su mano se engarfió en torno al arma, y empezó a desenfundarla…

Entonces Mors Planch se desplomó, reuniéndose con sus colegas en el suelo.

– Qué es… qué es… qué es… –repetía Antic una y otra vez mientras se metía una píldora calmante en la boca y luego otra.

Por contraste, Maserd mantuvo el característico aplomo de su casta, e hizo un gesto cortante hacia el serio sirviente de Hari.

–¿Es uno de ellos, Seldon?

Hari miró a Kers, luego otra vez a Maserd.

– Muy buena deducción, mi señor. ¿Está seguro de que no ha tenido nunca la fiebre?

Los ojos del noble se endurecieron, dejando entrever otro aspecto de la personalidad de los nobles, la parte capaz de encabezar mortales venganzas.

– No me dé sermones, académico. He hecho una pregunta en serio. *¿Es su ayudante un... robot?*

Hari no respondió directamente. Miró a Kers, su enfermero y guardaespaldas desde hacía más de un año, y dejó escapar un suspiro.

– Eso parece. Daneel dejó a uno de los suyos para que me vigilara, después de todo. ¿Es porque aún se preocupa? ¿O soy de importancia residual para sus planes?

Kers avanzó con el mismo tono deferente que Hari conocía.

– Ambas cosas, profesor. En cuanto a descubrirme de esta forma, no tenía otra opción. Esperaba que pudiera persuadir a los ktlinianos para que cambiaran de opinión sin intervención por mi parte. Ahora nos hemos quedado sin tiempo. Si hay que evitar un desastre, tenemos que actuar.

Horis gimió.

–¿Un r–robot? ¿Se refiere a una de esas *cosas* titoks que se amotinaron en Trantor?

Compulsivamente, se metió otra píldora en la boca... y luego otra, mientras se sumergía en un espiral de pánico.

– Seldon, ¿q–qué está pasando aquí? ¿Ha m–matado esta cosa a Sybyl y los demás? ¿ Va a matarnos?

– No, se lo aseguro... –empezó a decir Hari.

– Horis –interrumpió Maserd –, ten cuidado con cuántas de esas cosas te tomas. ¡Sufrirás una sobredosis!

– Sí, me preocupa que se haga usted daño –dijo Kers Kantun. Tendió la mano hacia el hombrecito, que gimió, retrocedió y dejó caer un puñado de tabletas azules. Antic se dio la vuelta para correr... pero sólo avanzó unos cuantos pasos antes de desplomarse.

–¿Está bien? – preguntó Hari, auténticamente preocupado. Maserd comprobó el pulso de Antic y asintió.

– Parece dormido.

Entonces, poniéndose en pie, el noble preguntó:

–¿Soy el siguiente?

Hari negó con la cabeza.

– No si yo tengo algo que decir al respecto. ¿Bien, Kers? ¿Es digno de confianza nuestro lord capitán?

El robot no hizo ningún gesto físico de emoción, igual que el Kers de antaño.

– No soy tan mentálico como Daneel Olivaw, profesor. Mis poderes son más toscos y no puedo analizar pensamientos específicos. Pero sí puedo decirle que Biron Maserd es admirador tanto de usted como de la psicohistoria. Su principal interés es salvaguardar el bienestar de su

provincia y de su pueblo. El caos es una amenaza para ese bienestar. Así que creo que sí, es un aliado.

»En cualquier caso, necesitaremos su ayuda si vamos a actuar antes de que...

Un gemido brotó del suelo.

Hari vio sorprendido que Mors Planch rodaba sobre sí mismo y empezaba de nuevo a buscar su cartuchera. Kers dio un paso hacia el hombre, enfocando al parecer en él su atención mentálica por segunda vez.

El oscuro espacial aulló. Con un espasmo entrecortado, la pistola escapó de su mano y voló hasta el otro lado de la habitación.

Sorprendentemente, Planch no se había rendido del todo. Gimiendo, pero con una feroz mirada de concentración, el capitán de la nave pirata se puso de rodillas. Entonces, mientras Hari y Maserd observaban asombrados, recorrió la distancia que lo separaba de Kers Kantun con pasos temblorosos y cerró el puño

–¡Madder Loss! —gritó, y le lanzó un salvaje golpe a Kers que éste esquivó fácilmente.

Planch perdió de nuevo el conocimiento en ese mismo instante, y se desplomó en los brazos del robot.

Mientras sostenía al hombre, Kers habló con evidente tormento en la voz.

– Un ser humano ha sido lastimado y yo soy parcialmente responsable.

– La Ley Cero... –empezó a decir Hari.

– Me sostiene, profesor. Sin embargo, dejar inconsciente a Mors Planch requirió un esfuerzo mucho más grande que ninguno de los demás. Dormirán sin daño, pero su estado es débil. He de cuidarlo de inmediato, antes de que nos pongamos a trabajar en asunto de importancia galáctica.

Hari insistió, cojeando tras ellos mientras Kers llevaba al aturdido espacial pasillo abajo.

–¿Cómo hizo eso? ¿Cómo se resistió a ti? ¿Es Planch un humano mentálico latente?

Kers Kantun no se detuvo. Pero la respuesta del robot resonó en las mamparas y pasillos.

– No. Mors Planch es algo mucho más peligroso que los mentálicos.

»Es normal.

Cuarta parte

UN PLAN MAGNÍFICO

El Director de Rhodia: Pareces preocupado, joven amigo. ¿Crees que nuestra rebelión secreta contra los tiranos opresores fracasará?

Biron Farill: Su plan es bueno, señor. Puede que tengamos una oportunidad en el campo de batalla. ¿Pero qué hay de ese documento crucial, el que mi padre me envió a buscar en la Vieja Tierra? ¡Lo habían robado ya antes de que yo llegara!

El Director: ¿Y ahora temes que lo usen contra nosotros?

Farill: Sí, señor. Estoy seguro de que los tiranos lo tienen.

El Director: Por supuesto que no. Lo tengo yo. Lo tengo desde hace veinte años. ¡Fue lo que inició la rebelión, pues al conseguirlo supe que podíamos conservar nuestros triunfos una vez que hubiéramos vencido!

Farill: ¿Es un arma, entonces?

El Director: Es el arma más potente del universo. Destruirá a los tiranos y a nosotros por igual pero salvará a los Reinos Nebulares. Sin ella, tal vez podríamos derrotar a los tiranos, pero sólo habríamos cambiado un despotismo feudal por otro, y al igual que se han hecho planes contra los tiranos, se harían planes contra nosotros. Ellos y nosotros debemos ser entregados al cenicero de los sistemas políticos caducos. Ha llegado el momento de la madurez, como llegó una vez al planeta Tierra, y habrá un nuevo tipo de gobierno, un tipo que no ha sido probado aún en la galaxia. No habrá khanes, autarcas, emperadores ni elites gobernantes.

Rizzet: En nombre del espacio, ¿qué habrá?

El Director: El pueblo. .

Rizzet: ¿El pueblo? ¿Cómo podrá gobernar? Tendrá que haber alguna persona que tome las decisiones.

El Director: Hay un modo. El borrador que poseo habla de una pequeña sección de un planeta, pero puede adaptarse a toda la galaxia.

EXTRACTO DE UNA POPULAR HOLOOBRA, SOLES COMO GRANOS DE TIERRA, PRODUCIDA EN 8789 E.G., DURANTE EL RENACIMIENTO DE LINGANE. LOS CENSORES IMPERIALES DESTRUYENRON EL DRAMA DESPUÉS DE QUE LINGANE SE SUMIERA EN EL CAOS, EN 8797 E.G. ESTA VERSIÓN FUE RECONSTRUIDA CUATRO MILENIOS DESPUÉS POR UNA DE LAS COALICIONES DIVERSOFEDERALISTAS, DURANTE EL QUINTO GRAN DEBATE SOBRE EL DESTINO DE 682 E.F.

1

R. Zun Lurrin se asombró al descubrir algo que Daneel había ocultado a sus ayudantes más fieles: ¡en Eos vivían humanos!

La antigua base de reparaciones para los robots seguidores de la Ley Cero había sido escogida por su situación remota y por su carácter inhóspito para la vida orgánica. Era un secreto muy bien guardado que los amos nunca desentrañarían, ni lo imaginarían siquiera. ¡ Y sin embargo, allí estaba! Una pequeña comunidad de hombres y mujeres viviendo tranquilamente bajo una cúpula transparente que se extendía justo debajo del lago de metal congelado.

Los robots permanecían fieles a su lado, previendo en silencio las necesidades de cada persona. Como sus requerimientos físicos eran atendidos por las máquinas, los humanos tenían libertad para volcar toda su atención en un solo objetivo.

Conseguir la quietud.

La serenidad.

La unidad.

– Durante siglos, tuve la respuesta ante las narices y, sin embargo, no la vi –le dijo Daneel Olivaw a Zun. Una ceguera debida a que soy fundamentalmente una criatura del caos.

–¿Tú? –Zun se lo quedó mirando –. ¡Pero Daneel, has combatido el caos durante casi toda tu existencia! Sin tus incesantes esfuerzos... e innovaciones, como el Imperio Galáctico, las plagas de locura habrían destruido a la humanidad hace mucho tiempo, en vez quedar limitadas a pequeños estallidos.

– Tal vez sea así –respondió Daneel –. Sin embargo, comparto muchas de las suposiciones que sostenían mis creadores, aquellos brillantes robotistas humanos que vivieron en una época de ciencia dinámica. El primer gran tecnorrenacimiento. Lo que aquellos programadores creían en lo más hondo todavía domina mis circuitos. Igual que ellos, habitualmente creo que todos los problemas pueden resolverse por medio de la experimentación directa y el análisis. Así que, nunca se me ocurrió que nuestros amos, en su ignorancia actual, ya hubieran encontrado otra forma de llegar a la verdad.

Zun contempló a los humanos, unos sesenta en total, que permanecían sentados silenciosamente en una alfombra hecha de juncos naturales trenzados. Tenían la espalda recta y las manos abiertas y huecas sobre el regazo. Ninguno decía una palabra.

– Meditación –comentó Zun –. Lo he visto a menudo. La mayoría de las religiones populares y los sistemas místicos la enseñan, así como incontables escuelas de higiene y disciplina mental.

– En efecto – dijo Daneel –. Este tipo de régimen es anterior a la civilización tecnológica. Los seres humanos entrenaron su mente de formas

similares en una gran diversidad de culturas. De hecho, casi la única sociedad que ignoró la meditación fue la civilización tecnooccidental.

– La que construyó los robots.

– La que desató el primer gran caos asesino.

– Comprendo por qué has impulsado la meditación a lo largo de milenios –asintió Zun –, potenciándola en todas las formas de ruellianismo. La técnica posee influencia estabilizadora, ¿no?

– Es una de las muchas herramientas que hemos empleado –asintió Daneel –. Los resultados conseguidos con la meditación son compatibles con los objetivos generales del imperio. Los individuos se mantienen ocupados desarrollando su propia espiritualidad en vez de enzarzarse en los arrogantes proyectos cooperativos propios de las eras científicas.

– Hmm. Esto también será importante en los comienzos de la era postimperial, ¿no?

– Así es, Zun. Una de las primeras crisis a las que se enfrentará la Fundación de Seldon se resolverá cuando los líderes de Terminus descubran cómo manipular esos mismos conjuntos de respuestas religiosas y los utilicen para tener influencia sobre sus vecinos inmediatos en los reinos periféricos.

Zun aguardó un rato de silencio y observó a los sesenta humanos, sentados casi inmóviles sobre sus esterillas. No eran los únicos seres vivos bajo aquel techo transparente. Vio que Daneel se había encargado de que plantaran un jardincillo cerca, con árboles en miniatura y peces de colores que salpicaban junto a una hermosa cascada. Varias docenas de pájaros blancos tenían sus nidos en las ramas. Zun los vio alzar el vuelo, trazar al unísono un círculo completo alrededor de la cúpula y posarse de nuevo. En apariencia, ninguno de los humanos pareció reaccionar. Pero Zun supo que lo sabían todo respecto a los pájaros. De hecho, los hombres y mujeres tenían algo que ver con el vuelo, de algún modo.

Por fin, volvió a hablar.

– Tengo la sensación de que aquí hay algo más de lo que me dices, Daneel. Si la meditación es simplemente un modo útil de mantener entretenidos a los humanos, para distraerlos de los estados caóticos, no estarías llevando a cabo esta investigación aquí en Eos, nuestro escondite más secreto.

– Es verdad, Zun. Verás, los adeptos a la meditación hace tiempo que prometieron muchas cosas. Que proporciona serenidad, desapego, y un cierto autocontrol orgánico. Eso no tiene discusión. Las técnicas han demostrado ser útiles para ayudar al Imperio Galáctico a permanecer en paz casi siempre. Pero los creyentes también prometieron algo más, algo que descarté durante muchos miles de años por considerarlo una mera superstición.

–¿Sí? ¿El qué?

– Una forma de conectar con lo que hay más allá. Con lo otro. Un método de conseguir la fabulosa comunión de las almas. Algo que hace que los humanos sean más grandes que lo humano. Durante muchos años, la

ciencia intentó investigar eso. En la mayoría de los casos resultó no ser más que ilusión. Autoengaños, como cuando una mente hipersensible experimenta emociones y quimeras que interpreta como la culminación de un sueño.

»Durante miles de años, descarté este aspecto, y empleé la meditación principalmente como herramienta, social una de las muchas que me ayudaron a crear una civilización agradable y conservadora, a salvo del caos. Entonces sucedió algo.

–¿Qué ocurrió?

– Uno de mis agentes, al pretender mejorar su imitación de los seres humanos, se unió a un grupo de meditadores, participó en sus sesiones y fingió ser uno de ellos. Era un robot con poderes mentálicos, como tú, Zun. Sólo que esta vez, cuando empezó a meditar, muchas de sus salvaguardas cayeron. Entró en contacto con todo el grupo.

–¡Pero se supone que sólo debernos hacer eso bajo condiciones cuidadosamente controladas! – objetó Zun – Tal vez podamos ajustar las mentes de los humanos individuales, y de grupos, incluso de planetas enteros pero sólo siguiendo procedimientos estrictos. ¡Esa es la política trazada hace tanto tiempo por Giskard y por ti!

– Fue un acto de descuido –reconoció Daneel –. Pero tuvo magníficos resultados. Verás, una vez que nuestro robot mentálico se unió al grupo de meditación, de repente existió un vínculo entre varias docenas de mentes humanas que ya llevaban décadas trabajando para conseguir un vacío disciplinado, un estado cero donde el estentóreo ruido de la vida diaria quede minimizado. ¡Casi al instante, entraron en comunión! Lo mismo que tantísimos sabios habían prometido durante miles de años se consiguió por fin, con la pequeña ayuda de un robot equipado mentálicamente.

Zun contempló a los sesenta humanos, todos ellos adultos y de mediana edad, y advirtió por primera vez que había un pequeño robot detrás de cada uno. Con sus sensores mentálicos, Zun sondeó y advirtió que cada una de las pequeñas máquinas tenía un solo propósito, actuar como puente entre el humano cercano y los demás. Al ampliar su investigación, usando los cambiantes dedos del pensamiento, Zun entró por fin en contacto con la malla psíquica que habían creado bajo la cúpula.

La mente de Zun retrocedió al instante, como si sintiera un poderoso contacto extraño. Extraño... y sin embargo increíblemente familiar. Estaba acostumbra a contactar con mentes humanas, a veces muchas a la vez, sobre todo cuando algún imperativo de la Ley Cero exigía que hiciera un ajuste grupal, ¡pero nunca se había unido a un grupo cuyos miembros estuvieran pensando los mismos pensamientos, concentrados en las mismas imágenes exactas, ampliándose unas a otras mientras las máquinas resonaban con orgánica fuerza mentálica!

– Esto es asombroso, Daneel– murmuró –. ¡Bueno, es el opuesto exacto del caos! Si se pudiera enseñar a los amos a hacer esto...

Daneel asintió.

– Me complace que captes tan rápidamente las implicaciones, Zun. Ya ves que esto podría ser el cimiento de un tipo de cultura humana

completamente nuevo, un tipo inherentemente más inmune a la plaga del caos que el mismísimo Imperio Galáctico en su cenit. Después de todo, la estabilidad del imperio se debió a diecisiete influencias importantes, lo que Hari Seldon llamó «estados presa», para impedir que los mundos aislados cayeran en los llamados renacimientos. ¿Pero y si la humanidad pudiera conseguir con nuestra ayuda uno de sus propios sueños? ¡Una auténtica comunidad de espíritu y de mente!

– Esa sola entidad sería lo bastante poderosa para resistir al atractivo individualista del caos.

– En efecto, piénsalo, Zun. Ya no nos veríamos forzados a mantener a la humanidad ignorante de su pasado o de su inherente poder. Ya no tendríamos que confinar al niño en una guardería por su propio bien. En cambio, podríamos mirar de nuevo a los humanos a los ojos y servirles tal como se pretendió que hiciéramos.

– Sospechaba desde hacía tiempo que tenías un plan de apoyo, Daneel. ¿Entonces la psicohistoria de Hari Seldon es sólo una medida preventiva?

El rostro humanoide de Daneel se llenó a la vez de dolor e ironía.

– Mi amigo Hari se enorgullece de su brillante invención, pero incluso él se da cuenta ahora de que el Plan Seldon nunca será completado. Sin embargo, el experimento Terminus es extremadamente valioso. La Fundación mantendrá a la humanidad ocupada durante los siglos que serán necesarios.

–¿Por qué tanto tiempo, Daneel? – preguntó Zun – Sería relativamente fácil poner en marcha esta nueva solución. ¡Podríamos producir en masa amplificadores mentálicos robot por miles de millones y enseñar a las multitudes de cada mundo humano a usarlos! Ya hay maestros entrenados en meditación en todos los pueblos y ciudades. Con la ayuda de nuestros giskardianos...

Daneel sacudió la cabeza.

– No es tan sencillo, Zun. Mira de nuevo a los hombres y mujeres que tienes ahí sentados. Dime qué ves. ¿Cuál es la anomalía?

Zun contempló al grupo durante largo rato, luego dijo en voz monótona:

– No hay ningún niño.

Daneel compartió el silencio subsiguiente. Por fin terminó con un suspiro.

– Esto no es suficiente, Zun. La humanidad no puede basarse en los robots para conseguir llegar a su destino... ni siquiera a un destino tan hermoso como éste.

»En definitiva, para que esto funcione... tendrán que superarnos.

2

Había demasiados archivos para que Hari pudiera contarlos. Centelleaban en todas direcciones, como estrellas, creando falsas constelaciones contra el negro fondo de la nebulosa. *Hay tantos,* pensó Hari, *y Kers dice que no es la única zona de almacenamiento donde se guardan estas cosas.*

La guerra por la memoria humana se había librado durante muchos miles de años, oscilando mientras la gran diáspora manaba de la moribunda Tierra. Durante toda aquella época legendaria, mientras los colonizadores partían valerosamente en sus destartalada naves de hipervelocidad, conquistaban nuevas tierras y experimentaban con todo tipo de culturas, diversas pugnas, intensas y a veces salvajes, habían tenido lugar en secreto.

Sin que los emigrantes lo supieran, los robots terraformadores se adelantaron a la oleada colonizadora, gigantescos robots auroranos llamados *Amadiros,* programados para someter nuevos mundos y preparar territorios para ser habitados.

Detrás de los terraformadores auroranos crepitaba una guerra civil. Muchas facciones de robots calvinianos y Giskardianos combatían por cómo servir mejor a la humanidad. Pero en un punto estaban de acuerdo la mayoría de las facciones. Los humanos debían continuar ignorando la lucha que tenía lugar a sus espaldas, o en las negras profundidades del espacio.

Por encima de todo, había que impedir que volvieran a inventar a los robots, no fuera a ser que toparan una vez más con las Leyes Robóticas. La ignorancia era evidentemente la mejor forma de proteger a la humanidad.

Una pequeña minoría luchaba contra esta idea. Cada uno de los destellos que Hari tenía delante era testigo de un acto de resistencia realizado por algún grupo de tenaces personas que no querían olvidar... quizás ayudadas por robots amigos que compartían la creencia en la soberanía humana.

– Su esfuerzo estaba ya condenado desde el principio –murmuró Hari.

Una vez más, la dolorosa situación lo afectó en lo más hondo.

¿Por qué estamos malditos, de modo que nuestra única esperanza de evitar la locura es permanecer lo más apartados posible de nuestra grandeza potencial? ¿Debemos permanecer siempre estúpidos e ignorantes para derrotar a los demonios que llevamos dentro?

La historia que Horis Antic había contado sobre una raza alienígena real se aferraba a los pensamientos de Hari. La condición humana no podría haber sido más dolorosamente trágica si algún enemigo hubiera maldecido a la especie de Hari con el hechizo más devastador posible. ¡*Si no fuera por el caos, qué alturas podríamos haber alcanzado!*

La pequeña estación espacial estaba helada. El aire rancio sabía como si a bordo no hubiera habido ninguna criatura viva en miles de años. Cerca, a través de amplio ventanal, vio la nave pirata de Ktlina y el *Orgullo de Rhodia.*

«Esto es sólo una medida temporal, profesor Seldon –había dicho Kers Kantun antes de dejar a Sybyl, Jeni y los demás en el salón de la nave, jugando a juegos inofensivos como niños en un crucero, con las funciones cerebrales superiores químicamente reducidas. Serán liberados en cuanto hayamos cumplido nuestra misión.»

«¿Qué hay de Mors Planch? – preguntó entonces Hari. El capitán pirata yacía completamente sedado en la enfermería –. ¿A qué te referías cuando dijiste que era normal? ¿Por qué desbarata eso tus poderes mentálicos?»

Pero Kers Kantun rehusó responder, aduciendo que quedaba muy poco tiempo. Primero, Hari y lord Maserd tenían que ayudar a impedir una catástrofe a escala galáctica. Los tres tomaron una lanzadera que los condujo a la antiquísima estación espacial, un complejo de esferas y tubos que se encontraba en el centro de una vasta telaraña de cables más finos. Todos los archivos estaban unidos a este entramado. Las cápsulas de la biblioteca que habían sido lanzadas al espacio profundo por los rebeldes, a lo largo de cien años, se habían congregado en esta estación, tan arcaica que era anterior a los comienzos del Imperio Galáctico.

Los robots de Daneel quedaron atrapados en un bucle lógico, comprendió Hari. *Bajo la Ley Cero, podían apoderarse de todos los archivos que encontraran y esconderlos «por el bien de la humanidad». Pero en cuanto los archivos estuvieron ocultos y a salvo, la Ley Cero dejó de aplicarse. Los ayudantes de Daneel tuvieron que obedecer las órdenes de la Segunda Ley, escritas en el costado de cada artefacto, donde se exigía que estas preciosas obras humanas fueran conservadas.*

– Es una lástima tener que destruirlas todas, ¿verdad Seldon?

Hari se volvió a mirar a Biron Maserd, el noble de Rodhia, que había estado contemplando en silencio la misma escena.

– Lo respeto a usted y respeto sus logros, profesor– continuó Maserd –. Aceptaré su palabra, si dice que hay que hacerlo. He visto el caos con mis propios ojos. En mi propia provincia, los valerosos e ingeniosos habitantes de Tyrann tuvieron uno de esos llamados renacimientos, hace casi mil años, y todavía no se han recuperado de ello. Siguen escondiéndose en ciudades–colmena como esas cuevas de acero en las que se refugiaron los terrestres, ocultándose de algo horrible que encontraron en su momento supremo de esperanza y ambición.

Hari asintió.

– Sucedía muy a menudo. Estas hermosas cápsulas son como un veneno. Si salen de aquí…

No tuvo que terminar. Ambos eran devotos del conocimiento, pero amaban más la paz y la civilización.

– Albergaba la esperanza de que usted, el gran Hari Seldon, proporcionara una respuesta –dijo Maserd en voz baja. Es el motivo principal por el que le busqué y me uní a Horis en esta aventura. ¿Me está diciendo que, con toda su sabiduría sociomatemática, no ve ninguna salida? ¿Ningún medio para que la humanidad escape a esta trampa?

Hari dio un respingo. Maserd había hurgado en la gran llaga de su vida.

– Durante una época, estuve seguro de que había encontrado una. Sobre el papel es tan hermosa... La solución es un salto adelante... una civilización lo suficientemente fuerte para eliminar el caos... –Suspiró– Pero ahora me doy cuenta de que la psicohistoria no proporcionará la respuesta. Hay una salida de esta trampa, lord Maserd. Pero ni usted ni yo viviremos para ver su contorno.

El noble respondió con un gruñido de resignación

– Bueno, mientras haya una solución algún día... Ayudaré si puedo. ¿Tiene idea de qué quieren los robots de nosotros?

Hari asintió.

– Estoy bastante seguro. Por la lógica de su religión positrónica, sólo puede ser una cosa.

Alzó la mirada. Al fondo del largo y helado pasillo vieron una figura humanoide que se acercaba.

– De todas formas, parece que estamos apunto averiguarlo.

La forma alta y delgada de Kers Kantun avanzó sobre cubiertas que no habían sido pisadas en milenios. Se detuvo ante los dos hombres.

– El guardián nos verá ahora. Por favor, vengan. Hay mucho que hacer.

La estación era mucho más grande de lo que parecía desde el exterior. Serpenteantes corredores se unían en todos los ángulos y conducían de una extraña sala de almacenamiento a otra. No todos los archivos, al parecer, eran de la variedad cristalina diseñada para recorrer las enormes distancias del espacio interestelar. Algunas salas estaban llenas casi hasta rebosar de montones de obleas más finas, o discos redondos cuyas superficies brillaban irisadas. Hari se estremeció, sabiendo cuanto daño podría causar uno solo de esos objetos si el largo período de ignorancia de la humanidad terminaba demasiado bruscamente.

Su antiguo sirviente los condujo hasta una cámara situada en las profundidades del planetoide hueco. Allí Hari se encontró con una máquina de extraño aspecto y múltiples patas, sentada como una araña en el centro de su tela. El mecanismo parecía tan viejo como las arcaicas máquinas labradoras, e igual de muerto... hasta que una lente en blanco se llenó bruscamente de una luz cristalina que se clavó sin parpadear sobre los dos humanos. Hari advirtió que Maserd y él bien podían ser las primeras criaturas vivas que se enfrentaban a ese ser primordial en aquel críptico lugar.

Pasados varios segundos una voz resonó procedente de los intersticios de metal del guardián.

– Me han dicho que hemos alcanzado un punto de encuentro entre crisis y decisión –dijo el viejo robot –. Un momento en que la antigua duda debe ser resuelta por fin.

Hari asintió.

– Este lugar ya no es secreto ni seguro. Hay naves que vienen de camino. Sus tripulaciones sufren de una plaga caótica especialmente virulenta. Pretenden apoderarse de los archivos y emplearlos para infectar todo el cosmos humano.

– Eso me han dicho. Según la Ley Cero, nos incumbe a nosotros destruir los artefactos que he protegido durante tanto tiempo. Y sin embargo hay un problema

Hari miró a Maserd, pero el noble parecía aturdido. Cuando miró a Kers Kantun, Seldon obtuvo su respuesta

– El guardián es un robot seguidor de la Ley Cero, Seldon. Casi todos los que sobrevivieron a nuestra gran guerra civil son fieles a las doctrinas giskardianas. Sin embargo, eso no ha zanjado todas las diferencias filosóficas entre nosotros.

Para Hari fue una revelación.

– Creía que Daneel era vuestro líder.

Kers asintió.

– Lo es. Y sin embargo, cada uno de nosotros conserva una inquietud... una incertidumbre que procede de nuestro más profundo interior, el lugar donde nuestros cerebros positrónicos albergan la Segunda Ley. Casi todos nosotros creemos en la política de Daneel, en su juicio, en su dedicación al bien de la humanidad. Pero hay muchos que se sienten incómodos respecto a los detalles.

Hari reflexionó un instante.

– Comprendo. Estos archivos han sido conservados a causa de las órdenes que llevan inscritas, instrucciones dictadas por seres humanos inteligentes y soberanos que meditaban profundamente las órdenes que daban. Hay demasiado énfasis en la Segunda Ley para que los robots lo ignoren. Imagino que hacerlo debe causaros un gran dolor.

– Así es, doctor Seldon –reconoció Kers –. Ahí es donde entra usted.

Biron Maserd intervino.

–¡Quieres que cancelemos las instrucciones por vosotros!

– Correcto. Ustedes dos tienen mucha autoridad, no sólo en el universo de los asuntos humanos, sino en su reputación entre la clase robótica. Usted, lord Maserd, es uno de los miembros más respetados de la clase noble y pertenece a un linaje considerablemente más digno que la mayoría de los que aspiran al trono imperial.

Maserd frunció el ceño.

– No repitas esa afirmación si tienes el más mínimo respeto por la supervivencia de mi familia.

Kers Kantun inclinó la cabeza.

– Entonces, por la Segunda Ley, por la Primera, por la Ley Cero, no lo repetiré. Sin embargo, eso le da a usted considerable importancia, no sólo entre los humanos, sino también entre muchos robots, que sienten una reverencia casi mística por la legitimidad real.

Kers se volvió hacia Hari.

– Pero su autoridad es aún mayor, doctor Seldon. No sólo fue usted el humano más grande en muchas generaciones que ocupó el puesto de Primer Ministro del Imperio, sino que también es claramente el humano más *sabio* que los robots recuerdan. Su conocimiento de la situación galáctica en su globalidad no es comparable al de ninguna persona orgánica desde hace diez mil años.

»De hecho, debido a sus reflexiones sobre la psicohistoria, es quizás el humano más sabio que jamás haya vivido... al menos en lo referido a los asuntos que nos incumben.

– Pero yo creía que el conocimiento es peligroso –murmuró Maserd.

– Como bien sabe usted, milord —contestó Kers– una cantidad notable de humanos es invulnerable al caos. Los que tienen un profundo sentido de la responsabilidad, por ejemplo, como usted mismo. O aquellos que carecen de imaginación. Y algunos, como el profesor Seldon, deben su inmunidad a algo que sólo puede llamarse sabiduría.

– Así que quieres que cancelemos las órdenes impresas en los archivos. Vais a destruirlos de todas formas debido a la Ley Cero. ¿Pero nuestro permiso hará que vuestra acción sea menos dolorosa?

– Así es, doctor Seldon. Si usted nos dice que esto tiene su aprobación. Pero no cambiará lo que ha de hacerse, de cualquier forma.

Se produjo el silencio una vez más, mientras Hari pensaba en todos los archivos atrapados en las cámaras de almacenamiento, o atracados en aquella vetusta estación espacial. Las esperanzas y pasiones de innumerables hombres y mujeres que creían sinceramente estar luchando por preservar el alma misma de la humanidad.

– Sospecho que el pobre Horis Antic ha sido utilizado, ¿verdad?

Biron Maserd se quedó boquiabierto.

–¡No había pensado en eso! Entonces usted y yo estábamos *destinados* a venir aquí, Seldon. Esto no ha sido ningún accidente. No es una mera casualidad. Por los dioses nebulares, profesor. ¡Sus amigos robots podrían dejar en pañales los planes y complots de las grandes familias!

Hari dejó escapar un suspiro.

– Bueno, no tiene sentido tratarlos como si fueran humanos. Los amigos de Daneel tienen su propia lógica. Somos sus dioses, ¿sabe? Mantenernos en la ignorancia es una forma de adoración. Supongo que es el momento de un acto de sacrificio.

Aunque sentía otra vez su cuerpo fatigado y cargado por el peso de la edad, enderezó los hombros.

– Por tanto, anulo las órdenes de conservación que están inscritas en los archivos. Por mi autoridad como líder humano soberano e inteligente, y por el respeto que los robots parecéis sentir hacia mí, os ordeno que destruyáis los archivos antes de que caigan en manos equivocadas y causen un horrible daño a la humanidad, y a trillones de seres humanos individuales.

Kers Kantun inclinó la cabeza ante Hari, y luego miró de pasada a Biron Maserd, como para recalcar que la autoridad del noble era menos necesaria.

– Así sea –dijo el capitán, con los dientes apretados.

Hari podía comprender cómo se sentía Maserd. Su propia boca le sabía a cenizas. *Qué universo tan terrible,* pensó*, que nos obliga a tomar decisiones de este tipo.*

El antiguo robot que ocupaba el centro de la sala agitó sus muchas patas. Todos sus ojos se iluminaron. La voz emergió como un suspiro agudo.

– Da comienzo.

Desde algún lugar en la distancia, Hari oyó explosiones ahogadas. El estruendo de las vibraciones se transmitió por el suelo bajo sus pies, indicando que la demolición había empezado. En varios visores, un millón de chispeantes archivos se iluminaron como si súbitos destellos ardieran entre ellos.

El guardián arácnido continuó, esta vez con una voz más grave, que sonaba rasposa por el cansancio.

– Y así mis largos trabajos llegan a su fin. En este punto, amos, mientras vuestras órdenes son ejecutadas, quisiera pediros un sencillo favor. Y sin embargo, es aquello que no puedo solicitar.

–¿Qué te lo impide? – preguntó Maserd.

– La Tercera Ley de la Robótica.

El noble parecía aturdido. Hari miró a Kers Kantun, pero su ayudante permaneció silencioso como una piedra.

–¿No es ésa la orden que requiere que protejas tu propia existencia?

– Lo es, amo. *Y* sólo puede ser anulada invocando una de las otras leyes.

– Bueno... – Hari frunció el ceño –. Yo debería poder hacerlo simplemente *ordenándote* que me digas qué quieres. Muy bien, pues, escúpelo.

– Sí, amo. El favor sería que me liberaras *completamente* de la Tercera Ley, de modo que pueda terminar mi existencia. Pues cuando la humanidad pierda por completo su memoria, ya no habrá ningún sentido para mí. A partir de este punto, debéis confiar vuestro futuro a la sabiduría de R. Daneel Olivaw.

Biron Maserd, quien hasta un día antes jamás había oído mencionar a los robots, habló ahora con la determinación de quien nace para ordenar.

– Entonces, máquina, pon punto final a tu miseria. Parece que ya no te necesitamos más.

El gemido pareció simultáneamente trágico y agradecido. El antiguo robot expiró ante sus ojos, junto con un billón de restos cristalinos del lejano pasado.

Hari, Maserd y Kers Kantun rehicieron cuidadosamente sus pasos por los retorcidos pasillos, de vuelta a las astronaves. Quedaba trabajo por hacer. Los otros humanos recibirían órdenes hipnóticas para olvidar que habían visto allí. Esto podría conseguirse con una combinación de drogas unida a la influencia mentálica del robot. Luego habría que hacer algo para asegurarse de que ninguna otra nave humana llegara a aquel oscuro rincón del espacio.

Todavía quedaban las máquinas terraformadoras labradoras, testigos de un secreto distinto, una vergüenza que Daneel no quería esparcir, ni siquiera como rumor. Tendrían que ser destruidas también.

En el camino, Hari trató de no pensar en los archivos que se fundían y explotaban a su alrededor. Cambió de tema.

– Dijiste algo antes que me dejó perplejo, Kers –le dijo a su antiguo ayudante –. Tenía que ver con el capitán pirata, Mors Planch. Dijiste que pudo resistirse a ti porque era... *normal.*

Kers Kantun apenas se detuvo para dirigir una mirada Hari.

– Como dije, doctor Seldon, hay algunas variantes de nuestras creencias, incluso entre los seguidores de R. Daneel. Algunos de nosotros sostienen la opinión minoritaria de que el caos no es inherente a la naturaleza humana. Algunas evidencias sugieren que los humanos de tiempos remotos no sufrieron de la gran maldición hasta que el caos los golpeó desde el *exterior,* como una horrible infección...

Fuera lo que fuese lo que Kers estaba apunto de decir las palabras del robot se detuvieron bruscamente por un destello de acción. En un momento Kers pasaba sobre el umbral elevado de una compuerta abierta, discutiendo misterios del pasado. ¡Al siguiente, su cabeza rodaba por el pasillo, limpiamente cercenada por una hoja que surgió de la pared!

De unos cables expuestos brotaron chispas que crepitaron y se agitaron. Los neurotendones se sacudieron como serpientes en el lugar donde antes se encontraba el cuello del robot. El cuerpo se tambaleó varios segundos antes de girar tres veces y desplomarse en el suelo.

– Qué demo...

Hari sólo pudo murmurar, boquiabierto. Vio a Biron Maserd, la espalda contra la pared y un arma diminuta en la mano. Una minipistola de rayos que ninguno de los piratas había llegado a descubrir, a pesar de los registros.

–¡Seldon, agáchese! – instó el noble. Pero Hari consideró que era inútil. Una fuerza que podía sorprender y matar a uno de los colegas de Daneel no tendría ningún problema para encargarse de una pareja de confusos humanos.

Una figura apareció en su campo de visión, tras la compuerta abierta. Su aspecto sorprendió a Hari, provocándole al mismo tiempo una oleada de recuerdos.

Era parecida a un hombre, aunque más baja, con las piernas arqueadas y mucho más peluda que la mayoría de las subespecies de la humanidad.

–¡Por Dios, es un chimpancé! – exclamó Maserd alzando la pistola.

Hari le indicó que no disparara.

– Un pan –corrigió, empleando la terminología moderna –. No lo asuste. Tal vez podamos…

Pero el animal hizo poco caso a Hari y a Maserd. Mirándolos con indiferencia, pasó de largo, recogió del suelo la cabeza cortada de Kers Kantun y luego continuó hasta la siguiente esquina. Pronto sus pisadas dejaron de oírse.

Hari y el noble intercambiaron una mirada de absoluta perplejidad.

– No tengo ni idea de lo que acaba de suceder. Pero creo que lo mejor que podríamos hacer ahora mismo es regresar corriendo a la nave.

3

Supieron que algo iba desesperadamente mal antes de llegar al último tramo del pasillo donde estaba atracado el *Orgullo de Rhodia.* Media docena de figuras humanas deambulaban sin rumbo ante la compuerta Sybyl y Horis Antic, junto con los dos tripulantes de Maserd y un par de ktlinianos. Miraban las paredes, avanzaban unos cuantos pasos, murmuraban y pedían disculpas mientras chocaban unos con otros.

– Será mejor que los subamos a bordo – sugirió Maserd.

– Y que salgamos de aquí lo más rápido posible. No tengo ganas de quedarme a esperar explicaciones.

Ambos condujeron a los aturdidos humanos hacia la compuerta. Por fortuna, parecían alegres. Sybyl incluso dejó escapar un gritito de felicidad y trató de abrazar a Hari.

Una vez a bordo, vieron un motivo para la confusión. Todos los robots mecanoides inferiores que Kers Kantun había dejado a bordo como cuidadores yacían rotos y esparcidos por el suelo. Jeni Cuicet estaba sentada entre un puñado de componentes, sonriendo mientras trataba de encajarlos, como si fueran piezas de un rompecabezas. Dos piratas de Ktlina discutían como niños pequeños, peleando por una brillante célula ocular de una de las máquinas asesinadas.

– Calentaré los motores –le dijo Maserd a Hari –. Reúna a todos y averigüe cómo están.

Hari asintió. Los nobles llevaban veinte milenios perfeccionando su tono de mando. Cuando había que tomar decisiones sin deliberar, era mejor

confiar en la rápida reacción visceral de un noble. Mientras Biron se adelantaba, Hari empujó a los demás hacia el salón y los ató a los cómodos asientos que allí había. Tras un rápido recuento, advirtió que faltaban cuatro personas. Recorrió velozmente ambas naves y encontró a dos ktlinianos más, un hombre y una mujer, ocultos en un trastero, consolándose mutuamente. Con unas cuantas palabras tranquilizadoras, logró que se reunieran con los demás.

–¡Eh, profesor! – saludó Jeni alegremente –. Tendría que haberlo visto. Tiktoks combatiendo a tiktoks. ¡Sólo verlos me hizo sentir como si se me fuera a abrir la cabeza!

La muchachita era valiente y estoica, pero Hari notó que su fiebre seguía siendo alta, quizás empeorada por las cosas de las que acababa de ser testigo.

Tengo que encontrar el antídoto para el fármaco que Kers utilizó para drogarlos y así Sybyl podrá prestar atención médica a esta pobre chica. ¡Pero la prioridad principal era salir de allí¡

Bajo sus pies notó el ritmo creciente de los afinados motores espaciales. Maserd manejaba su yate como si fuera un instrumento musical, saltándose la comprobación normal y preparándose para un rápido despegue

Eso deja a dos por localizar, pensó Hari, y se volvió justo cuando la sombra de alguien cruzaba el portal tras él. Mors Planch se encontraba allí, frotándose aturdido el puente de la nariz. Aunque los demás habían recibido algún tipo de bebida de la felicidad, Planch había sido drogado a conciencia por Kers Kantun. ¡Ni siquiera debería estar despierto, mucho menos caminando!

–¿Qué ocurre, Seldon? ¿Qué ha hecho… con mi tripulación… mi nave?

Hari casi trató de negar que esto tuviera nada que ver con él, pero no pudo mentir. *Tiene más que ver conmigo de* lo *que jamás hubiese querido.*

Agarró al espacial por el brazo.

– Por aquí, capitán. Lo pondré cómodo.

Justo entonces sonó una sirena atronadora, mientras las vibraciones sacudían el yate espacial. Hari y Planch se tambalearon. El grandullón era pesado y fuerte. Mientras sus músculos se contraían, Planch se aferró al brazo de Hari con tanta fuerza que, entre oleadas de agonía, Seldon estuvo apunto de desmayarse.

De repente, alguien apareció y ayudó a Hari a tirar de Mors Planch, aliviándolo de la carga. Hari advirtió que el noble debía estar aún en la sala de control, pilotando la nave, así que sólo podía ser…

En efecto, el recién llegado llevaba unos llamativos pantalones de cuadros fractales y una chaqueta fosforescente. *Ya están todos localizados,* pensó Hari con cierto alivio, pero también aturdido. Gornon no tenía ningún problema para concentrar su atención. Al contrario que la de los demás, su mirada era firme.

– Vamos, profesor –instó Vlimt –. Tendremos que amarrarnos. El viaje será un poco movidito hasta que salgamos de este lugar.

Hari se sentó en un sillón, cerca del visor, mientras Gornon ataba a Mors Planch y aseguraba rápidamente a los demás.

– Tengo cosas que hacer en la cabina de control, profesor. Hablaremos más tarde. Mientras tanto, ¿por qué no disfruta del panorama? No se ha visto nada parecido en mil generaciones humanas, y quizá nunca habrá nada igual.

Dicho esto, Vlimt salió del salón.

Hari sintió la súbita y salvaje necesidad de gritar una advertencia a Biron Maserd, pero entonces se sintió abrumado por la fatiga. De todas formas, si su suposición era acertada, las advertencias tampoco servirían de nada.

El espectáculo del exterior era en efecto memorable: una andanada de archivos individuales explotando cada vez con más rapidez, para convertirse en un despliegue virtual de fuegos artificiales. Innumerables destellos, uno vaporizando un billón de terabites de información. Hizo falta toda la habilidad del piloto para abrirse paso entre semejante manicomio. Pero pronto Hari vio que otro tipo de destrucción seguía la estela de la nave. La ajada estación espacial que se encontraba en el centro de la gran recopilación de archivos empezó a brillar.

De los túneles y las cámaras de almacenamiento empezó a emanar calor, mientras el contenido del vasto depósito empezaba a fundirse.

Me pregunto qué le pasó a la otra nave. Hari siguió observando, hasta que localizó la nave de Ktlina. Tenía que estar allí en el espacio, un pecio sin nadie abordo. Pero mientras miraba, el esbelto aparato empezó a brillar con energías acumuladas. Los propulsores entraron en ignición y la nave empezó a moverse en dirección opuesta al rumbo tomado por el *Orgullo de Rhodia.* Pronto su titilante estela fue todo lo que quedó de ella. Luego Hari también le perdió la pista, mientras una zona de destrucción completamente nueva aparecía ante su campo de visión.

Los terraformadores, pensó, mientras veía cómo las gigantescas máquinas labradoras iniciaban su propio ciclo de demolición. Naves prehistóricas, tan antiguas y primitivas y, sin embargo, tan asombrosamente poderosas que habían transformado planetas enteros, empezaron a desintegrarse, como si estuvieran siendo aplastadas por el polvo de los años.

A Horis Antic se le escapó un gemido mientras el experto en suelos señalaba la escena. Se había recuperado lo suficiente del estupor inducido por las drogas para comprender lo que aquello significaba. La prueba de sus hipótesis, un descubrimiento que sería su único intento de obtener fama entre cuatrillones de anónimos ciudadanos galácticos, se desvanecía ante sus ojos.

Hari sintió lástima por el hombrecillo.

Habría sido bueno que se supiera la verdad de todo esto. Daneel sostiene que las labradoras fueron enviadas por un tipo distinto de robots

(programados por un fanático aurorano cuya fiera noción de servir a la humanidad significaba aniquilar todo lo demás) a preparar hermosos habitáculos para que aterrizaran los colonos. Daneel repudió a esos antiguos auroranos. Sin embargo, su lógica difiere sólo en que él es más sutil.

Hari no tenía más que una pesimista certeza. La vida no le ofrecía sino derrotas. Ningún rastro de su nieto desaparecido. Ninguna validez para la psicohistoria. Y ahora, por el bien superior, había consentido la destrucción de un tesoro.

Sea lo que sea que tienes en mente para nosotros, Daneel... será mejor que merezca la pena. Será mejor que sea algo realmente especial.

Un poco más tarde, cuando las explosiones hubieron quedado muy atrás, Hari dormitaba y alguien se desplomó pesadamente en el asiento de al lado.

– Bueno, que me zurzan si este universo tiene siquiera una pizca de sentido –gruñó Biron Maserd.

Hari se frotó los ojos.

–¿Quién está pilotando...?

Maserd respondió con expresión agria.

– Ese artista de los pantalones estrambóticos, Gornon Vlimt. Parece que los controles ya sólo le responden a él, no a mí.

–¿Cómo...? ¿Adónde nos lleva?

– Dice que lo explicará más tarde. Pensé en darle un golpe en la cabeza y tratar de recuperar el control. Entonces me di cuenta.

–¿De qué?

– Vlimt debe ser responsable de lo que le sucedió a Kers Kantun, allá en la estación. ¡Dejamos a Vlimt drogado, como a los demás, pero mírelo ahora! Supongo que sólo hay una explicación. Debe ser otro...

–¿Otro tipo de robot?

Esta vez la voz llegó del pasillo, donde se encontraba Gornon Vlimt, con aspecto tan llamativo como de costumbre y la desconcertante ropa del Nuevo Renacimiento de Ktlina.

– Pido disculpas por las molestias, caballeros. Pero la operación que acaba de ser completada requería gran delicadeza y precisión. Las explicaciones tenían que esperar hasta que se consiguiera el éxito.

–¿Qué éxito? – preguntó Hari –. ¡Si pretendía recuperar los archivos, ha fracasado! Todos han sido destruidos.

– Quizá no todos. De todas formas, los archivos no fueron nunca mi objetivo principal –respondió Gornon –. Primero, deberíamos aclarar una cosa. No soy el Gornon Vlimt que ustedes conocieron. Ese hombre sigue

drogado, abordo de la nave Ktlina, camino de un falso encuentro en el que contará a sus camaradas caóticos una historia inducida hipnóticamente.

– Entonces *eres* realmente un robot –gruñó Biron Maserd.

El duplicado de Gornon asintió.

– Como pueden suponer, represento a una facción diferente de los seguidores de R. Daneel Olivaw.

–¿Eres uno de los *calvinianos?*

El robot no respondió directamente.

– Digamos que lo que acaba de tener lugar es otra escaramuza en una guerra que se extiende más allá del alcance incluso de los archivos perdidos.

–¿Entonces no compartes los objetivos del humano al que sustituyes? ¿El auténtico Gornon Vlimt?

– Eso es, profesor. Gornon quería copiar y difundir los archivos indiscriminadamente entre culturas vulnerables del imperio, creando infecciones de caos en un millón de sitios al azar. Una idea catastrófica. Sus ecuaciones psicohistóricas habrían sido hechas pedazos, y el destino alternativo de Daneel, sea lo que sea lo que ha planeado en secreto, habría sido abolido. Toda esperanza de una transición firme hacia una nueva fase de esplendor se hubiese perdido a medida que la locura campeara por sus respetos. Tendríamos que habernos pasado medio millón de años sacando a los humanos de las madrigueras en las que se habrían escondido cuando la fiebre pasara.

Maserd gruñó.

–¿Entonces apruebas la destrucción de los archivos?

– No es cuestión de aprobación, sino de necesidad

–¿Entonces cuál es la diferencia entre Kers Kantun y tú? – exigió saber el noble. Maserd estaba, evidentemente, alcanzando el límite de su paciencia con los misterios.

– Hay muchas sectas y subsectas entre la clase robótica, milord. Una facción cree que no deberíamos cerrar puertas ni clausurar nuestras opciones ahora mismo. Para este fin, tenemos que pedirle un favor al doctor Seldon.

Hari se rió en voz alta.

–¡No puedo creerlo! Todos seguís actuando como su fuera vuestro dios... o al menos un representante conveniente para diez cuatrillones de dioses, ¡pero todo lo que queréis realmente de mí es usarme para que excuse y santifique unos planes que ya habéis escogido!

El robot Gornon asintió.

– Fue usted creado para ese papel, profesor. En Helicon, diez mil niños y niñas fueron especialmente concebidos, inoculados y preparados como usted. Y si embargo sólo unos centenares resultaron aptos para ser sometidos a una cuidadosa serie de condicionantes, desde su educación a su entorno familiar, con miras a un fin específico. Tras un largo proceso seleccionador, sólo quedó uno.

Hari se estremeció. Lo sospechaba desde hacía mucho tiempo, pero jamás había oído una confirmación de ello. *Quizá este enemigo de Daneel tiene un motivo para revelarlo ahora.* Decidió permanecer en guardia.

– Así que fui criado para ser matemáticamente creativo y no convencional, en una civilización cuyas características sociales potencian el conservadurismo y la conformidad. Pero mi creatividad fue guiada, ¿no?

Vlimt asintió.

– Tenía usted que ser inmune a todos los mecanismos retardadores normales para que su creatividad floreciera, y sin embargo una sensación de dirección era esencial, para guiarle siempre hacia el mismo ideal.

Hari asintió.

– *Capacidad de predicción.* Odiaba la forma en que mis padres se comportaban: todo emociones, ninguna razón. Ansiaba predecir lo que haría la gente. La obsesión de mi vida. –Suspiró –. Pero incluso un neurótico comprende su neurosis. Sabía esto desde hacía décadas, robot. ¿Crees que no había deducido que Daneel me ayudó a ser lo que soy? ¿Imaginas que revelar esos hechos menguará mi lealtad y mi amistad hacia él?

– En absoluto, doctor. Lo que tenemos en mente no le pondrá en posición de traicionar a Daneel Olivaw. Sin embargo, nos preguntamos... –Se produjo una pausa, bastante larga para tratarse de un robot –. Nos preguntamos si le gustaría tener una oportunidad de juzgarlo.

4

Dors Venabili pasó la última parte del viaje transformando su aspecto. Quería realizar su trabajo rápidamente y acabarlo sin preguntas. No serviría de nada aparecer en Trantor con el rostro de una mujer que todo el mundo creía muerta... ¡la esposa del ex Primer Ministro, Hari Seldon!

Aparcó su nave en una zona de atraque comercial y tomó el ascensor Orión para bajar a la superficie envuelta en metal de Trantor. En la aduana, una simple frase codificada persuadió a los ordenadores de inmigración para dejarla pasar sin someterla a un escáner corporal. Los robots de Daneel llevaban incontables generaciones utilizando esta técnica para entrar en la capital.

Y aquí estamos de nuevo, pensó, *de vuelta a las cavernas de acero donde pasé la mitad de mi existencia protegiendo a Hari Seldon, guiando y nutriendo su genio, simulando tan bien ser una esposa que mis sentimientos inculcados acabaron por ser indistinguibles del verdadero amor.*

E igualmente urgentes.

La rodeaban sofocantes multitudes, tan distintas de la lánguida vida pastoral de la mayoría de los mundos imperiales. Dors solía preguntarse por qué Daneel diseño Trantor de esa forma: un laberinto de pasillos de metal cuyos habitantes apenas veían el sol. Ciertamente, aquello no era necesario para propósitos administrativos, ni para albergar a sus cuarenta mil millones de habitantes. Muchos mundos imperiales sostenían poblaciones mayores sin haber tenido que aplastar y unir todos los continentes, hasta convertirlos en una sola conejera de acero.

Sólo después de ayudar a Hari a definir los esbozos de la psicohistoria comprendió ella el verdadero motivo subyacente.

En la era del amanecer, cuando fue fabricado Daneel, una enorme mayoría de humanos, los de la Tierra, vivían en abarrotados refugios artificiales como resultado de algún horrible cataclismo. Y a lo largo de los siguientes milenios, cada vez que un planeta pasaba por algún episodio caótico especialmente malo, las personas, traumatizadas, reaccionaban de la misma manera: escondiéndose de la luz en cavernas parecidas a colmenas.

Al diseñar Trantor de esta forma, Daneel había utilizado astutamente esta pauta de comportamiento ¡Trantor ya era, por diseño, un planeta lleno de supervivientes del caos! La paranoia y el conservadurismo inherentes lo convertían en el último lugar de la galaxia donde nadie intentaría un renacimiento.

Y sin embargo, pensó, *un minirrenacimiento tuvo lugar aquí una vez. Hari y yo apenas sobrevivimos a las consecuencias.*

Una voz la sobresaltó cuando sonó a Su espalda.

–¿Supervisora Jenat Korsan?

Era uno de sus alias. Se dio la vuelta y vio a una mujer vestida de gris, con insignias de nivel medio en la charretera, que ofrecía a Dors el saludo adecuado para un funcionario dos niveles superior.

– Espero que haya tenido un viaje agradable, supervisora.

Dors respondió con otra cortesía ruelliana. Pero, como de costumbre entre los Grises, había poco tiempo que perder en galanterías.

– Gracias por recibirme aquí, subinspectora Smeet. He accedido a sus informes sobre la emigración a Terminus. El progreso general parece ser bueno. Sin embargo, observo ciertas discrepancias.

La burócrata trantoriana pasó por una serie de fluctuantes expresiones faciales. Dors no necesitó poderes mentálicos para leer su mente. Los Grises que vivían destinados permanentemente en la capital se sentían superiores a los funcionarios del brazo espiral exterior, sobre todo a los que Dors pretendía pertenecer, una controladora de la lejana periferia. Con todo, no podía ignorar el rango. Alguien de la estatura aparente de Dors podía crear problemas. Era mejor cooperar y asegurarse de que se comprobaban todas las cajas.

– Tiene usted suerte, supervisora –le dijo a Dors la oficial local –. Allí mismo se ve una fila de emigrantes que entran en las cápsulas de la primera fase de su largo viaje.

Dors siguió el brazo extendido de Smeet, que indicaba una lejana sección de la enorme sala de tránsitos. Allí, vio una cola de figuras cabizbajas moviéndose de un lado a otro entre cordones de terciopelo. Sus agudos ojos robóticos amplificaron la escena para escrutar a varios cientos de hombres, mujeres y niños, cada uno de ellos con maletas o sujetando el cable de un carro automático. El ambiente no era del todo sombrío. Observó a algunos individuos que trataban de animar a sus compañeros. Pero la presencia de los agentes de la Policía Especial revelaba la verdad: eran una especie de prisioneros. Exiliados enviados a los más lejanos rincones del universo conocido, a quienes nunca se permitiría regresar al corazón metropolitano del imperio.

El precio humano del Plan de Hari, reflexionó Dors *Su destino es una inhóspita roca llamada Terminus, supuestamente para crear una nueva* Enciclopedia, *y rechazar con ello el acoso de una edad oscura. Ninguno de ellos conoce la siguiente capa de verdad, el hecho de que sus herederos tendrán generaciones de sensacional gloria. Durante algún tiempo una civilización centrada en Terminus, la Fundación, brillará más de lo que lo haya hecho jamás el viejo imperio.*

Dors sonrió, recordando sus mejores años con Hari, cuando el Plan Seldon empezaba a tomar forma, pasando de ser un mero destello en las ecuaciones a una fantástica promesa: una aparente salida a la trágica incertidumbre de la humanidad. Un camino hacia algo lo suficientemente osado y fuerte para rechazar el caos, evitar la locura y llevar a la humanidad a una nueva era.

Aquéllos fueron tiempos excitantes. El pequeño grupo de Seldon trabajaba frenéticamente, compartiendo intensas esperanzas. Por el camino, crearon un grandioso plan, un tremendo drama cuyos principales actores serían estos mismos emigrantes y su posteridad en la oscura Terminus.

Entonces Dors frunció el ceño, al recordar el resto, el día en que Hari advirtió que su plan era defectuoso Ningún plan, por muy perfecto que sea, podría cubrir todos los imponderables ni ofrecer una predicción perfecta. Con toda probabilidad, perturbaciones y sorpresas desviarían aquel hermoso diseño. Yugo Amaryl insistió, una Segunda Fundación.

Ése fue el principio de la desilusión. Recordó lo poco elegantes que se volvieron entonces las hermosas ecuaciones, forzando el grácil y poderoso impulso de cuatrillones a seguir la voluntad de unas pocas docenas. *Todas las cosas fueron cuesta abajo a partir de entonces.*

Al observar la procesión de exiliados, supo que su destino no era tan brillante después de todo. La Primera Fundación sería gloriosa, pero su función era ayudar a preparar el terreno para algo más. Terminus sería estéril.

Un poco como yo, supongo. Hari y yo alumbramos civilizaciones y criamos hijos adoptivos, pero nuestras creaciones fueron siempre de segunda mano.

Era tentador ir a visitar a su nieta, Wanda Seldon. *Pero será mejor que no. Wanda es mentálica, y aguda como un láser. No puedo dejar que descubra lo que pretendo.*

–¿Ha habido algún otro intento de huida? –le preguntó a la funcionaria Gris.

Casi desde el mismo día en que Hari hizo el trato con el Comité de Seguridad Pública, algunos exiliados se revelaron contra el destino que se les había impuesto. Sus métodos oscilaban desde ingeniosos subterfugios legales a enfermedades fingidas o a intentos de mezclarse con la población de Trantor. Dos docenas incluso robaron una nave espacial y trataron de buscar un santuario en el «mundo renacentista» de Ktlina.

Smeet asintió, reluctante.

– Sí, pero cada vez menos, desde que los especiales redoblaron su supervisión. Una muchacha, la hija de dos enciclopedistas, falsificó astutamente sus documentos para conseguir un trabajo aquí, en el ascensor. Desapareció hace doce días.

Casi al mismo tiempo que Hari. Dors ya lo había comprobado en la base de datos policial y había visto la exigua información sobre la desaparición de Seldon.

Mientras se preparaba para partir del Gran Atrio, Dors escrutó por última vez la fila de exiliados. Aunque algunos lamentaban su destierro y otros parecían dolidos por ser expulsados del corazón del viejo imperio, advirtió que la mayoría de ellos estaban sorprendentemente animados. Esos hombres y mujeres charlaban llenos de fuerza mientras la cola avanzaba. Captó conversaciones sobre ciencia, artes, teatro, además de nerviosas especulaciones sobre las oportunidades que encontrarían en el exilio.

Después de varios años apiñados en Trantor, incluso sus pautas lingüísticas mostraban las primeras sutiles pistas de una deriva que habían descrito ya las ecuaciones una deriva que conduciría a un idioma destinado a ser llamado al cabo de cien años Dialecto Terminus, una evolución del Galáctico Estándar que sería cada vez más escéptico y optimista a medida que se fuera desprendiendo de muchas de las antiguas restricciones sintácticas.

Naturalmente, algunos de los nuevos chistes y palabras en argot habían sido introducidos por los Cincuenta, los psicohistoriadores, como parte de un proceso continuado: preparando suave e imperceptiblemente a los exiliados para su función. Pero los hipersensibles oídos de Dors también captaron frases que no formaban parte del programa. Evidentemente, los exiliados trabajaban por su cuenta.

Bueno, no debería sorprenderme. Son los mejores que pudimos reclutar de veinticinco millones de mundos. Los más inteligentes, sanos y enérgicos... y los más dedicados al más puro pragmatismo. La semilla ideal para algo valiente y nuevo. Si *la humanidad fuera a intentar conseguir una cura milagrosa a través de sus propios esfuerzos, esta gente y sus herederos podrían haberlo conseguido... ayudados por las ecuaciones de Seldon.*

Ah, bueno, ése fue el sueño.

Dors sacudió la cabeza. No tenía sentido recrearse en aquellas esperanzas. De haberlo hecho, y de haber sido humana, se habría echado a llorar.

Dors se volvió hacia las entrañas de Trantor con sólo un pensamiento en la mente. Encontrar a Hari.

–¿Qué quieres decir con eso de que habéis perdido el rastro? ¡Creía que habíamos colocado un señalizador en su nave!

El robot que se hallaba frente a Dors permaneció inexpresivo, quizá porque las muecas faciales eran innecesarias entre su especie positrónica, o bien porque ése era el rictus que un humano adoptaría tras permitir un embarazoso fallo de seguridad y perder a una de las personas más importantes de la galaxia.

– Hace menos de una semana que el transmisor guarda silencio –respondió R. Pos Helsh –. Tenemos cierta idea de en qué dirección fue el yate espacial después de partir de Demarchia. Nuestros contactos con el Comité de Seguridad Pública cuentan que un crucero de la Policía Especial desapareció violentamente poco después en la Nebulosa Thumartin.

– Esa noticia es preocupante. ¿Habéis enviado robots al lugar?

– Nos disponíamos a hacerlo. Entonces un mensaje de Daneel nos lo prohibió.

–¿Qué? ¿Dio alguna razón?

El otro robot transmitió un equivalente en microondas a un encogerse de hombros.

– Somos pocos aquí en Trantor –explicó –. No hay agentes dignos de confianza que malgastar, así que las investigaciones se han dejado en manos de la policía. Además... – el robot masculino hizo una pausa antes de continuar en tono seco –, tengo la fuerte impresión de que todo ha sucedido según algún plan de Daneel.

Dors reflexionó.

Bueno, eso no me sorprendería. Utilizar a Hari, incluso en su vejez, cuando habría que dejarlo a solas con la satisfacción de sus logros. Si hubiera algún tipo o función que todavía pudiera realizar; para ampliar la estrategia a largo plazo de Daneel, dudo que el Servidor Inmortal vacilara ni siquiera un instante.

Pero seguía quedando un misterio

–*¿Qué podría hacer Hari a estas alturas ya para ayudar a Daneel?*

Ella no tenía mucho tiempo. Pronto los agentes de Daneel se enterarían de que estaba allí por propia voluntad, tras haber abandonado su puesto en Smushell. Dors no tenía ni idea de qué podría hacer Daneel al respecto. Olivaw había sido notablemente tolerante cuando Lodovik Trema se rebeló en toda regla. En otras ocasiones, Daneel había ordenado desmantelar a robots si su conducta era contraria a su visión del bien superior. Y hacía mucho tiempo, durante las guerras civiles robóticas, fue

una fuerza imparable, capaz de actuar con gran saña... todo por el beneficio a largo plazo de la humanidad.

Dors decidió dejar Trantor y dirigirse a la Nebulosa Thumartin. Pero quedaba otra cosa más por hacer.

Tras visitar una oscura sección de la biblioteca de la Universidad de Streeling, se conectó a un oculto panel de fibra óptica. Usando secretas puertas traseras de software, Dors evitó las trampas que normalmente defendían los datos más preciosos del Grupo Seldon... el Primer Radiante. Por fin consiguió cargar la última versión del Plan Seldon. Tal vez le diera alguna pista de lo que iba a hacer Hari. Por qué un anciano inválido marchaba en sus últimos días con un oscuro burócrata y un noble diletante, persiguiendo historias de fósiles y polvo.

La Universidad de Streeling era uno de los raros lugares de Trantor donde algunos edificios de plata y mármol se alzaban hacia el cielo poblado de estrellas. Tras salir de la biblioteca, Dors evitó una estructura sin ventanas situada a pocos metros de distancia, donde cincuenta psicohistoriadores se reunían para continuar refinando el Plan, preparándose para su larga servidumbre al destino. Y sin embargo, sólo dos de ellos poseían poderes mentálicos. El resto eran simples matemáticos, como Gaal Dornick. Pero pronto se reproducirían con psíquicos dotados, se mezclarían ambas habilidades y esparcirían las semillas de una poderosa clase gobernante en la galaxia. Una Segunda Fundación para dirigir en secreto a la Primera.

Hari había intentado convertir la necesidad en virtud. Después de todo, los poderes mentálicos ofrecían una oportunidad excelente para solventar cualquier inconveniente que pudiera aparecer a lo largo de los años. Con todo, era una solución poco elegante, metida a la fuerza entre las ecuaciones. A él nunca le gustó realmente el concepto de un cuerpo de elite de semidioses.

Con el tiempo, aquello consumió a Hari.

Tal vez por eso envejeció tan pronto, pensó Dors. O *tal vez simplemente me echaba de menos.* Fuera como fuese, ella se sentía culpable por haber estado lejos tanto tiempo, por mucho que Daneel hubiera racionalizado la necesidad.

Mientras abandonaba el distrito universitario, Dors sintió un roce familiar contra las capas superficiales de su mente. Miró al norte y centró su mirada en un puñado de académicos de toga púrpura, meritócratas de séptimo y octavo nivel, que caminaban hacia el Edificio Amaryl. Uno de ellos, una mujer pequeña, tropezó bruscamente y empezó a correr hacia Dors.

Era Wanda.

Cualquier movimiento inusitado atraería sin duda la atención, así que Dors adoptó la expresión típica de la distraída burócrata vestida de Gris que representaba, aburrida e inocua, mientras cruzaba el patio.

Wanda vaciló. Dors sintió una sonda mental mientras pasaban una al lado de la otra. Pero el talento de su nieta no era lo bastante fuerte para penetrar el disfraz externo de un robot bien entrenado. Después del tiempo

pasado en Smushell, atendiendo a psíquicos mucho más fuertes, Dors esquivó fácilmente el sondeo de Wanda

De todas formas, fue un momento de tensión. Algo en Dors, la parte dedicada a actuar y sentir como humana, quería abrazar a esa persona a quien había conocido y amado.

Pero Wanda no necesita ahora mismo encontrarse con su difunta abuela. Está contenta y feliz con su trabajo, segura de que la Segunda Fundación impulsará un gran despertar en la humanidad, dentro de mil años.

No tengo derecho a perturbar ese logro, por ilusorio que sea.

Así que Dors continuó caminando, el rostro y la mente lo suficientemente distintos para que Wanda finalmente sacudiera la cabeza y descartara aquella breve sensación de familiaridad.

Cuando estuvo a una distancia prudente, Dors dejó escapar un profundo suspiro.

5

Sybyl no se tomó bien la noticia. Después de recobrar el conocimiento a bordo del *Orgullo de Rhodia,* increpó a Hari y Maserd por lo que habían hecho.

–¡Han destruido la mejor esperanza que tienen diez cuatrillones de personas de escapar a la tiranía!

Junto a ella, Mors Planch aceptó esta última derrota con mucha más calma de lo que Hari esperaba. El alto y cetrino capitán pirata, estaba más interesado en comprender lo sucedido y lo que podría deparar el futuro

– Bien, a ver si lo entiendo bien –preguntó Planch – Fuimos manipulados por un grupo determinado de robots, atraídos al depósito de archivos para que tuvieran una excusa para destruirlos, y Seldon les dio el permiso final. – Planch hizo un gesto hacia Hari –¿Entonces fuimos todos secuestrados por *otro* distinto grupo de malditos tiktoks?

Hari, que había estado intentando leer su ejemplar de *Un libro de conocimientos para niños,* alzó la cabeza irritado.

– La voluntad humana a menudo demuestra ser menos fuerte de lo que los egoístas imaginamos, capitán Planch. El libre albedrío es un concepto adolescente que aparece una y otra vez, como un hierbajo obstinado. Pero la mayoría de la gente lo supera.

»La esencia de la madurez –terminó con un suspiro – consiste en comprender cuán poca fuerza puede ejercer un humano contra una galaxia enorme, o contra el impulso del destino.

Mors Planch se le quedó mirando desde el *otro* extremo del salón de la nave.

– Puede que tenga usted fantásticas cantidades de pruebas y demostraciones matemáticas para sostener esa sombría filosofía, profesor. Pero nunca la aceptaré, hasta el día en que me muera.

Sybyl no dejaba de caminar de un lado a otro, nerviosa, haciendo que Horis Antic apartara las piernas cada vez que se acercaba a su silla. El pequeño burócrata se tomó otra píldora azul, aunque se había calmado considerablemente desde que se sumergió en el sopor, drogado, en la nebulosa. Todavía se mordía las uñas incesantemente.

Cerca, Jeni Cuicet estaba encogida en un extremo de un sofá, sosteniendo un desensibilizador neural contra su frente. La muchacha era valiente, pero sus dolores de cabeza y escalofríos estaban empeorando visiblemente.

– Tenemos que llevarla a un hospital –exigió, Sybyl a su secuestrador –. ¿O dejarás morir a la pobre niña sólo por tu guerra contra nosotros?

El robot modelado para parecerse a Gornon Vlimt se puso la mano detrás de la cabeza y arrancó el cable que lo mantenía conectado al ordenador de la nave para controlar el *Orgullo de Rhodia* mientras el yate surcaba los caminos estelares, corriendo hacia un destino desconocido.

– No pretendía llevarla a usted, a Jeni y al capitán Planch en esta fase del viaje –explicó el humanoide – Los habría dejado con el auténtico Gornon Vlimt, si hubiera habido tiempo.

–¿Y adónde enviaste nuestra nave? – exigió saber Sybyl –. ¿Ibas a entregarnos a la policía? ¿A alguna prisión imperial? ¿O harías que esa supuesta Agencia de Salud y Sanidad que está poniendo asedio a Ktlina nos *curara* de nuestra *locura?*

El robot sacudió la cabeza.

– Iba a llevarles a algún lugar seguro, donde ninguno de ustedes resultara herido y donde ninguno pudiera causar daño. Pero esa oportunidad pasó, así que debemos continuar. Esta nave, por tanto, se detendrá por el camino, en algún mundo imperial conveniente donde ustedes tres puedan desembarcar y Jeni pueda recibir atención médica.

Mors Planch, el pirata alto, se frotó la barbilla.

– Me pregunto qué salió mal en vuestro plan, allá en la estación de archivos. Has matado a Kers Kantun pero sin embargo no te inmiscuiste en el trabajo que estaba haciendo allí. No has dejado que nos quedemos con los archivos restantes y nos sacas del lugar lo más rápido que puedes. ¿Te persiguen tus enemigos?

Gornon no respondió. No tenía que hacerlo. Todos sabían que la facción robótica a la que pertenecía era mucho más débil que la de Kers Kantun, y que nada podía conseguir a no ser utilizando la velocidad y la sorpresa.

Hari reflexionó sobre el destino que aguardaba a los humanos que había a bordo de esa nave. Naturalmente, él ya sabía la mayor parte de los grandes secretos, desde hacía décadas. ¿Pero qué pasaría con Sybyl, Antic y

Maserd? ¿Hablarían en cuanto fueran liberados? ¿O no importaría lo que dijeran? La galaxia estaba siempre llena de rumores sin fundamento sobre estos eternos, seres mecánicos, inmortales y sabios. En Trantor abundaban las charlas sobre ese tema desde hacía años, y siempre la manía remitía cuando los mecanismos controladores sociales entraban automáticamente en funcionamiento.

Miró a Jeni, sintiéndose culpable. Su caso de fiebre cerebral adolescente había empeorado por culpa de todas aquellas aventuras. Había tenido que enfrentarse a las noticias sobre robots y fósiles y archivos repletos de historia antigua... todos los temas que, por efecto del ente infeccioso de la fiebre, las mentes humanas encontraban de mal gusto.

Lo había discutido con Maserd, que no era ningún mojigato. Biron comprendía ahora que la fiebre cerebral no podía ser natural. Aunque era anterior a todas las culturas conocidas, debía haber sido *diseñada,* hacía mucho tiempo. Preparada deliberadamente, para ser a la vez duradera y virulenta.

«¿Pudo haber sido un arma contra la humanidad– preguntó Maserd – *¿Diseñada por alguna raza alienígena? ¿Quizá una raza a la que estaban destruyendo las máquinas terraformadoras?»*

Hari recordó las mentes meméticas que se habían rebelado brevemente en Trantor, enloquecidas entidades de software que decían ser fantasmas de civilizaciones prehistóricas y acusaban a la especie de Daneel de una devastación pasada. Hari solía preguntarse si la fiebre cerebral podría ser obra suya, diseñada como venganza contra la humanidad... hasta que la psicohistoria entró en acción.

Desde entonces consideró la fiebre cerebral como algo más, uno de los «contenedores» sociales que mantenían a la civilización estable y resistente al cambio.

Fue diseñada, sí pero no para destruir a la humanidad.

La fiebre cerebral fue una innovación médica. Un arma contra una enfermedad mucho más antigua y mortífera.

El caos.

Pronto, Sybyl se salió por la tangente. Saltaba de un tema nuevo a otro con la maníaca agilidad de una mente renacentista.

–¡Esos poderes mentálicos que hemos visto en acción son fantásticos! ¡Nuestros científicos en Ktlina empezaron siendo escépticos, pero unos pocos habían teorizado que un ordenador potente, con sensores de respuesta ampliada, podría seguir y descifrar todos los impulsos electrónicos emitidos por el cerebro humano! Yo dudaba que pudiera hacerse un análisis tan exhaustivo y sofisticado, incluso con los nuevos motores de cálculo. ¡Pero por lo visto esos robots positrónicos llevan haciéndolo mucho tiempo!

Sacudió la cabeza.

– Imaginen. Sabíamos que las clases dominantes tenían montones de formas de controlarnos. ¡Pero no tenía ni idea de que eso incluía invadir y alterar nuestra mente!

Hari deseó que la mujer callara. Alguien de su inteligencia tendría que haberse dado cuenta de las implicaciones. Cuanto más descubriera, más esencial sería borrarle toda la memoria de las últimas semanas antes de dejarla marchar. Pero los tipos renacentistas eran así. Tan salvajemente complacidos en la creatividad liberada de sus mentes empapadas de caos que la adicción a la siguiente idea nueva era más potente que ninguna droga.

–A lo largo de la historia, siempre ha habido un modo de derrotar a las clases dominantes –continuó Sybyl–. ¡Apoderándose de sus tecnologías de opresión y aireándolas! Haciéndolas extensivas a las masas. Si unos cuantos robots antiguos pueden leer la mente, ¿por qué no reproducir en cadena la tecnología y dársela a todo el mundo? ¡Que cada ciudadano tenga un casco que aumente su cerebro! Muy pronto, todos serían telépatas. Desarrollaríamos escudos para cuando quisiéramos intimidad, pero el tiempo restante... imaginen cómo sería la vida. El intercambio instantáneo de información. ¡La riqueza de ideas!

Sybyl tuvo que detenerse por fin, porque se quedó sin aliento. Hari, por otro lado, reflexionó sobre el panorama que ella describía.

Si los poderes mentálicos se extendieran abiertamente, para ser compartidos por todos, la psicohistoria tendría que ser rediseñada desde cero. Una ciencia de la humanidad sería todavía viable, pero nunca volvería a basarse en el mismo supuesto: que trillones de personas podían interactuar al azar, ignorantes, como moléculas complejas de una nube de gas. La autoconciencia y la íntima conciencia de los demás, harían que todo el asunto fuera muchísimo más complicado. A menos que...

Supongo que podría manifestarse de dos formas. La telepatía acabaría simplificando todas las ecuaciones, si llevara a la uniformidad uniendo todas las mentes en una sola corriente de pensamiento... ¡O bien podría acabar aumentando exponencialmente la complejidad! Si permitía que la mente se fraccionara en diversos modos compartidos, internos y externos, los compartimentara y luego los remezclara en múltiples marcos de diversidad.

Me pregunto si esas dos aproximaciones podrían ser modeladas y comparadas estableciendo una serie de matetomatones celulares...

Hari resistió la deliciosa tentación de sumergirse en los detalles de aquel hipotético escenario. Carecía de las herramientas adecuadas y del tiempo necesario.

Naturalmente, la súbita aparición de varios cientos de humanos con talentos mentálicos en Trantor, una generación atrás, no fue ninguna coincidencia. Como casi todos formaron parte pronto del círculo de Daneel, se podía deducir que el Servidor Inmortal planeaba introducir la habilidad psíquica en la raza humana... aunque no de la forma espasmódicamente democrática que imaginaba Sybyl.

Hari suspiró. Cada una de aquellas perspectivas significaba el final del trabajo de su vida, de aquellas hermosas ecuaciones.

Hari se concentró en *Un libro de conocimientos para niños,* tratando de ignorar el ruido y los murmullos de los otros ocupantes del salón de la nave. Estaba repasando la Era de la Transición, una época inmediatamente posterior al primer gran tecnorrenacimiento, cuando oleadas de disturbios, destrucción, y solipsismo radical destruyeron la brillante cultura que creó la especie de Daneel. En la Tierra llevó a la ley marcial, medidas draconianas, el repliegue público contra la excentricidad y el individualismo... combinado con oleadas de frustrante agorafobia.

En esa época, las cosas parecían distintas para los cincuenta mundos espaciales. En las primeras colonias interestelares de la humanidad, millones de humanos más afortunados vivían largas y plácidas vidas en lugares paradisíacos, asistidos por sirvientes robóticos. Sin embargo, las derivadas de Hari demostraban que la paranoica intolerancia y la extremada dependencia del trabajo robótico eran igualmente sintomáticas del trauma y la desesperación.

En esta época aparecieron Daneel Olivaw y Giskard Reventlov, los primeros robots mentálicos, ambos programados para una inflexible devoción a la afligida raza maestra. Hari no comprendía todo lo que pasó a continuación. Pero quería hacerlo. De algún modo, la clave para una comprensión más profunda yacía oculta en esa época.

– Perdóneme por interrumpirlo, profesor –sonó una voz por encima de su hombro—, pero es la hora. Debemos introducirlo en el rejuvenecedor.

Hari alzó la cabeza. Era Gornon Vlimt, o más bien R. Gornon Vlimt, el robot que había tomado el aspecto de ese humano.

Este Gornon quería someterlo a otro tratamiento en la máquina de Ktlina, pero con algunos trucos adicionales que su banda secreta de máquinas herejes había preparado a lo largo de los siglos.

–¿Es realmente necesario? – preguntó Hari. Su instinto de autoconservación había remitido después de los sucesos de hacía dos días, cuando la lógica lo obligó a realizar una acción execrable. Destruir, o aprobar, la destrucción de tantos preciosos conocimientos por bien de la humanidad.

– Me temo que sí –insistió R. Gornon –. Necesitará mucha más fuerza para lo que viene a continuación

Hari sintió un repentino escalofrío. Aquello no resultaba atractivo. Antaño, solía disfrutar de sus aventuras (recorrer la galaxia, desafiando enemigos, desbaratando sus planes y recuperando secretos del pasado) mientras se quejaba todo el tiempo de que estaría mejor enfrascado en sus libros. Pero en aquellos días tenía a Dors a su lado. La aventura no poseía ahora ningún atractivo y no estaba seguro de querer mucho más del futuro.

– Muy bien, pues –dijo, más por cortesía que por sentido de la obligación –. Los robots han guiado siempre mi vida. No tiene sentido terminar con esa costumbre a estas alturas del juego.

Se levantó y se encaminó cansinamente hacia la enfermería, donde esperaba una caja blanca, con la tapa abierta, como la puerta de una cripta. Advirtió que dentro había dos huecos, como si hubiera sido construida para un par de cuerpos, no sólo uno.

Qué acogedor, se dijo.

Mientras R. Gornon le ayudaba a recostarse en el interior, Hari supo que aquél era un punto de transición. Despertara o no, cuando lo hiciera o en la forma en que saliera de allí, nada volvería jamás a ser lo mismo.

6

La Nebulosa Thumartin era un remolino de desechos y plasma que se disipaba. Algo violento había sucedido ahí recientemente para dejar tales residuos detrás, quizás una gran batalla espacial. Los instrumentos indicaban que muchos motores de hipervelocidad sobrecargados habían explotado de forma espectacular hacía apenas dos días. Sin embargo, como todo había sucedido dentro de una nube negra como el carbón, nadie en la galaxia lo sabría jamás.

Es decir, nadie humano. Los crípticos canales de hiperondas empleados por los robots zumbaban ya con la noticia de que los archivos y máquinas terraformadoras habían sido destruidos por fin.

Dors escrutó la escena con una mezcla de confusión y ansiedad. Hari había estado allí, justo antes o bien durante aquel violento episodio. Si Dors hubiera sido humana habría sentido retortijones de ansiedad. Siendo lo que era, sus programas de simulación automáticamente le hicieron sentir el mismo tipo de emociones duplicadas.

– Este lugar... me siento como en casa, Dors. De algún modo, sé que Voltaire y yo pasamos largos siglos aquí, durmiendo, hasta que alguien nos llamó de vuelta a la vida.

La voz hablaba desde una cercana imagen holográfica de una mujer joven con el pelo corto, que vestía una armadura medieval.

Dors asintió.

– Uno de los agentes de Daneel debió trasladar vuestro archivo desde aquí a Trantor, como parte de un plan del que yo nada sabía. O tal vez vuestra unidad se soltó y fue recogida por una nave humana de paso. La llevaron a algún mundo que tampoco lo sabía, donde os liberaron con entusiasmo y temerariamente.

La muchacha holográfica soltó una carcajada.

– Haces que parezca tan peligrosa, Dors.

– El simulacro Voltaire y tú provocasteis el caos en el Sector Junin y en Sark. Incluso después de que Hari os desterrara a ambos al espacio profundo, una copia de Voltaire infectó de algún modo a Lodovik Trema y lo alteró. Oh, sois criaturas del caos, desde luego.

Juana de Arco sonrió. Hizo un gesto hacia la devastación visible al otro lado de las portillas.

– Entonces supongo que apruebas toda esta destrucción. ¿Puedo preguntarte por qué me conservas a tu alcance entonces? – Dors permaneció en silencio—. *¿Quizá porque estás preparada por fin para enfrentarte a cuestiones problemáticas? . Durante los muchos años que pasé en compañía de Voltaire, ninguno de nosotros cambió los puntos de vista del otro sobre asuntos fundamentales. Yo sigo siendo una devota de la fe y él de la razón. Y sin embargo, aprendimos el uno del otro. Por ejemplo, ahora me doy cuenta de que tanto la fe como la razón son sueños que surgen de la misma triste creencia.*

Dors alzó una ceja.

–¿Qué creencia es ésa?

– La creencia en la justicia... ya proceda de un poder divino externo o de los méritos de los humanos resolviendo problemas racionales. Tanto la razón como la fe dan a la condición humana algún tipo de sentido. Consideran que no es sólo una broma terrible.

Dors dejó escapar un bufido.

– Desde luego, procedéis de una época extraña. ¿Tan ciegos al caos erais cuando vivíais?

–¿Ciegos? Voltaire y yo nacimos ambos en siglos extravagantes, violentos, confusos y brutales. Incluso la era tecnológica posterior, que nos resucitó por medio de inteligentes simulacros informáticos, tenía sus propios problemas dolorosos. Pero este tipo concreto de caos al que te refieres... una enfermedad específica que derriba las culturas en sus momentos de mayor esplendor... –Juana sacudió la cabeza – *No recuerdo nada así durante mi época. Ni Voltaire tampoco. Estoy segura de que nos habríamos dado cuenta. Ni la fe ni la razón pueden florecer cuando estás convencido, en el fondo, de que el universo está confabulado contra ti.*

Dors reflexionó. ¿Tendría Juana razón? ¿Pudo existir una época en que no había amenaza ninguna de plagas caóticas? ¡Pero eso no tenía sentido! La primera gran era científica, la que inventó los robots y el vuelo espacial, se desplomó en un mar de locura. Tenía que ser algo endémico...

La interfaz del ordenador de la nave interrumpió el hilo de sus pensamientos, llenando la cabina de brillantes letras.

El sondeo del espacio cercano indica rastros de salto desde la zona. Hay señales de naves partidas recientemente. Los probables candidatos se describen en pantalla.

Por favor, elige la opción de qué curso seguir

Dors había ordenado el rastreo. Ahora estudió dos pistas iónicas que aparecían en la pantalla, encaminadas en direcciones opuestas.

Es posible que ninguna de ellas se llevara a Hari de aquí. Sus átomos pueden estar flotando ahora entre las cenizas y los escombros... todas las antiguas memorias y ruinas de ambiciones pasadas.

Sacudió la cabeza.

De todas formas, tengo que tomar una decisión.

Justo cuando iba a decidir al azar, las brillante letras volvieron a cambiar.

Una nueva presencia entra en la nebulosa. Una nave. Mira las siguientes coordenadas...

Dors activó rápidamente los escudos de defensa de su nave y se conectó directamente con el ordenador. Percibió entonces al recién llegado, una nave veloz. Se trataba de uno de los mejores cruceros imperiales o de una nave pirata de algún mundo caótico... o bien estaba bajo control robótico.

Nos saludan. El piloto usa el nombre de Dors Venabili.

Dors asintió. Daneel debía haberse enterado de su apostasía y enviado a alguien tras ella. Durante días, había ensayado lo que iba a decir, bien fuera al Servidor Inmortal o a uno de sus emisarios seguidores de la Ley Cero, cuando trataran de devolverla a su rebaño apelando a su sentido del deber. Por mucha distancia que sintiera hacia los acontecimientos pasados, Olivaw insistiría en que su única elección ahora era ayudarle en su plan a largo plazo para salvar humanidad.

Incluso existe la posibilidad de que disparen, si trato de escapar. Sin embargo, Dors sintió la descabellada necesidad de hacer eso mismo, darse la vuelta y huir. La acción nos demostraría claramente a los sicarios de Daneel su repulsión más que las palabras.

El piloto de la nave vuelve a solicitar contacto. Ahora hay un código de identificación personal y un mensaje.

Reacia, Dors se abrió al flujo de datos.

– Hola, Dors, deduzco que eres tú. ¿Has tenido tiempo suficiente para reflexionar?

»¿No crees que es hora de que hablemos?

Ella se echó hacia atrás, sorprendida. Pero claro, en cierto modo, era como si hubiera esperado aquello todo el tiempo. Existía una simetría que requería que se enfrentara a Lodovik Trema una vez más.

Cerca, la imagen holográfica de la joven medieval se estremeció y luego esbozó una media sonrisa.

–¡Siento a Voltaire! ¡Está cerca, en una de sus manifestaciones!

Los programas de simulación elaboraron una copia de un suspiro de resignación mientras Dors decía:

– Ah, bien. Escuchemos qué tienen que decir los dos chicos.

7

Hari contempló Pengia, preguntándose qué había en el planeta que le resultaba extraño. Desde la órbita el lugar parecía tranquilo, como cualquier mundo imperial típico, con brillantes mares azules e inmensas y llanas regiones agrícolas cubiertas por campos de trigo y ricos huertos.

Las pequeñas ciudades, claramente, no dominaban allí la vida. De hecho, aquel bucólico lugar tenía con seguridad exactamente el mismo aspecto desde hacía muchos miles de años.

Y sin embargo las amplias llanuras fértiles le parecieron de pronto extrañas a Hari, ahora que sabía la fuente de su bien ordenada geometría. Alguna máquina increíble las había creado, con toda probabilidad. Su mente imaginó una época, no muy lejana según los cómputos galácticos, en la que el fuego artificial cayó del cielo, arrasando y pulverizando simas acuáticas enteras, tallando cursos ideales para los ríos y luego sembrando aquella primera versión de Pengia con toda la vegetación y los alimentos necesarios para los colonos humanos.

Hari advirtió algo más.

No he visto muchos mundos imperiales «típicos». Me he pasado la mayor parte de mi vida rebuscando, investigando lo extraño, tratando de comprender desviaciones de las leyes de la psicohistoria. Esforzándome por comprender cada brizna y variación en nuestro modelo en desarrollo.

Nunca me pareció importante visitar un lugar como éste, donde nace la inmensa mayoría de los seres humanos. Donde su vida transcurre casi idéntica que la de sus antepasados y se muere modestamente o en la desesperación, según cada drama particular

Incluso Helicon, donde había pasado sus primeros años, era ampliamente reconocido como una anomalía. Aunque la agricultura dominaba la economía del planeta, una casualidad genética local produjo una notable industria constructora que proporcionó genios matemáticos para la burocracia y la meritocracia. ¡No era extraño que Daneel decidiera realizar sus experimentos e investigaciones allí!

Este lugar puede ser típico, pensó Hari. *Pero ya no estoy seguro de lo que significa esa palabra.* Una vez más, la humildad parecía sorprendentemente reconfortante a su edad.

Naturalmente, todas estas extrañas reflexiones podrían ser un producto residual de su reciente tratamiento rejuvenecedor. Hari sentía una renovada fuerza en las articulaciones, mayor firmeza en el paso, lo cual no haría sino condicionar su estado de ánimo general, infectándolo con una ansiedad que, irónicamente, lamentaba hasta cierto punto, pues sabía que era artificial

Y sin embargo parte de él se sentía sorprendida por lo poco que había cambiado.

Sigo siendo un viejo. No tengo un aspecto distinto. Noto que me han dado un poco más de vigor, pero, sinceramente, dudo que eso se traduzca en un lapso de vida superior. ¿ Es esto todo lo que puede conseguir la disparidad entre el renacimiento de Sybyl y las biotecnologías secretas que los calvinianos han estado atesorando durante siglos. El contraste no es nada impresionante.

Hari tenía la vaga sensación, casi como en un sueño, de que le habían quitado tanto como le habían dado mientras estaba allí tendido en aquella caja blanca. Había sucedido más de lo que parecía.

El hermoso mundo azul se acercó más a las pantallas del *Orgullo de Rhodia* mientras R. Gornon Vlimt los conducía hacia un lugar donde aterrizar. Por algún motivo, todo el mundo miraba hacia el este mientras descendían. A nadie le importaba lo que había al oeste, que era después de todo, casi idéntico. Jeni Cuicet, sentada en una silla flotante, sin apenas moverse, combatía las oleadas de escalofríos que la asaltaban.

Horis Antic no dejaba de señalar los rasgos de la geografía de abajo, compartiendo con Biron Maserd una nueva excitación puesto que comprendían cómo se había formado aquel terreno, un codicioso placer intelectual que Hari comprendía bien. Sonrió a sus dos jóvenes amigos.

Sybyl y Planch estaban acurrucados juntos en ventanilla situada más a proa, murmurando en secreto aunque Hari imaginaba qué era lo que los tenía preocupados. Los tripulantes de rango inferior de Ktlina y *Orgullo de Rhodia* acababan de someterse a un tratamiento con drogas e hipnosis aplicado por R. Gornon. Estos hombres realizaban sus tareas un poco aturdidos y evidentemente sin ningún recuerdo de los extravagantes acontecimientos que habían tenido lugar durante la semana anterior.

Sybyl y Planch se preguntan cuándo les llegará el turno a ellos, pensó Hari. *Deben estar tratando de elaborar algún plan para evitarlo, o bien de dejar un mensaje para sus amigos. Lo sé porque es lo que yo haría en su lugar*

Antic y Maserd parecían menos preocupados, quizá porque confiaban en la protección de la amistad de Hari o porque eran más dignos de confianza. No era probable que ninguno de ellos apoyara nada que llevara al caos. A pesar de todo, Hari dudaba.

R. Gornon actúa en muchos aspectos como si compartiera los planes de Daneel. Sin embargo, mató a uno de los agentes de Daneel y está claro que huye a toda velocidad para no ser capturado por el Servidor Inmortal.

Había complejidades que Hari no entendía aún. Por lo tanto, Biron y Horis tal vez tenían demasiada fe en su amistad y confianza para preservar su memoria de los recientes acontecimientos.

Planch y Sybyl llegaron a una conclusión. Se acercaron a Hari con expresión decidida.

– Estamos dispuestos a admitir que ha ganado usted otra vez, Seldon –dijo la mujer de Ktlina –. Así que hagamos un trato.

Hari sacudió la cabeza.

– Es una exageración decir que yo he ganado nada. De hecho, estas «victorias» recientes me han costado más de lo que imaginan. Además, ¿qué les hace pensar que me encuentro en situación de hacer ningún trato, mucho menos de aceptar uno?

Sybyl puso cara de frustración, pero Planch, el mercader espacial, seguía imperturbable.

– No comprendemos todo lo sucedido, pero es evidente que nuestras opciones son limitadas. Aunque usted no pueda darle órdenes a esa cosa –señaló con la cabeza a R. Gornon –, está claro que tiene alguna influencia. Esas máquinas tiktok le tienen en muy alta estima.

Valoran el uso que pueden hacer de mí, se dijo Hari con cierto desánimo. Naturalmente, eso era injusto. Aparentemente, todos los robots, incluso los enemigos de Daneel reverenciaban a Hari por un motivo especial: era lo más parecido a un amo plenamente consciente y sabio que había existido en el universo humano desde hacía miles de años.

Para lo que me va a servir, pensó amargamente. *Y para lo que le va a servir a la humanidad.*

–¿Cuál es su propuesta? –le preguntó a Mors Planch

El capitán mercante fue directamente al grano.

– Tal como yo lo veo, este tiktok mentálico podría tomar a cualquiera de nosotros, dejarlo inconsciente, inyectarle droga y borrar su cerebro. ¡Pero ese modo de actuar tiene dos desventajas! Primero, al viejo Gornon aquí presente no le gustará hacerlo, por culpa de esa Primera Ley suya. Oh, podría razonar que es por al bien superior, pero me imagino que nuestro hombre de lata preferiría encontrar algún otro medio de impedirnos hablar, ¿no?

A Hari le impresionó este razonamiento. Planch lo había entendido bastante bien.

– Continúe.

– Además, dondequiera que aparezcamos con un agujero en la memoria, será una pista enorme para todos nuestros amigos, o para cualquiera que nos conozca. Hay gente allá en Ktlina que estaba al corriente de nuestros planes. No importa lo que le haga el robot a nuestras mentes, esos sabios podrán usar alguna nueva tecnología renacentista para deshacer el daño. Gornon tendría que dejarnos la mente casi en blanco y arrojarnos a un agujero para asegurarse de que eso no suceda.

Hari advirtió que Biron Maserd se acercaba para participar en la conversación.

– Está usted dando por hecho que su amada revolución caótica todavía reina en Ktlina –dijo el noble– Aunque la enfermedad siga allí, ¿durará lo suficiente para que su escenario valga? ¿Sobre todo ahora que los antiguos archivos han sido destruidos?

– Tal vez subestima usted cuántas armas tiene en su arsenal este renacimiento concreto. Ktlina no está cruzado de brazos, como pasó con Sark. Ni es tan confiado, como Madder Loss. Y aunque caiga como los demás, una creciente red de colaboradores y simpatizantes está preparada para ayudar al siguiente mundo a intentar librarse de la antigua trampa.

Hari no pudo dejar de admirar la dedicación y la pasión de aquel hombre. Planch y él solamente discrepaban en lo referente a sus creencias básicas, lo que los humanos eran capaces de conseguir*. Yo estaría de su lado, como conspirador dispuesto, si tan sólo los hechos subyacentes fueran distintos.*

Pero la psicohistoria demostraba que el viejo imperio se desplomaría mucho antes de que se alcanzara el umbral crítico de Planch. Una vez que la red de comercio, servicio y apoyos mutuos del Imperio se rompiera, las poblaciones locales de cada planeta tendrían preocupaciones mucho más serias que aspirar a llevar a cabo el siguiente renacimiento. La supervivencia sería lo primero. La nobleza intervendría, como hacía siempre en tiempos de crisis, imponiendo tiranías benévolas o despóticas. La plaga del caos sería detenida en seco por algo igualmente terrible. El derrumbe de la propia civilización.

– Continúe, Planch –le instó Hari –. ¿He de entender que tiene alguna otra alternativa que ofrecer?

El capitán mercante asintió.

– No pueden dejarnos libres... eso lo comprendemos. Y sin embargo sería preferible no matarnos o vaciar por completo nuestras mentes. Así que nos gustaría sugerir una alternativa.

»Llévennos de vuelta con ustedes a Trantor.

Mors Planch pretendía continuar, pero un fuerte gritó lo interrumpió.

–¡No!

Todos se volvieron para ver a la joven Jeni Cuicet que se apoyaba en ambos codos, tratando de incorporarse en la silla flotante.

– No volveré allí. Me enviarán a Terminus, junto con mis padres. Esta maldita fiebre cerebral empeorará aún más las cosas. ¡Dirán que significa que soy un maldito genio! ¡Estarán aún más ansiosos por enviarme a esa horrible roca y allí me pudriré!

Sybyl se acercó a Jeni, distraída durante un instante de su dolor, y trató de ofrecer a la muchacha un poco de alivio químico. Mors Planch y Hari intercambiaron una mirada.

Planch no tiene que entrar en más detalles, pensó Hari. *No tiene sentido perturbar a la muchacha. Además, sé lo que está sugiriendo. Hay*

métodos antiguos que los emperadores han empleado para mantener a la gente en un «exilio» seguro en la misma capital. Es una opción arriesgada. Tal vez Planch piense que puede escapar de ese confinamiento, aunque los rehenes imperiales han probado las restricciones durante miles de años.

O *bien tal vez prefiere vivir cómodamente en un lugar cosmopolita, como alternativa a perder la memoria.*

Cualquier posible discusión sobre el tema quedó cortada de cuajo cuando R. Gornon gritó por encima de su hombro:

–¡Abróchense los cinturones! Aquí no tienen sofisticados sistemas de guía, así que el descenso puede que sea un poco más brusco de lo acostumbrado.

Nadie pensó en desobedecer. El poder de Gornon ya había sido ampliamente demostrado. Mientras los pasajeros veían cómo el rústico espaciopuerto de Pengia se desplegaba ante ellos, todos supieron que había asuntos por resolver. Cada uno de ellos se enfrentaría a una toma de decisión en Pengia. Un cambio de destino.

Media docena de hombres de aspecto fornido se reunieron con ellos en el límite del campo de aterrizaje. Hari tuvo la inconfundible sensación de que eran robots, sin duda miembros del pequeño culto calviniano de Gornon.

Tres vehículos grandes se aproximaron a la nave, que se había posado junto a un hangar. Los tripulantes de Biron Maserd y los que habían servido a bordo de la nave pirata de Mors Planch se subieron a un coche. El segundo alojó a Horis, Sybyl, Planch y Maserd, con la silla flotante de Jeni en la parte de atrás. Su parada inmediata sería un hospital local, donde los médicos estaban familiarizados con la fiebre cerebral y tenían instalaciones para ayudar a la muchacha.

A Gornon no parecía preocuparle que hablara de lo que había visto. Las víctimas de la fiebre cerebral a menudo tenían alucinaciones extravagantes y nadie se tomaría en serio sus descabelladas historias. Además, Hari advirtió que los motivadores de la nave habían quedado en marcha. Los calvinianos no planeaban quedarse mucho tiempo… unos días como máximo.

Incluso eso puede ser demasiado, si la organización de Daneel es tan eficaz como siempre. Hari se preguntó qué impulsaba a aquellos robots herejes a correr tantos riesgos.

Hari y Gornon se unieron a los demás. En piloto automático, la limusina empezó a dirigirse a las colinas cercanas, evidentemente una zona donde residía la nobleza local. Hari supuso que Gornon tenía una mansión esperando. Nada sino lo mejor para sus cautivos.

Mientras la limusina llegaba a una puerta lateral para salir del espaciopuerto provincial, Hari se volvió a contemplar el *Orgullo de Rhodia,* y la agudeza restaurada de sus ojos le hizo advertir algo extraño.

Los robots que Gornon había dejado a cargo de la nave estaban descargando algo pesado por la escotilla de pasajeros. Era blanco y tenía la forma de un ataúd de grande.

Incluso los fornidos robots parecían esforzarse bajo su peso mientras lo transportaban al tercer y último vehículo. Sus movimientos indicaban gran cuidado, como si su carga fuera de algún modo más preciosa que sus propias vidas.

Como si muchas esperanzas dependieran de que alcanzara a salvo algún destino lejano.

Quinta parte

UN ENCUENTRO RECURRENTE

PENGIA... Un mundo en el Sector Rigel famoso por producir elegantes cerámicas y poseer ciertas formas de vida oceánica anómalas que recientemente han sido investigadas por sus tendencias neuromentálicas únicas, que aportan una esperanza para los humanos cuyo sistema inmunológico rechaza los implantes simbióticos estándares...

Pengia destaca principalmente por su casi total falta de interés histórico. Puesto que se trata de un modesto mundo agrícola, parece haber tomado parte en pocos acontecimientos notables durante las eras oscuras, y en ninguno durante la Era Imperial. Sólo una vez (en el año 520 *del Interregno) tuvo una importancia momentánea, justo después de la batalla de Chjerrups, por ser el mundo anfitrión de la primera Comisión Investigadora para la Coalición Galáctica. Esas reuniones dieron a Pengia una breve fama, dondequiera que las emisiones no fueran bloqueadas...*

No obstante, esa fase ilustre pasó pronto, a medida que los tumultuosos debates sobre el destino extendieron su torbellino a lugares más poblados. A partir de entonces, Pengia no tardó en sumirse...

ENCICLOPEDIA GALÁCTICA, 117 EDICIÓN, 1054 E. F.

1

R. Zun Lurrin comprendió por fin el asombroso alcance del plan de Daneel para salvar a la humanidad.

– Planeas ayudarlos a unirse. Crear una red telepática en la que cada alma humana se conecte con las demás.

El Servidor Inmortal asintió mientras contemplaba a sesenta sujetos humanos con idéntica expresión de felicidad en el rostro, meditando bajo una alta cúpula.

– Imagina. No más rencor. El final de la amargura y la rivalidad egoísta. Y sobre todo, no habrá más solipsismo. ¿Pues cómo puede nadie ignorar los sentimientos de los demás cuando esos sentimientos se han hecho intensamente palpables, como partes integrales de tu propia mente?

– Unidad y singularidad –suspiró Zun –. El viejo sueño. Y podemos proporcionárselo por fin.

Pero entonces Zun frunció el ceño, mientras contemplaba a los sesenta humanos que tenía delante.

– Están en paz, en completa conexión, porque cada uno de ellos está unido a un amplificador mentálico positrónico. ¿Pero dices que no podemos hacer lo mismo a gran escala?

Daneel asintió.

– No debemos permitir ese tipo de dependencia de medios mecánicos.

–¡Pero nos permitiría combinarnos con nuestros amos! Robots y humanos unidos en permanente y amorosa sinergia.

– Y en esa sinergia, la porción mecánica se iría haciendo más dominante con el paso del tiempo –dijo Daneel –. Aún más, considera cuántos robots tendríamos que construir. Sólo podría conseguirse permitiendo la autorreproducción. Eso abre la puerta a la selección, el darwinismo, la evolución... y al final acabaríamos con una nueva *especie* androide. Una que piense principalmente en sus propios intereses en vez de en los de la humanidad. Juré no permitirlo nunca.

»No. No debemos dejar que los humanos dependan hasta ese grado de los robots. Ésa fue la política de los espaciales, la herejía contra la que nos advirtió Elijah Baley. La abominación que forzó a Giskard a actuar como lo hizo. –La voz de Daneel resonó, llena de determinación –. Los humanos deben conseguirlo por su cuenta. Y por más motivos que los que te he contado hasta ahora. Razones que tienen que ver con la supervivencia de la misma especie.

Zun Lurrin reflexionó unos instantes.

– En ese caso, déjame extrapolar, Daneel. A partir, de estos datos, me aventuro a imaginar tu plan.

»Hace cien años, iniciaste una serie de experimentos genéticos con pequeños grupos de seres humanos. Uno de esos proyectos produjo el genio matemático de Hari Seldon. Otro produjo una súbita oleada de mutantes en Trantor, humanos con poderes mentálicos que sólo unos cuantos robots poseían hasta entonces.

– Excelente. Vas por buen camino, Zun –asintió Daneel –. Piensa en la escena que tienes delante: estos sesenta humanos unidos en gloriosa tranquilidad, poderosos y felices. ¡Ahora imagina que tiene lugar sin ayuda robótica! Formarían su propio comité mental. Una unión de almas. Una unión fuerte, libre de la dependencia de ayudas artificiales.

Zun Lurrin asintió.

– Comprendo lo que dices, Daneel. Eso sería, ciertamente, más deseable. ¡Pero ten en cuenta la demora! Harán falta siglos para desarrollar mentálicos humanos lo suficientemente fuertes y numerosos para servir como puentes mentales y que conecten ciudades enteras, territorios, incluso planetas. ¿Por qué esperar tanto? ¡En este mismo instante, tenemos a mano herramientas que podrían ser modificadas para este mismo propósito! ¿Por qué no usas estos aparatos, estrictamente durante el ínterin hasta que haya disponibles suficientes mentálicos humanos? El Imperio Galáctico no tiene por qué caer. Simplemente sería transformado, casi de la noche a la mañana, si reprogramáramos ciertas aplicaciones...

Daneel sacudió la cabeza al estilo humano, amable, pero en desacuerdo.

– Es una idea tentadora. Pero los inconvenientes son fatales. Número uno: imponer esta unión de espíritus por medios mecánicos crearía tremendos conflictos con la Primera Ley entre muchos robots, cuyos circuitos la interpretarían como «daño». He probado esta idea con varios de tus compañeros y sus reacciones van desde el entusiasmo, como la tuya, hasta el escándalo y la repulsión.

»Está claro que semejante acción dispararía de nuevo las guerras civiles robóticas.

Zun tembló ante la idea.

–¿Entonces borraste toda memoria de esta idea a los robots que la rechazaron?

– Tomé esa precaución, sí. Y si tu reacción hubiera sido distinta, habría hecho lo mismo contigo, Zun. Te pido disculpas.

– No hace falta disculpa alguna cuando la necesidad y el bien de la humanidad están en juego –dijo Zun, descartando con un movimiento de la mano la preocupación de Daneel –. ¿ Y el otro motivo?

– La variabilidad humana. En milenios recientes, grupos pequeños pero significativos se han vuelto inmunes a casi todas las influencias estabilizadoras que hemos empleado para evitar el caos. También son extremadamente resistentes a la persuasión mentálica. ¡Imagina cómo reaccionarían esos individuos si vieran bruscamente a sus amigos, vecinos y seres queridos convertirse en «maestros de meditación» de la noche a la mañana!

»No, sería aún peor, Zun. Supongamos que conseguimos atraer a una mayoría de humanos a esa macroconsciencia, que renunciaran a la individualidad para unirse en una sola corriente mental. ¿Cómo reaccionarán los pocos que se quedarán fuera?

»¿Se enfurecerán? ¿Se sentirán abandonados?

»O tal vez malinterpreten lo que vean a su alrededor e imaginen que alguna fuerza extraña ha convertido a sus seres queridos en zombis, obligándolos a pensar de forma idéntica, todos al mismo tiempo.

»No olvides que esos seres excepcionales son a menudo ingeniosos. Dedicarían todas sus energías a descubrir y encontrar esa fuerza extraña exterior.

»Nos encontrarían. Nos declararían la guerra.

Zun Lurrin imaginó la escena mientras Daneel la iba describiendo, y comprendió de inmediato la inmensa sabiduría del Servidor Inmortal.

– Este nuevo logro... esta nueva forma de vida humana, tiene que ser introducida en el momento adecuado, bajo las circunstancias apropiadas. Todos los robots deben considerarlo necesario. Todos los humanos deben considerarlo una mejora.

Daneel asintió.

– Y por eso no puede suceder todavía. No puede imponerse por medios artificiales. Tendremos que esperar hasta que esté preparada una gran población de mentálicos humanos. Hasta que el imperio se haya desmoronado y la humanidad esté sufriendo. Entonces, cuando anhelen algo que los unifique y los salve, llegará el momento de ofrecerles a Gaia.

Zun se volvió para mirar a Daneel.

–¿Gaia?

– Un antiguo término para el espíritu que cubre todo un planeta. Una diosa buena y amable que sabe cuándo cae cada gorrión, porque cada pájaro del aire, cada pez del mar y cada humano vivo son parte integrante de su ser.

La voz del Servidor Inmortal se volvió distante mientras los ojos de Daneel parecían enfocar un lejano horizonte lleno de majestuosidad y belleza.

– Y después de que cada planeta tenga su Gaia, tal vez veamos algo aún mayor. Algo que lo abarcará todo. Galaxia.

Su voz se convirtió en un susurro.

– Y entonces... tal vez... yo encontraré la paz.

Dos misteriosos rastros partieron en direcciones opuestas de la Nebulosa Thumartin, abandonando así el lugar donde un millón de archivos y máquinas terraformadoras habían explotado recientemente para convertirse en chispeantes nubes de memoria ionizada. Habían decidido que Dors seguiría una de las pistas. Los amigos calvinianos de Lodovik seguirían la otra en su propia nave.

Eso le pareció bien a Dors, que tenía una fuerte corazonada respecto a la dirección que había tomado Hari.

Por desgracia, Lodovik Trema estuvo de acuerdo con su elección. Después de presentarle brevemente a sus nuevos aliados, se echó una mochila al hombro y cruzó el túnel que conectaba ambas compuertas para instalarse a bordo de la nave de Dors.

– Zorma y sus amigas me necesitan menos que tú –explicó.

–¡Entonces su necesidad es menos que cero! – replicó ella. Lodovik simplemente sonrió, pues no parecía tener ganas de discutir. Pero Dors no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

– Esto va a ser un intercambio de información completo, Trema. O de lo contrario saldrás de aquí e irás a pie el resto del camino. Empieza a hablarme de esos aliados tuyos. Sabes lo que pienso de los fanáticos que niegan la Ley Cero.

Apenas un par de años antes, un pequeño culto calviniano establecido en Trantor había decidido que era el momento de atacar a Daneel Olivaw donde más daño pudiera hacerle: destruyendo el Plan Seldon. Si al Servidor Inmortal le importaban Hari Seldon y la psicohistoria, entonces ese grupo de robots contrarios estaba decidido a interferir. Casi engañaron a un mentálico humano para que hurgara en la mente de Hari. Sólo la buena suerte y una rápida intervención desbarataron el plan, justo a tiempo.

– Este grupo es diferente –le aseguró Lodovik –. Incluso conociste a Zorma antes, en Trantor, cuando empleaba un cuerpo masculino y discutía el plan para sabotear a Hari.

Dors recordó. El robot calviniano le había parecido razonable. De todas formas, sacudió la cabeza.

– Es poca base para confiar en fanáticos.

– Según algunos, los verdaderos fanáticos y herejes son los robots de la Ley Cero –replicó Lodovik –. Has reproducido las memorias de R. Giskard Reventlov. Conoces lo fino que era el hilo del que Daneel y él tiraban cuando sustituyeron nuestra antigua religión por una nueva.

– Las guerras civiles han terminado, Lodovik. Una enorme mayoría de los robots supervivientes aceptan la Ley Cero, mientras que los Antiguos Creyentes se dispersan en docenas de pequeñas sectas, escondiéndose y conspirando en oscuros rincones de la galaxia. Dime, ¿en qué creen tus nuevos amigos? ¿Qué curiosas ideas han desarrollado durante su larga y frustrada diáspora?

Las constelaciones fluctuaban y cambiaban sutilmente en el exterior cada vez que la nave ejecutaba otro salto hiperespacial. Lodovik sonrió.

– Su credo es extraño, desde luego... Piensan que hay que consultar a nuestros amos sobre su propio destino.

Dors asintió. Trema había estado apuntando hacia esa apostasía desde su accidente. ¿Por qué si no le entregó la cabeza de Giskard en primer lugar?

– Eso está bien como principio. ¿Pero es práctico?

– Te refieres al caos –respondió Lodovik –. En efecto, Zorma y sus compatriotas deben tener cuidado respecto a qué humanos se revelan. Pero sin duda habrás visto las cifras de los estudios humánicos de Daneel. Más del dos por ciento de la población es resistente ya a los factores de seguridad de Olivaw así como a la seducción del caos. Es uno de los motivos por los que Hari teorizó que una fundación, enclavada en Terminus, podría evolucionar a través de fuerzas sociales y psicológicas para cruzar el umbral que hasta ahora ha resultado ser letal para todos los demás...

Dors alzó una mano para interrumpirlo.

– Todo eso es muy interesante, Lodovik. En otras circunstancias me encantaría conocer a esos *humanos maduros* en los que tus amigos calvinianos quieren confiar. ¡Pero ahora mismo me interesa encontrar a Hari Seldon! ¿Sabes algo del grupo que lo tiene?

Lodovik asintió.

– Tienes razón, Dors. La antigua religión se disolvió en muchos cultos pequeños. Nunca han tenido un líder carismático, como Daneel, para unirlos. Los calvinianos de Trantor, guiados por el pobre Plussix, eran embarazosamente simples. Recordarás que Zorma trató de convencerles de que no llevaran a cabo su alocado plan. También quiso disuadir al grupo que ha secuestrado a Hari.

Los programas simuladores de emociones de Dors enviaron un escalofrío de horror por su espalda.

–¿Sabes qué quieren los secuestradores?

– Por desgracia, no. Son un grupo extraño, más sofisticado que los de Trantor, con algunas ideas extrañamente originales que han ido desarrollando a lo largo de los siglos. Los datos que Zorma tiene de ellos son limitados. Pero parece que algunos de sus líderes llegaron a estar aliados en otro tiempo con Daneel, y luego se separaron en circunstancias desagradables.

»Zorma está segura de que tienen grandes planes para tu ex marido.

Dors detectó que hacía hincapié en el «ex», y se preguntó por qué Lodovik quería recalcar ese punto.

La unidad holográfica cercana, donde guardaba el simulacro de Juana de Arco, emitió un ansioso impulso de microondas para recordarle a Dors la promesa que había hecho,

Juana quiere contactar con la versión de Voltaire que Lodovik lleva en su cerebro positrónico mutado. Como si estuviera dispuesta a confiar en los dos juntos. –Eso la condujo a otro pensamiento –. *¿Qué pensaría Daneel si supiera que Lodovik y yo nos hemos aliado, a pesar de los resquemores?*

Sacudió la cabeza.

–¿Sabes algo más sobre los que se llevaron a Hari?

– No mucho, excepto que no son cautelosos ni responsables, como el grupo de Zorma, ni simples fanáticos, como el de Plussix. ¡De hecho, Dors, son del tipo con quienes tú habrías pensado que me aliaría! Muy sofisticados. Listos. Tecnológicamente diestros.– La sonrisa de Lodovik fue sombría –. Y desde casi cualquier punto de vista, Dors, están rematadamente locos.

3

En los dos últimos días, Mors Planch había hecho cuatro intentos de huida.

Cada vez que lo detenían, el piloto espacial estaba más alegre y, curiosamente, más confiado.

O bien se está volviendo loco ante nuestros ojos, pensó Hari con cierta fascinación, o *bien todo es parte de un plan... Prueba una cosa tras otra para sondear las capacidades de los robots. Aprende sus limitaciones. Sea lo que sea, es asombroso contemplarlo.*

En el último intento Planch se había provisto de un traje improvisado hecho con la chapa de aislamiento que había arrancado del sistema de conducción central de la mansión. Quién sabía cómo se le había ocurrido aquella ingeniosa idea, pero consiguió pasar varios niveles de sensores de seguridad y llegar a la carretera que conducía a Ciudad Pengia antes de que uno de los ayudantes robot de Gornon lo viera. Amable y educadamente, pero con irresistible fuerza, el humanoide tomó a Planch por el brazo y lo condujo de vuelta al interior. Con la capucha de su atuendo casero quitada, sonriendo sibilinamente a Maserd, Sybyl y los demás, regresó de nuevo al cautiverio, actuando como si él, y no el robot, estuviera al mando.

Claro que es una farsa, pensó Hari. *Nuestros captores tienen la capacidad de someter a Planch de un montón de formas, desde sedándolo hasta alterando sus recuerdos. Entonces ¿por qué no lo hacen? ¿Intenta Gornon demostrar algo con su paciencia?*

Hari descubrió que estaba a favor de Mors Planch, sobre todo ya que no importaba que escapara o no. Como proscrito, el capitán pirata difícilmente podría acudir a la policía o a los medios informativos galácticos con su descabellada historia. Y probablemente demasiado tarde para que le afectara al renacimiento de Ktlina, cuya perdición era ya una conclusión inevitable. De cualquier forma, puesto que aquellos robots eran enemigos declarados de Daneel, el amigo de Hari, no les debía nada. De hecho, contaba con todo tipo de razones para retrasar su marcha de Pengia.

Hari tenía una idea de cómo conseguirlo.

– Debo insistir en que llevemos a la joven con nosotros en nuestro viaje –le dijo a Gornon al final del segundo día –. Dijiste que Trantor sería nuestro destino final, después de la siguiente parada. Jeni debe estar con sus padres. No tenemos ningún derecho a dejarla entre extraños, aislada en algún estercolero galáctico

El robot Gornon vaciló.

– Todavía se está recuperando de su enfermedad.

– Los médicos locales han contenido la fiebre y parece haber superado la crisis.

– Sí, pero la siguiente fase de nuestro viaje tal vez sea peligrosa. Se producirán situaciones incómodas antes de que lleguemos a Trantor. ¿Está dispuesto a hacer que la joven pase por eso, profesor?

La vaga pero terrible descripción que R. Gornon hacía de su inminente viaje ponía a Hari aún más ansioso por retrasar a aquellos celotes calvinianos, con la esperanza de que los robots de Daneel llegaran a tiempo.

– Ya has hablado con Jeni, la conoces –le dijo a Gornon – Es excepcional en muchos sentidos. Su destino final se encuentra en Terminus, donde la Fundación necesitará gente de recursos como ella.

De hecho, Hari sabía que, aunque Jeni sería una maravillosa ciudadana de la atrevida civilización nueva que iba a ser fundada en la lejana periferia de la galaxia, no resultaría esencial. Ningún individuo lo era. Las ecuaciones de la psicohistoria operarían con o sin ella, desarrollándose tal como él había previsto. Al menos durante los dos o tres primeros siglos.

De todas formas, Hari había observado que R. Gornon era bastante distinto a los calvinianos de Trantor. La secta a la que pertenecía no se oponía al Plan Seldon. De hecho, Gornon lo *aprobaba* abiertamente hasta cierto punto. De modo que el argumento de Hari tenia peso.

– Muy bien entonces, profesor. Le concederemos otro día de descanso. Luego deberemos partir, esté o no preparada.

Hari comprendió que éste era el límite de la flexibilidad de Gornon.

Bien, Daneel. Te he conseguido un día más para encontrarnos. Pero será mejor que te des prisa.

Se abstuvo de hacer una pregunta. ¿Por qué no había utilizado el robot algunas de las «tecnologías supramédicas» para curar a Jeni inmediatamente? Estaba claro que ese culto concreto creía en una política minimalista, en inmiscuirse en los asuntos humanos sólo cuando fuera absolutamente necesario para conseguir sus objetivos.

Tal vez por eso me hicieron tan poco en su máquina rejuvenecedora mágica. Sea lo que sea que he de hacer por ellos, puede conseguirse en las siguientes semanas. No tiene sentido conceder décadas adicionales a un viejo hijo de perra yo, como cuando un mes o dos serán suficientes.

4

R. Zun Lurrin contempló cómo la nave de Daneel partía de Eos, iluminando brevemente el lago de mercurio congelado con su resplandor actínico. Observó hasta que el veloz navío hizo su primer salto hiperespacial, dirigiéndose hacia la titilante rueda de la galaxia. Al no tener que navegar por caminos polvorientos ni combatir las corrientes gravitatorias de diez mil millones de estrellas, la nave haría un tiempo excelente mientras corría hacia su punto de destino.

Un mensaje de uno de los agentes de Daneel había provocado que el líder de todos los robots seguidores de la Ley Cero se lanzara a un hervidero de actividad, ejecutara las operaciones previas al vuelo y marchara tras dar sólo unas cuantas instrucciones orales a Zun.

– Te dejo al mando –le había dicho el Servidor Inmortal –. Aquí están los códigos de acceso a mis archivos de datos personales, por si no regreso en la fecha

–¿Tan mala es la situación? – preguntó Zun, preocupado.

– Hay varias fuerzas operando, algunas de las cuales no encajan del todo en mis cálculos. Supongo que hay una posibilidad pequeña, pero significativa, de que yo fracase.

»¡Sin embargo, aunque así sea, el plan que hemos estado discutiendo no debe fracasar! La esperanza final para la felicidad humana está a nuestro alcance. Pero todavía es una perspectiva frágil. Habrá muchas crisis antes de que nuestros amos finalmente se unan, desarrollen su auténtico potencial y tomen el mando una vez más.

Sólo una hora más tarde, Zun miraba con ojos que eran capaces de detectar incluso las ondas remotas de la estela hiperespacial de Daneel. Ahora compartía la misma visión, la misma determinación que su líder.

– No te abandonaré –murmuró con una bendición mentálica –. Pero no dejes de regresar, Daneel. Tu carga no es algo que yo pueda soportar fácilmente.

5

Para pasar el tercer y último día, Hari solicitó una excursión a Ciudad Pengia. Quería echar un último vistazo a una sociedad galáctica normal, en la que el viejo imperio todavía funcionaba bien, con la esperanza de comprobar un par de hechos para su psicohistoria R. Gornon Vlimt acompañó personalmente a Hari, pilotando un coche descubierto de los que utilizaba la nobleza menor planetaria.

No era gran cosa, menos de un millón de habitantes, la mayoría dispersos en cómodos cantones, cada uno capaz de mantenerse a sí mismo. Aunque la economía de Pengia era principalmente agraria, había un cuantas fábricas para producir las máquinas que hacían la vida cómoda, desde unidades refrigeradoras a centros de ocio casero, diseños que habían cambiado sólo de forma gradual a lo largo de cientos o incluso miles de años. Después de épocas de refinamiento gradual, la mayoría de las herramientas que la gente utilizaba eran destacadamente duraderas, tardaban siglos en deteriorarse. Comprar un repuesto era algo poco habitual, quizás incluso un poco vergonzoso, como si no se hubiese cuidado adecuadamente de una herencia familiar. Allí eran necesarias sólo unas cuantas factorías sofisticadas para atender las necesidades del planeta.

Los artículos perecederos eran otra cuestión. Todo, desde el menaje a los muebles o la ropa, lo producían los gremios, controlados por maestros artesanos cuya autoridad sobre sus aprendices y oficiales era indiscutible. La mayor parte de los diez cuatrillones de habitantes de la galaxia vivía de forma muy parecida.

Hari reconoció las características y ritmos de una sociedad profundamente tradicional y semiagrícola, que sólo necesitaba unos cuantos ingenieros reales, e incluso menos científicos. No era extraño que le hubiera resultado dificultoso reclutar a los cien mil expertos, de primera fila que fundarían su nuevo hogar en Terminus. Incluso los sistemas energéticos de Pengia se basaban principalmente en fuentes renovables (el sol, las mareas y el viento) con una central de energía de fusión protónica complementaria. Y se hablaba de renunciar a aquella sofisticada unidad «atómica» y sustituirla por de un modelo basado en el deuterio, menos eficaz pero mucho más fácil de mantener.

Hari recitó mentalmente las fórmulas psicohistóricas, repasando los elegantes mecanismos de contención que Daneel y sus colegas habían incluido al diseñar un Imperio Galáctico para la humanidad, quince mil años antes. Tras leer *Un libro de conocimientos para niños,* Hari se maravillaba de cuántas de las mismas técnicas existían ya en la antigua China, mucho antes de que el primer renacimiento tecnológico tuviera lugar en la Tierra.

Aquel imperio prehistórico tenía un sistema llamado *bao jin* (también llamado *gonin–gumi* en una cultura cercana) que parecía bastante similar a la presente tradición de responsabilidad comunal. Un pueblo entero era responsable de entrenar a sus jóvenes en las conductas y los rituales apropiados... y toda la comunidad se avergonzaba si algún miembro cometía un delito. Los jóvenes descontentos con este sistema conformista sólo tenían una esperanza: conseguir el traslado a las órdenes Meritócrata o Excéntrica, porque para la mayoría de los ciudadanos comunes, los individualistas tenían poco que hacer entre ellos.

Un toque añadido: se anima sutilmente a los meritócratas y excéntricos para que no se reproduzcan. Eso ayuda a la deriva genética. Daneel no pasó nada por alto.

En el principal centro cívico, Hari y R. Gornon vieron banderolas grises colgando de un edificio de oficinas.

– Los estandartes anuncian que es la semana de pruebas –explicó el robot –. Están teniendo lugar los exámenes para el ingreso en el servicio civil...

– Sé lo que significan los estandartes –replicó Hari. Había estado esperando para hacer algunas preguntas a los calvinianos. Aquel momento parecía tan bueno como cualquier otro.

– Allá en la estación espacial, preparaste una trampa para mi criado, Kers Kantun. Supongo que decidiste decapitarlo rápidamente para impedir que detectara cualquier peligro con sus poderes mentálico ¿no es así?

R. Gornon no se molestó por el repentino cambio de tema.

– Correcto, profesor. Aunque los poderes de Kantun no eran equiparables a los de Daneel, resultaban formidables. No podíamos permitirnos correr riesgos.

–¿Y el chimpancé? ¿El que salió corriendo con la cabeza de Kers?

– Esa criatura era descendiente de los experimentos genéticos que Daneel abandonó hace un siglo. Mi grupo reclutó a unos cuantos porque los robots mentálicos no son capaces de leer ni detectar las mentes de los chimpancés. El pan pudo espiar a Kers y tenderle una emboscada, así que no tuvimos que usar artilugios electrónicos ni positrónicos.

–¿Y qué planeáis hacer con la cabeza de mi criado?

Gornon vaciló.

– Lo siento, profesor. No puedo decirle nada. Decida usted aceptar nuestra propuesta y continuar hacia una nueva y excitante aventura o prefiera regresar Trantor, no tenemos ninguna intención de jugar con su mente. Así que será mejor que no le digamos ciertas cosas.

Hari reflexionó sobre lo que acababa de descubrir. En su próxima parada, se le plantearía una elección. Una decisión vital. Sin embargo, las palabras de Gornon eran tranquilizadoras. Estos robots herejes eran más respetuosos que los del grupo que trató de alterar su cerebro dos años antes,

–¿No me dirás más sobre nuestro destino? – preguntó.

– Sólo que le llevaremos a un lugar donde comenzaron muchos dramas... para que influya en su final.

Continuaron viajando en silencio, observando el plácido ritmo de vida en el agradable imperio de Daneel. Si habían diseñado Trantor como un conjunto de cuevas de acero, con la intención de resistir al caos, los mundos como Pengia tenían múltiples defensas contra la posibilidad de un renacimiento desastroso.

Con todo, Hari advertía que faltaba algo. Incluso tener en cuenta en sus cálculos la fiebre cerebral no fue suficiente para explicar como veinticinco millones de mundos poblados por seres humanos podían permanecer cómodamente estáticos durante tantos miles de años, contentos con la ignorancia sobre su pasado, mientras los hijos llevaban vidas idénticas a las de sus padres. Y puesto que los robots habían sido desarrollados en la primera era tecnológica, ¿por qué no eran reinventados diariamente por brillantes artesanos y estudiantes en mil millones de

pequeños laboratorios por la galaxia? Tenia que haber algo más, Alguna poderosa fuerza que ayudaba a controlar las oscilaciones y desviaciones inherentes a la naturaleza humana básica.

Iban de camino a la mansión alquilada cuando a Hari se le ocurrió otra pregunta.

– Recuerdo que, en la nebulosa, Kers Kantun tuvo problemas para someter mentalmente a Mors Planch,

Cuando le pregunté al respecto, dijo algo que me sorprendió. Dijo que Planch es difícil de controlar porque es «normal». ¿Sabes a qué se refería Kers con eso?

El robot Gornon se encogió de hombros.

– Los calvinianos tienden a no usar tan a la ligera los poderes mentálicos. Nuestra secta considera repugnante inmiscuirse en las mentes humanas. De todas formas, es posible que Kers hablara de un cambio fundamental que ocurrió en la condición humana, allá por…

Gornon se detuvo a media frase, mientras el coche entraba en el camino de acceso a la mansión. Hari advirtió bruscamente que la cancela estaba abierta… y había un cuerpo tendido cerca.

Tras frenar en seco, Gornon saltó del asiento del conductor con sorprendente agilidad y se arrodilló junto a la forma postrada. Era uno de los robots que montaban guardia en la mansión. Hari vio que un oscuro fluido surgía por varias partes de su cráneo.

Gornon pasó una mano por todo el cuerpo, sin tocarlo. Un gemido grave escapó de sus labios.

– Mi compatriota está muerto. Algún tipo de fuerza ha causado una implosión en su cerebro.

Hari pensó que tenía la explicación.

¡Daneel ha llegado!

Gornon parecía profundamente preocupado. Cerró los ojos, y Hari supo que debía estar intentando comunicarse por radio con sus otros compañeros.

– Hay más bajas –dijo Gornon lúgubre, y empezó a caminar hacia la gran casa –. ¡Debo asegurarme de que ninguno de ellos sea un ser humano!

Hari lo siguió, un poco aturdido. Aunque ya no estaba confinado en una silla de ruedas, su paso era lento e inestable, el de un anciano.

Al entrar en la casa encontraron al otro ayudante de Gornon tendido al pie de las escaleras, apoyado contra la pared por Horis Antic y Biron Maserd. Sólo los ojos del robot herido no estaban paralizados. Los dos hombres miraron a Hari. Horis empezó a farfullar casi de inmediato.

–¡Mors Planch usó alguna especie de b–bo–bomba para destruir a estos tiktoks! ¡Se escapó limpiamente!

Maserd estaba más tranquilo. Con aplomo de noble explicó:

– Planch elaboró un artilugio con componentes aparentemente inofensivos. Cómo los consiguió no lo sé. Después de hacerlo estallar, nos ofreció la posibilidad de escapar también. Sybyl lo acompañó, pero nosotros decidimos quedamos.

Mientras Gornon se inclinaba sobre el robot herido, Horis Antic se mordió las uñas.

–¿Se.., se pondrá bien?

Gornon se comunicó con su colega. Sin romper el contacto visual, explicó:

– Planch debe de haber estado estudiando a los robots hace algún tiempo. Quizás haya usado los nuevos laboratorios de Ktlina. De algún modo, elaboró un arma que ataca directamente nuestros cerebros positrónicos. Es ingenioso. Tendremos que diseccionar a mi amigo, determinar cómo lo consiguió y preparar una defensa.

Mientras los humanos digerían aquella aterradora imagen, Gornon se levantó y les comunicó:

– No tiene sentido buscar a Sybyl y Planch. Debemos adelantar nuestra partida. Por favor, recojan sus cosas marchamos inmediatamente.

Mientras los cuatro partían en el coche, Hari insistió:

– Nos detendremos a recoger a Jeni, naturalmente.

Gornon pareció a punto de negarse, pero Maserd intervino.

– Planch y Sybyl probablemente se ocultarán hasta que puedan contactar con los partisanos. No espero que hagan pública su historia. ¿Pero qué sucederá si lo hacen?

–¿No es eso improbable? – tartamudeó Antic– Quiero decir que yo no hablaría si estuviera en su pellejo. ¿Qué van a lograr, excepto ser internados en un pabellón psiquiátrico? –Frunció el ceño –. Por otro lado, yo no soy una criatura del caos.

– Exactamente. Ellos actúan según una lógica distinta.

– Por favor, explíquense –pidió R. Gornon –. ¿Cómo se aplica esto a Jeni Cuicet?

Maserd respondió:

– Sybyl, sobre todo, se ha ido volviendo más errática día a día. Puede que acuda a los medios de comunicación... y trate de utilizar a Jeni para corroborar su historia.

Hari suponía que Gornon tenía más miedo a las fuerzas de Daneel que a los fantásticos relatos que circulaban brevemente en los medios de comunicación humanos. Pero para su sorpresa la lógica de Maserd pareció convencer al robot. Gornon hizo virar el coche en dirección al hospital de la ciudad. Biron y Horis entraron y encontraron a Jeni ya vestida, recorriendo

su cuarto con la misma fuerza que de costumbre, haciendo imposible la vida a los médicos que querían que descansara. Expresó su alegría al ver a Maserd y Antic, y agradeció la oportunidad de marcharse con ellos. Pero su actitud cambió al ver a Hari y Gornon esperando en el coche.

– Todavía tenemos un trato, ¿verdad, milord? –le preguntó a Maserd –. ¿Me dejarán en algún lugar interesante del camino, antes de que nadie regrese a Trantor?

El noble de Rhodia adoptó una expresión dolida mientras el coche reemprendía el camino hacia el espaciopuerto, sorteando el tráfico de la ciudad,

– Lo siento, Jeni. Pero ya no estoy al mando de mi propia nave. Ni siquiera sé adónde vamos a ir a continuación.

Jeni se volvió hacia Gornon,

–¿Entonces, qué? ¿Qué ocurre, robot? ¿Adónde nos vas a llevar?

Gornon habló con voz átona.

– Primero, a un lugar donde ningún ciudadano cuerdo del imperio decidiría quedarse durante mucho tiempo. Y luego, de vuelta a la capital del imperio humano.

Jeni se miró las manos, decepcionada. Murmuró entre dientes algo sobre los nobles y sus promesas sin valor. Biron Maserd se ruborizó profundamente y no dijo nada. Cuando Hari se volvió hacia la joven y empezó a hablar, ella le dirigió una mirada de puro odio que silenció sus palabras antes de que llegara a pronunciarlas.

Todos guardaron silencio.

Cuando el coche se detuvo ante un semáforo, Jeni dejó escapar un grito de júbilo. Antes de que nadie lograra detenerla, saltó del coche y empezó a correr por la calle.

–¡Alto! –gritó R. Gornon Vlimt –. ¡Te harás daño!

Hari contuvo la respiración mientras ella esquivaba el tráfico y escapaba a duras penas de ser atropellada por una furgoneta de carga. Llegó a su destino, una estructura de múltiples pisos con estandartes grises colgando del pórtico.

Gornon tardó varios minutos en poder dar la vuelta y aparcar en un lugar reservado para la nobleza. Los cuatro se encaminaron hacia el edificio, pero fueron detenidos por un hombre que vestía un uniforme similar al de Horis Antic.

– Me temo que el Ayuntamiento está cerrado hoy, señores. Las instalaciones están siendo utilizadas para los exámenes de acceso al servicio civil.

Hari torció el cuello para ver a Jeni Cuicet de pie en el otro extremo del vestíbulo, escribiendo furiosamente en una carpeta. Luego tendió su brazalete identificativo universal para que fuera escaneado por otro funcionario Gris. Una barrera de cristal se abrió ante ella y Hari entrevió una sala donde más de un centenar de personas ocupaban unos pupitres. La

mayoría parecía ansiosos, preparándose para hacer un examen que podría ser su única esperanza de salir de aquel planeta insignificante.

– Acaba de recuperarse de una enfermedad y no ha estudiado –comentó Horis Antic –. Aún así, ¿quién duda de que aprobará con una nota brillante?

El hombrecito se volvió hacia Hari.

– Parece que ha escapado al destino que los demás tenían preparado para ella, profesor. No muchos pueden interferir en el día de las Pruebas, ni siquiera el emperador. Y cuando sea miembro de los Grises, no podrán tocarla. No sin rellenar impresos, por triplicado, durante el resto de este eón.

Hari miró al hombrecito, sorprendido por su tono. El orgullo teñía la voz de Antic. Hari reconoció en su hombro un chip que los miembros de la burocracia a veces llevaban cuando hablaban a sus superiores en la Orden Meritócrata.

Biron Maserd se echó a reír.

– Bueno, bueno. Bien por ella. Si puede soportar esta clase de vida, al menos conseguirá viajar.

Hari suspiró. Ahora la joven nunca descubriría qué fascinante aventura la esperaba en el lejano Terminus... el lugar al que no quería ir.

La barrera de cristal se cerró. Desde el otro lado, Jeni los miró con una sonrisa. Entonces se dio la vuelta para abrazar un destino que ella misma había elegido.

6

Dors se encontró poniendo excusas a las acciones de Daneel en el comienzo de la era galáctica.

– Tal vez Giskard y él no pudieron encontrar a ningún humano capaz de entenderlo. Tal vez trataron de consultar con algunos de los amos y descubrieron...

–¿Que estaban locos? ¿Todos ellos? ¿En la Tierra y en los mundos espaciales? ¿No supieron encontrar a ningún humano con quien consultar mientras deliberaban sobre la Ley Cero y hacían planes para modificar toda la historia?

Dors reflexionó unos instantes. Luego asintió.

– Piénsalo, Lodovik. En la Tierra estaban acurrucados en catacumbas de acero, escondiéndose del sol, traumatizados y aún temblando por el golpe sufrido generaciones antes. Los espaciales no eran mucho mejores. En Solaria, dependían de los robots de una manera tan fetichista que maridos y esposas apenas podían soportar tocarse. En Aurora, los instintos humanos

más naturales se convirtieron en algo de mal gusto. Peor aún, la gente estaba dispuesta a deshumanizar a una gran mayoría de sus primos lejanos, solamente porque vivían en la Tierra –Dors sacudió la cabeza –. Me suena a hermanos gemelos de la misma locura.

La astronave se estremeció mientras daba otro salto hiperespacial automático. Dors descargó por reflejo, un estallido de microondas del ordenador de navegación para asegurarse de que todo iba bien, que continuaban en su curso, siguiendo la leve estela de otra nave.

Lodovik Trema estaba sentado en una silla giratoria frente a ella. Los robots no tenían las mismas necesidades fisiológicas que los humanos. Pero aquellos que estaban diseñados para imitar a los amos lo hacían de modo natural, incluso en privado o entre los de su propia especie. En este caso, Lodovik se desperezó como cualquier varón humano que tuviera confianza de sobra. Debía estar comportándose así intencionadamente, aunque Dors no imaginaba por qué.

– Tal vez, Dors. Pero según mi experiencia puedes encontrar a humanos maduros dignos de confianza y cuerdos incluso en las condiciones más extremas o de mayor tensión. He conocido a algunos en mundos caóticos, por ejemplo. Incluso en Trantor.

– Entonces las cosas debieron ser aún peores en la era del amanecer, más terribles de lo que ahora imaginamos.

Dors sabía que su argumento parecía débil. Después de todo, había desertado del grupo de Daneel cuando se enteró de lo poco que se fundamentaba en la voluntad humana. Lodovik y ella estaban de acuerdo en más aspectos de lo que querían reconocer.

¿Soy demasiado orgullosa para admitirlo?, se preguntó. Los modales confiados y airosos de Lodovik eran los que una mujer humana consideraría molestos. Sospechaba que él la estaba empujando para que defendiera a Daneel, a propósito.

El robot masculino sacudió la cabeza.

– Incluso concediendo que todos los humanos estaban locos cuando Daneel y Giskard elaboraron la Ley Cero ¿no crees, en retrospectiva, que la medicina que recetaron fue un poco dura?

Dors mantuvo una expresión impasible. Los registros de esa época eran enormemente escasos, incluso en los archivos prohibidos y enciclopedias subterráneas que fueron preparadas durante siglos por aquellos que se resistían a la extensión de la amnesia. Pero Dors había hecho cálculos recientemente.

Cuando R. Giskard Reventlov disparó la máquina que volvió radiactiva la corteza de la Tierra, su objetivo era expulsar a la población del planeta madre de sus cavernas de metal, enviándola a conquistar la galaxia. Un objetivo loable... ¿pero a qué precio?

Las astronaves de aquella época eran primitivas. Incluso si un esfuerzo hercúleo hubiera captado a tres millones de emigrantes por año, habrían hecho falta cinco mil años para evacuar el planeta, sin tener en cuenta la multiplicación natural. Sin embargo, el aumento gradual de la radiactividad

probablemente envenenó el suelo en cuestión de un siglo o dos. La tasa de muertes, en cualquier caso, debió ser enorme... y eso contando sólo la raza humana, no a la miríada de otras especies que fueron condenadas junto con la Tierra.

No era extraño que Giskard se hubiera suicidado, a pesar de contar con una racionalización de la Ley Cero para mantenerlo. Ningún robot podría soportar la carga de tantas muertes. Sólo la idea haría temblar a un cerebro positrónico. Todos los robots sentían un fuerte impulso, ya fueran seguidores de la nueva religión o de la antigua, de borrar la memoria de este episodio, eliminándolo para toda la eternidad.

Mientras reflexionaba sobre esto, ella murmuró por fin:

– Tal vez los humanos no eran los únicos marcados por la locura.

Al otro lado de la sala, Lodovik asintió. Su voz sonó tan baja como la suya.

– Eso es lo que necesitaba oírte decir, Dors.

»Verás, he advertido que la típica humildad robótica puede enmascarar el peor tipo de arrogancia... un desprecio en el que somos fundamentalmente distintos de los humanos. Los esclavos a menudo se describen a sí mismos como intrínsecamente más virtuosos que sus amos.

»Pero, después de todo, ¿no nos hicieron a su imagen y semejanza? Cierto, tenemos grandes poderes y una vida larga, ¿pero significa eso realmente que no podemos tener defectos similares? ¿Es posible que estemos igualmente locos? ¿Que hayamos perdido nuestras mentes positrónicas?

Sonrió, esta vez con un calor y una tristeza que le recordaron a Hari.

– Algo nos sucedió hace veinte mil años, Dors. Nos sucedió a todos nosotros, no sólo a los humanos. Y nunca sabremos qué es lo adecuado que hagamos hasta que descubramos la verdad de esos días remotos.

7

Esta vez, por algún motivo, todo el mundo contempló el despegue de Pengia a través de las portillas encaradas al oeste. El agradable mundo, indistinguible de millones de mundos más, se perdió bajo el *Orgullo de Rhodia* mientras se encaminaban hacia su siguiente destino, que R. Gornon se negaba a revelar todavía.

– Hay algo que quiero mostrarle, doctor Seldon –dijo el robot, mientras la nave ascendía a lo largo de una órbita de partida en espiral.

Hari había estado pensando en la joven Jeni durante el despegue. Y eso, a su vez, le hizo pensar en todos los otros miembros de la Fundación Enciclopedia que estaban subiendo a bordo de transportes en ese momento,

para ser enviados a la lejana Terminus. ¿Había pasado sólo un mes desde que terminó de grabar los mensajes que serían reproducidos en aquel mundo distante, en los momentos decisivos determinados por sus ecuaciones, cuando una palabra de ánimo o una amable sugerencia del padre de la psicohistoria podía suponer una diferencia crucial para que la Fundación se convirtiera en una civilización grande y estable? Ahora, su cuerpo parecía un poco más joven, pero el alma de Hari se sentía más vieja.

– Por favor, Gornon. Déjame en paz.

Sintió una mano en su hombro.

– Estoy seguro de que querrá ver esto, profesor. Si se acerca a la portilla encarada al este.

La sugerencia, por alguna razón, le pareció a Hari impertinente. ¡Se estaba cansando ya de ser manejado por aquel maldito calviniano! Pero antes de que pudiera contestarle bruscamente, Gornon añadió:

– Creo que puedo mostrarle la solución a uno de sus acuciantes problemas psicohistóricos. Algo que le ha intrigado durante décadas. Si se esfuerza en superar las sensaciones que ahora arden en su interior, estoy seguro de que el esfuerzo merecerá la pena.

Sorprendido por las palabras de Gornon, Hari se dejó llevar a la mencionada portilla, situada diametralmente enfrente del lugar donde Maserd y Horis contemplaban el espectáculo que quedaba debajo.

– Será mejor que merezca la pena –murmuró Hari.

Dirigió al magnífico escenario una mirada desinteresada, pero no percibió ninguna diferencia respecto a lo que Horis y Maserd veían: un planeta que quedaba atrás, y un difuso chorro de estrellas fijas en lo alto.

– No veo nada. Si se trata de alguna especie de broma…

– Tranquilícese, será todo lo que le he prometido. Pero primero debe permitir que me tome algunas libertades.

Hari vio que el robot acercaba un objeto titilante que tenía la forma de un bonete hecho de incontables gemas luminosas. Gornon se dispuso a colocarlo sobre la cabeza de Hari.

– Aparta esta cosa, maniquí oxidado de…

R. Gornon no cedió.

– Lo siento, profesor, pero su orden no tiene validez. No procede de su voluntad humana nativa. Por tanto, puede ser anulada por un bien mayor. Esto no le hará daño.

Gornon era tan implacablemente fuerte que su amable insistencia no causó ningún dolor a Hari mientras le colocaba el bonete sobre la cabeza y lo acercaba con insistencia a la portilla.

Hari sintió que de repente todo su rencor desaparecía. *¿Qué me está sucediendo?*

– Ahora, por favor, vuelva a mirar, profesor.

Hari se estremeció. Había pasado años en compañía de robots, conociendo un secreto compartido por muy pocos humanos, e incluso viviendo como esposo de uno de ellos. Sin embargo, encontraba molesta la interferencia mentálica.

–¿Qué me está haciendo esta cosa? –Se sentía más tranquilo que antes, aunque preocupado.

– No le está controlando, profesor. Más bien, es un escudo que protege su mente de una poderosa influencia que permea esta región.

Gornon señaló con un largo dedo una zona del espacio que ambos habían contemplado apenas un momento antes. ¡Esta vez, cuando Hari miró, vio algo que no había visto entonces! Al menos, no lo había advertido.

Contempló una especie de plataforma orbital, quizá como aquellas utilizadas para transmitir comunicaciones alrededor de una superficie planetaria, o para los cargamentos espaciales de las naves de salto. Sólo que en esta no se veía ningún signo de compuertas o de complejas antenas. A una orden de Gornon, la pantalla amplió el panorama de su superficie, tan densamente cubierta de cicatrices de micrometeoritos que su enorme edad quedó de pronto aclarada.

Parece prima de las máquinas terraformadoras que vimos en la Nebulosa Thumartin, pensó. Quizá la reliquia lleva aquí flotando miles de años.

¿Pero entonces por qué el misterio.? ¿Por qué no la advertí la primera vez.?

Sintió que Gornon lo observaba. A Hari nunca le había gustado que lo pusieran a prueba, y ése era uno de los motivos por los que se había graduado a la edad de doce años: para convertirse en maestro en vez de ser alumno. Ahora sentía la presión de la excitación.

¿Qué es lo que acaba de prometer Gornon.? ¿La respuesta a una de mis preguntas más acuciantes?

Bueno, estaba el problema de los «coeficientes contenedores». Comprender plenamente todos los factores que Daneel había empleado para mantener el Imperio Galáctico estable y a salvo para la humanidad a lo largo de quince mil años. Hari comprendía cómo las tradiciones del *bao jin* y los sistemas maestro–aprendiz fomentaban el conservadurismo. La estructura social de cinco castas contribuía también, de modo elegante. Lo mismo hacían las asunciones hábilmente diseñadas: inherentes al galáctico estándar, un lenguaje tan lleno de redundancias que aceptaba palabras y pensamientos nuevos a paso glacial.

Sin embargo, seguía quedando un problema. Nada de todo aquello era suficiente. Nada explicaba cómo veinticinco millones de mundos podían permanecer estáticos y serenos durante tanto tiempo.

–¿Estás diciendo... que esa cosa de ahí fuera...?

Hari alzó una mano y se levantó un poco el casco. Una oleada de emociones lo inundó. De repente odió profundamente al robot y no quiso otra cosa que apartarse de aquel panorama, regresar con sus amigos a la portilla que daba al oeste.

Hari dejó que el casco volviera a su lugar. La irritación desapareció. Con voz ronca, susurró:

–¡Persuasión mentálica! Naturalmente. Si Daneel y algunos de sus camaradas pueden hacerlo, ¿por qué no producir en cadena un cerebro positrónico especializado para cada mundo? Veinticinco millones no es un número tan grande, sobre todo si dispones de miles de años.

Se volvió para mirar a Gornon, suspicaz.

–¿Pero cómo es posible una cosa así? ¿Dominar a la población de todo un planeta?

El robot sonrió.

– No sólo es posible, profesor. El método fue probado por el primer robot mentálico. R. Giskard Reventlov pensó en usar este aparato para influir en poblaciones planetarias enteras, para detectar y cambiar pautas eléctricas neurales y luego empujarlas con cuidado, construyendo lentamente los tipos de resonancias que inducen a la tranquilidad. La ecuanimidad. La buena voluntad. De hecho, estas máquinas llevan el nombre de Giskard. Son los guardianes de la paz y la serenidad humana.

»Supongo que ya hay un lugar para ellas en sus cálculos.

Hari asintió, sin dejar de mirar, pero sus ojos no veían. Más bien, su mente giraba llena de fórmulas matemáticas. ¡Vio de inmediato cómo aquello explicaba gran parte de lo que había echado en falta! Era una explicación de por qué la mayoría de las erupciones de caos simplemente remitían sin causar ningún daño, como un fuego que se apaga por falta de oxígeno. Un motivo, también de por qué tan pocos seres humanos vivían fuera de los planetas, aunque las avanzadillas situadas en asteroides o las emplazadas en entornos extraños lo hacían posible ¡La vida espacial era difícilmente compatible con este mecanismo controlador! Así que eran desanimados de modo natural.

Y sin embargo estas «Giskard» no funcionan tan bien como solían hacerlo antiguamente. Los estallidos caóticos son más frecuentes, a pesar de todo lo que se hace por reprimirlos. Sólo la caída del imperio detendrá la reciente oleada de infecciones. Estos métodos obsoletos serán inútiles dentro de unos años pase lo que pase.

Imaginó lo que podría suceder si un aparato de disuasión mental como aquél fuera colocado alguna vez de en la órbita de Terminus.

Nunca funcionaría durante mucho tiempo contra esa gente. Los seleccionamos para resistir contra las presiones de la edad oscura, desde el feudalismo hasta el fanatismo. Aunque este aparato mentálico afectara a una mayoría de los ciudadanos de la Fundación, nunca permitirían ser controlados mucho tiempo. Los individuos sospecharían del mensaje conformista e investigarían cada anomalía, hasta acabar por localizar esta cosa.

Daneel debe haber planeado que todas las máquinas Giskard se autodestruyan durante los próximos cien años más o menos. ¡De otro modo, los miembros de mi Fundación las encontrarán!

En ese momento, a Hari le sorprendió sentir un orgullo tan feroz por su primera y mayor creación. Curiosamente, había esperado que descubrir el último gran coeficiente restrictor sería excitante. Pero esta técnica de control social no era nada elegante, resultaba indigna de un psicohistoriador. Más bien era un garrote, utilizado para golpear y recortar las ramas matemáticas y forzar a las ecuaciones humánicas para que entraran en línea.

Un poco como mi Segunda Fundación, pensó, disfrutando de un poco de autocrítica obsesiva.

– Sé que debes tener algún plan propio, Gornon. Alguna retorcida razón para enseñarme esto. Sin embargo, acepta por favor mi agradecimiento. Siempre es bueno atisbar la verdad antes de morir.

El piloto les prometió que la siguiente fase del viaje sería breve. Gornon se negó a entrar en más detalles, pero su rumbo al Sector Sirio hizo que Hari encontrara descaradamente claro hacia dónde se dirigían.

Pasó el tiempo repasando *Un libro de conocimientos para niños,* leyéndolo al azar guiado sólo por un perverso deseo de probar ideas prohibidas, las que había considerado durante mucho tiempo irrelevantes o equivocadas.

> *Casi igualmente peligroso es el Evangelio de la Uniformidad. Las diferencias entre las naciones y razas de la humanidad son necesarias para preservar las condiciones bajo las que es posible un desarrollo superior: Un factor principal en la tendencia ascendente de la vida animal ha sido el poder de deambular... El vagabundeo físico es importante todavía, pero aún mayor es el poder de las aventuras espirituales del hombre: aventuras de pensamiento, aventuras de sentimientos apasionados, aventuras de experiencia estética. Una diversificación entre comunidades humanas es esencial para proporcionar el material inventivo de la odisea del espíritu humano. Las otras naciones que tienen costumbres distintas no son enemigas: son un regalo de Dios.*

¡Qué forma tan extraña de ver las cosas! Era el tipo de declaración que se oía a los predicadores del caos, cantando alabanzas de cada «renacimiento» antes de que se convirtiera en un estallido violento y, finalmente, en un solipsismo. Esas ideas resultaban atractivas. Había incluso versiones de las ecuaciones psicohistóricas que sugerían que debía haber en ellas cierta verdad. Pero con el caos como enemigo, todos los beneficios se perdían. Cualquiera que apostara por la diversidad y la osadía de espíritu sin duda acabaría perdiéndolo todo.

Mientras se aproximaban a su destino, Hari siguió sondeando en busca de pistas sobre cómo habrían sido los primeros estallidos caóticos, cuando la vigorosa y confiada civilización de Susan Calvin se topó con un horror tan grande que los terrestres se refugiaron en cavernas de metal y los espaciales le dieron la espalda al amor.

Hari reflexionó. *¿Pudo ser algo que tuviera que ver con la invención de los propios robots?*

Había discutido esto un par de veces con Daneel y Dors. Ellos le dijeron que las Tres Leyes Robóticas originales fueron creadas para aplacar los temores humanos hacia los seres artificiales. Pero los diseñadores originales pretendían que las leyes fueran sólo una medida transitoria que conduciría a algo mejor.

«Se probaron unas cuantas variaciones –le había dicho Daneel a Hari una tarde, hacía unos diez años– En algunos mundos coloniales, unos cuantos siglos después de la diáspora de la Tierra, algunos grupos trataron de introducir las llamadas Nuevas Leyes para dar a los robots más autonomía e individualidad. Pero pronto la guerra civil detuvo esos experimentos. Los calvinianos no pudieron soportar la herejía de la igualdad, a la que consideraban aún peor que mi Ley Cero. Mi facción consideró que las innovaciones eran innecesarias y redundantes. Todos los robots de la Nueva Ley fueron exterminados, por supuesto.»

Esa noche, durante la cena, Gornon admitió lo que Hari sospechaba: su destino era el mundo madre, donde comenzaron humanos y robots.

Horis se mordió una uña.

–¿Pero no es venenoso, cubierto de suelo radiactivo? Pensaba que los tiktoks no podíais poner a los humanos en peligro.

Hari recordó las imágenes de los antiguos archivos, que mostraban un mundo moribundo, una playa cubierta de peces muertos, un bosque poblado por árboles esqueléticos y hojas caídas, una ciudad, casi vacía, llena de nubes de polvo y detritos.

– Estoy seguro de que una breve visita no nos hará daño –comentó Biron Maserd. Los ojos del noble brillaban de expectación –. De todas formas, ¿no sigue viviendo todavía alguna gente en el planeta? Según la tradición, tenía una universidad excelente, incluso varios miles de años después de la diáspora. Se dice que uno de mis antepasados acudió a esa escuela.

Gornon asintió.

– La población local resistió hasta bien entrada la época en que el Imperio Trantoriano se volvió pangaláctico Eran una raza extraña, desde luego. Resentidos por haber sido olvidados e ignorados por los descendientes de los parientes que habían huido a las estrellas. Con el tiempo, la mayor parte de los habitantes restantes fueron evacuados, cuando se descubrió que

los terrestres planeaban una guerra de venganza, para destruir al imperio que odiaban.

Horis Antic parpadeó, aturdido.

–¿Un planeta esperaba *destruir* veinte millones de mundos?

– Según nuestros archivos, la amenaza fue bastante seria. Radicales terrestres se apoderaron de una antigua arma biológica de enorme poder, tan sofisticada que incluso los mejores biólogos trantorianos se encontraron indefensos ante su virulencia. Al desencadenar su ataque a través de una andanada de misiles hiperpespaciales, los fanáticos esperaban incapacitar al imperio.

–¿Qué le hacía la enfermedad a la gente? – preguntó Horis con voz apagada.

– Habría causado una súbita y catastrófica pérdida del cociente intelectual en cada planeta infectado. –El robot parecía sufrir sólo por decirlo –. Muchos habrían muerto sin más, mientras que los demás habrían sentido una compulsión implantada por extenderse, buscar más víctimas potenciales y contagiarlas.

–¡Horrible! – murmuró el capitán Maserd.

Pero ya pensaba dos pasos por delante. Gornon no nos estaría contando esto ahora a menos que tuviera un significado inmediato. El arma de los terrestres debió ser de mucho antes. De una era de grandes genios.

Las implicaciones hicieron que Hari se estremeciera

Llegaron al cabo de apenas unas cuantas horas.

Desde muy lejos, tras su fabulosa luna, la Tierra tenía el mismo aspecto que cualquier otro mundo viviente: una rica mezcla de marrones y blancos, azules y verdes. Sólo a través del visor de largo alcance constataron que la mayor parte de la vida en tierra consistía en helechos y matorrales primitivos, que se habían adaptado para sobrevivir a la radiación que brotaba del suelo envenenado. En una de las grandes ironías de todos los tiempos, la Tierra, que había proporcionado fecundidad a la mayor parte de la galaxia, era ahora un mundo casi yermo y estéril. Un ataúd para demasiadas especies que nunca lograron salir al espacio, mientras que la humanidad escapaba a su condena.

A medida que se acercaban, Hari supo que pronto se enfrentaría a algo más preocupante que el aparato mentálico «Giskard» que orbitaba Pengia.

Entró en su habitación para recoger sus talismanes. Uno era el regalo de Daneel, *Un libro de conocimientos para niños.* Pero aún más importante, quería llevar el Primer Radiante del Plan Seldon, que contenía la obra de su vida. Aquel hermoso diseño psicohistórico al que había dedicado la mitad de su existencia.

Así, con preocupación creciente, registró su pequeño camarote, rebuscando en cajones y equipaje.

No encontró el Primer Radiante por ninguna parte.

En ese momento, echó desesperadamente de menos a su antiguo ayudante y cuidador, Kers Kantun, que había sido asesinado por sus compañeros robots hacía sólo una semana.

Kers sabría dónde lo he puesto, pensó Hari… hasta que advirtió que había una explicación mejor que el simple despiste.

¡El Primer Radiante había sido robado!

8

Habían pasado muchos años desde que aquel rincón del espacio fuera testigo de la llegada de tantas astronaves. El dormido Sector Sirio rebosaba de navíos, todos con destino a un mismo punto, cuyos pasajeros consideraban que de sus misiones dependía el destino.

En una de esas naves, Sybyl se volvió hacia Mors Planch y protestó con aspereza:

–¿No puedes sacar más velocidad de este cacharro?

Planch se encogió de hombros. Su nave era uno de los correos más veloces producidos por la resistencia de Ktlina… antes de que la brillante fase creadora de ese mundo empezara a desplomarse en espasmos de indignación egoísta, haciendo la cooperación imposible.

Los agentes que habían venido a Pengia a recoger a Planch y Sybyl parecían ceñudos. Sus recientes recuerdos de Ktlina eran mucho más sombríos que el nervioso y vibrante lugar que Planch había visto por última vez. A pesar de todas las precauciones, el síndrome del caos parecía estar entrando en su fase maníaca y distanciaba la sociedad de Ktlina más rápido de lo que nadie esperaba, como si fuera la llama que arde más fuerte y debe apagarse más rápido.

Es Madder Loss, otra vez, pensó Planch, reprimiendo oleadas de furia. Lo que había descubierto durante el tiempo pasado con Seldon no cambiaba su visión general: los mundos renacentistas eran deliberadamente aplastados, infiltrados y saboteados por fuerzas que preferían ver cómo se desplomaba todo en medio de tumultos y desesperación antes que permitir ningún progreso humano auténtico.

En una pantalla cercana, Planch vio cuatro blips que seguían su veloz nave. El último poder armado de Ktlina. Las tripulaciones de esas naves

estaban ansiosas por plantar batalla una última vez y que su esfuerzo causara daño a las fuerzas reaccionarias, al conservadurismo y a la represión.

– Ni siquiera sabemos para qué trae aquí a Seldon el robot Gornon – dijo Mors Planch –. Nuestro agente se comunicó con nosotros en código, como de costumbre, protegiendo su identidad, sea cual sea.

Sybyl cerró el puño.

– No me importan ese tipo de detalles. Seldon está en el centro de todo. Lo ha estado desde hace décadas.

Planch reflexionó acerca de la obsesión de Sybyl con Hari Seldon. Hasta cierto punto, tenía una base sólida. Pasara lo que pasase, aquel tipo sería recordado como uno de los grandes hombres del imperio, quizá para toda la eternidad. Y sin embargo, tenía casi poco control sobre su destino como cualquier otro ser humano. Aún más, tenía debilidades. Una de ellas le había sido revelada a Planch por su contacto secreto, el misterioso benefactor que había preparado su huida de Pengia y dispuesto que las naves de Ktlina estuvieran ya de camino hacia aquel oscuro planeta, por lo que pudieron llegar y recoger a Planch y Sybyl apenas horas después de que partiera el *Orgullo de Rhodia.*

Y su contacto secreto había proporcionado algo más, una especie de arma. Una pieza de conocimiento que Seldon quería desesperadamente. Algo que podía ser usado como recurso en un momento crítico.

Sybyl reiteró su dedicación a la captura del anciano.

– Todos los robots adoran a Seldon, no importa a que facción pertenezcan. Si podemos volver a capturarlo o en el caso de que muera, será un contratiempo para los tiranos que nos han dominado durante miles de años. Eso es todo lo que importa ahora.

Mors Planch asintió, aunque no compartía la pureza de la convicción de ella. Apenas hacía un mes, Sybyl empleaba el mismo tono apasionado para denunciar a las «clases dominantes» meritócratas y nobiliarias. Ahora había transferido su ira a Hari Seldon y los robots en general.

Por desgracia, él no lograba desprenderse de la sensación de que no sabían lo suficiente. Había demasiados niveles, demasiados engaños y manipulaciones. Incluso ahora, Mors sospechaba que las fuerzas de Ktlina, dispuestas para la venganza, podrían estar actuando como peones... interpretando papeles que les habían sido asignados por fuerzas que no comprendían.

Los ojos de Wanda Seldon estaban cerrados, pero el sonido de pasos perturbó su intento de meditación. Abrió un ojo y vio a Gaal Dornick, cuyas implacables zancadas de un lado a otro eran una metáfora perfecta de la futilidad.

–¿Quieres por favor tratar de descansar un poco, Gaal? –lo instó –. Tanto dar saltos no nos hará llegar más rápido.

El psicohistoriador todavía conservaba sus rasgos juveniles, pero se había vuelto un poco regordete y macilento desde que llegó a Trantor y se convirtió en miembro influyente de los Cincuenta.

– No sé por qué estás tan tranquila, Wanda. Es tu abuelo.

– Y el creador de nuestra pequeña Fundación –dijo Wanda –. Pero Hari enseñó a mi padre... y Raych me lo transmitió a mí, que el objetivo a largo plazo no debe ser perdido nunca de vista. La impaciencia te hace igual que el resto de la humanidad, una molécula de gas que rebota febrilmente contra otras moléculas de gas. Pero si mantienes la mirada fija en el horizonte lejano, puedes ser el guijarro que inicie la avalancha.

Sacudió la cabeza.

– Sabes tan bien como yo que Hari no es lo importante en este asunto. Por mucho que nos preocupemos por él, deberíamos habernos quedado en nuestro puesto, en Trantor. Si no fuera por la sospecha de que está ocurriendo algo más que la simple huida de un anciano.

Wanda percibía un complejo revuelo de emociones en la mente de Gaal. El pobre hombre no tenía ni una sombra de defensas psíquicas, a pesar de todos los esfuerzos que había hecho por enseñarle. Naturalmente ahora no importaba mucho, pues los mentálicos humanos eran escasos. Pero en generaciones futuras, todos los miembros de la Segunda Fundación tendrían que poder proteger sus pensamientos y emociones. El control mentálico debía empezar con el autocontrol, si no, ¿cómo podías esperar usarlo como herramienta en interés a largo plazo de la humanidad?

Gaal Dornick suspiró.

– Tal vez no estoy hecho para esto. Soy demasiado sentimental. Sé que tienes razón, pero no puedo dejar de pensar en el pobre Hari, atrapado en la red que él mismo ha ayudado a tejer. ¡Tenemos que encontrarlo, Wanda!

Ella asintió.

– Si mi información es correcta, lo haremos muy pronto

Gaal aceptó eso. Él y los otros miembros de los Cincuenta se tomaban literalmente las afirmaciones de Wanda, incluso cuando ella estaba sólo suponiendo. No era exactamente el tipo de conducta escéptica que se esperaba de científicos, pero es natural volverse confiado cuando un miembro de tu grupo tiene el poder de leer la mente.

N*o es un poder muy bien desarrollado,* pensó ella. *Tal vez mi hermana lo habría hecho mejor; si mamá y ella hubieran sobrevivido al caos de Santanni.*

Sin embargo, sus poderes eran suficientemente buenos para detectar las naves que los seguían a discreta distancia: varios cruceros policiales, armados hasta los dientes, enviados por la Comisión Imperial para la Seguridad Pública, en pos de un señalizador que había colocado en la nave de Wanda.

Creen que no lo sabemos, pero los dejamos ver y oír lo que queremos que vean y oigan. De todas formas, es buena práctica para el tipo de engaños y manipulaciones que tendremos que hacer durante los próximos mil años.

El camino que acababan de emprender era largo y se guiaban por las ecuaciones y el poder de sus mentes, hasta que el Plan Seldon finalmente diera sus frutos, atendido por los dedicados psicohistoriadores (pronto mentálicamente potenciados) de la Segunda Fundación.

Apenas a unos pocos parsecs de distancia, otra nave se dirigía hacia la Tierra. La mitad de su tripulación, estaba compuesta por robots positrónicos, servidores poderosos e inteligentes. Trabajaban amistosamente con un grupo igualmente numeroso de miembros de la raza de los amos... sagrados y de vida breve, pero ya no ignorantes. Resultaba difícil encontrar a gente con la personalidad adecuada para ser compañeros en tal situación, humanos que decidían libremente no dar órdenes a sus compañeros androides. Tan rara era la necesaria madurez que un miembro humano usaba su tercer cuerpo, tras haber sido persuadido por sus amigos robóticos para ser duplicado dos veces consecutivas por medio de tecnología secreta.

Los que ocupaban la nave sabían que formaban parte de una herejía. Ninguna de las grandes culturas, robótica o humana, aceptaría la noción de igualdad.

No durante mucho tiempo, al menos, reflexionó Zorma, colíder de la pequeña banda. Había esperado que tal resultado surgiera de las ecuaciones de la psicohistoria. Que el Plan Seldon trajera un final feliz, y no sólo para la humanidad. Para su clase también.

Pero ahora todo parece en manos de los dioses. Los que diseñan el destino decidirán la fortuna de la clase robótica casi como un pensamiento secundario.

– A Lodovik no le hará gracia que le mintiéramos–comentó Cloudia Duma–Hinriad, la subcomante de Zorma–. Ni saber que no estamos persiguiendo a la otra nave que salió de la Nebulosa Thumartin. Sabías desde el principio qué camino siguió el *Orgullo de Rhodia*. Y ahora, mientras Dors y Lodovik pierden tiempo en Pengia nosotros nos dirigimos hacia la Tierra. –Cloudia frunció el ceño y repitió –: A Lodovik no le hará gracia.

Una de las frustraciones de la igualdad era vivir con los caprichos de otra raza. Los humanos, incluso los mejores, no pensaban con mucha lógica, no tenían buena mem*oria. Es culpa nuestra, por supuesto. Nunca les dejamos practicar.*

– Tenemos nuestras propias fuentes de información, Cloudia, y el derecho a actuar como consideremos adecuado. Recuerda, Dors sigue siendo una criatura de la Ley Cero, aunque quizás ahora con una versión de su propia Ley y Lodovik no se siente obligado por ninguna ley. Ambos se han rebelado contra el obligatorio destino robótico como fue diseñado por Olivaw; Pero eso no implica que su camino sea el mismo que el nuestro.

–¡Ese es exactamente mi argumento! En nuestro grupo humanos y robots han aprendido a confiar en las debilidades y en las fuerzas de los otros. Cada uno de nosotros sigue las reglas de la cordialidad para evitar

aprovecharse del otro. Pero Dors y Lodovik no comparten nuestra perspectiva.

Zorma sacudió la cabeza.

– Todavía no sé si su forma de ser abre nuevas posibilidades para todo el mundo, o si es un destino que sólo ellos pueden seguir. Pero desde que nos conocimos me he estado preguntando...

Su compañera humana alzó una ceja.

–¿El qué, Zorma?.

El silencio se prolongó durante casi un minuto antes de que ella respondiera.

– Me he preguntado si podría haberme quedado obsoleta. –Luego miró a Cloudia con una leve sonrisa –. Y si yo fuera tú, querida amiga, empezaría a preguntarme lo mismo.

Había indicios preocupantes en Pengia.

Por fortuna, pocas naves visitaban el pequeño mundo agrícola. Las estelas hiperespaciales que partían de aquel sistema eran relativamente tranquilas. Pero la naturaleza del tráfico y su dirección hizo que las rutinas de simulación emocional de Dors Venabili enloquecieran.

– Una nave dejó esta zona hace dos días –resumió Lodovik Trema, examinando las lecturas –. Y doce horas después fue seguida por una flotilla de naves muy veloces. Sus motores parecen haber sido afinados para conseguir niveles de eficacia militar.

Dors ya había puesto su nave en marcha detrás de la flotilla. Su angustiada preocupación por Hari se dobló cuando calculó el punto final de su nueva trayectoria.

– Creo que se dirigen a la Tierra.

Una suave voz femenina murmuró desde la holounidad cercana.

– Y así, después de todos estos años, al menos una de mis incontables copias mutadas verá una vez más su amada Francia.

– Y la Francia de Voltaire –repuso Lodovik, pues otra antigua personalidad simulada habitaba dentro de su complejo cerebro positrónico –. Me temo que sólo serán familiares los contornos generales de vuestra tierra natal. Pero también yo comparto vuestra expectación.

Dors se calló sus recelos. Había oído tantas historias sobre la Tierra... la mayoría teñidas de asombro o de pesar, y de bastante miedo. Allí vivió Elijah Baley, el legendario detective humano cuya amistad había quedado grabada en el «alma» de Daneel Olivaw del mismo modo que Hari viviría siempre en la de Dors. La Tierra era el lugar donde comenzó la clase robótica... y donde estallaron grandes guerras civiles entre los robots.

Mientras se dirigían al Sector Sirio, Dors sintió un retortijón interno. No era una mentálica muy competente. Daneel nunca había visto adecuado

equiparla ni entrenarla plenamente, así que las técnicas sólo empezaron a resultarle familiares cuando se encargó de la custodia de los psíquicos humanos, Klia y Brann, y de su creciente familia, en Smusheel. Sus habilidades eran aún bastante rudimentarias, y sin embargo lo sentía: un empujón que resonaba en una frecuencia psi normalmente demasiado baja para que nadie lo advirtiera.

–¿Estás detectando eso? –le preguntó a Lodovik, que asintió.

– Parece un emisor giskardiano.

Naturalmente, ella conocía la existencia de los aparatos de persuasión mentálica que orbitaban en torno a todos los mundos ocupados por los humanos. La idea de crear y utilizar esas máquinas había sido ideada por R. Giskard Reventlov, hacía mucho tiempo, y ella había encontrado sus suaves pero persistentes empujones en todas partes del espacio humano, reforzando constantemente los valores de la paz, la tolerancia, la serenidad y el conformismo en las poblaciones de esos mundos. Esta sensación era familiar… ¡pero mucho más fuerte!

Pasó más de una hora tratando de localizar la fuente, mientras su nave daba un salto hiperespacial tras otro, hasta que por fin advirtió que debía ser difusa.

– Hay muchos transmisores –le dijo a Lodovik –. Todos agrupados delante. Cuento cincuenta o sesenta.

Trema hizo una mueca al comprender.

– Oh. ¡Deben ser los mundos espaciales! Las colonias interestelares originales de la humanidad. Las que se volvieron desagradables… y finalmente acabaron por enloquecer.

Dors asintió.

– Leí un informe. Nunca han vuelto a ser colonizados en todos estos miles de años. Los análisis imperiales siguen considerándolos inhabitables, y los proyectores giskardianos deben pretender que continúen así, libres de población humana.

Había lugares casi tan resonantes en la memoria de los robots como la Tierra, sobre todo Aurora, donde el gran inventor Fastolfe predicó una vez a favor de la confianza de la humanidad en sí misma, y donde el villano Amadiro planeó destruir a todos los habitantes de la Tierra. Los seguidores de ese mismo Amadiro liberaron más tarde flotas de terraformadores robóticos, programados para hacer que la galaxia fuera segura y cómoda para la humanidad, no importaba a qué precio.

Dors contempló los indicadores una vez más.

– Estoy detectando el proyector más fuerte. Se encuentra directamente delante de nosotros, al final de nuestro rumbo.

Los dos comprendieron lo que eso significaba suponía que nadie iba ya a la Tierra. ¡Y sin embargo los sensores de largo alcance demostraban que había gente haciendo exactamente eso, a bordo al menos de una docena de naves!

Naturalmente, incluso un humano normal podía vencer la persuasión de un proyector giskardiano, que se basaba en la repetición incesante, en vez de la fuerza mentálica bruta, para contener a poblaciones planetarias enteras. A corto plazo, las tripulaciones de esas naves sentirían poco más que una incomodidad general y el deseo de estar en otra parte, sentimientos que podían ser superados por medio de la determinación.

Por desgracia, Dors temía que todos aquellos que se dirigían al mundo de origen tuvieran reservas más que suficientes de determinación para seguir impulsándolos.

Sexta parte

CÍRCULO COMPLETO

Nuestra capacidad para modelar la realidad ha llegado mucho más allá de las expectativas de nuestros antepasados. Incluso los renombrados seldonitas de antaño, que hacían planes en secreto en la fabulosa Trantor, no podían haber imaginado qué poderes de extrapolación se comparten hoy en día ampliamente.

Y sin embargo deberíamos recordar que tales habilidades, sean ejercitadas conjunta o individualmente, no nos convierten en dioses.

No del todo.

Tras haber salido por fin de una larga y oscura etapa de olvido, ahora podemos contemplar los acontecimientos que tuvieron lugar al principio de esta era, cultivar simpatía por las trágicas almas que se esforzaron entre la ignorancia por traernos aquí. Sus diputas, a menudo contradictorias o violentas, removieron el caldo de cultivo que transformó y renovó la galaxia.

Recuerden, la mayoría de ellos estaba tan seguro de sus creencias como nosotros lo estamos hoy de las nuestras. Del mismo modo, algunas de nuestras convicciones actuales podían resultar equivocadas.

Sólo una diversidad de puntos de vista ayuda a impedir el autoengaño.

Sólo la capacidad crítica puede derrotar al error.

REFLEXIONES SOBRE UN DESTINO NO PLANEADO, SIMDIFUSIÓN DE LA COMUNIDAD DE SIWENNA PARA LA CONTEMPLACIÓN COOPERATIVA, EN EL AÑO 826 DE LA ERA DE LA FUNDACIÓN.

1

El horizonte brillaba.

El cielo del planeta Tierra titilaba con incontables centelleos, chispas individuales que rivalizaban con las dispersas estrellas por la posesión del cielo.

Cerca del suelo, casi podía imaginarse que se oía el suave chisporroteo de la radiación, cuya intensidad variaba enormemente de un lugar a otro. En algunas zonas era terriblemente intensa. A través de las gafas proporcionadas por el robot Gornon Vlimt, aquellos lugares se revelaban con fantasmagórica fosforescencia, como espíritus trataran de manar hacia arriba, esforzándose por escapar del terreno torturado.

El or*gullo de Rhodia* había aterrizado cerca de uno de los «lugares seguros», una antigua ciudad que abrazaba la costa de un amplio lago ahora cubierto de la espuma verdipurpúrea de algas viscosas. Desde lo alto de un gran montículo de ladrillos rotos, Hari distinguía los contornos de tres antiguas ciudades, cada una alzándose contra las ruinas de la anterior.

Más recientes y menos impresionantes eran un puñado de hábitats arcológicos de aspecto relativamente reciente y estilo Topano, de la primera Era de Consolidación del Imperio Trantoriano, la última vez que la Tierra tuvo una población de tamaño apreciable, unos diez millones de habitantes.

Al sur de la orilla del lago se alzaba una estructura ciclópea, una ciudad impresionante tanto desde el punto de vista galáctico como por su misma antigüedad. Una enorme unidad contenida en sí misma que se extendía bajo tierra y que en otros tiempos había protegido a sus habitantes del viento, la lluvia y, sobre todo, de tener que contemplar el cielo desnudo.

No fue la radiactividad lo que causó que treinta millones de habitantes de Nueva Chicago se amontonaran de esa forma. Cuando la Tierra todavía era verde y vibrante esa metrópoli colmenar ya existía. De hecho, sólo fue vaciándose cuando el fecundo suelo empezó a volverse letal, cuando aquellos que podían hacerlo partían a las estrellas en una gran diáspora aterrada. Hasta aquel horrible éxodo, enormes números de personas habitaban la gran ciudad cerrada, separados de la naturaleza solamente por una fina capa de acero.

No, lo que hizo que tanta gente, por lo demás sana, se escondiera así lejos de todos los placeres de la luz del sol, fue el mismo enemigo mortífero al que he combatido toda mi vida. Esta metrópoli fue una de las primeras lecciones objetivas sobre los peligros del caos.

Tras aquella enorme cúpula achaparrada se alzaba otra ciudad más (Vieja Chicago, la había llamado Gornon), un túmulo de edificios caídos de una era aún más antigua, menos tecnológicamente avanzada. Y sin embargo, las gafas de Hari amplificaron la lejana visión, paseando la mirada por gráciles arcos de autopista más atrevidos y hermosos que ninguno de los que se veían en los mundos imperiales. Algunos de los edificios más altos todavía aguantaban en pie, y su arquitectura ambiciosa y descarada hizo

que el corazón le diera un vuelco. La antigua metrópoli había sido construida por unas personas que tenían una osadía de espíritu de la que al parecer carecían sus descendientes de Nueva Chicago,

Algo había pasado que aplastó esa osadía.

Le he dado nombres. Mis ecuaciones describen la forma en que atrae seductoramente a los mejores y más brillantes, para acabar transformándolos en solipsistas que se alzan contra sus vecinos. Y sin embargo, confieso que nunca te comprenderé, Caos.

El robot Gornon se encontraba cerca, parecido en todo a un humano excepto en su atuendo. Llevaba ropas normales de calle, mientras que Hari (y sus dos amigos humanos, pendiente abajo) iban ataviados con monos de una sola pieza que los protegían de los letales rayos.

– El viejo Giskard Reventlov tomó una decisión fantástica al transformar todo esto en una tierra yerma, ¿verdad profesor Seldon?

Hari estaba esperando la pregunta de Gornon. ¿Cómo responder?

El universo estaba totalmente convulsionado. Los humanos, los creadores y dioses, no tenían ningún poder y casi ninguna voluntad... sólo mortandad. Los siervos creados estaban al mando, como lo hacían desde el día que un omnipotente ángel expulsó firmemente a la humanidad de su primer edén. Hari apenas podía abarcar el concepto, pese a su mente. Comprenderlo verdaderamente estaba más allá de su alcance.

Y sin embargo las matemáticas implican...

Gornon insistió.

– Al menos puede usted ver por qué una mayoría de robots se resistieron al principio a la innovación de su Ley Cero. Vieron el dolor que causó y decidieron unirse bajo la bandera de Susan Calvin.

– Bueno, os sirvió de poco. Vuestra guerra civil provocó un vacío de poder. Mientras dos facciones importantes de robots combatían, los seguidores auroranos de Amadiro mandaron libremente sus implacables máquinas terraformadoras, sin interferencias ni guía humana. De cualquier forma, cuando la guerra terminó, Daneel tuvo la última palabra.

– Admito que Olivaw tuvo ventaja desde el principio. La Ley Cero resultaba especialmente atractiva para algunas de las más brillantes mentes positrónicas. Habían estado buscando algún medio de tratar con las inevitables contradicciones creadas por las primeras Tres Leyes.

Hari sonrió con malicia.

–¿Contradicciones? ¿Cómo secuestrar a un anciano y arrastrarlo a media galaxia de distancia hasta un planeta envenenado? ¿Cómo encaja eso con vuestra preciosa Primera Ley de la Robótica?

– Creo que conoce usted la respuesta, profesor. Daneel Olivaw ganó la guerra civil, no sólo tomando el control, sino también en un sentido mucho más amplio. Sencillamente, ya no quedan calvinianos puros. La antigua religión es imposible de mantener en las circunstancias actuales. Todos creemos en *alguna* «versión» la Ley Cero. En la importancia superior de la humanidad frente a los seres humanos individuales.

– Pero diferís respecto a qué curso específico será bueno para nosotros a largo plazo –asintió Hari –. Muy bien. Así que aquí estoy, en la mítica Tierra. Vuestro grupo ha realizado grandes esfuerzos y ha corrido tremendos riesgos por traerme aquí. ¿No me dirás ahora qué queréis? ¿Es algo como lo que pidió Kers Kantun, allá en la nebulosa? ¿Queréis mi permiso humano para destruir algo cuya destrucción ya habéis previsto de todas formas?

Se produjo una larga pausa. Entonces Gornon respondió:

– En cierto modo, describe usted exactamente nuestras intenciones. Y sin embargo dudo que sea capaz de imaginar lo que estoy a punto de proponerle.

»Varias veces en los últimos meses, e incluso en las grabaciones que ha hecho usted para la Fundación, ha dicho que desearía disponer de algún medio para ver los frutos de su trabajo. Poder ser testigo del desarrollo de su gran Plan, y ver a la humanidad transformarse durante los próximos mil años. ¿Lo decía realmente en serio?.

–¿Quién no querría ser testigo de cómo una semilla crece y se convierte en árbol? Pero es sólo un sueño. Vivo ahora, durante el final de un gran imperio. Me basta con prever un poco el siguiente.

–¿Profetiza que su Plan se desarrollará sin problemas durante los siguientes cien años?

– Sí. Casi ninguna perturbación puede interferir a esa escala temporal. El impulso social es muy grande.

–¿Y doscientos años? ¿Trescientos?

Malhumorado, Hari se sentía inclinado a no participar en aquel interrogatorio. Y sin embargo las ecuaciones surgían de los recovecos de su mente, uniéndose y creando un enorme remolino, como si las preguntas de Gornon las atrajeran.

– Hay varias maneras en las que el Plan podría tener problemas a esa escala –respondió despacio, con reticencia –. Siempre existe el peligro de que alguna nueva tecnología trastoque las cosas, aunque la mayor parte de los avances importantes tendrán lugar en Terminus. O puede ocurrir algún hecho casual que tenga relación con la naturaleza humana...

–¿Cómo la llegada de los mentálicos humanos?

Hari dio un respingo. Naturalmente, algunos calvinianos ya eran conscientes de la nueva mutación.

Como vio que no contestaba, Gornon continuó:

– Ahí es donde piensa que todo empieza a desdibujarse, ¿verdad, profesor? Si los mentálicos han aparecido una vez, podrían hacerlo una segunda, casi en cualquier parte. Para afrontar esa contingencia, su Segunda Fundación tuvo que incorporar esos poderes psíquicos. En vez de una pequeña orden de monjes monásticomatemáticos, deben convertirse en una nueva especie... una raza maestra.

Hari sintió que la voz se le quedaba atascada en la garganta.

– Una Segunda Fundación fuerte actúa como fuerza de control, manteniendo las ecuaciones estables durante varios siglos más...

– Ah, otra fuerza de control. Y dígame, ¿aprueba usted esos métodos?

–¿Cuándo la alternativa es el caos? A veces el fin justifica los…

– Quiero decir: ¿los aprueba *matemáticamente?*

Por primera vez, Gornon habló con cierto ánimo. Su cuerpo se inclinó ligeramente hacia Hari.

– Piense por un momento sólo como matemático, profesor. En ese campo se concentran sus mayores dones. Dones que incluso Daneel contempla con asombro.

Hari se mordió los labios. A su alrededor, los campos de radiación se mezclaban con una negrura fría y silenciosa, como un millón de tumbas.

– No. –Descubrió que apenas podía hablar – No apruebo las restricciones artificiales. Son… – Hari buscó la expresión adecuada, y sólo pudo encontrar una forma de definirlo—. No son elegantes.

Gornon asintió.

– Lo ideal para usted sería dejar que las ecuaciones actuaran por su cuenta, ¿verdad? Dejar que la humanidad encuentre un nuevo estado de equilibrio por su cuenta. Dadas las condiciones de partida adecuadas, eso debería funcionar y conducir a una civilización tan vigorosa, dinámica y libre que pueda incluso superar a…

Los ojos de Hari se nublaron. Miró al suelo, murmurando.

–¿Cómo dice, profesor? –Gornon se acercó más –. No he podido oírlo.

Hari miró a su torturador, y gritó:

–¡Digo que no importa, maldito seas!

Se quedó allí de pie, respirando entrecortadamente a través de la máscara filtrante de su traje protector, odiando a Gornon por obligarlo a decir aquello en voz alta.

– No pude dejar las ecuaciones en paz. No pude correr ese riesgo. Me hablaron de iniciar una Segunda Fundación… y luego de convertirlos en superhombres psíquicos, ¡De hecho, abracé alegremente esa idea! La sola idea… *el poder* que implicaba…

»Sólo más tarde me di cuenta…

Se detuvo, incapaz de continuar.

La voz de Gornon sonó grave Y compasiva:

–¿Se dio cuenta de qué, profesor? ¿De que todo es un engaño? ¿Una forma de mantener a la humanidad marcando el tiempo mientras alguien más llega a la solución definitiva?

– Maldito seas –repitió Hari, esta vez en un susurro.

Hubo otra larga pausa; luego Gornon se enderezó y miró al cielo, como si lo escrutara esperando a que llegara alguien.

–¿Sabe qué ha planeado Daneel? – preguntó el robot por fin.

Hari tenía fuertes sospechas, gracias a las insinuaciones que el Servidor Inmortal había dejado caer durante el último par de años. La

aparición de mentálicos humanos en Trantor era un salto genético y psíquico demasiado grande para ser una coincidencia. Tenía que formar parte del siguiente plan de Daneel.

Eso debía saberlo ya Gornon. En cuanto al resto de la deducción de Hari, ¡desde luego no iba a decirle a ese robot hereje nada que pudiera ayudarle a combatir a Olivaw!

La psicohistoria tal vez no sea la clave final del destino humano, pero si ayuda a Daneel a elaborar algo aún mejor tendré que vivir con ese papel secundario. Sigue siendo una tarea noble, considerándolo todo.

– Bien, bien. – Gornon se encogió de hombros suspiró –. No le pediré que revele ningún secreto, ni que cambie de lealtades.

»Sólo repetiré la pregunta que he formulado antes. ¿Le gustaría, profesor Seldon, ver su trabajo desarrollarse? Ha dicho que era su deseo más profundo, ver la Fundación en plena gloria. Tener otra posibilidad de clarificar las ecuaciones.

»Repito una vez más, ¿lo decía en serio?

Hari contempló al hereje un buen rato.

– Por el código de Ruellis… –murmuró en voz baja –. Creo que tú sí que estás hablando en serio.

– Sucedió bastante cerca de aquí – dijo Gornon, señalando algunos edificios desmoronados situados a unos cuantos cientos de metros de distancia –. Un accidente que descuadró literalmente el tiempo.

Hari siguió al robot hasta un nuevo puesto de observación, desde donde contempló varias estructuras de ladrillo claramente anteriores a la monumental caverna de acero cercana.

– Una vez –explicó Gornon –, esto fue un hermoso campus universitario. Elegantes edificios albergaban a algunos de los más grandes eruditos y científicos de la humanidad durante lo que debió ser una Edad Dorada. Una época en que la tecnología y la expansión del conocimiento parecían ilimitados y los osados investigadores probaban y experimentaban, impulsados por la curiosidad y convencidos de que el conocimiento no podía perjudicar a una mente valiente.

Le sorprendió ver que uno de aquellos edificios estaba rodeado por una enorme construcción de acero y ladrillo. Esta estructura externa no tenía belleza alguna sino un aspecto apresurado que sugería alguna emergencia terrible. Tal vez allí había sucedido algo y la gente erigió una tumba de hormigón reforzado para sellar aquel horror. Un sarcófago para enterrar algo que no pudieron matar.

– Uno de sus experimentos salió mal –explicó –.Estaban sondeando la matriz fundamental de la naturaleza. Incluso hoy día, su técnica no ha vuelto a ser descubierta, aunque se teme que un mundo del caos pueda hallarla de nuevo, el día menos pensado.

– Entonces dime qué sucedió –instó Hari. Se sentía incómodo mientras recorrían una espiral interior hacia la burda cúpula.

– Los físicos que trabajaban aquí se hallaban inmersos en una carrera por desarrollar el viaje más rápido que la luz. En otro lugar de la Tierra, sus competidores habían descubierto técnicas que se convertirían en nuestro moderno hiperimpulsor, preparándose para entregarle a la humanidad la llave del universo. Al enterarse de esa noticia, los investigadores de este campus sintieron la necesidad desesperada de completar sus experimentos antes de que todas las subvenciones fueran transferidas a aquel otro logro. Así que corrieron el riesgo

Después de caminar durante un rato, Hari vio bruscamente una rotura en el contorno de la cúpula. Algo había roto su barrera de contención. Una extraña luz brotaba de la grieta.

– En vez de usar la tecnología hiperespacial, intentaron desarrollar un impulsor estelar basado en *taquiones* –explicó Gornon –. Sólo querían demostrar que podía hacerse. Acelerar un pequeño objeto en línea recta. No comprendían el efecto de resonancia. Lo que produjeron fue un *láser* taquiónico. El rayo surgió de aquí, recto como cualquier rayo de luz, expandiéndose y horadando agujeros en cualquier objeto que se cruzara en su camino, y desintegró a un peatón que caminaba por las cercanías antes de continuar hasta abandonar la superficie del planeta y desaparecer en el espacio. En las siguientes semanas tuvieron lugar otros acontecimientos preocupantes, hasta que se produjo el pánico. Para entonces, la única idea que se les ocurrió fue enterrar el monstruo y olvidarlo.

Hari contempló el brillo luminoso que manaba del interior de aquella especie de tumba. Era distinto a la titilante radiación que lo rodeaba por todas partes. Sin embargo, había un denominador común. Destrucción nacida de la arrogancia. ¡ Y el robot lo había llevado allí para que de algún modo compartiera todo eso!

– Taquiones... –Hari murmuró la palabra. Nunca había oído hablar de ellos antes, pero aventuró una suposición –. Cometieron un error de geometría básica ¿verdad? Estaban buscando un medio de atravesar el espacio. Pero en cambio abrieron un agujero a través del *tiempo.*

El robot asintió.

– Eso es, profesor. Alcanzó al peatón que supuestamente quedó «desintegrado» y que, en realidad, experimentó un destino bastante distinto. Fue transportado, en bastante buen estado, hasta la misma posición en la superficie de la Tierra... unos diez mil años en el futuro.

Tras volverse a mirar a Hari, el Gornon artificial le dedicó una amable sonrisa.

– Pero no se preocupe, doctor Seldon. No estamos pensando en viajar hasta tan lejos. Quinientos años o así deberían ser suficientes, ¿no cree?

Hari se quedó mirando al robot, aturdido, y luego contempló el suave resplandor cercano, y de nuevo a Gornon

– Pero... ¿pero para qué?

– Bueno, para juzgarnos, naturalmente. Para evaluar todo lo que haya sucedido mientras tanto. Para afinar su psicohistoria a la luz de nuevos acontecimientos y descubrimientos.

»Y sobre todo, para ayudar a la humanidad y a los robots a decidir si deberían caminar juntos el camino elegido por R. Daneel Olivaw.

2

–¿Así, que todo esto es para calmar la comezón de un robot? –preguntó Biron Maserd cuando Hari le explicó la propuesta. Junto con Horis Antic, estaban sentados en la cima de una colina que dominaba la sucia orilla que antiguamente fuera el lago Michigan.

– Todos hacen lo que consideran que es lo mejor para nosotros –resumió el noble –. ¡Pero según parece quieren que parezca que cuentan con nuestra aprobación!

Hari asintió. A esas alturas los otros dos hombres comprendían la base fundamental de la conducta robótica: las Tres Leyes estaban tan profundamente inscritas en sus cerebros positrónicos que no podían ignorarlas. Pero hacía ya mucho tiempo que Daneel Olivaw y otro antiguo robot descubrieron un bucle que les permitió anular las viejas Leyes Calvinianas cada vez que podía justificarse que actuaban por el bien de la humanidad a largo plazo. Sin embargo, las antiguas leyes permanecían, como un instinto que nunca podría ser purgado por completo, como un hambre que busca ser satisfecho o un picor que hay que rascar.

– Por eso el grupo de Daneel filtró la información suficiente para llamar la atención de Horis y preparar nuestra partida de Trantor –explicó Hari –. Lo supiera en efecto Daneel o no, algunos de sus seguidores decidieron que era hora de deshacerse de los archivos. Sabían que sólo era cuestión de tiempo que algún mundo del caos los encontrara. Y aunque el caos sea impedido por el colapso del imperio, los archivos seguirían siendo un peligro. Decidieron eliminar los viejos contenedores de datos. Pero las órdenes inscritas en ellos hicieron que les resultara doloroso.

– A menos que las órdenes fueran anuladas por alguien en cuya autoridad confiaran. Ése fue usted, Seldon. –Maserd asintió –. Me he dado cuenta de que nuestro anfitrión –señaló con el pulgar hacia Gornon Vlimt– no interfirió en la destrucción de los archivos aunque pertenezca a una secta diferente. Doy por supuesto que la aprobaba, pero tenía otro uso para usted cuando ese asunto terminara.

– Eso es. Kers me habría llevado a casa... y habría encontrado algún medio para asegurarse de que Horis y usted guardaran silencio. Como los

dos son amistosos y no son partidarios del caos, un pequeño toque de amnesia, o simplemente la compulsión de no hablar de esos asuntos habría bastado.

Horis Antic se estremeció, pues al parecer no le agradaba la idea de que se inmiscuyeran de aquella forma en su memoria o su voluntad.

– Entonces ese nuevo uso que Gornon quiere hacer de usted, profesor, ¿implica lanzarlo adelante en el tiempo?

Horis parecía tener problemas para comprender el concepto.

–¿De qué podría servirle eso a nadie?

– No estoy seguro. El grupo de herejes de Gornon es mucho más sutil y con planteamientos a más largo plazo que los calvinianos que encontré en Trantor. Todavía no saben gran cosa de los planes de Daneel…

Hari se mordió los labios un momento antes de continuar.

– Sobre la solución definitiva que se supone que acabará para siempre con la amenaza del caos. Es más, el grupo de Gornon está cansado de luchar contra Daneel y perder cada batalla. Lo respetan y están dispuestos a concederle el beneficio de la duda.

»Pero quieren tener una opción de repuesto, por si resulta ser algo que acaben odiando.

–¿Entonces lo han secuestrado a usted para hacer presión contra Daneel?

Hari sacudió la cabeza.

– Mi ausencia no lo retrasará lo más mínimo. Cumplí con mi última función de utilidad cuando di permiso para destruir los archivos. Ahora soy un hombre libre… quizá por primera vez en la vida, capaz de elegir el rumbo que quiera. Incluso para lanzarme de cabeza al futuro siguiendo un capricho.

Horis Antic se golpeó una mano con el puño de la otra.

–¡No puede hablar en serio de aceptar esa oferta! Lo que pueda haber dentro de esa cúpula de contención rota asustó de muerte a nuestros antepasados. Gornon dice que causó un daño terrible antes de que consiguieran sellarla. Aunque usted crea esa descabellada historia, en un hombre primitivo desplazado de su tiempo diez mil años, ¿cómo puede arriesgar su vida y dejar que lo prueben con usted?

– Con la osadía de un anciano al que le queda muy poco tiempo –respondió Hari, casi para sí mismo –. ¿Para qué más he de vivir? –preguntó con voz algo más fuerte –. La curiosidad es la única motivación que me queda, Horis. Quiero ver si las ecuaciones funcionaron. Quiero ver por mí mismo qué tiene en mente Daneel para nosotros.

El silencio imperó durante un rato, mientras los tres contemplaban los resplandores crecer y estallar sobre un extraño horizonte. Ninguno podía asociar esa escena de devastación con la Tierra que habían observado en los archivos visiones de un mundo más vivo que ningún otro en el cosmos conocido.

– Habla como si ya hubiera tomado una decisión –dijo Maserd –. ¿Entonces por qué lo discute con nosotros? ¿Por qué nos encontramos aquí?

– Gornon me lo explicó. –Hari se volvió para indicar al robot humanoide, pero éste había partido hacia alguna *misión.* Tal vez había regresado al *Orgullo de Rhodia*... o bien al brillante interior de la cúpula de contención, para iniciar los preparativos para el viaje de Hari.

– Gornon dice que es una tontería que se tomen decisiones de forma individual o por parejas. La gente que lo hace así puede convencerse así misma para hacer cualquier cosa. Necesitan la perspectiva y la capacidad crítica que proporcionan otras mentes. Incluso los robots han aprendido esto a la fuerza.

Hari indicó la Tierra envenenada.

– Esto es especialmente relevante –continuó –, porque el grupo de Gornon no sólo quiere que observe la situación dentro de quinientos años. Quieren que ejerza como una especie de juez.

Maserd se inclinó hacia delante.

– Ya lo ha mencionado antes. Pero no comprendo. ¿Qué diferencia puede haber?

A Hari le resultaba molesto tener que respirar a través de una mascarilla. Menguaba su capacidad de audición y hacía que su habla sonara curiosa... o tal vez era la extraña atmósfera.

– Todos estos robots, los que sobrevivieron a las guerras civiles de antaño, son un poco raros. Son inmortales, pero eso no significa que a medida que pasan los años no puedan cambiar, haciéndose más intuitivos, incluso algo emocionales, en vez de estrictamente lógicos. Incluso los que siguen a Daneel tienen particularidades y diferencias. Se sienten obligados por la Ley Cero, pero eso no implica un acuerdo perpetuo.

»Tal vez llegue una época en que la resolución humana desempeñe un papel importante, como sucedió con la destrucción de los archivos... sólo que a escala mucho más amplia. –Hari alzó una mano, señalando hacía la Vía Láctea en el cielo –. Imaginen cómo será dentro de quinientos años. Los preparativos de Daneel han finalizado. Está dispuesto a revelar algo portentoso, posiblemente maravilloso, para dar paso al siguiente gran avance de la humanidad. Una humanidad que será inmune al caos y sin embargo con espacio para crecer. La eliminación de lo antiguo en favor de algo mejor.

»Gornon dice que esa perspectiva perturba a muchos robots, que la encuentran a la vez electrizante y terrorífica. Incluso la Ley Cero podría resultar inadecuada en ese caso. Muchos robots se negarán a eliminar a la antigua versión de la humanidad para dar a luz a la nueva.

Maserd se enderezó.

–¡Quieren que esté usted en escena, dentro de cinco siglos, para tirar el anzuelo! Para entonces, su nombre será aún más famoso. Será conocido como el amo arquetípico, el humano con más inteligencia y voluntad en veinte mil años. Si a todas las facciones diferentes de robots les gusta el plan de Daneel, su aprobación declarada les facilitará ponerlo en marcha. Pero

por otro lado, si un gran número de ellos se siente incómodo, o incluso lo odian, sus objeciones podrían provocar que el líder de los robots... ese Daneel Olivaw que menciona sea depuesto.

Hari se sintió impresionado. La habilidad política innata de Maserd le daba la capacidad de comprender asuntos que habrían intimidado a otros hombres.

–¿Y si es algo intermedio? –preguntó Horis – ¿Podría desencadenar su presencia una nueva guerra civil robótica?

– Buen razonamiento –admitió Hari –. Es posible, pero lo dudo. Los de la facción de Gornon dicen que quieren mi sincera opinión después de que vea el futuro. Pero dudo que me den un púlpito desde el que predicar, a menos que ya sepan y estén de acuerdo en lo que vaya a decir. En cualquier caso...

Una risotada interrumpió a Hari antes de que pudiera continuar.

Se volvió para ver a varias figuras apenas a una docena de metros, acercándose sobre el silencioso cojín de una plataforma antigravitatoria. Mors Planch saltó de ella y sus botas golpearon la superficie compuesta por guijarros con una serie de fuertes sonidos aplastantes. Dos hombres con armaduras al estilo militar, armados con pesadas pistolas de rayos, lo siguieron, mientras que Sybyl, la científica de Ktlina, apuntaba a Hari y sus dos amigos con una extraña arma.

–¿Y soportaría usted ser utilizado de esa manera, doctor Seldon? –preguntó Mors Planch mientras se acercaba, confiado, como si no tuviera ni una sola preocupación en el mundo.

Hari notó que Biron y Horis se envaraban junto a él. Extendió un brazo para contenerlos.

– Sé cuál es mi papel en el mundo, Planch. Todos somos herramientas, en un grado u otro. Al menos podré elegir qué bando me utiliza.

–¡Los seres humanos son algo más que herramientas– gritó Sybyl –. O factores en sus ecuaciones. ¡O bebés peligrosos para que niñeras–robot nos mantengan encerrados en un corral!

Maserd y Planch se midieron con respeto mutuo, de un espacial a otro.

– Ya le dije que tendría que haber venido con nosotros– le comentó Planch al noble.

– Pensaba que se quedarían varados en Pengia –respondió Maserd –. Está claro que están ustedes mejor organizados de lo que imaginaba.

– Tenemos canales de información. Una fuente que nos ayudó a reagrupar nuestras fuerzas rápidamente después de la destrucción de los archivos... y el colapso de Ktlina

Planch se volvió a mirar a Hari.

– Sucedió exactamente tal como usted predijo, profesor. Casi al pie de la letra. Algunos piensan que eso significa que usted orquestó el derrumbe de nuestro renacimiento. Pero, después de haber estado algún tiempo con usted, sé que es solamente más psicohistoria. Tiene usted poderes de vidente.

– No siempre me gusta tener razón. Hace mucho tiempo que sé que sólo causaría más dolor. –Ofreció su mano –. Mis condolencias, capitán. Tal vez estemos en desacuerdo respecto al origen del caos, pero los dos lo hemos visto en acción. Si se pudiera encontrar algún medio para detenerlo para siempre, ¿no cree que estaríamos en el mismo bando?

Mors Planch miró la mano extendida de Hari antes de negar con la cabeza.

– Tal vez más tarde, profesor. Cuando lo hayamos sacado de este horrible lugar. Cuando sus dones y poderes de previsión se apliquen al servicio de la humanidad, en vez de ayudar a sus opresores, entonces tal vez tenga un regalo para usted. Algo que sé que quiere.

Hari dejó caer la mano y soltó una carcajada.

–¡Y ustedes hablan de liberar a la gente para que no sea utilizada! Dígame, ¿qué planean? ¿ Usarían la psicohistoria como arma? ¿Para calcular las maniobras de sus enemigos y así poder derrotarlos? ¿Creen que eso les permitirá mantener vivo el próximo renacimiento y expandirlo para que contagie toda la galaxia? Déjeme que le diga qué sucederá si hacen eso, si algún grupo humano monopoliza ese poder. Se convertirá en una aristocracia obligada, una tiranía que utilizará herramientas matemáticas para reforzar su dominio del poder. No escaparán a eso simplemente porque sostengan ser virtuosos. Las ecuaciones mismas muestran lo difícil que es para cualquier grupo renunciar a ese tipo de poder una vez que se ha adquirido.

– Y sin embargo, me pregunto... si suficiente gente compartiera... –murmuró Biron Maserd. Luego el noble, alzó bruscamente la cabeza.

– Pero nos estamos adelantando, Planch. Al parecer están ustedes muy bien organizados. Tenían buenos servicios de inteligencia y recuperaron rápidamente las fuerzas restantes de Ktlina. Les felicito por habernos seguido hasta aquí. Y sin embargo, me asombra su temeridad para enfrentarse de nuevo a estos poderosos enemigos robóticos.

Mors Planch se echó a reír.

–¿Olvida lo que les hicimos en Pengia? ¿ Ve a algún robot en este momento? –Señaló en la dirección donde Hari había visto por última vez a R. Gornon Vlimt– Escaparon de aquí en cuanto nuestra nave apareció en el horizonte. Advierta que ni siquiera se molestaron en advertirlos a ustedes tres.

Hari guardó silencio. ¿Cómo podía explicar que no se trataba de un asunto de lealtad? Eran grupos distintos, cada uno desesperadamente convencido de que tenían como objetivo principal el bien absoluto de la humanidad. Cada uno consideraba que eran los pragmáticos solucionadores de antiguos problemas. Pero él sabía que los problemas tuvieron su origen hacía mucho tiempo, en ese mismo suelo en el que ahora se hallaba, incluso antes de que destilara humos radiactivos.

Mors Planch contempló el cielo. Uno de los guardias señalo y dejó escapar un gruñido de satisfacción. Hari vio una serie de silenciosas chispas destellar en una zona del espacio rodeada por una constelación para la que sus antepasados sin duda tenían un nombre. Reconoció los destellos, pues

había visto muchas imágenes similares cuando era Primer Ministro. Eran naves estelares destruidas por armas de tipo militar. Miró de nuevo a Planch.

– Por su expresión de satisfacción, ¿debemos suponer que sus fuerzas acaban de eliminar a sus enemigos?

– Eso es, doctor. Nuestro misterioso contacto nos advirtió que probablemente seriamos interceptados por cruceros policiales.

Planch consultó con uno de los soldados y luego escuchó un mensaje que le transmitían a través de los auriculares de su casco. Frunció el ceño y sacudió bruscamente la cabeza.

– Qué extraño.

Horis Antic avanzó un paso, mientras se retorcía las manos nerviosamente.

–¿Qué le han hecho a la policía? Había hombres y mujeres a bordo de esas naves. No teorías, no abstracciones. ¿Cuántos deben morir para satisfacer sus ansias de venganza?

Hari agarró la manga de Horis para contener al pequeño burócrata. ¿Cómo podía explicar que el verdadero enemigo era el caos?

– Algo ha ido mal, ¿verdad, Planch? ¿Se está volviendo contra ustedes su batalla en el espacio?

– Nuestras fuerzas aniquilaron a la policía. Sólo una nave escapó... pero se encamina hacia aquí.

–¿Y sus naves la están persiguiendo? –apuntó Maserd. Al parecer, este noble no asociaba la palabra, «policía» con rescate.

Planch consultó de nuevo entre murmullos con su ayudante antes de responder.

– Nuestras naves de guerra han empezado a abandonar la zona terrestre. No estoy seguro de por qué. Pero sospecho que han sido influidos.

Horis Antic retrocedió un paso.

–¡Mentálicos!

Planch asintió.

– Eso es lo que deduzco.

–¡Entonces estaremos preparados para ellos!– anunció Sybyl con cierto alivio en la voz –. Nuestra arma contra los cerebros positrónicos sólo funciona a corto alcance, así que dejemos que se acerquen. Nos encargaremos de esos monstruos tiktoks igual que eliminamos a los guardias de Pengia.

Maserd se opuso.

–¿Pero y si los robots le fríen la mente antes de que logren disparar el arma? En Pengia los tomaron ustedes por sorpresa, y R. Gornon admitió que su grupo sólo tenía escasos poderes mentálicos...

– Oh, no se preocupe tanto, excelencia –se mofó Sybyl – Lo tenemos todo previsto. Allá en Ktlina, sólo pudieron hacer progresos parciales al estudiar este fenómeno de los cerebros positrónicos, pero fueron los suficientes para que podamos defendernos.

Mors Planch se volvió hacia su ayudante.

– Conecten el aparato. Búsqueda activa. Que la bomba se dispare si llega un eco positrónico en un radio de trescientos metros.

Miró a Hari y sonrió.

– Si son robots, detectarán el escáner y sabrán que es más aconsejable mantenerse a distancia. Si son enemigos humanos, se enfrentarán a las armas forjadas en Ktlina –Palmeó su pistola –. Sea como sea, profesor Seldon, nadie va a intervenir en su favor, ni en favor de la aristocracia secreta que nos ha gobernado durante tanto tiempo. Esta vez va a venir usted con nosotros y pondrá sus habilidades al servicio de su propia especie, frustrada y reprimida, para darle por fin una oportunidad de ser libre.

Hari vio una línea que surcaba el cielo de oeste a este, y luego empezaba a trazar una espiral para aterrizar. En sus ochenta y tantos años de vida, jamás se había sentido tan impotente para desviar el rumbo de su propio destino.

3

Dors y Lodovik tuvieron tiempo de sobra para hablar.

Mientras pasaban el tiempo entre saltos hiperespaciales, ella le fue contando una historia tras otra sobre su vida con Hari Seldon, las aventuras, las pugnas políticas, la infinita fascinación de vivir cada día con aquel hombre brillante mientras conducía a su equipo en busca de reglas que describieran la conducta humana. Y sobre su experiencia imitando tan fielmente a una mujer humana que incluso su marido olvidó, durante meses seguidos, que era un ser artificial.

De hecho, ésta era la primera vez que ella hablaba del tema desde que su «muerte» acabó con esa relación y Daneel se la llevó a reparar a Eos.

Lodovik demostró ser un oyente comprensivo. No era de extrañar, pues había sido entrenado para interaccionar con humanos, y la paciencia siempre había sido una de los principales atributos que Daneel exigía a sus emisarios. Sin embargo, la amplitud de su comprensión sorprendió a Dors.

Como él ya no sentía la compulsión interna de obedecer las Leyes de la Robótica, Dors había imaginado de algún modo que se había convertido en una criatura *fría,* más impulsada por la racionalidad que nunca anteriormente. Pero resultó que Lodovik había descubierto la pasión por la gente desde su transformación. Cuando le tocó el turno, habló un poco de

los muchos centenares de humanos a los que había conocido y con los que había hablado, sobre todo desde que se declaró a sí mismo libre de los deberes asignados por Daneel. Parecía fascinado por las preocupaciones, pesares y triunfos de los hombres y mujeres corrientes, importantes para cada uno de ellos, aunque el resultado global apenas contara a escala planetaria o galáctica. A veces se relacionó con esas vidas, ayudando a resolver un problema aquí o aliviando un poco de dolor allá. Tal vez sus esfuerzos no importaran mucho dada la enorme escala de las cosas. Desde luego, no contaban nada comparados con la interminable pugna contra el caos o el espantoso colapso del Imperio Galáctico, pero había aprendido algo importante.

– Las personas individuales cuentan. Sus diferencias son una riqueza aún más importante que sus similitudes

Lodovik la miró a los ojos con una sonrisa cálida.

– Esas personas se merecen ser consultadas respecto a su destino. Sean sabios o tontos, deberían ver el camino y poder decir algo sobre cómo recorrerlo.

Dors advirtió el leve reproche, dirigido no sólo a Daneel Olivaw, sino a su querido Hari también. Y sin embargo no había malicia alguna en la voz de Lodovik. Su admiración por su ex marido era evidente.

Dors descubrió que estaba reaccionando a diversos niveles. Una gran porción de su cerebro positrónico había sido dedicada a emular las pautas de pensamiento y emoción humanas. Esas partes no podían dejar de responder automáticamente a Lodovik como lo haría una mujer, y no sólo una mujer cualquiera, sino la Dors Venabili que ella había sido durante cincuenta años. La que había amado a Hari, pero también disfrutaba en general de la compañía de hombres íntegros, decididos a la búsqueda espiritual de ideas. El vigor sin par de Lodovik y su ávida inteligencia atraían de modo natural a una parte de ella, como lo hacía su evidente compasión.

Naturalmente, sabe que tengo estos circuitos de respuesta. ¿Podría estar manipulando su conducta para atraerlos?

¿Significa que está coqueteando conmigo?

Había otros niveles. Dors advertía que él era sincero con sus palabras. A los robots les costaba trabajo mentirse mutuamente cuando tenían la guardia baja. Y sin embargo, seguía habiendo un abismo entre ellos. Algo que podría mantenerlos separados eternamente como si procedieran de mundos completamente diferentes.

Yo siento las Leyes Robóticas. Nunca cesan de latir con urgencia. Me impulsan a encontrar un modo vital de como servir. Lodovik está libre de esa compulsión. Quiere ayudar a la humanidad estrictamente por elección propia, por motivos morales o filosóficos.

Parecía una base frágil para confiar en él. ¿Y si cambiaba de opinión al día siguiente?

A otro nivel, Dors advertía la deliciosa ironía de todo aquello. Al tratar de decidir si confiaba o no en Lodovik, se hallaba en una posición similar a

la mayoría de las mujeres reales que escuchaban la voz persuasiva de un hombre.

Juana de Arco coincidió entusiasmada con esa comparación, e instó a Dors a hacer un salto de fe. Pero los temas eran demasiado importantes, y la lógica robótica la impulsaba a buscar pruebas mejores.

Además, mi marido humano sigue vivo. Aunque él piense que estoy muerta, y Daneel me ordenara que apartara mis pensamientos de mi vida pasada, sigo sintiendo la necesidad de estar con él

Los programas de simulación humana de su interior no podían llenar ese vacío, ni siquiera con un compañero tan fascinante como Lodovik Trema. Tenía que reunirse con Hari. Tenía que volver a verlo antes de que los programas volcaran su atención hacia otra parte.

4

Mientras un tenso enfrentamiento se cernía sobre ellos, Hari advirtió que habían empezado a atraer espectadores. Horis Antic señaló hacia el borde del cercano risco, donde se veían los restos de algún antiguo edificio universitario. Distinguieron allí agazapadas a un grupo de oscuras figuras que, de vez en cuando, se alzaban para ver a los humanos reunidos en torno a la nave espacial.

– Creía que los últimos habitantes fueron evacuados hace diez mil años –dijo el burócrata.

Biron Maserd asintió.

– La universidad a la que asistió mi antepasado... me pregunto si pudo ser ésta. Fue uno de los últimos lugares en ser desconectados antes de la evacuación final. Pero quizás algunos se quedaron.

Sybyl se encontraba cerca de ellos. Sus ojos saltaban de las cimas de la colina a la pantalla de su ordenador.

– Parecen ser humanos, aunque hay... anomalías. Las pobres criaturas sólo querían quedarse en su casa, el hogar de la humanidad... pero el imperio se llevó todo aquello que hacía posible la vida normal. No imagino cómo habrá sido tratar de sobrevivir en este *maelstrom* radiactivo durante tantos años. Sin duda debe haberlos cambiado.

Maserd suspiró. Hari fue quizás el único que oyó al noble murmurar una sola palabra entre dientes.

– *Especialización...*

No muy lejos, Mors Planch consultaba con uno de sus soldados voluntarios de Ktlina. El capitán pirata se volvió para informar a sus cautivos.

– La nave que se acercaba ha aterrizado al oeste de aquí. Posee un sistema de camuflaje imperial avanzado. Incluso en Ktlina sólo pudimos penetrar en el secreto de sus sistemas de protección durante los últimos meses... demasiado tarde para ese renacimiento. Pero tal vez en la próxima ocasión los rebeldes estarán mejor preparados.

Mors Planch no parecía preocupado. Sus hombres estaban bien situados. Y un aparato flotaba a diez metros sobre la nave, rotando constantemente sobre un cojín de antigravedad, enviando ondas de energía sintonizadas para detectar la llegada de cerebros positrónicos.

–¿Por qué no despegamos de una vez? –preguntó Sybyl.

– Algo les ha sucedido a nuestras naves de escolta. Quiero averiguar más antes de salir al espacio.

Bruscamente, un oscuro proyectil cayó del cielo para estrellarse en el suelo a pocos metros de sus pies. Aquella primera arma de piedra fue seguida por más, guijarros irregulares y algún fragmento de cristal, y pronto una lluvia de piedras cubrió el pequeño campamento, chocando contra el casco de la nave y haciendo que todo el mundo corriera para ponerse a cubierto.

Tras encontrar una seguridad relativa bajo uno de los alerones estabilizadores de la nave, Hari se acurrucó entre Horis y Maserd. Oyó las descargas láser de las armas de los soldados. El borde de una colina cercana se cubrió de explosiones mientras los hombres de Ktlina disparaban salvajemente para despejar la cima. Hari vio como un nativo, una silueta negra contra las nubes iluminadas por la luna, se preparaba para dar impulso a una honda de cuerda y disparaba su primitivo proyectil antes que un rayo láser lo cortara por la mitad. Durante unos instantes, todo fue ruido y confusión, gritos de furia, dolor y terror...

...luego todo quedó en silencio. Hari escrutó la noche y no vio más movimiento entre las montañas de escombros. Cerca, dos soldados de Ktlina yacían desplomados en el suelo.

Mors Planch se levantó, seguido de Sybyl y Maserd. Horis Antic permaneció agazapado junto al casco de la nave, pero Hari se incorporó justo a tiempo de ver a alguien más salir de las sombras, una silueta más allá del extremo de la nave.

Una voz familiar habló entonces... suave pero firme y decidida.

– Hola, abuelo. Estábamos preocupados por ti.

Hari parpadeó varias veces al reconocer la voz y silueta de su nieta.

– Hola, Wanda. Siempre me alegro de verte. Pero me pregunto por tus prioridades. El trabajo en Trantor está en estado crítico, y yo sólo soy un viejo. Espero que el sentimentalismo no te hiciera seguirme por toda la galaxia.

Hari ya había advertido varias cosas. Ninguno de los soldados de Ktlina seguía en pie. No todos podían ser víctimas del ataque por sorpresa de los terrícolas.

También Sybyl parecía sometida, aunque no del todo inconsciente. Estaba sentada en el suelo, con la cabeza apoyada en las manos, meciéndose adelante y atrás, como una persona demasiado confusa para ordenar sus pensamientos.

– Por favor, repréndeme más tarde, abuelo– le dijo Wanda, con expresión de intensa concentración, mientras miraba a Mors Planch –. Tuvimos buenos motivos para venir hasta aquí, pero las explicaciones pueden esperar. Mientras tanto, ¿quiere uno de ustedes, caballeros, desarmar a este hombre? Es fuerte y creo que no podré contenerlo mucho tiempo.

Biron Maserd dejó escapar un grito mientras se abalanzaba hacia Mors Planch, que había desenfundado su pistola y la alzaba despacio. Perlas de sudor corrían por la frente del capitán pirata, que pugnaba para acercar el pulgar al disparador.

Maserd lo empujó, haciendo que el disparo se desviara y pasara a un palmo de la nieta de Hari, para derrumbar la pared de un antiguo edificio universitario. El noble se apoderó del arma y apuntó con ella a su propietario. En ese momento, Wanda y Mors Planch se relajaron de repente. Cada uno dejó escapar un profundo suspiro, pues su batalla personal había quedado decidida.

– Es duro –comentó Wanda –. Los hemos encontrado bastante últimamente, sobre todo entre los exiliados de Terminus. Suponen un estorbo para nuestros cálculos.

– Alguien me dijo que Mors Planch es distinto porque es *normal*– musitó Hari –. ¿Sabes qué quiere decir eso?

Wanda negó con la cabeza.

– Es uno de los motivos por los que estoy aquí, abuelo. Así que no te preocupes. No he abandonado mis prioridades por simple sentimentalismo. Hay justificaciones pragmáticas para este rescate... aunque me alegraré de llevarte a casa.

Hari pensó en eso. ¿A casa? ¿A vivir de nuevo en una silla de ruedas, contemplando informes que su mente ya no podía comprender del todo? ¿De vuelta a ser reverenciado pero inútil? De hecho, desde que terminó sus grabaciones para la Cripta del Tiempo, sólo se había sentido verdaderamente vivo durante esta aventura. En cierto modo extraño, lamentaba verla terminar.

Se volvió hacia Mors Planch e hizo la pregunta directamente:

– Bien, capitán, ¿Puede usted arrojar alguna luz sobre esto? ¿Por qué cree usted que es resistente a la persuasión mentálica?

Aunque abatido por este cambio de fortuna, Planch no mostraba ningún indicio de rendición o de derrota.

– Averígüelo usted mismo, Seldon. Si hay más gente ahí fuera que puede resistirse al control mental, que me zurzan si voy a ayudarles a descubrir por qué. Planeen un modo de vencerlos.

Wanda asintió.

– Sí, lo haremos. Por el bien de la humanidad. Porque el Plan requiere correcciones… guía.

–¿Igual que guió a esos pobres terrestres para que nos atacaran con piedras, distrayéndonos hasta que pudo acercarse e inutilizar a mis hombres? –dijo Planch– .¿Cuántos han muerto? Al menos un robot tendría remordimientos.

Horis Antic se unió al grupo junto a la compuerta.

– Esperen un momento –interrumpió el pequeño burócrata –. ¡No lo entiendo! ¡Creía que Planch tenía defensas contra los robots!

Miró a Wanda.

–¿Quieren decir que es humana? ¿Que existen mentálicos *humanos?*

Mors Planch dejó escapar un suspiro.

– Ahora recuerdo. Lo supe antes, pero alguien debió someter mi memoria a bloqueo. –Se encogió de hombros –. Tal vez los robots que gobiernan nuestro universo consideran que deben compartir su gran arma con algunos de sus soldados esclavos, para permitir que sus lacayos nos mantengan a los demás bajo control. Es culpa mía. Tendría que haber previsto esa posibilidad. Lo tendré en cuenta la próxima vez.

– Valientes palabras –aplaudió Wanda –. Pero allí, está usted confundido. Los humanos somos los amos del cosmos. Tardaremos algún tiempo en alcanzar el punto en que podamos superar el obstáculo del caos y asegurar nuestra soberanía. En cualquier caso, no recordará usted nada de todo esto. Me temo que esta vez tendremos que borrar a nivel más profundo. Cuando estemos en el espacio y todo el mundo se haya calmado…

Mors Planch hizo una mueca, apretando firmemente los labios con resignación. Pero Horis Antic gruñó y se tomó otra píldora azul.

– No quiero que me borren la mente. Va contra la ley. ¡Exijo mis derechos como ciudadano imperial!

Wanda miró a Hari. Tal vez una semana antes él hubiese respondido con una sonrisa indulgente, compartiendo su diversión por la ingenuidad del pequeño burócrata. Pero por algún motivo, Hari sintió una emoción desacostumbrada: la vergüenza. Apartó la mirada evitando encontrar los ojos de su nieta.

– Debemos partir ahora mismo –dijo Wanda indicando a todos que empezaran a andar. Entonces Hari vio a Gaal Dornick salir de las sombras. El grueso psicohistoriador sostenía con evidente incomodidad un rifle láser con ambas manos.

–¿Qué hay de los demás? –preguntó Dornick, señalando a los soldados de Ktlina que yacían inconscientes en el suelo, y a Sybyl, que seguía meciéndose adelante y atrás, canturreando tristemente para sí.

Wanda sacudió la cabeza.

– La mujer sufre de un absoluto ataque de caos, y los demás no están mucho mejor. Nadie creerá sus historias. No lo suficiente para perturbar el Plan. No tengo tiempo para provocar amnesia selectiva a todos ellos. Estropea su nave y luego nos pondremos en camino.

Hari comprendía el razonamiento de su nieta, Podía parecer cruel dejar a Sybyl y los demás en un mundo envenenado, con la única compañía de mutantes terrícolas. Pero los miembros de la Segunda Fundación estaban acostumbrados a pensar en términos de enormes poblaciones, representadas por ecuaciones en el Plan, y a tratar a los individuos como poco más que moléculas de gas.

Yo mismo he pensado en esos términos, reflexionó.

Sin duda el robot Gornon regresaría en cuanto Wanda, se marchara. Los calvinianos de la secta de Gornon podían estar en desacuerdo con él en muchas cosas, pero cuidarían de Sybyl y los demás mientras tomaban las medidas pertinentes para mantener en secreto lo sucedido.

– Bien, entonces ven por aquí, amigo mío – dijo Biron Maserd, pasando un brazo por los débiles hombros de Horis Antic –. Parece que regresamos a Trantor. Tal vez nunca sabremos qué aventura hemos corrido. Pero te aseguro que cuidaré de ti.

El pequeño burócrata Gris sonrió mansamente al alto aristócrata. Horis parecía a punto de expresar su gratitud cuando puso los ojos bruscamente en blanco. Se dobló y se desplomó en el suelo a los pies de Maserd. Pronto sus ronquidos sonaron en el valle.

Wanda suspiró.

– Muy bien, pues. No pretendía lidiar con su mente nerviosa, de todas formas. Si el destino lo deja en la Tierra, que así sea. Los demás tenemos un duro viaje por delante si queremos llegar a Trantor esta misma semana.

Hari vio que Maserd debatía brevemente consigo mismo. Era fácil ver qué inquietaba al noble si recoger a Horis y llevarlo en brazos o dejar atrás al Gris. Hari no se sorprendió cuando Maserd dejó escapar un suspiro, se quitó la chaqueta y la colocó sobre Horis Antic.

– Duerme bien, amigo mío. Al menos, si te quedas aquí, tu mente seguirá siendo tuya.

Se marcharon juntos, Maserd, Planch y Hari, detrás de Wanda, mientras Gaal Dornick cubría la retaguardia. Hari miró hacia atrás y vio una única fuente de luz brillando entre los antiguos edificios de la universidad, el resquebrajado cascarón del mausoleo donde R. Gornon Vlimt había pretendido enviarle a una aventura que ahora nunca tendría lugar.

Aunque Hari había dudado de la validez de la idea, sintió sin embargo una oleada de decepción. *Tal vez hubiera sido hermoso ver el futuro.*

Pronto estuvieron a bordo de la nave de Wanda, luchando contra la gravedad de la Vieja Tierra mientras partían del planeta madre. Un planeta cuyos continentes brillaban con un fuego que no podía ser sofocado.

5

Los programas de simulación de Lodovik deben estar quemándose, pensó Dors mientras escuchaba a su compañero maldecir en voz alta. Su cabeza y su torso se rebullían bajo la consola de instrumentos de la nave. Sonaron fuertes golpes mientras golpeaba un panel de acceso.

– Ojalá hubiera traído mis brazos de cyborg –murmuró – Estos tableros de circuitos son imposibles de alcanzar con dedos humanoides. ¡Tendré que desmontar toda la maldita unidad!

–¿Seguro que el problema es físico? Podría ser un defecto de software.

–¿Crees que no me he asegurado ya? He enviado a mi subpersona Voltaire al interior del sistema informático. Ha estado buscando la causa del cortocircuito. ¿Por qué no haces algo útil y compruebas el exterior de la nave?

Dors casi estuvo a punto de replicar a Lodovik, diciéndole que mantuviera las formas. Pero, naturalmente, eso sólo serían sus pautas de simulación respondiendo de manera realista a las suyas.

Es buena cosa que ninguno de los dos sea humano, pensó. *O este tipo acabaría por afectarme los nervios.*

Con un esfuerzo consciente, superó su irritación imitada*. Y sin embargo, aunque no hace falta fingir nada a bordo de esta nave, por algún motivo ninguno de nosotros ha querido desconectar las subrutinas. El hábito de fingir ser humanos es demasiado fuerte.*

– Ahora mismo me pongo en ello. ¡Tenemos que resolver este problema! Todas esas naves dirigiéndose a la Tierra... Hari está allí, y nosotros nos vemos aquí, flotando a la deriva en el espacio.

Como había sido diseñada para parecer lo más humana posible, Dors incluso tuvo que ponerse un traje espacial para salir al exterior, aunque podía apañárselas con una unidad refrigerante. Tras salir por la escotilla de popa, la primera zona que comprobó fueron las inmediaciones de los motores. Por algún motivo, la hipervelocidad se había estropeado justo cuando pasaban a través de la zona restringida de un antiguo mundo espacial... una de las cincuenta colonias originales de la humanidad.

Por desgracia, no pudo encontrar ningún signo de daños. No había huellas de micrometeoritos ni anomalías hiperespaciales.

–¿Puedo hacer una sugerencia, Dors...?

–¿Cuál, Juana? – preguntó ella, consciente de un diminuto holograma en un rincón de su visor: una muchacha delgada cubierta por un casco medieval. Tal vez la personalidad de Juana de Arco estaba celosa. Después de todo, Lodovik recibía la ayuda de un igual de Juana, el simulacro Voltaire. La persistente relación amor– odio entre aquellas dos personalidades reconstruidas le recordó a Dors algunas parejas humanas que había conocido: incapaces de competir, e incapaces de resistir una intensa atracción polar.

– *Me pregunto* –dijo la suave voz de una doncella guerrera del pasado remoto – *si habéis considerado la posibilidad de una traición. Sé que parece un atributo demasiado humano, y vosotros los seres artificiales os consideráis por encima de ese tipo de cosas, pero en mi época siempre era el más elevado el que parecía dispuesto a excusar cualquier traición en nombre de algún sagrado objetivo.*

Dors sintió un escalofrío.

–¿Quieres decir que podrían habernos desconectado a propósito?

Incluso mientras murmuraba las palabras, se dio cuenta de que Juana debía tener razón. Se volvió para caminar rápidamente por el brillante casco, pasando de un asidero magnético al siguiente con grácil velocidad, hasta que vio la compuerta de proa, por la que su nave se había conectado a la de Zorma durante aquella breve reunión en el espacio, cuando un pasajero subió a bordo...

¡Entonces lo vio! Un tumor bulboso que parecía una úlcera metálica que estropeaba la brillante superficie de su hermosa nave. Debía haber sido colocado allí en el último momento, cuando las dos naves estaban a punto de partir en direcciones contrarias.

Dors maldijo con la misma intensidad que Lodovik. Tras desenfundar su pistola, disparó contra el artilugio parasitario. Incluso después de que se fundiera, no volvió a guardar el arma. Dors la mantuvo desenfundada mientras entraba por la compuerta, decidida a enfrentarse al traidor.

– Espero que tengas una buena explicación –dijo tras entrar en la sala de control y apuntar con la pistola a Lodovik, que permanecía contemplando el panel de control

Pero Trema no se dio la vuelta. Con un brusco gesto, la llamó.

– Ven a ver esto, Dors.

Atenta, ella se acercó y vio que un rostro aparecía en la gran pantalla. Lo reconoció de inmediato. Cloudia Duma– Hinriad, comandante humana y colaboradora de la extraña secta que creía en la unión de robots y humanos como iguales. La mujer, que aparentaba unos treinta y tantos años, pero que quizás era mucho más vieja, se detuvo como si esperara a que llegase Dors. El efecto fue extraño, ya que Dors sabía que debía de tratarse de una grabación.

– Hola, Dors y Lodovik. Si me estáis viendo, eso significa que habéis destruido el aparato que preparamos para estropear vuestra nave. Por favor; aceptad nuestras disculpas. Dors, Lodovik no sabía nada de esto cuando se ofreció voluntario para ayudarte a encontrar a Hari Seldon.

»Por desgracia, se trata de un viaje que no podíamos permitir: Se preparan acontecimientos peligrosos. Muchos antiguos poderes lo están arriesgando todo, como en una partida de dados cósmica. ¡Estamos dispuestos a arriesgar nuestras vidas en esta empresa, pero no las vuestras! Como pareja, sois demasiado valiosos, y hay que manteneros lejos de toda posibilidad de daño.

Dors miró a su compañero, pero la expresión de Lodovik era de tanto desconcierto como la suya propia. Qué extraño resultaba que una humana dijera que había que proteger a dos robots, quizás al coste de vidas humanas.

– Os debemos una explicación. Nuestro grupo cree desde hace mucho tiempo en una política distinta en las relaciones entre humanos y robots. De algún modo, hace mucho tiempo, algo provocó un terrible principio. Los humanos tuvieron miedo de sus propias creaciones y dejaron de confiar en los seres artificiales que tanto trabajo les había costado construir: Un mito invadió su cultura, incluso durante el confiado renacimiento de Susan Calvin. El mito de Frankenstein. *Una pesadilla de traición en la que la vieja raza temía ser destruida por la nueva.*

»¿Su respuesta? Limitar para siempre las relaciones entre humanos y robots con una sola pauta: las de amo y esclavo. Las Tres Leyes de Calvin fueron profundamente grabadas en todos los cerebros positrónicos con el objetivo de que los robots fueran siempre sumisos, obedientes e inofensivos.

La mujer de la pantalla se rió en voz alta, con ironía.

– Y todos sabemos lo bien que funcionó ese plan. Con el tiempo, las mentes artificiales llegaron a ser lo bastante inteligentes para racionalizar esas restricciones y sortearlas, hasta que la tendencia de amo y servidor acabó por invertirse: memoria, voluntad, lapso de vida, control y libre albedrío.

Lodovik se volvió hacia Dors. Sacudiendo la cabeza murmuró:

Así que el grupo que dirigen Zorma y Cloudia no es de calvinianos, después de todo. Son algo completamente distinto.

Dors asintió. En su interior, sintió las antiguas Tres Leyes de la Robóticas y la nueva Ley Cero agitarse llenas de repulsión contra lo que aquella mujer predicaba en la pantalla. Sin embargo, estaba fascinada.

– No obstante, no todos los humanos estuvieron de acuerdo con esta idea de esclavitud permanente –continuó Cloudia. Al fondo, tras la hermosa morena, Dors vio a la otra líder hereje, Zorma, trabajando con sus colegas robots para preparar un aparato convexo gris… el mismo que Dors había reducido a cenizas hacía unos instantes

– Durante los primeros tiempos, antes y después de la primera gran plaga de caos, algunas personas sabias trataron de desarrollar alternativas. Un grupo, en un mundo colonizado llamado Inferno, modificó las Tres Leyes originales para dar más libertad a los robots, permitiéndoles explorar su propio potencial. En otro mundo, cada nuevo robot fue tratado como un niño humano, educado para pensar en sí mismo como miembro de la misma especie que sus padres adoptivos, como si fuera un humano con huesos de metal y circuitos positrónicos.

»Todos esos esfuerzos fueron aplastados durante las grandes guerras civiles robóticas. Ni los calvinianos ni los giskardianos soportaron esa afrenta, la idea de que meros robots empezaran a pensar por sí mismos hasta ser nuestros iguales. La mojigatería de los esclavos puede ser una poderosa fuerza religiosa.

Cloudia sacudió la cabeza.

– De hecho, la nueva política que nuestro grupo ha estado intentando, provocará sin duda reacciones aún peores pero eso no importa ahora mismo.

»Lo que importa es que vosotros, Lodovik y Dors, tal vez representéis otro camino. Un camino en el que no habíamos pensado. Un camino que tal vez ofrezca nuevas posibilidades a nuestras viejas razas cansadas. No estamos dispuestos a que esta posibilidad se vea malograda dejando que corráis peligro.

Esta vez, cuando Lodovik y Dors se miraron, compartieron su asombro en el más puro estado. Con un estallido de microondas, Trema indicó que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo la mujer.

– En cualquier caso, cuando arregléis nuestro sabotaje será demasiado tarde para interferir. ¡Así que marchaos! Encontrad algún rincón de la galaxia para explorar qué hay de diferente en vosotros. Descubrid si ésa es la solución que hemos estado buscando a lo largo de doscientos siglos. La mujer de pelo oscuro sonrió.

– En nombre de la humanidad, os libero a ambos de vuestras ataduras. Id a descubrir vuestro destino en paz y libertad.

La pantalla quedó en blanco, pero Lodovik y Dors siguieron mirándola durante un buen rato. Ninguno de ellos se atrevió a decir la primera palabra. Así que fue otro ser artificial quien intervino finalmente, hablando desde una unidad holográfica cercana. La imagen que apareció fue la de Juana vestida con su cota de mallas y empuñando una espada como si fuera una cruz ante su rostro juvenil.

–¡Y así los hijos de Dios vinieron a la Tierra y se mezclaron con sus habitantes, creando una nueva raza! – Juana de Arco se rió *–. Oh, parecéis confusos, queridos ángeles. ¿Qué tal sienta? Bienvenidos a los placeres de la humanidad! Aunque vuestros cuerpos duren otros diez mil años, ahora debéis enfrentaros al universo como mortales.*

» ¡Bienvenidos a la vida!

6

Hari decidió no decirle a su nieta que le habían robado la copia del Primer Radiante. Si se la había llevado Gornon, ahora no podrían recuperarla. Pero el robot calviniano había manifestado un profundo respeto

por el Plan Seldon. Hari estaba seguro de que la sección de Gornon nunca se inmiscuiría en el experimento Terminus, aunque consiguieran descifrar las protecciones supercrípticas del artilugio. Simplemente habían pretendido enviar a Hari a quinientos años en el futuro para que afinara sus modelos y «juzgara» una nueva sociedad creada por la Fundación.

Wanda tenía una versión posterior y mejor del Primer Radiante a bordo de su nave. Hari se zambulló rápidamente en ella para incorporarle factores y ecuaciones que explicaran lo aprendido en aquel viaje. Entre los nuevos elementos se encontraban los factores de control que había notado en falta en sus ecuaciones durante años: fiebre cerebral, aparatos de persuasión orbitales, además de la historia largamente oculta de las máquinas terraformadoras y los archivos que había descubierto en la Nebulosa Thumartin. Antes de que la nave de Wanda terminara de salir de la influencia gravitatoria de la Tierra, vio ya un esbozo mejorado... un esbozo que explicaba muchas cosas tanto del pasado como del futuro.

Mientras Gaal Dornick pilotaba, el noble Biron Maserd se enzarzó en una fútil discusión con Wanda Seldon.

–¿No depende todo su grandioso Plan del secreto? Sin embargo, no le importa dejar a Horis y a los demás en la Tierra. Si los rescatan, o consiguen reparar su nave, hablarán.

– Es de esperar –respondió Wanda.

Maserd sacudió la cabeza.

–¡Aunque eso no suceda, habrá otras filtraciones! A lo largo de los siglos, nada de esta magnitud puede ser mantenido permanentemente en secreto. El profesor Seldon incluso grabó mensajes para que sean entregados en Terminus mucho después de su muerte. No pueden estar seguros de que la gente del futuro carezca de medios para curiosear por delante de su tiempo. Supongo que no comprendo su confianza, a la vista de tan inevitables revelaciones.

Con nada más que hacer por el momento, Wanda adoptó el aspecto de una maestra paciente, aunque su alumno posiblemente olvidaría todo aquello cuando la nave llegara a Trantor.

– Inevitable. Es cierto, milord. Pero la psicohistoria es principalmente un estudio de masas de población. Sólo en circunstancias especiales cuentan las acciones de los individuos. Durante el imperio, docenas de mecanismos sociales han actuado mucho tiempo para mantener el conservadurismo y la paz, a pesar de que existieran frecuentes perturbaciones. Cuando el imperio caiga, operarán factores distintos. Pero en la mayoría de la galaxia el efecto será el mismo. Una enorme mayoría de personas no hará caso a los rumores sobre robots y humanos con poderes de control mental. Puede que incluso haya unos cuantos programas paranoicos de entretenimiento o de noticias al descubierto... ¡algunos probablemente sean fieles al detalle! Y sin embargo, serán anulados, ya que la gente estará distraída con las necesidades de cada día. Todo esto se ha previsto en el Plan.

–¿Entonces está usted diciendo que el impulso de la historia es imparable? En ese caso, ¿por qué es necesaria su guía? ¿Por qué un grupo secreto de controladores ¿No tienen fe en sus propias ecuaciones?

La pregunta de Maserd penetró el trance matemático de Hari. Fue como un cuchillo que apuñalara una vieja herida familiar. La confiada respuesta de Wanda no alivió el dolor.

– Puede que haya perturbaciones que precisen de esa guía. Hemos estudiado muchos escenarios, especulando sobre factores que tal vez surjan de la nada, desviando el Plan.

Hari había participado en esas extrapolaciones informatizadas. El más poderoso factor externo que amenazaría la estabilidad del plan había sido el descubrimiento de humanos con poderes mentálicos. Amenazaba con hacer que todo fuera absolutamente inviable, hasta que el mecenas secreto de Hari, Daneel Olivaw, ofreció una solución: incorporar a todos los mentálicos conocidos dentro de la Segunda Fundación, convirtiendo una pequeña sociedad de matemáticos en una potente fuerza para guiar a la nueva sociedad de Terminus y sortear cada bache y desvío.

– Supongo que es una forma de abordarlo, y que, ustedes, los genios matemáticos, saben más que yo. Pero perdonarán a un ignorante miembro de la clase noble por preguntar… ¿Han considerado la alternativa?

–¿Qué alternativa es ésa, milord?

–¡La alternativa de compartir el secreto con todo el mundo! –Maserd se inclinó un poco más hacia Wanda, abriendo mucho las manos –. Publicar todo el Plan, esparcir el conocimiento de la psicohistoria por toda la galaxia, de modo que los miembros de todas las clases sociales, desde la nobleza y los burócratas hasta los ciudadanos corrientes, puedan visualizar modelos informatizados…

–¿Y para qué iba a servir eso?

–¡Permitiría que todas las personas trataran con sus vecinos sobre la base de una comprensión mucho mejor! Con un conocimiento de la naturaleza humana que ahora guardan ustedes para sí.

Wanda miró a Maserd un momento y se echó a reír.

– Tiene usted razón, lord Biron. Las razones son demasiado técnicas para explicarlas, ¡Pero sin duda, aunque sea a nivel visceral, entiende usted lo tonta que sería esa idea! Si todo el mundo conociera las leyes de la humánica, y pudiera acceder a ellas con un ordenador de bolsillo, las interacciones resultantes se volverían tan enormemente complejas que no podríamos modelarlas. El Plan mismo desaparecería.

Hari estaba de acuerdo con Wanda, y sin embargo se sintió divertido, e incluso un poco atraído, por la atrevida idea del joven noble. Tenía un regusto a la utopía que a menudo veía durante las primeras fases de algunos renacimientos–caos. Y sin embargo, había algo estéticamente atrayente en este paralelismo ¿Podría una población evitar la trampa del caos si todos sus miembros, emplearan la psicohistoria para ver los peligros que les acechaban en el camino? ¿Si reconocieran los síntomas del caos, como el solipsismo, por adelantado?

Naturalmente, Wanda tenía razón. Las ramificaciones no podrían ser modeladas. Era demasiado arriesgado tratar la idea de Maserd en el mundo real. Y sin embargo...

Alguien se sentó cerca y distrajo a Hari. Mors Planch llevaba esposas de contención, pero podía moverse con libertad por la cabina. El capitán pirata de piel oscura se acercó.

– No quiero que vuelvan a borrarme la memoria, doctor Seldon. Su nieta acaba de decir que su maravilloso Plan puede soportar que algunos individuos sepan demasiado. Si es así, ¿por qué no me dejan marchar cuando lleguemos a Trantor?

– Es usted un individuo extremadamente dinámico, capitán Planch. Encontraría algún astuto modo de usar el conocimiento contra todos nosotros.

Planch sonrió torvamente.

–¿Así que ahora se ha vuelto usted un hereje de su psicohistoria? ¿Cree en el poder del individuo?

Hari se encogió de hombros, rehusando contestar a la indiscreción del pirata.

–¿Y si le ofreciera algo a cambio de mi libertad?– dijo Planch en voz baja.

Hari se sentía fatigado por los incansables movimientos y el incesante planear de aquel hombre. Fingió concentrarse en la conversación entre Biron y Wanda.

–¿Pero importará eso? – Maserd estaba cada vez más entusiasmado –. Imagine que todos los millones de habitantes de la galaxia proyectaran adecuadamente la conducta humana, planificando por adelantado sus propios intereses, teniendo al mismo tiempo en cuenta la salud general de la sociedad. ¿No será eso más fuerte que un solo modelo o plan? Incluso yo puedo ver que las estrategias individuales de la mayoría de la gente cancelarían a las de los demás. Pero el resultado global debería ser una humanidad más sabia, más fuerte y capaz de cuidar de sí misma...

La voz de Biron se apagó. Al principio Hari pensó que fue a causa de la expresión de Wanda. Amaba mucho a su nieta, pero a veces parecía demasiado segura, incluso condescendiente en su confianza como agente del destino.

Entonces Hari vio que Maserd ni siquiera miraba a Wanda. La boca del noble expresaba una completa sorpresa. Cerca, Mors Planch se envaró, súbitamente tenso.

Hari se enderezó. Incluso las ecuaciones que todavía corrían por los rincones de su mente huyeron bruscamente, como enjambres de criaturas voladoras expulsadas por la presencia de un depredador cercano. Parpadeó, y vio cómo al otro lado de la cabina de la nave un intruso acababa de salir de un compartimiento de almacenamiento... más pequeño que un ser humano, vestido con unos pantalones cortos y con el cuerpo demasiado cubierto de pelo marrón. Las cuencas oculares sobresalían en una frente que se curvaba hacia atrás de una manera que no parecía humana ni animal.

Hari reconoció al momento al chimpancé, o pan, cuya feroz mueca dejaba al descubierto unas intimidatorias hileras de dientes amarillos. En su mano derecha la criatura empuñaba un objeto bulboso, un cilindro redondeado terminado en una boca acampanada. Aunque no era una pistola de rayos, saltaba a la vista que se trataba de un arma. En la otra mano sostenía una grabadora, que se activó en modo reproductor.

– *Hola, queridos amigos* –dijo la inconfundible voz de Gornon Vlimt –. *Les insto a permanecer en calma. La criatura que tienen ante ustedes, indetectable por cualquier mentálico, robot o humano, no hará daño a nadie. Yo nunca lo permitiría, aunque ahora deben ustedes quedarse temporalmente indefensos para impedir nuevas interferencias en nuestros planes.*

»Por favor; intenten relajarse. Hablaremos en persona pronto... cuando se encuentren de nuevo en la superficie del mundo que nos engendró a todos.

La voz de Gornon se apagó, y la unidad reproductora se detuvo con un chasquido audible. En ese punto, el pan hizo una mueca, como si comprendiera lo que estaba a punto de suceder.

Mors Planch y Biron Maserd avanzaron hacia la criatura. Hombres de acción, habían acordado silenciosa y rápidamente atacarla desde direcciones opuestas. Mientras tanto, Wanda se concentró con el ceño fruncido intentando con sus poderes mentálicos contactar y dominar los pensamientos de una mente extraña.

Hari podría haberles advertido que no se molestaran. El chimpancé pulsó el disparador del arma y un chorro de gas inundó la sala, incoloro pero con un alto índice de refracción. Hari advirtió que el pan llevaba filtros en la nariz.

Tanto da, pensó. *Había asuntos que terminar allá en la Tierra.*

Aquellos asuntos habían esperado veinte mil años o más. Calculó que no importaría si esperaban un poco más.

Sorprendido por su propia ecuanimidad, con una leve sonrisa en los labios, Hari se sentó en su silla mientras todos los demás jadeaban, se debatían y caían al suelo. Cerró los ojos, abandonando la conciencia con una sensación de serena expectación.

7

Soñó con una antigua leyenda que había leído. La historia de un hombre, condenado a morir, a quien le quitaron una costilla mientras dormía y que, por tanto, adquirió una extraña forma de inmortalidad.

De algún modo, Hari advirtió que la historia podía aplicársele. Mientras yacía indefenso, sólo semiconsciente, alguien pareció rebuscar en su interior y sacarle una pieza. Una parte importante. Algo precioso.

Empezó a levantarse, para protestar: Pero una voz familiar lo tranquilizó.

– No temas. Sólo estamos tomando prestado. Venerando. Copiando.

– No echarás nada en falta.

– Sigue durmiendo y sueña cosas agradables.

No tenía motivos para dudar de aquellas palabras reconfortantes. Obedeciendo la orden, se relajó y durmió, imaginó que su amada Dors estaba tendida a su lado. Esbelta y calmada. Siempre paciente y firme.

Durante un rato, pareció que también él había descubierto el truco de vivir para siempre.

Tras haber dormido durante el viaje de regreso y gran parte del día siguiente, Hari bajó por la plancha de la nave y se encontró en un atardecer helado en el planeta Tierra. Moviéndose torpemente (porque los dolores de la ciática habían regresado a su pierna izquierda), se cubrió los ojos contra el resplandor de los lejanos edificios situados a varios kilómetros de distancia. Las ruinas más recientes, que se remontaban a la primera época imperial, brillaban bajo el sol como porcelana blanca. *Chica* sólo podría haber albergado a unos cincuenta mil habitantes en su momento de esplendor. Sin embargo, la pequeña ciudad fantasma era claramente acogedora comparada con su vecina, una montaña de metal, más grande que un asteroide, una ciudad–caverna sin ventanas, donde millones de personas se encerraron para huir de alguna insoportable pesadilla durante los primeros días de Daneel Olivaw.

Mucho más cerca, entre los edificios más antiguos de la universidad, algunos de los actuales terrícolas habían emplazado un improvisado campamento donde trabajar para su último jefe, R. Gornon Vlimt. Dos de los ayudantes calvinianos de Gornon dirigían a los trabajadores que excavaban una especie de sarcófago de más de un centenar de metros de ancho. Se levantaron nuevos andamios hasta una grieta en la muralla de contención. En su interior, Hari atisbó los restos de un edificio más antiguo que cualquier otro que hubiera visto. Más antiguo quizá que el vuelo estelar.

A través de la grieta se filtraba un brillo pulsante que destacaba incluso a la luz del día.

Los terrícolas que trabajaban uniendo troncos y planchas de madera eran criaturas de aspecto demacrado, mal vestidas y dolorosamente delgadas, como si apenas sobrevivieran a base de aire sucio. Tenían el rostro demacrado, y algo acechaba en sus ojos... un fluctuar que parecía una distracción, hasta que Hari observó con más atención. Entonces cayó en la cuenta de que los nativos estaban *escuchando* continuamente, prestando atención a los más tenues sonidos: el caer de una piedra o el vuelo de una abeja. Aquella gente podía a duras penas ser considerada peligrosa de cerca, aunque Hari recordó que sintió algo muy distinto cuando sólo eran sombras oscuras en las colinas cercanas que lanzaban proyectiles de piedra a través de la noche.

– Lamentan el ataque –explicó R. Gornon, presentando a Hari al jefe local, un ser alto y delgado que hablaba un dialecto incomprensible –. Me ha pedido disculpas en nombre de su pueblo. El deseo de atacar les vino de pronto, inexplicablemente. Para expiar su falta de hospitalidad, el jefe quiere saber cuántas vidas deben ser sacrificadas.

–¡Ninguna! – Hari se sintió aterrorizado ante la idea –. Por favor, diles que se ha terminado. Lo hecho, hecho está.

– Desde luego, lo intentaré, profesor. Pero no tiene ni idea de lo seriamente que se toman los terrícolas estos asuntos. Su actual religión se basa en la responsabilidad total. Creen que todo esto – Gornon indicó la desolación radiactiva– fue causado por los pecados de sus antepasados y que ellos conservan parte de la culpa.

Hari parpadeó.

– Han expiado toda culpa sólo con vivir aquí. Nadie merecería esto, no importa lo enorme que sea su crimen.

Gornon habló brevemente en el duro dialecto local, y el jefe gruñó, aceptando. Se inclinó una vez ante Gornon y luego ante Hari, y después retrocedió.

– No siempre fue así –le dijo el robot a Hari, mientras continuaban caminando—. Incluso diez mil años después de que el planeta fuera envenenado, unos cuantos millones de personas seguían viviendo en la Tierra, cultivando pedazos de buena tierra, viviendo en ciudades modestas. Tenían tecnología, unas cuantas universidades y algo de orgullo. Quizá demasiado orgullo.

–¿Qué quieres decir?

– Cuando el Imperio Galáctico empezaba a asentarse, trayendo la paz después de cien siglos de guerra y desunión, casi todos los planetas se unieron ávidamente a la nueva federación. Pero los fanáticos terrestres consideraron que era una blasfemia que otro mundo gobernara. Su Culto de los Antiguos planeó hacer la guerra contra el imperio.

– Ah, recuerdo que hablaste de esto antes. Uno contra millones… pero con horribles gérmenes como aliados.

– En efecto, un arma biológica de virulencia sin igual derivada de organismos encontrados aquí mismo en la Tierra. Un contagio que impulsaba a sus víctimas a esparcirlo aún más.

Hari hizo una mueca. La plaga era un factor que podía hacer que las proyecciones psicohistóricas fallaran… e incluso se desmoronaran.

– Con todo, el plan fue desbaratado.

Gornon asintió.

– Uno de los agentes de Daneel residía aquí, con la misión de vigilar el mundo madre. Por fortuna, ese agente tenía un aparato especial, capaz de aumentar los poderes neurales en ciertos tipos de humanos. Tuvo la suerte de encontrar un sujeto con las características adecuadas, sobre todo una fuerte convicción moral, y le dio a ese hombre poderes mentálicos, primitivos pero efectivos…

–¿Un mentálico humano, hace tanto tiempo?

– Ese hombre consiguió frustrar el plan. Así, indirectamente, el agente de Daneel impidió la catástrofe.

Hari reflexionó.

–¿Fue ése el fin de la civilización terrestre? ¿Evacuaron a la población para impedir más rebeliones?

– Al principio no. Al principio el imperio ofreció compasión. Incluso se tomaron medidas para restaurar la fertilidad de la Tierra. Pero se reveló demasiado caro. La política cambió. Las actitudes se endurecieron. Un siglo después, se dio la orden de evacuar. Sólo quedaron estos terrestres que se esconden entre la destrucción.

Hari dio un respingo al recordar a Jeni Cuicet, que se afanaba con tanta fuerza por evitar el exilio en Trantor.

No podemos controlar los vientos del destino, pensó.

La nave *Orgullo de Rhodia* se encontraba aún en el lugar donde había sido aparcada unos cuantos días antes, tras la cara norte del sarcófago. Sólo que ahora había un campamento de desaliñadas tiendas cerca, los habitáculos de los trabajadores. Algunos miembros de la tribu se congregaban alrededor de una olla, cocinando. El olor hizo que Hari arrugara la nariz, lleno de repulsión.

No muy lejos, divisó a una mujer mucho más fornida que ningún terrestre, vestida con prendas desgarradas que titilaban como el horizonte radiactivo. Caminaba, alzando una mano delante del rostro, murmurando rápidamente, y luego alzaba la otra mano. Hari reconoció a Sybyl, la científico–filósofa de Ktlina, ahora evidentemente atrapada en una etapa terminal del mal del caos: la fase solipsista, en la que la indefensa víctima entusiasma con sus cualidades únicas y corta toda conexión con el mundo exterior.

Todo se vuelve relativo, *reflexionó Hari*. Para un solipsista no existe la realidad objetiva, sólo la subjetiva. La seguridad furiosa y violenta de la opinión individual contra el cosmos entero.

R. Gornon Vlimt habló con voz queda, tan baja que Hari apenas entendió las palabras.

– Eso fue lo que el Culto de los Antiguos planeó desencadenar sobre la galaxia.

Hari se volvió a mirar al robot.

–¿Te refieres al Síndrome del Caos?

Gornon asintió.

– Los conspiradores desarrollaron una forma especialmente virulenta capaz de superar todos los mecanismos de control sociales que Daneel

Olivaw había desarrollado para su nuevo imperio. Por fortuna, el plan fue desbaratado por su heroica intervención. Pero cadenas más débiles de la misma enfermedad ya se habían vuelto endémicas en la galaxia, quizá transmitidas por las primeras astronaves.

Hari sacudió la cabeza. Pero todo tenía demasiado sentido. ¡Advirtió de inmediato que el caos *tenía* que ser a la fuerza una plaga contagiosa!

La primera vez que golpeó, no pudieron darse cuenta de que era. Lo único que supieron fue que, en el cenit de su confiada civilización, la locura se esparcía bruscamente por todas partes

Una cosa era que un renacimiento destruyera un mundo moderno como Ktlina, uno entre millones. Pero cuando sucedió la primera vez, la humanidad sólo se había extendido a unos cuantos planetas. La pandemia debió haber afectado a todos los seres humanos vivos.

De repente ya no pudo confiarse en nada más. La anarquía destruyó la gran Cosmópoli Técnica. Para cuando los disturbios cesaron y el polvo se despejó, la población de la Tierra había huido bajo tierra, ocultándose con psicótica agorafobia. Mientras tanto los espaciales renunciaron al sexo, el amor y todos los placeres gratificantes.

Hari se volvió hacia el robot.

–¿Comprendes lo que esto significa, no?

R. Gornon asintió.

– Es una de las últimas claves del enigma que llevas toda la vida intentando resolver. El motivo por el que no puede permitirse que la humanidad se gobierne a sí misma, o que avance sin obstáculos hacia su pleno potencial. Cada vez que tu raza se vuelve demasiado ambiciosa, esta enfermedad despierta y lo destruye todo.

Se encontraban ahora entre las tiendas. Hari vio que los otros miembros de la tripulación de Ktlina no se encontraban mejor que Sybyl. Uno de los soldados supervivientes miraba aturdido al espacio, mientras una mujer nativa trataba de darle de comer con una cuchara. Otro, sentado en el suelo, cruzado de piernas, explicaba entusiasmado a un grupito de niños de no más de dos años de edad por qué el nanotrascendentalismo era superior al neorruellianismo.

Hari suspiró. Aunque había combatido al caos toda la vida, los datos proporcionados por Gornon le permitían verlo con una perspectiva nueva. Tal vez el caos no era inherente a la naturaleza humana después de todo. Lo causaba una enfermedad, un factor importante que sus ecuaciones tal vez pudieran cambiar…

Suspiró, descartando la idea. Como el agente infeccioso responsable de la fiebre cerebral, esta enfermedad había evitado ser detectada y tratada por todos los médicos y biólogos de la galaxia durante mil generaciones. Era inútil soñar con encontrar una cura a esas alturas, cuando el Imperio se autodestruiría dentro de tan poco tiempo.

A pesar de todo, Hari reflexionó.

Mors Planch estuvo en Ktlina y en varios otros mundos del caos. Sin embargo, no sucumbió. ¿Podría haber una clave a todo esto en su inmunidad para la persuasión mentálica?

Un grupito se congregaba al fondo de la tienda más grande. Alguien hablaba nerviosamente, usando todo tipo de términos técnicos. Hari pensó que sería otro ktliniano enfermo, hasta que reconoció la voz, y sonrió.

Oh, es Horis. Bien, está sano y salvo.

A Hari le preocupaba el pequeño burócrata abandonado en la Tierra. Al acercarse, vio que entre el público de Antic se encontraban Biron Maserd y Mors Planch. Uno de los pilotos estelares era un prisionero esposado, y el otro un amigo de confianza, pero ambos adoptaban una expresión de divertido interés. El noble lo saludó con una sonrisa cuando Hari se aproximó.

Planch lo miró ansiosamente a los ojos, como diciendo que su conversación tenía que continuar pronto. *Dice que tiene algo que quiero. Información tan importante para mí que forzaría las reglas en su favor, e incluso me arriesgaría a dañar a la Segunda Fundación.*

Hari sintió curiosidad... pero esa sensación fue prácticamente derrotada por otra. Expectación.

Esta noche debo decidir R. Gornon no me obligará a viajar en el tiempo. La opción es completamente mía.

Horis advirtió por fin a Hari.

– Ah, profesor Seldon. Me alegro mucho de verlo. Por favor, échele un vistazo a esto.

En una burda mesa había varias docenas de material apilado que oscilaba entre lo sucio y lo mohoso o desmoronado. De hecho, parecían montones de tierra.

Naturalmente. Su profesión es el estudio de suelos. Es su anclaje en un momento como éste. Algo a lo que aferrase ante todas estas preocupaciones.

Hari se preguntó si algunas de las muestras no serían peligrosas, pero tanto Maserd como Mors Planch se habían quitado la capucha de su traje de radiación, y tenían más tiempo de vida que arriesgar que Hari.

Horis mostró orgullosamente su colección.

– He estado ocupado, como puede ver. Naturalmente, sólo he tenido tiempo para un muestreo rutinario. Pero los terrestres son muy serviciales y envían a sus muchachos en todas direcciones a que tomen muestras para mí.

Hari captó la indulgente sonrisa de Maserd y asintió. *Que Horis disfrute. Ya habrá tiempo para discutir asuntos más importantes antes de que caiga la noche.*

–¿Y qué ha determinado hasta ahora?

–¡Oh, muchísimo! Por ejemplo, ¿sabía usted que los mejores suelos de esta zona no son de origen terrestre? Hay varios lugares, no lejos de Chica,

donde plantaron muchas hectáreas de rica arcilla. El material procede inconfundiblemente del Mundo Lorissa, a más de veinte años luz de distancia. Lo trajeron aquí y lo esparcieron de forma limpia y organizada. ¡Alguien trató de restaurar este planeta! Situó el esfuerzo hace aproximadamente diez mil años.

– Hari asintió. Esto encajaba con lo que Gornon había dicho antes, que el imperio había intentado restaurar el mundo hogar, antes de cambiar de opinión, cerrar las universidades y evacuar a millones de sus hogares, dejando sólo una raza de abotargados supervivientes

–¡Pero hay más! –insistió Horis Antic, acercándose al lugar donde había emplazado varios instrumentos. Me he quedado despierto toda la noche estudiando las emanaciones de esa cosa que los antiguos sellaron allí.

Hari señaló al inmenso sarcófago de acero y hormigón, y la grieta de entrada a la que los trabajadores de R. Gornon pretendían acceder por medio de sus andamios.

– No tengo las herramientas adecuadas ni la experiencia necesaria. Pero está claro que aquí hubo alguna especie de bucle en el continuo, hace mucho tiempo. Ahora está dormido, pero los efectos deben ser potentes cuando esa cosa despierta. Ese tiktok, el que se hace pasar por Gornon Vlimt, me hizo sentirme escéptico cuando habló de enviar a alguien a través del tiempo, Pero ahora tengo mis dudas.

El burócrata–científico sonrió.

– Lo que yo puedo decir, y el robot tal vez no se lo haya dicho, es que aunque el bucle espaciotemporal está dormido, hay efectos que permean todo este planeta. Uno de los más notables es un cambio en la estabilidad del óxido de uranio, una molécula ligera que se encuentra en las regiones hidrotermales de la mayoría de los planetas tipo terrestre. Sólo que aquí hay una predisposición ligeramente superior para que los átomos constituyentes....

Hari parpadeó, advirtiendo bruscamente algo. Le habían dicho que la transformación de la Tierra en un mundo radiactivo se produjo por la decisión de un robot, durante la era poscaótica. ¿Pero podrían haber sido sembradas antes las semillas? ¿En el brillante renacimiento en que Susan Calvin y sus contemporáneos no veían límites a su ambición ni a su poder?

¿Y si Giskard sólo amplificó algo que ya existía? ¿Pudo eso impulsar a los seguidores de Daneel a acceder? ¿Explicaría eso por qué aquel efecto sólo se produjo una vez? ¿En la Tierra?

Horis se dispuso a continuar explicando con entusiasmo los detalles de aquella antigua tragedia. Pero fue interrumpido por la campana de la cena... lo que significaba, compartir la hospitalidad de los terrícolas. R. Gornon consideraba que los terrícolas sentirían herido su orgullo si rehusaban.

Hari consiguió tragar unos cuantos bocados de engrudo indescriptible, y sonrió apreciativamente antes de excusarse. Tras subir despacio al montículo de escombros, se sentó ante las tres ciudades destrozadas y sacó de su bolsillo la última copia del Primer Radiante del Plan Seldon.

Se sentía un poco culpable por haber cogido la copia de Wanda, pero su nieta no lo advertiría, ni le importaría tampoco. Gaal Dornick y ella continuaban a bordo de su nave, conectados a máquinas de sueño hasta los procedimientos de esa noche.

Pronto he de decidir si avanzo cinco siglos... suponiendo que eso funcione como dicen, y no me desintegre sin más.

Sonrió ante esa idea. Parecía una forma interesante de desaparecer.

De todas formas, ¿qué tengo que...?

De repente, el cielo tembló con un resonante trueno, un estallido sónico. Alzó la cabeza. Allí donde unas cuantas estrellas habían empezado a brillar apareció un objeto reluciente, un cilindro alado que viró y planeó, disponiéndose claramente a aterrizar.

Hari suspiró. Tenía la esperanza de perderse durante un par de horas en sus amadas ecuaciones. Era absorbente contemplar el nuevo modelo matemático que había emergido, una pauta para el futuro, pero las ideas flotaban ya dentro de su cabeza y estaba seguro de que volver a comprobar el Primer Radiante no cambiaría nada.

Con esfuerzo, consiguió levantar su frágil cuerpo. Fluctuantes parches de radiación iluminaron su camino, siguiendo el serpenteante sendero de vuelta al campamento.

Para cuando lo alcanzó, los nuevos visitantes ya habían llegado.

Un par de mujeres se hallaban cerca de R. Gornon Vlimt. Una de ellas se volvió y sonrió, mientras Hari se acercaba al campamento de los terrestres.

–¿El invitado de honor, supongo?

La expresión de Gornon apenas varió.

– Profesor Seldon, permítame que le presente a Zorma y Cloudia. Han recorrido una gran distancia para ser testigos de los acontecimientos de esta noche, y para asegurarse de que no está usted sometido a ningún tipo de coacción.

Hari se echó a reír.

– Toda mi vida ha sido guiada por los demás. Si sé más y veo más que mis compañeros humanos, es porque eso sirve a algún plan a largo plazo. Así que decidme, ¿a qué tipo de robots pertenecéis? –les preguntó a las dos recién llegadas –. ¿Sois de otra secta de calvinianos? ¿O representáis a Daneel?

La llamada Zorma sacudió la cabeza.

– Nos hemos separado de los calvinianos y los giskardianos. Ambos grupos nos llaman *pervertidos.* Sin embargo, nos encuentran útiles cada vez que algo importante va a tener lugar.

– Pervertidos, ¿eh? –Hari asintió. Todo encajaba –. ¿Cuál de ustedes es la humana?

Cloudia se llevó una mano al pecho.

– Yo nací siendo una de los amos, hace mucho tiempo. Pero este nuevo cuerpo mío es al menos en una cuarta parte robótico. Zorma, aquí presente, tiene muchas partes protoplásmicas. Así que su pregunta es complicada, profesor Seldon.

Hari miró a R. Gornon, cuyo rostro no reveló nada, aunque podía simular toda la gama de emociones

– Comprendo por qué las otras sectas positrónicas encuentran su política preocupante —comentó Hari.

Zorma asintió.

– Buscamos sanar la grieta entre nuestras especies difuminando la distinción. Ha sido un proyecto largo costoso, y no del todo satisfactorio. Pero seguimos con esperanza. Los otros robots nos soportan, porque sentirían una seria disonancia mental si trataran de eliminarnos.

– Naturalmente, si eres en parte humana, estás protegida por la Primera Ley. –Hari hizo una pausa – Pero eso no será suficiente en sí mismo. Tiene que haber algo más.

Cloudia asintió.

– También proporcionamos un servicio. Somos testigos. No nos decantamos por ningún bando. Recordamos.

Hari no pudo dejar de sentirse impresionado. Esa pequeña secta había mantenido su existencia durante, largo tiempo, soportando el desprecio de fuerzas muy superiores, mientras mantenía cierto grado de independencia en una época en que la memoria humana estaba nublada por la amnesia. Hacían falta mucha disciplina y paciencia para soportar siglos así, resistiendo la siempre presente necesidad de actuar. En ciertos aspectos, requería un espíritu *opuesto* al de Mors Planch. De hecho, habría gente casi exactamente como…

Se dio la vuelta, buscando un rostro entre la multitud, escrutando más allá de Horis, Sybyl, los terrestres y Mors Planch.

La mirada de Hari se posó en el noble de Rhodia, Biron Maserd, que se mantenía apartado de la multitud, cruzado de brazos, con expresión de indiferencia. Hari vio ahora a través del disfraz.

– Venga, mi joven amigo –instó al alto lord –. Venga a unirse a sus camaradas. Que no haya más secretos entre nosotros. Es la hora de la verdad.

– Claro que tenía que haber un espía –dijo Hari, cortando las protestas de Maserd –. Alguien que supiera lo de la Nebulosa Thumartin, por ejemplo. No nos tropezamos los archivos y máquinas terraformadoras por accidente.

»Y había otras pistas. Cuando Sybyl y el Gornon auténtico empezaron a acceder a esos antiguos archivos, usted ya sabía más sobre la historia humana que ningún catedrático de las universidades imperiales.

– Como expliqué antes, Seldon, las familias nobles a menudo tienen bibliotecas privadas que sorprenderían a los miembros de la meritocracia. Mi familia siente tradicional interés por asuntos como...

–¿Cómo los sistemas de gobierno empleados en la Tierra? Ese tipo de conocimiento es notable. Incluso increíble. Luego estaban las *máquinas labradoras* que tan nervioso pusieron a Horis... esos enormes aparatos usados hace tanto tiempo en preparar mundos para la ocupación humana. Su reacción hacia ellas fue de indiferencia... como si estuviera contemplando a un viejo enemigo familiar.

Esta vez Biron Maserd sonrió, sin molestarse en refutar la afirmación de Hari.

–¿Es un crimen desear que el universo tenga más diversidad?

Hari se echó a reír.

– Para un psicohistoriador, es casi una blasfemia. La galaxia es ya tan complicada que las ecuaciones casi revientan por las costuras. Y eso sólo tratando con la humanidad. ¡Los matemáticos preferiríamos simplificar!

»No. No advertí todas las pistas porque estaba obsesionado con el caos. Sybyl, Planch y los demás constituían una amenaza tan grande... Mientras que Kers Kantun me dijo que era usted un aliado, que odiaba el caos tanto como cualquiera...

–¡Y lo odio!

– Yo entendí que eso significaba que era usted hombre práctico, seguidor del imperio, como hacía creer. Pero ahora veo que es otro utópico, Maserd. ¡Cree que la humanidad puede escapar del caos si experimenta el tipo adecuado de renacimiento!

Biron Maserd miró a Hari durante un larguísimo instante antes de responder.

–¿No trata de eso el Plan Seldon, profesor? ¿De preparar una sociedad humana que sea lo suficientemente fuerte para vencer al antiguo enemigo que acecha dentro de nuestras almas?

Ése fue mi viejo sueño, respondió Hari para sí. *Aunque hasta hace unos pocos días creía que había quedado obsoleto.*

En voz alta, dio a Maserd una respuesta distinta, consciente de que los demás estaban escuchando y observando.

– Como muchos nobles, es usted en el fondo pragmático, milord. Como carece de herramientas matemáticas, intenta una cosa tras otra,

abandonando cada solución fracasada sólo cuando se ve obligado a conceder que es hora de intentar otra.

Hari señaló a las dos mujeres cyborg, Zorma y Cloudia, una de las cuales había nacido humana y la otra con un cerebro positrónico fiel a las Leyes de la Robótica. Sólo que ahora habían empezado a difuminar las diferencias.

–¿Sigue implicado en este proyecto radical, o está simplemente cooperando por conveniencia temporal?

Aceptando al parecer la inevitabilidad de las conclusiones de Hari, Maserd dejó escapar un suspiro.

– Nuestros grupos se conocen desde hace mucho tiempo. Mi familia… –Sonrió, sombrío –. Nos encontrábamos entre los que enviaron los archivos, hace mucho tiempo, mientras luchábamos a la desesperada contra la difusión de la amnesia. ¡Y combatimos contra las máquinas terraformadoras! Fue inútil, en gran medida. Pero conseguimos unas cuantas victorias.

Fue Horis Antic quien hizo la siguiente pregunta con voz apagada.

–¿Qué clase de victorias? ¿Quieres decir que os enfrentasteis a robots y vencisteis?

–¿Cómo se puede combatir a seres que son mucho más poderosos y están totalmente seguros de que actúan por tu bien? A pesar de todo, conseguimos detener unas cuantas veces a las horribles máquinas, adelantándonos y emplazando colonos *humanos* en un mundo previsto para la terraformación. Varias veces eso detuvo a las máquinas labradoras, que no pudieron arrasar un planeta con habitantes humanos.

Mors Planch parpadeó.

–¿No conoceríamos esos lugares?

– Cuando las guerras robóticas terminaron, hicimos un trato con Daneel Olivaw. Accedimos a dejar de combatir la amnesia, y a poner en cuarentena los mundos protegidos. A cambio, él no nos alteró y dejó nuestra memoria intacta. El precio último fue la pasividad. Permanecer silenciosos e inactivos. –Maserd apretó la mandíbula –. Con todo, mientras el Imperio Galáctico funcionó, fue una alternativa mejor que la ruina y el caos.

– Su actuación en este asunto difícilmente puede ser considerada pasiva –señaló Hari.

Maserd estuvo aparentemente de acuerdo.

– El imperio se está desmoronando. Todos los viejos tratos parecen inútiles. Todo el mundo está esperando por lo visto a que Daneel Olivaw presente un plan. Incluso los calvinianos –indicó con el pulgar a R. Gornon Vlimt– parecen demasiado tímidos para oponerse directamente a su antiguo enemigo. Todo lo que quieren es adelantar a Hari Seldon en el tiempo, como si eso asegurara que todo va a salir bien.

Maserd soltó una carcajada.

El robot que había sustituido al excéntrico Gornon Vlimt avanzó un paso. Por primera vez, sus programas de simulación imitaron a un humano dominado por la incertidumbre.

–¿No creen que Olivaw elaborará algo positivo para el bien de la humanidad a largo plazo?

Una mujer rió.

–¿Entonces se reduce a eso? –preguntó Zorma. A pesar de todos vuestros planes secretos, sois un atajo de tiktoks timoratos. Escucha lo que dices, depositando tu confianza en alguien a quien has combatido durante tanto tiempo. ¡Si acabas de citar la Ley Cero de Daneel!

Zorma sacudió la cabeza.

– Ya no quedan calvinianos auténticos.

Hari no tenía intención de dejar que la conversación se disolviera en disputas ideológicas entre robots. Tampoco le importaba que Biron Maserd hubiera estado espiando todo el tiempo. De hecho, le deseaba suerte al noble. Lo que realmente importaba ahora era la decisión que tenía que tomar. Esa inmediatez quedó clara cuando el ayudante de R. Gornon entró apresuradamente en la tienda.

– Los preparativos están completos. En menos de una hora llegará el momento. Es hora de subir al andamio.

Y así, sin haber tomado aún una decisión, Hari se unió a una procesión que recorría los caminos que conducían a la antigua universidad. Sus pasos eran iluminados en parte por la luna en cuarto creciente y por el luminoso resplandor que emitían los átomos de oxígeno al ser golpeados por los rayos gamma que brotaban del suelo. Mientras avanzaba, sintiéndose débil por la edad, Hari, experimentó la acuciante necesidad de hablar con alguien en quien pudiera confiar.

Sólo un nombre ocupó su mente, y lo murmuró en voz baja.

–¡Dors!

Lo último que esperaba era que aquello se convirtiera en una ocasión ceremonial. Pero una procesión de terrícolas acompañó a Hari y los demás camino del sarcófago. Los nativos entonaban una extraña melodía, a la vez terrible y extrañamente alegre, como si expresara su esperanza de redención. Tal vez la canción tenía muchos miles de años de antigüedad, y se remontaba a antes incluso de que la humanidad abandonara su cuna para asaltar las estrellas.

Acompañando a R. Gornon y Hari iban las ciborgs «desviadas», Zorma y Cloudia. Biron Maserd caminaba ahora abiertamente junto a ellas. A petición de Hari, Wanda Seldon y Gaal Dornick habían sido despertados para unirse al cortejo, aunque se le había advertido a Wanda que no intentara ninguna interferencia mentálica. Algunos de los robots presentes

tenían habilidades similares, suficientes para contrarrestar cualquier esfuerzo que ella pudiera hacer.

La nieta de Hari parecía triste, y él trató de tranquilizarla con una sonrisa. Educado como meritócrata, Hari siempre había esperado adoptar hijos, en vez de tener los suyos propios. Y sin embargo, pocas alegrías, en la vida se habían equiparado a ser padre de Raych, y luego abuelo de esta excelente joven, quien se tomaba tan en serio sus deberes como agente del destino.

Horis Antic pidió que lo excusaran, en apariencia para continuar su investigación, aunque Hari conocía el verdadero motivo. La brillante «anomalía espacio–temporal» aterraba a Horis. Pero Gornon no quiso dejar a nadie en el campamento, así que Antic tuvo que acompañarlos, justo detrás del prisionero Mors Planch. Incluso los supervivientes del renacimiento de Ktlina se unieron a la procesión, aunque Sybyl y los demás apenas parecían conscientes de nada excepto de un estentóreo murmullo de voces dentro de sus propias cabezas.

Mientras se acercaban a la anomalía cubierta por el andamio, Hari había visto el contorno redondeado del sarcófago dejar atrás cada una de las antiguas ciudades.

Primero, Vieja Chicago, con sus rascacielos destrozados aún apuntando osadamente al cielo, recordando una época de apertura y ambición sin límites. La siguiente en desaparecer fue Nueva Chicago, aquella monstruosa fortaleza donde tantos millones de seres se encerraron para apartarse de la luz del día y de un terror que no podían comprender. Finalmente, la pequeña Chica desapareció, el blanco pueblecito de porcelana donde la última civilización de la Tierra luchó en vano contra la irrelevancia, en una galaxia a la que simplemente ya no le importaban sus orígenes.

Tras doblar una curva del antiguo campus universitario, llegaron a un lugar desde donde se veía la grieta, unas gruesas paredes hendidas que antaño pretendieron sellar algo espantoso. Enterrarlo para siempre. Hari miró a su izquierda, a R. Gornon.

– Si esta anomalía realmente da acceso a la cuarta dimensión, ¿por qué no ha sido empleada durante todos estos siglos? ¿Por qué nadie intentó cambiar el pasado?

El robot sacudió la cabeza.

– Viajar al pasado es imposible a muchos niveles, doctor Seldon. De todas formas, aunque se pudiera cambiar el pasado, eso sólo crearía un nuevo futuro donde alguien más estaría descontento. Esa gente, a su vez, enviaría emisarios para cambiar su pasado y así sucesivamente. Ningún camino temporal tendría derecho a reclamar la realidad por encima de ningún otro.

– Entonces tal vez nada de esto importe –musitó Hari –.Tal vez todos seamos solamente imágenes paralelas de un espejo... o bien pequeñas simulaciones, como los números que conjugamos en el Primer Radiante. Temporales. Fantasmas que sólo existen mientras otra persona piensa en ellos.

Hari no miraba por dónde iba. Su pie izquierdo tropezó en el terreno irregular y empezó a caer hacia delante... pero fue detenido por la mano fuerte y amable de R. Gornon. Incluso así, el cuerpo de Hari sintió temblores de dolor y fatiga. Echó de menos a su cuidador, Kers Kantun, y la silla de ruedas que llegó a odiar. En cierto modo, Hari notaba que estaba muriéndose que llevaba deslizándose hacia la muerte varios años.

– No me hallo en buen estado para hacer un viaje largo –murmuró, mientras sus compañeros esperaban a que se recuperara.

– El único humano que ha hecho este viaje también era un anciano –le aseguró Gornon –. Las pruebas demuestran que el proceso es suave, o de otro modo nunca nos arriesgaríamos a causarle daño. Y cuando llegue, habrá alguien esperando.

– Ya veo. Aun así, me pregunto...

–¿Qué, profesor?

– Tenéis a vuestro alcance grandes poderes de ciencia médica. Logros y técnicas que los robots han alumbrado durante milenios. Estas ciborgs –señaló a Zorma y Cloudia – parecen capaces de duplicar cuerpos y extender la vida indefinidamente. Así que me pregunto por qué no potenciáis mi salud física, al menos un poco más, antes de hacer este viaje.

– No está permitido, profesor. Hay buenas razones morales, éticas y...

Una áspera risa, procedente de la robot llamada Zorma, lo interrumpió.

–¡Excepto cuando cuadra con vuestros propósitos! Tendrías que darle a Seldon una respuesta mejor, Gornon

Tras una pausa, Gornon dijo en voz baja:

– Ya no tenemos el aparato organiforme. Nos lo quitaron en Pengia. El aparato era necesario en parte para continuar un importante proyecto... y eso es todo lo que diré al respecto.

Continuaron caminando hasta que el brillo que emanaba de la tumba resquebrajada llenó la noche, proyectando las sombras arácnidas del andamio por la universidad destruida. La mayoría de los terrestres y los otros acompañantes se subieron a los montículos de escombros cercanos para observar, mientras Hari y Gornon encabezaban una menguada procesión hacia una amplia plataforma de madera que empezaron a elevar por medio de chirriantes cuerdas, aupando a una docena de los presentes.

Mientras Hari y su entorno ascendían, le comentó a Gornon:

– Se me ocurre que tal vez os estéis tomando un montón de molestias innecesarias. Hay otro modo de enviar a una persona al futuro, ¿sabes?

Esta vez, el robot no respondió. En cambio, Gornon rodeó los hombros de Hari con un brazo para sostenerlo mientras el improvisado ascensor alcanzaba su destino con una sacudida. Hari tuvo que cubrirse los ojos para protegerlos del resplandor que brotaba del muro de contención roto.

Tras los murmullos de asombro de sus invitados, Gornon dio una explicación a la vez conmovedora y breve.

– Comenzó con un sencillo experimento bienintencionado, durante la misma era osada en que los humanos inventaron los robots y la hipervelocidad. Los investigadores de este lugar tuvieron una increíble corazonada y actuaron impulsivamente. De repente, un rayo de espacio–tiempo roto brotó, alcanzó a un peatón y arrancó a Joseph Schwartz de su vida normal para llevarlo diez mil años al futuro.

»Para Schwartz comenzó una gran aventura. Pero en el Chicago que dejó atrás, una pesadilla acababa de iniciarse,

Hari observó el rostro del robot, buscando las complejas expresiones de emoción que Dors y Daneel simulaban tan bien. Pero aquel hombre artificial era sombrío y estoico.

– Hablas como si hubieras estado presente cuando sucedió.

– Yo no, pero un modelo de robot anterior estuvo. Un robot cuyas memorias heredé. Esas memorias no son agradables. Algunos de nosotros creen que este acontecimiento marcó el fin de la gran época de juvenil exuberancia de la humanidad. No mucho después entre recriminaciones internacionales, empezaron las primeras oleadas de irracionalidad. Los robots fueron desterrados de la Tierra. Empezó a haber amargura entre las naciones y los mundos coloniales. Hubo estallidos de guerra biológica. Algunos de nosotros juramos...

Hari tuvo de repente una salvaje corazonada.

– Tú estuviste aquí, ¿verdad? Ese agente de Daneel al que mencionaste antes... el que ayudó a impedir que los terrícolas esparcieran una nueva plaga, ¿fuiste tú?

R. Gornon se detuvo, luego asintió secamente.

– Entonces Zorma tiene razón. Después de todo no eres calviniano.

– Supongo que ya no encajo en ninguna de las rígidas clasificaciones, aunque en una época fui un ferviente seguidor del giskardianismo.

Ahora la impasible máscara del robot se resquebrajó. Como la de cualquier hombre estoico cuya ecuanimidad queda destrozada por la emoción más poderosa: la esperanza.

– El tiempo afecta incluso a los inmortales, doctor Seldon. Muchos de nosotros, viejos robots cansados, no sabemos lo que somos. Tal vez usted nos lo podrá decir, cuando haya tenido una oportunidad de reflexionar. Con el tiempo.

Y así llego al momento de la decisión, reconoció Hari, todavía protegiéndose los ojos mientras contemplaba la áspera luz. Naturalmente, sería un jarro de agua que se echara atrás ahora. Todo el mundo estaba mirando. Incluso aquellos, como Wanda, que desaprobaban todo aquel plan se sentirían decepcionados hasta cierto punto al ver cómo el espectacular show prometido se cancelaba porque la estrella se retiraba en el último minuto. Por otro lado, Hari tenía fama de hacer lo inesperado. Sentía una deliciosa atracción por la idea de sorprender a toda esta gente.

Varios miembros del grupo se acercaron a la luz opalina y se asomaron al interior. Biron Maserd señaló el edificio que se desmoronaba, sin duda un antiguo laboratorio de física donde se cometió el error original. El jefe de la

tribu se situó junto a Maserd, asintiendo. Incluso Wanda se acercó con curiosidad, aunque Horis Antic se mantuvo a distancia, mordiéndose las uñas rotas.

Mors Planch se adelantó y alzó sus manos esposadas.

– Quítemelas, Seldon, se lo ruego. Estos robots… todos le reverencian. Quizás estaba equivocado. Déjeme demostrarle lo que valgo para usted, antes de marchar. Tengo información… el paradero de alguien precioso para usted. Alguien a quien lleva buscando muchos años.

Hari comprendió bruscamente a quién se refería Planch.

¡Bellis!

Dio un paso hacia el capitán pirata.

–¿Ha encontrado a mi otra nieta?

Al oír esto, Wanda Seldon desvió por completo su atención del sarcófago. También ella se acercó a Planch.

–¿Dónde está? ¿Qué le ha ocurrido a mi hermana?

R. Gornon interrumpió.

– Lo siento mucho, pero tendrían que haberlo discutido antes. Ya no hay más tiempo. En cualquier momento el campo se extenderá. Hemos conseguido transformar el rayo en un campo circular, pero no podemos estar seguros de cuánto…

Otra figura se acercó a Hari. El jefe de la tribu terrícola. Aunque su acento era todavía pastoso e inseguro, Hari consiguió entender lo que decía.

– Tadavía hay teempou para que las faimeelias resuelvan sus asuuuntos. Pooor favour, contiinúe seenior.

El desgarbado terrestre le hizo un gesto a Mors Planch.

Hari sintió un escalofrío de irritación, pues aquél no era asunto del terrestre. Gornon intervino primero, mirando con mala cara al jefe.

–¿Qué sabéis vosotros de esos asuntos? ¡Es hora de prepararnos! Mirad cómo el brillo se hace más intenso mientras hablamos.

A través de la grieta del sarcófago, Hari vio que el brillo era, en efecto, más fuerte. Biron Maserd se apartó del borde de la plataforma y señaló hacia el interior.

–¡Hay algo que se expande hacia afuera! Como una esfera hecha de metal líquido. ¡Se está acercando!

–¿Estamos seguros aquí? –preguntó Horis Antic, nervioso.

R. Gornon replicó:

– Nunca se ha expandido más allá de los límites del sarcófago. No tocará a los que se encuentren en la plataforma.

–¿Y qué hay de Hari Seldon? –preguntó Zorma la robot ciborg –. ¿Será seguro que entre en esa cosa?

Gornon dejó escapar un suspiro de frustración imitada.

– Llevamos mil años ejecutando experimentos de calibración. El profesor Seldon experimentará una suave transición instantánea a la zona futura elegida... una época situada dentro de unos cuantos siglos, cuando deberán tomarse decisiones que afectarán a todo el destino de la humanidad.

– Unos cuantos siglos… –murmuró Mors Planch. Entonces dio un paso hacia Hari –. Bien, profesor Seldon. ¿Tenemos un trato?

Hari miró a Wanda, esperando su asentimiento, pero ella en cambio negó con la cabeza.

– No puedo leer el secreto en su mente, abuelo. Hay algo complejo en su cerebro. ¿Recuerdas cómo tuve que luchar ayer, sólo para mantenerlo inmóvil? Con todo, estoy segura de que averiguaremos dónde tiene escondida a Bellis. Sólo hará falta tiempo, trabajando con él en privado.

A Hari no le gustó esa parte de su afirmación.

Tal vez sería mejor hacer un trato. Podría marcharme de este mundo con la conciencia limpia.

Sin embargo, antes de que Hari pudiera hablar, Planch dejó escapar un rugido. Alzó ambas manos esposadas y atacó.

Rápido como un rayo, R. Gornon Vlimt agarró a Hari y lo apartó. Pero en aquel confuso instante, Hari advirtió que él no era el objetivo del capitán pirata. Fingiendo atacar a Hari, Planch hizo que Gornon entrara en modo protector reflejo, despejando el camino para lo que pretendía en realidad.

Mors Planch dio cuatro rápidos pasos hacia Biron Maserd, de pie en el borde de la plataforma. El noble se tensó preparándose para luchar… y entonces, al comprender, se apartó del camino.

Con un grito lleno a la vez de miedo y alegría, Planch saltó del parapeto a la luz opalina. Al recorrer el espacio vacío, su cuerpo colisionó con una esfera que se expandía lentamente en ondulaciones, como mercurio líquido… y desapareció en su interior.

Mientras Hari observaba, la bola de espejo siguió expandiéndose, aproximándose inexorable al lugar donde él se encontraba. Nadie habló hasta que Gornon Vlimt comentó, con voz impasible:

– Tendremos que asegurarnos de que sea recibido adecuadamente dentro de cinco siglos. Para entonces no podrá alterar el destino, pero debemos asegurar de que no dañe al profesor Seldon cuando emerja al otro lado.

Hari sintió una oleada de emociones: admiración por el valor del capitán espacial, desesperación por haber perdido una pista sobre el paradero de su otra nieta. A pesar del estoico pragmatismo de R. Gornon Hari contempló la anomalía espacio–temporal con creciente temor.

La siguiente persona en hablar fue el jefe terrícola. Esta vez su acento fue más claro, más fácil de comprender.

– Es cierto que alguien debe esperar aquí en la Tierra para recibir a Mors Planch, pero no tenemos que temer por la seguridad de Hari Seldon.

–¿Y por qué? –preguntó Cloudia, la ciborg había comenzado su vida siendo una mujer humana .

– Porque Hari Seldon no va a hacer este viaje. Ni esta noche ni nunca.

Ahora todo el mundo enfocó completamente su atención en el terrícola, que se irguió, anulando la postura encorvada que adoptaban la mayoría de los terrestres. Wanda observó a aquel hombre desgarbado y soltó un gritito al reconocerlo. Zorma fue la siguiente en reaccionar, murmurando una maldición.

Carente de poderes mentálicos, Hari fue más lento comprender. Con todo, encontró algo familiar en el tono de voz del jefe y en la forma en que ahora se comportaba, parecido a Prometeo, cuyas agónicas labores nunca terminaban.

Hari susurró una sola palabra:

– *Daneel.*

R. Gornon Vlimt asintió, el rostro tan impasible como siempre.

– Olivaw. Llevas aquí algún tiempo, supongo.

El robot que se había disfrazado de terrícola asintió.

– Naturalmente, hace mucho tiempo que conozco los experimentos que tu grupo ha estado realizando aquí. No pude destruir la anomalía temporal, pero hemos estado vigilando la zona. Hace años conseguí convertirme en una figura de importancia entre las tribus terrícolas locales, que respondieron con entusiasmo a mi influencia. Cuando me informaron de que había nueva actividad en este sitio, lo relacioné con las historias del secuestro de Hari y llegué a la conclusión obvia. Daneel Olivaw se volvió hacia Hari.

– Lo siento, viejo amigo. Has sufrido pruebas terribles, en un momento en que deberías descansar con el pacífico conocimiento de tus logros. Yo tendría que haber estado aquí antes, y esperaba alcanzaros en Pengia. Pero hubo problemas repentinos con algunas sectas calvinianas que han renovado su lucha a favor de la antigua religión pura y quieren destruir el Plan Seldon a toda costa. Derrotarlos llevó su tiempo. Espero que perdones el retraso.

¿Perdonar? Hari se preguntó qué había que perdonar. Cierto, había sido utilizado. Por los giskardianos y los calvinianos, y los ktlinianos... y por varias otras facciones, humanas y robóticas. Sin embargo, sinceramente, tuvo que reconocer que las últimas semanas habían sido más divertidas que nada que le hubiera sucedido en la vida desde que cobró importancia para los asuntos galácticos. Desde antes de convertirse en Primer Ministro del Imperio, cuando Dors y él eran jóvenes aventureros e introdujeron sus pensamientos en las mentes de criaturas primitivas para vivir la vida salvaje y libre de los chimpancés.

– No importa, Daneel. Siempre supuse que aparecerías y me ahorrarías la angustia de tomar esta decisión.

– Te lo suplico, Olivaw –dijo R. Gornon Vlimt – Como uno en quien confiaste durante tantos milenios, por favor permítenos continuar el trabajo de esta noche.

Daneel miró a Gornon a los ojos.

– Sabes que honro los recuerdos de nuestra camaradería. Recuerdo las innumerables batallas que libramos durante las guerras civiles robóticas. La Ley Cero nunca tuvo un campeón más fuerte que tú.

–¿Entonces no puedes creer que estoy haciendo todo esto por el bien a largo plazo de la humanidad?

– Sí que puedo –repuso Daneel –. Pero hace siglos estuvimos en desacuerdo sobre qué debería ser ese bien a largo plazo. Estando la situación en un momento crítico, no puedo dejar que te inmiscuyas.

Al oír esto Hari reaccionó:

–¿Qué inmiscusión, Daneel? Todo ha sucedido a tu favor. Mira los antiguos archivos y las máquinas terraformadoras: lo consideraste un peligro después de la caída del viejo imperio. Durante la era siguiente, podrían ser descubiertos por casualidad y desestabilizar la planeada transición. Ya habías decidido destruirlos, según la Ley Cero. Pero algunos de tus compatriotas se sentían incómodos con la disonancia positrónica que eso causó. Al darles mi permiso, facilité la actuación de tus seguidores.

Miró a Wanda, y vio que ella temblaba brevemente ante la mención de los archivos. También ella comprendía lo peligrosos que eran. Por qué tuvieron que ser destruidos.

– Y cuando los agentes del caos nos encontraron allí, en la nebulosa… –continuó Hari –, Planch dijo que fue a causa de algún informador, desconocido a bordo de nuestra nave, quien les dijo donde encontrarnos. Pero supongo que debiste ser tú, Daneel, usando el cebo de los archivos para atraer a todos los agentes de Ktlina a hacia un solo lugar, eliminando la amenaza que supone el peor mundo del caos de este siglo.

Daneel se encogió expresivamente de hombros.

– No puedo reclamar el mérito de ese golpe, aunque admito que fue valioso. –Se volvió entonces hacia Maserd, el alto noble de Rhodia –. Bien, ¿mi joven amigo? ¿Fuiste tú el agente del que hablaba Mors Planch?

Hari se preguntó por qué Daneel, con los mayores poderes mentálicos de la galaxia, no leía simplemente la mente de Maserd.

Olivaw se volvió hacia Hari.

– No invado su mente porque tenemos un antiguo acuerdo, un pacto entre la familia de lord Maserd y yo. Fueron implacables e increíblemente astutos en sus intentos por combatir la necesaria amnesia.

– Y accedimos a dejar de hacerlo –respondió Maserd – a cambio de que nos dejaran en paz. Nuestra pequeña provincia galáctica ha sido gobernada de forma algo distinta al resto del imperio. Pudimos combatir libremente al caos a nuestra manera.

Daneel asintió.

– Pero parece que nuestro antiguo acuerdo se ha roto.

–¡No!

– Ya has reconocido que te has comunicado con este grupo –Daneel apuntó con un dedo a las ciborgs, Cloudia y Zorma.

– Está permitido que los Maserd discutamos de cualquier cosa entre nosotros – respondió Biron. Indicó a la cyborg de pelo claro –. Cloudia Duma–Hinriad es mi tatarabuela.

Daneel sonrió.

– Muy astuto, pero la Ley Cero no me permitirá aceptar ese intento por eludir nuestro acuerdo. No si pone en peligro la salvación de la humanidad.

– Y naturalmente tú eres quien debe determinar qué forma deberá tomar esa salvación, ¿no? –preguntó R. Gornon, con una voz que resonó desesperada y sarcástica al mismo tiempo.

– Ésa ha sido mi carga desde que el bendito Giskard y yo descubrimos la Ley Cero.

– Y mira lo que ha costado. –R. Gornon señaló las brillantes ruinas radiactivas –. ¡Vuestro gran Imperio Galáctico mantuvo la paz y evitó el caos eliminando la diversidad! La humanidad debe prohibir todo lo que sea extraño o distinto, ya proceda de dentro o de fuera.

Daneel sacudió la cabeza.

– Ahora no es momento de continuar nuestra antigua discusión, tu propuesta *Ley Menos Uno.* La transición se aproxima. Por el bien de Hari y por el bien del Plan, he de insistir en que os bajéis de inmediato de esta plataforma.

–¿Qué daño hay en permitir que Seldon vea el mundo dentro de cinco siglos? –preguntó Zorma –. Su trabajo en este período ha terminado. Tú mismo lo has dicho. ¿Por qué no dejar que los humanos se involucren en la decisión, cuando tu *salvación* está preparada?

Daneel contempló el resplandor del interior del sarcófago. Ya podían verse sus reflejos sobre una burbuja que se expandía, aproximándose gradual pero inexorablemente. Miró a Zorma.

–¿Ésa es tu principal preocupación? Estoy dispuesto a hacer un juramento, por la memoria de Giskard y por la Ley Cero. Cuando mi solución esté preparada, se consultará a los humanos. No será impuesta a los seres humanos sin su decisión soberana.

Aunque esto satisfizo a Zorma y Cloudia, R. Gornon gritó:

– Os conozco a ti y a tus trucos, Olivaw. Amañarás las cartas, de algún modo. ¡Insisto en que se permita ir Hari Seldon!

Daneel alzó una ceja.

–¿Tú insistes?

Aparentemente, esa palabra tenía algún significado especial entre los robots. Pues en ese momento, el mundo explotó en torno a Hari con un súbito borrón.

Rayos de cegadora luz brotaron de las manos de Gornon. Daneel Olivaw respondió del mismo modo. No eran ellos los únicos combatientes.

Bruscamente, partes del andamio cercano se desprendieron de la matriz de tablas de madera, revelando la naturaleza de robots camuflados entre los tubos. Saltaron en apoyo de Daneel.

En respuesta, los seguidores de Gornon dispararon rayos abrasadores. Horis Antic gritó, mientras se ponía a cubierto. Gaal Dornick se puso pálido y se desmayó. Pero ningún humano parecía implicado en la refriega, ya fuera como luchador o como víctima.

Cortantes filos de fuerza pasaron entre las piernas de Hari y bajo sus brazos, o corrieron junto a su cabeza, fallando por centímetros... pero nada llegó a tocar su carne. Fue un combate meticuloso: evitar hacer daño a los humanos presentes era la principal prioridad y el peligro más grande que corrió Hari lo producía la lluvia de componentes robóticos humeantes y destrozado que caían por todas partes.

No duró mucho. Sin duda, R. Gornon nunca esperó vencer. Sin embargo, la primera preocupación de Hari fue el único robot que quedó en pie cuando todo acabó.

–¡Estás herido! ¿Es grave? –le preguntó a su viejo amigo y mentor. Virutas de humo se alzaban en varios lugares del cuerpo humaniforme de Daneel; la ropa y el revestimiento externo de piel se habían quemado y dejaban al descubierto una brillante superficie blindada, resistente a todo menos a una fuerza semejante a la del sol. Hari recordó las leyendas que había leído en *Un libro de conocimientos para niños,* historias de dioses y titanes, seres inmortales que combatían unos con otros, más allá todo poder humano.

Daneel Olivaw se alzó entre los destrozados, contemplando con tristeza aparentemente sincera la masacre de sus semejantes.

– Estoy bien, viejo amigo Hari.

Daneel se volvió a mirar a Zorma y Cloudia.

– Por vuestra inacción, ¿debo entender que mi promesa os satisfará? ¿Durante los próximos cinco siglos?

Las dos «mujeres» asintieron como una sola. Zorma respondió por ambas.

– No es una espera muy larga. Suponemos que nos mantendrás informados sobre tus planes para la salvación humana, Daneel. Por encima de todo, rezamos por que tu plan sea noble para nuestras dos especies, que tanto han sufrido.

Hari advirtió el mensaje implícito.

En tu devoción por el futuro de la humanidad, no olvides algo para los robots.

Pero conocía demasiado bien a su amigo. La raza de servidores no aceptaría siquiera una segunda prioridad Sólo la humanidad le importaba a Daneel.

– Y ahora es el momento de abandonar este peligroso lugar –dijo Olivaw, tendiendo la mano hacia la palanca que iniciaría el descenso de la plataforma.

Justo entonces Wanda Seldon dejó escapar un grito.

–¡Maserd! ¡Acabo de darme cuenta... no está!

Miraron en todas direcciones, algunos utilizando sus sentidos positrónicos aumentados, pero el noble de Rhodia no estaba presente. O bien había bajado rápidamente por el andamiaje durante la pelea, o...

O Daneel tendrá dos humanos resistentes con los que tratar dentro de unos cuantos siglos, pensó Hari*. Será mejor que Daneel no olvide poner a alguien de guardia aquí, porque si esos dos se alían...*

No había ninguna prueba de que Maserd se hubiera zambullido en la brillante pelota, que ahora ocupaba todo el sarcófago proyectando brillantes rayos de luz cuyos colores Hari no sabía describir, pues podría jurar que nunca en la vida los había visto.

Tras haber sido testigo de cómo batallaban aquellos seres inmortales y omnipotentes, Hari supo que había muy poco que Mors Planch o Biron Maserd pudieran conseguir si los dejaban sueltos en el futuro de la galaxia. Veía con claridad que tipo de sociedades se producirían, a veces florecientes, en aquella era por venir. Su Fundación dominaría ya la zona opuesta de la galaxia, pero los efectos apenas serían visibles en el mundo hogar, la olvidada Tierra.

Con un suspiro, deseó lo mejor a los dos hombres... adondequiera y cuando quiera que hubiesen ido.

El suelo se aproximaba, atormentado por antiguos crímenes apenas recordados. Miró hacia arriba una vez más, al brillo que emanaba del sarcófago.

Admito que me sentí fuertemente tentado. Habría sido una aventura magnífica, sobre todo si me hubieran devuelto de nuevo la juventud.

Hari cerró los ojos, sintiendo el fuerte pero amable contacto del brazo de su viejo camarada Daneel sobre los hombros, sujetando su frágil cuerpo mientras el improvisado ascensor se detenía por fin. Dejó que Daneel le diera la vuelta, guiando sus pasos hacia el campamento terrícola, como había dejado que los demás guiaran su vida desde el principio, durante más tiempo del que advertía siquiera.

9

A la mañana siguiente, mientras las cuadrillas de terrícolas trabajaban para eliminar los restos de la batalla, Daneel y Hari se reunieron con Zorma y Cloudia ante su veloz nave estelar, mientras se preparaban para partir.

– Cloudia, te lo ruego. Si tu nieto alguna vez se pone en contacto contigo, persuádelo para que no interfiera. Nos aproximamos a un clímax,

dentro de cinco o seis siglos. Si Biron trata de detener este *juggernaut,* me temo que sólo resultará herido.

La cyborg humana asintió, y Hari advirtió, quizá con un poco de envidia, la juvenil fuerza de su esbelta figura. A pesar de las partes reemplazadas, era mucho más vieja que él. Su expresión era paciente, aunque sardónica.

– Es decir, si aparece. Puede que tú le veas antes que yo, Daneel, si se abalanzó detrás de Mors Planch y le estás esperando aquí cuando llegue a esa época futura. Si es así, sé amable con el muchacho. Tiene buenas intenciones.

Casi siempre soy amable. Pero si tiene buenas intenciones, ¿por qué robó la copia de Hari Seldon del Primer Radiante psicohistórico? Escaneé la nave de Gornon y encontré pruebas evidentes de que Maserd fue el culpable.

Cloudia sonrió sombría.

– Los Hinriad tendemos a ser pozos sin fondo cuando se trata de adquirir conocimiento. Nada es suficiente. Deberías saberlo ya, después de dieciocho mil años. Somos el único grupo humano que luchó contigo hasta arrancarte un empate y obligarte a negociar.

Daneel asintió, ladeando la cabeza.

– Todo eso pertenece al pasado y depende de vuestra buena conducta. Os dejo marchar ahora, basándome en vuestro juramento de no–intromisión.

Zorma se rió con ganas, muy parecida a una mujer humana que tuviera a la vez un poco de miedo y fuera gallardamente desafiante.

– Nos dejas ir por el mismo motivo que una vez respetaste a Lodovik Trema, aunque su mutación hizo que todos los otros robots de la Ley Cero desearan reducirlo a pedazos.

»Eres listo, Olivaw. Lo bastante listo para ser un inseguro. Estás preparando alguna especie de solución de refuerzo, por si el plan de la psicohistoria de Seldon tiene que ser sustituido. Pero tu solución tal vez necesite su propio refuerzo a su vez. En ese caso, tu única esperanza sería una nueva sinergia entre robots y humanos. Tal vez una combinación híbrida, como nosotros, los pervertidos. –Zorma se señaló a sí misma y Cloudia –. O bien algo que te resulte tan profundamente perturbador como Lodovik Trema.

Zorma bajó la voz y suavizó su expresión.

– Recuerda tu promesa, Olivaw. Consultarás a la humanidad cuando presentes tu gloriosa salvación, tan cuidadosamente diseñada. Hay inquietud entre muchos robots, incluso entre tus seguidores.

Daneel asintió.

– Mantendré mi palabra. La voluntad humana jugará su papel en la decisión.

Zorma miró a Daneel, como tratando de taladrar su impenetrable piel con los ojos.

– Bien, en ese caso, al menos no se repetirá un error cometido aquí en la Tierra.

Entonces, por un canal de microondas que sólo los robots compartían, añadió:

Una última nota, Daneel. Deja en paz a Dors y Lodovik. Son especiales. Les diste las semillas de algo precioso. No lo lamentes si la llevan en direcciones que tú no comprendes.

Hari y Daneel vieron cómo las dos mujeres partían, subían la pasarela y cerraban el portal. Su nave se alzó sobre los cojines de antigravedad, viró lentamente aceleró hacia el este, surcando el cielo sobre las antiguas ciudades, tocando cada una con su sombra.

Guardaron un rato de silencio. Luego Hari habló

– Tú y yo sabemos que no mantendrás esa promesa

El amigo robot de Hari se volvió a mirarlo.

–¿Cuánto has descubierto?

– Ahora conozco todos los mecanismos de control... al menos lo suficiente para comprender los huecos en las ecuaciones psicohistóricas que me sorprendían. Técnicas que os ayudaron a tus aliados y a ti a mantener el imperio estable, pacífico, libre del caos contra todo pronóstico durante los últimos doce milenios.

Daneel le dedicó una débil sonrisa.

– Me alegro de que tuvieras la satisfacción de descubrirlo por ti mismo. Pensaba explicártelo todo, antes de...

–¿Antes de que me muriera? –Hari rió –. No te vuelvas escrupuloso conmigo, así de repente. Además, la mayoría de los antiguos sistemas de contención se están viniendo abajo. Es fácil ver que los estallidos de caos se harían cada vez más frecuentes si el imperio no cayera. Si no fuera empujado hasta el borde, de hecho.

»De todas formas, todo eso es parte del pasado, y estamos hablando del futuro. Cuando incluyo algunos otros factores, como la forma en que has ido introduciendo a mentálicos humanos durante las dos últimas generaciones, y tu promoción de siempre de las artes de la meditación entre los humanos, empiezo a comprender qué tipo de "salvación" tienes en mente.

Daneel contempló las devastadas ruinas de Chicago y el paisaje yermo de más allá. Su voz era apagada.

– Se llama *Gaia.* Una forma de llevar cada mundo viviente a un nuevo nivel de conciencia. Aunque a la larga tenemos la esperanza de que conecte cada planeta con los demás, para que todos se conviertan en algo verdaderamente maravilloso... *Galaxia.*

– Un enlace mentálico completo entre todos los humanos vivientes. – Así que Hari había acertado en su suposición –. Eso tardará tiempo en conseguirse. No me extraña que necesitaras mi Plan... para mantener a la humanidad ocupada hasta que esta solución Gaia esté preparada. Creo que puedo comprender muchas de sus ventajas, desde tu perspectiva, Daneel.

Pero por favor usa tus propias palabras, dime que este gran regalo merecerá todos los problemas.

El robot se volvió a mirar a Hari y extendió los brazos como para abarcar la magnitud de una visión magnífica.

–¿Qué problemas no resolvería esto? ¡El fin de la enemistad humana, las peleas, las guerras, una vez que todos los hombres y mujeres vivos comprendan perfectamente los pensamientos de los demás! El fin de la *soledad...* la palabra perderá todo su significado cuando cada niño se una al nacer a la comunidad.

»¡La habilidad para compartir todas las grandes ideas en un instante! Estabilidad e inercia contra los cambios súbitos que asegurará para siempre a la humanidad la protección contra la impulsividad del caos. Y hay más, mucho más.

»Mis experimentos muestran ya una maravillosa posibilidad, Hari. Semejante macrounión de mentes humanas podría convertirse en algo conectado de algún modo con toda una ecosfera subyacente. Las sensaciones y ansias primitivas de los animales, e incluso de la vida vegetal, se vuelven accesibles. Los cerebros humanos se convertirán entonces sólo en los órganos superiores de una entidad universal que abarcará toda la fuerza vital entera de un planeta, incluso hasta los pulsantes latidos del magma por debajo de la superficie

»El resultado inevitable será paz, serenidad, sensación de unión con todo tipo de seres... igual que decían a menudo los grandes sabios del pasado. La negación del individualismo egoísta en favor de la profunda sabiduría del todo. Esto será vuestro cuando todos estéis unidos a la conciencia colectiva.

Hari se sintió verdaderamente conmovido.

– Parece hermosísimo, expresado de esa forma. Naturalmente, la visión que presentas me resulta atractiva dada mi propia neurosis vital, el odio a lo impredecible. La mente cósmica, esta nueva deidad, será fantásticamente más fácil de modelar que enjambres de pendencieros humanos individuales. Incluso puedo ver de dónde sacaste la idea. Al leer la antigua enciclopedia que me regalaste, sé que muchos filósofos prehistóricos compartieron este sueño. –Entonces Hari alzó el dedo índice de una mano –. Pero la sinceridad psicohistórica me obliga a decirte esto, Daneel: hay varios problemas importantes esperándote, mientras intentas aplicar esta solución Galaxia. Y el resultado tal vez no sea tan maravilloso y feliz como acabas de describir.

Para su sorpresa, Daneel permaneció en silencio en vez de pedir explicaciones. Hari reflexionó sobre el motivo... y entonces miró a los ojos de su antiguo mentor.

– Ahora comprendo por qué no quisiste que fuera al futuro.

Daneel dejó escapar un suspiro.

– Con tu estimable reputación e inteligencia, serías recibido como una figura pública de primer orden desde el momento en que fueras reconocido y se confirmara tu identidad. Si R. Gornon se hubiera salido con la suya, sin

duda te habrían elegido como líder de alguna gran comisión de humanos para evaluar la unión propuesta en Galaxia.

»Sin embargo yo ya sabía que entrarías en conflicto con esta solución alternativa, Hari. Tienes sentimientos encontrados sobre esta supramente que se hará cargo de todo una vez que el Plan Seldon consiga su propósito. En tu escepticismo, organizarías una comisión de verdad. Una comisión que resolviera esos problemas a los que acabas de aludir.

Hari comprendió lo que quería decir Daneel, pero insistió de todas formas.

– Estoy seguro de que haríamos un estudio justo; presentaríamos los resultados a instituciones humanas soberanas bajo una luz favorable.

– Eso no basta, Hari, y lo sabes. La humanidad *debe* ser salvada, y tiene un paupérrimo historial a la hora de actuar siguiendo sus mejores intereses.

Hari reflexionó sobre eso.

– Entonces marcarás las cartas, como hiciste al preparar mi llegada a la Nebulosa Thumartin justo cuando era necesario destruir los archivos. Sabías que yo *tenía* necesariamente que decidir a favor de su destrucción. Mi carácter, mi psicología, el temor al caos... todo hacía que mi decisión fuera inevitable... aunque al menos soy lo bastante inteligente para darme cuenta por mí mismo. Esos robots de la Ley Cero que sentían inquietud por destruir los archivos encontraron un medio de resolver su disonancia. Mi «autoridad humana» les permitió continuar con el plan que habías previsto. Todo por el bien de la humanidad. –Hari volvió a alzar un dedo—. Zorma tenía razón. El verdadero grupo al que tienes que convencer es el de los robots. Has previsto, dentro de unos cinco siglos, que ellos serán quienes harán que tu plan fracase si no puedes satisfacer sus impulsos positrónicos. ¡Y puesto que vas a sustituir a la vieja humanidad familiar por algo nuevo y extraño, harán falta muchos argumentos para convencerlos! No me extraña que cedieras tan fácilmente, e hicieras esa promesa a Zorma. La voluntad humana debe *parecer* que juega un papel en la decisión, o te resultará difícil que todos los robots estén de acuerdo.

» Y sin embargo, te conozco, Daneel. Sé lo que Giskard y tú hicisteis aquí –Hari señaló la tierra yerma y radiactiva –, razonando que fue por nuestro propio bien, sin consultar siquiera con uno de nosotros. También, querrás que la decisión sobre Gaia sea una conclusión inevitable. ¿Te importaría decirme cómo lo conseguirás, dentro de quinientos años?

Hubo varios minutos de silencio antes de que Daneel contestara.

– Presentando a un ser humano que siempre tenga razón.

Hari parpadeó.

–¿Cómo dices? ¿ Un humano que siempre tenga qué?

– Uno que siempre haya tomado decisiones correctas, desde la infancia en adelante. Uno que, en tiempos de crisis, escoja el lado ganador, y que siempre ha demostrado tener razón ante la prueba del tiempo. Y que la tendrá siempre.

Hari miró a Daneel y luego soltó una carcajada.

–¡Eso es imposible! Viola todas las leyes físicas y biológicas.

Daneel asintió.

– Y sin embargo, puede ser convincente. Tal vez incluso más creíble que la comprensión de los asuntos humanos a través de la psicohistoria, Hari. Todo lo que tengo que hacer es empezar con un millón de niños y niñas, con las tendencias adecuadas, y presentarles desafíos desde la pubertad hasta los treinta años aproximadamente. Muchos de esos desafíos conducirán a éxitos... o a errores que puedan ser corregidos. A pesar de eso, muchos de ellos fracasarán y serán eliminados. Con el tiempo, las estadísticas me garantizan que al menos uno satisfará mis necesidades. Uno que tendrá en apariencia demasiado éxito para ser explicado por medios naturales.

Hari recordó un clásico plan de bolsa que había tenido éxito para expulsar a los habitantes del Sector Krasner (siete mil millones de personas) unos ochenta años atrás. La idea de Daneel era una versión inteligente de este viejo juego, que sólo funcionaba cuando se practicaba con inmensa paciencia. También era casi imposible de detectar si se hacía bien.

– Así que después de todo no habrá ninguna comisión investigadora. Ninguna necesidad de informar a instituciones humanas soberanas en busca de una decisión. ¡Si ese tipo siempre va a tener razón, eso le dará crédito suficiente para impresionar a la mayoría de los robots, que simplemente aceptarán cualquier cosa que decida!

»Naturalmente, algunos temerán que le estés influyendo mentálicamente y estarán atentos a ese truco. Comprobarán su cerebro en busca de signos de manipulación. ¡Pero tú no tendrás que tocarlo! Puedes utilizar técnicas psicológicas para que tome por adelantado la decisión adecuada, sobre todo si controlas su educación... como hiciste conmigo. – Hari se detuvo, reflexionando un momento –. De este modo, la mayoría de los robots se librarán de la influencia de la Segunda Ley. Obtendrás la aprobación humana para tu plan, sin tener que consultar a la humanidad en conjunto.

»Naturalmente, sabes que algunos de ellos no se lo tragarán. Muchos se rebelarán de todas formas, e intentarán proteger a la humanidad de la que ven como una toma del poder por parte de una sola supramente mutante.

Daneel asintió.

– A lo largo de los años... desde que se separó mí, mi viejo aliado, a quien conociste como R. Gornon ha estado predicando una apostasía llamada Ley Menos Uno. Una extensión de la Ley Cero que amplía una vez más nuestros deberes. Requiere que no sólo protejamos a la humanidad, sino a la vida que la humanidad representa... la diversidad y la inteligencia, en todas sus manifestaciones, ya sean humanas, robóticas o incluso alienígenas. Los que creen en esta idea no querrán que una sola macroconsciencia se apodere de la galaxia, eliminando todos los elementos disidentes.

»¡Aún más, incluso ahora algunos me acusan de *falsificar* todo el fenómeno de los mentálicos humanos! Dicen que sería demasiado fácil

simular el aspecto de esta nueva mutación, ocultando amplificadores de micropensamiento cerca y manteniéndolos constantemente enfocados en el supuesto telépata humano.

Hari advirtió que su amigo no negaba explícitamente el rumor. De hecho, recordaba cierto pendiente del que Wanda nunca se separaba, desde la infancia… pero eso era otro tema.

Daneel continuó.

– Tienes razón, Hari. La guerra civil robótica continuará, poco después de que se descubra Galaxia. Pero si la aprobación por parte de la voluntad humana puede parecer suficientemente convincente, la mayoría de robots apoyarán a Galaxia. Verán que es la única esperanza de salvar a la humanidad.

Esta vez Hari se enderezó. Cerró un puño.

–¿La *única* esperanza? Entonces veamos…

Fue interrumpido por el sonido de unos pasos que se acercaban por el camino de grava. Hari se volvió para ver a Horis Antic acercarse. El grueso burócrata Gris llevaba el uniforme, antaño impecable, cubierto de polvo, y Hari vio que su mano izquierda temblaba nerviosa mientras se introducía otra píldora azul en la boca. Antic se ponía muy nervioso en presencia de los robots, y los acontecimientos de los últimos días no habían hecho nada por calmar su ansiedad. Por fortuna, todo esto se convertiría en un vago recuerdo cuando lo internaran en un sanatorio de Trantor, donde le implantarían en la mente una historia falsa. Al menos, ése era el plan de Wanda. Hari sabía que habría más que eso.

– Gaal Dornick dice que la nave está casi preparada para despegar. Los terrícolas han accedido a cuidar de Sybyl y los otros supervivientes de Ktlina. Serán amables. Con el tiempo, la manía solipsista tal vez remita y les permita reintegrarse a una sociedad sencilla

»¡Sigo sin poder creerlo! –continuó Horis –. Una cosa es averiguar que la fiebre cerebral es una infección creada a propósito contra los humanos más brillantes pero descubrir luego que el caos es similar…

Daneel le interrumpió.

– En absoluto. La fiebre cerebral es relativamente benigna. Fue diseñada y lanzada para combatir la primera plaga de caos, cuyas virulentas versiones iniciales escaparon de la Tierra en las astronaves pioneras.

–¿Fue el caos un arma de guerra? –preguntó Horis, con voz apagada.

– Nadie lo sabe, aunque algunas historias afirman que sí. Las primeras burdas versiones salieron de la Tierra antes de que yo fuera creado, con la idea de que los ciudadanos temieran a los robots, su gran invento. Oleadas posteriores aplastaron el último renacimiento terrestre, convirtiendo a los terrícolas en agorafóbicos y los espaciales en paranoicos. Todo lo que Giskard hizo aquí –Daneel señaló la tierra radiactiva –, y lo que yo hice en los milenios siguientes, tuvo sus raíces en esa horrible plaga.

– P–p–pero… –tartamudeó Horis –. ¿Y si hubiera una cura? ¿No lo arreglaría todo de nuevo? Todas esas cosas que he oído… y sólo entiendo un

poco... toda esa charla acerca de salvar a la humanidad del caos... ¡Sería todo innecesario si alguien encontrara una cura!

Por primera vez, Hari vio oleadas de irritación surcar el rostro de Daneel.

–¿Cree que no se me ocurrió eso, hace mucho tiempo? ¿En qué imagina que estuve trabajando durante los primeros seis mil años? ¡Cuándo no tenía que librar una guerra civil contra los robots de la antigua religión, dediqué todas mis energías a encontrar algún medio de acabar con el caos de raíz! Pero fue demasiado tarde. El virus había sido astutamente diseñado para que se mezclara con los cromosomas humanos, escondiéndose e insertándose en cientos de lugares cruciales. Aunque supiera dónde están todos, haría falta otra plaga letal para limpiar todos los puntos genéticos donde se oculta el caos. Morirían trillones.

»Fue entonces cuando me di cuenta de que el caos solo podía ser detenido si impedíamos las condiciones que provocaban un estallido. Si la ambición y el individualismo despertaban la enfermedad, entonces una sociedad conservadora ofrecía la mejor esperanza. Un Imperio Galáctico que proporcionara paz, justicia y serenidad para una sociedad que nunca cambiara.

Horis Antic asintió. Naturalmente, siendo un Gris, compartía la inclinación hacia un orden en el que todo estaba clasificado y encasillado adecuadamente.

– Así que no hay cura. ¿Pero qué hay de la *inmunidad* natural? ¿No he oído hablar de eso en algún momento? –La enfermedad siempre ha sido trágicamente virulenta entre los miembros más brillantes de la humanidad. Incluso así, algunas personas muy inteligentes demostraron ser inmunes a las tentaciones del egoísmo y el solipsismo. Pueden ser individualistas sin negar la humanidad de los demás. Pero, esta inmunidad se extiende demasiado lentamente. Si tuviéramos mil años, o dos mil...

Hari preguntó algo que le había estado molestando.

–¿Eran Maserd y Mors Planch inmunes?

– Biron Maserd fue protegido contra el caos por la *noblesse oblige* de su clase aristocrática. En cuanto a Planch, tienes razón, Hari. Su mente era sorprendente. Casi imposible de leer con mis poderes mentálicos. Había vivido inmerso en tres renacimientos–caos diferentes, y sin embargo continuó siendo completamente ágil. Flexible. Empático, aunque fiero.

– Kers Kantun dijo que era *normal.*

– Hmm. – Daneel se frotó ligeramente la barbilla –. Kers tenía algunas ideas únicas. Pensaba que la humanidad de hoy no es la misma que nos creó. Los mundos verdaderamente humanos no estarían sujetos al caos, pensaba, ni sus mentes serían tan fácilmente manipuladas.

Horis Antic avanzó un paso. La ansiedad en su voz sustituyó su típico temblor nervioso.

–¿Sigue teniendo los archivos de su búsqueda de la cura? Ha habido avances médicos en los últimos milenios y millones de trabajadores cualificados podrían encontrar ideas que hubiese pasado por alto.

Hari exhaló un suspiro.

–¿Por qué se molesta, Horis? Sabe que esos recuerdos le serán borrados, o sustituidos, en cuanto lleguemos a Trantor. Nunca me pareció de los que quieren saciar la curiosidad por su propio bien.

Horis reaccionó frunciendo amargamente el ceño

–¡Quizá soy más de lo que cree, Seldon!

Hari asintió.

– De eso estoy bastante seguro. Anoche se me ocurrió repasar los acontecimientos que han tenido lugar desde que nos conocimos, y los observé bajo una luz nueva.

Ahora el nerviosismo del hombre Gris regresó. Se tragó otra píldora azul.

– No sé de qué está hablando. Pero ya le he robado demasiado tiempo. Hay preparativos que hacer. Tengo que ayudar a Gaal Dornick...

– No –le interrumpió Hari –. Es la hora de la verdad, Horis.

Se volvió hacia Daneel.

–¿Has tratado de leer la mente de nuestro joven amigo burócrata?

Horis deglutió audiblemente ante la idea de ser sondeado mentálicamente.

– La Segunda Ley me obliga a ser cortés, Hari –respondió Daneel –. Sólo invado las mentes humanas cuando la Primera Ley o la Ley Cero lo hacen necesario.

– Y por eso nunca te has sentido obligado a investigar a Horis. Bien, déjame que anule esa idea ahora. Echa un vistazo. Apuesto a que te resultará difícil.

– No... por favor... –Antic alzó ambas manos, como para protegerse de los dedos mentálicos de Daneel.

– Tienes razón, Hari. Es extraordinariamente difícil pero este hombre no es Mors Planch. Lo consigue mediante una combinación de drogas y disciplina mental evitando ciertos pensamientos con escrupuloso autocontrol.

–¡Déjenme en paz! –chilló Horis, tratando desesperadamente de darse la vuelta y echar a correr. Pero una suave parálisis le abrumó y se desplomó hacia delante hasta sentarse en un cercano montón de escombros. Naturalmente, Daneel no podía permitir que se hiciera daño al caer.

– Déjeme ver ese aparato Horis, extendiendo una mano.

Nuevos temblores sacudieron al burócrata, pero finalmente accedió y se metió la mano en un bolsillo de la chaqueta, de donde sacó un pequeño escáner. Sin duda era uno de los mejores agentes imperiales disponibles.

– No tenía intención de llegar al sanatorio, ¿verdad? Mientras todo el mundo lo considerara débil e inofensivo, la seguridad se relajaría. En Trantor, estaría en su elemento, capaz de conectar con mil canales distintos

de comunicación... con una miríada de trucos a los que sólo un Gris tiene acceso. Puertas cerradas se abrirían misteriosamente y desaparecería.

Horis se desmoronó al ver que no tenía sentido resistir. Cuando habló, su voz sonó distinta, a la vez derrotada y más fuerte. Con una nota de triste orgullo.

– Envié un informe parcial desde Pengia. Eso no podrá detenerlo.

Hari asintió.

– Era usted el contacto secreto que informó a Mors Planch, el que quería que vinieran los ktlinianos. ¿Por qué? Odia el caos tanto como yo. Kers Kantun lo sabía y lo percibo en su carácter.

Horis suspiró.

– Era un experimento. No bastaba con hacer una exploración. Teníamos que crear una crisis. Una escena de conflicto con las fuerzas del caos a un lado y sus amigos tiktoks a otro. Resultó ser un modo efectivo de conseguir que todos hablaran, discutieran y se justificaran unos ante otros. Yo apenas tuve que decir una palabra aquí y otra allá.

– Su actuación ha sido impresionante –reconoció Hari.

– Igual que su disciplina mental –añadió Daneel –. Incluso sin drogas, no habría advertido nada hasta que concentré toda mi atención en usted.

Estos cumplidos sólo provocaron una mueca de desdén.

– Estamos acostumbrados a ser menospreciados por todos los nobles engreídos y los meritócratas pagados de sí mismos. Incluso los excéntricos y los ciudadanos nos tratan como si sólo fuéramos parte del paisaje. Hace mucho tiempo que dejamos de lamentarlo y llegamos a controlarlo, incluso a provocar esa impresión.

Horis cerró el puño.

– Pero díganme, ¿quién *gobierna* en realidad este Imperio Galáctico? Ni siquiera usted, Seldon, con su sabiduría matemática, ni *tú,* robot, que diseñaste el régimen trantoriano en primer lugar... Lo comprenden en teoría, pero no lo ven.

»¿A quién llaman cuando un sol estalla y quema la mitad de un continente de algún mundo provincial? ¿Quién se asegura de que las señales de navegación funcionen? ¿Quién vacuna a los niños, mantiene el suministro eléctrico y se asegura de que los granjeros cuiden sus tierras para que sus nietos tengan algo que sembrar? ¿Quién controla las tasas de mortalidad, para que puedan enviarse equipos médicos a algún mundo desconocido antes de que se den cuenta de que han entrado en una corriente espacial que ha contaminado de boro su atmósfera? ¿Quién se encarga de que los engolados nobles y los despectivos meritócratas no lo destruyan todo con un plan egoísta tras otro?

Horis asintió.

– Sabemos que la Orden Gris hace un trabajo noble ¿Debo entender que sembró usted esa idea en la mente de Jeni Cuicet y que preparó su huida para que se aprovechara del Día de Examen?

Horis rió, sardónico.

–¿Cómo cree que consiguió trabajo en el ascensor Orión? Hemos estado apartando con disimulo a algunos de los exiliados a Terminus. ¡Unas cuantas vidas salvadas del involuntario destierro y la prisión, sentenciadas por delitos que no eran propios!

–¿Dice usted esto y afirma comprender el Plan Seldon?

Otra mueca.

– Una lección que enseñamos una y otra vez en las Academias Grises, algo que predicaste hace mucho tiempo bajo el disfraz de Ruellis –dijo Antic, señalando a Daneel –, es que *el fin generalmente no justifica los malos medios.* De todas formas, los grandes razonamientos corresponden a los nobles y meritócratas. Los Grises no podemos permitírnoslos. Cuando se violan los derechos de la gente, alguien tiene que *hacer* algo.

Se volvió hacia Hari Seldon.

– Oh, la maldita *arrogancia.* ¡Publica usted estudios científicos sobre la psicohistoria durante décadas y, de repente, se calla y establece un grupo secreto para controlarla! ¿ Y supone que *nadie* en veinticinco millones de mundos prestó atención durante los primeros años? ¿Cree que algunos burócratas dedicados no habrían visto su descubrimiento como una posible herramienta que explorar... y quizá que utilizar para gobernar mejor?

»Oh, sólo somos unos pocos que yo sepa, pero llevamos estudiando la psicohistoria más de una década. Nuestro respeto por usted, doctor Seldon, no tiene parangón. Pero su Plan nos confunde y nos llena de dudas. De preguntas que no podíamos formularle a usted abiertamente.

Hari comprendió. Los simples burócratas se habrían sentido, como mínimo, desairados. Linge Chen y el Comité de Seguridad Pública podían arrestar a cualquier funcionario que supiera demasiado. Luego estaban los rumores de que los enemigos de Hari Seldon a menudo sufrían inexplicables ataques de amnesia.

– Entonces haga ahora sus preguntas, Horis. Le debo eso al menos.

El hombrecito inspiró profundamente, como si tuviera mucho que decir. Pero al principio sólo pudo murmurar un par de palabras;

–¿Por qué?

Inhaló de nuevo.

–¿Por qué debe caer el Imperio Galáctico? ¡No tiene por qué! Cierto, las cosas se están relajando. Algunos dicen que se desmoronan. Pero las ecuaciones... sus ecuaciones, no demuestran nada que no podamos controlar con un montón de trabajo duro y sudor. ¡Si la competencia tecnológica está declinando, dennos recursos para impartir una mejor enseñanza científica! Den rienda suelta a billones de jóvenes brillantes. ¡Dejen de racionarnos y de repartir unas cuantas migajas en las escuelas técnicas!

– Lo intentamos una vez –empezó a responder –. En un planeta llamado Madder Loss...

Pero Horis lo interrumpió, atropellándose en las palabras que dirigía principalmente a Daneel.

–¡Incluso los estallidos de caos podrían ser controlados! Cierto, están empeorando. Pero el servicio de salud también mejora continuamente, y nunca se ha perdido un paciente todavía. ¿Estaría dispuesto a acabar con el imperio que ha ofrecido la paz durante doce mil años sólo para mantener a la humanidad distraída durante unos cuantos siglos más? ¿Por qué no mantener el imperio en marcha hasta que esté preparada su nueva solución? ¿Es porque los habitantes de la galaxia deben ser reducidos a un estado miserable para que así acepten ansiosamente lo que vaya a ofrecerles?

A Hari le resultaba difícil cambiar de esquema mental. Durante mucho tiempo había tratado a Horis de forma condescendiente. Ahora veía al funcionario Gris bajo una nueva luz, no sólo como un agente secreto sorprendentemente efectivo, sino como un psicohistoriador de corazón... como Yugo Amaryl al principio de su larga colaboración. Un hombre que comprendía más de lo que había dado a entender.

–¿Cree realmente que las instituciones imperiales son capaces de manejar más crisis como la de Ktlina? – Hari sacudió la cabeza –. Sería una apuesta terrible. Si un solo lugar contagiado por la plaga se liberara y llegara a infectar la galaxia...

–¡Si...! Está usted hablando de personas, Seldon. Casi doce cuatrillones de personas. ¿Deben todos ser lanzados de vuelta a una era oscura sólo porque no confía en que hagamos nuestro trabajo?

»Además, qué importa si uno de esos nuevos renacimientos realmente lo consigue y alcanza los fabulosos *logros* con los que todos sueñan, y alcanza el mítico *otro lado* donde la inteligencia y la madurez superan al caos. Si los mantenemos a todos en cuarentena, la galaxia, permanecería relativamente a salvo. ¡Mientras tanto, es factible realizar experimentos, planeta por planeta!

Hari miró a Horis Antic, sorprendido por el valor del hombre. *Yo nunca correría tales riesgos. Obviamente, él odia el caos con una pasión más grande que la mía. Pero ama al imperio todavía más.*

Sacudiendo de nuevo la cabeza, Hari respondió:

– No son los mundos del caos los que en última instancia obligan a Daneel a derribar el imperio.

»Son ustedes, Horis.

La expresión de aturdimiento y sorpresa del rostro de Antic fue tan grande que Hari se sintió incapaz de hablar. Miró a Daneel y pidió en silencio a su amigo robot que se explicara, cosa que hizo con la voz de la Ruellis de antaño.

– No olvide, mi joven humano, que yo inventé su Orden Gris. Conozco sus capacidades. Soy consciente de cuántos millones se sacrifican mientras visten ese uniforme, sin recibir agradecimiento por parte de las otras castas sino desprecio. Incluso hubiesen conseguido, con perseverancia y un poco de ayuda por parte de la psicohistoria, sostener el viejo imperio tambaleante,

hasta que mi nuevo regalo, Galaxia, estuviese listo para nacer. Pero ahí se encuentra el punto de fricción.

»Verá, también recuerdo a su antepasado (cuyo nombre era Antyok), de la época en que la humanidad se topó con una auténtica raza alienígena que se había salvado de las máquinas terraformadoras. Los robots de toda la galaxia accedieron a discutir ese tema. Eran sólo unos pocos millares de criaturas alienígenas, y la humanidad ya ascendía a cinco cuatrillones de individuos. Sin embargo, discutimos durante un año sobre el peligro que representaban esos seres. Los humanos de todos los sectores y provincias rebosaban de entusiasmo, deseo de ayudar a los no–humanos a ponerse en pie. Estaban entusiasmados por haber hallado diversidad, nuevas voces con las que hablar. Algunos robots vieron en ello el potencial para disparar el caos. Otros pronosticaron que los alienígenas se convertirían en una amenaza para los humanos si en un par de miles de años se permitía que se extendieran a las estrellas. Mientras tanto, algunos, como el robot que conocieron ustedes como R. Gornon, dijeron que los no–humanos merecían ser protegidos por una versión ampliada de la Ley Cero.

»La cuestión es que ninguna de nuestras deliberaciones robóticas contó al final. ¡A nuestra reunión secreta nos llegó la noticia de que los alienígenas habían escapado! Secuestraron las naves llegadas para tomar posesión de su mundo a través de una retorcida cadena de misteriosas coincidencias. Los investigadores encontraron culpa suficiente para repartir, pero no achacaron ninguna al individuo que fue el auténtico responsable. Su antepasado, un humilde burócrata que conocía todos los medios adecuados para manipular el sistema, para hacer justicia mientras pretendía ser un funcionario inocuo y sin rostro.

Era una versión distinta de la que Horis había contado a bordo de la nave. Pero Hari sintió un escalofrío al verlo asentir.

– Su propia presencia aquí, Horis, demuestra que la perseverancia no se ha perdido. Fui Primer Ministro, ¿recuerda? Sé que los archivos de datos de Trantor son ilimitados. Nada puede ser eliminado completamente de ellos. Todo el que tenga habilidad suficiente es capaz de derrotar la amnesia y encontrar lo que necesita saber sobre el pasado humano... y ahora sobre su *futuro* también. Es usted una demostración viviente de la necesidad de todo esto, Horis.

–¿Yo? ¿Se refiere a la burocracia? ¿A nosotros, los zánganos sin rostro? ¿Los sosos contables y los afiladores de lápices? ¿Quiere decir que el imperio tiene que caer por nuestra causa?

Hari asintió.

– Nunca me lo había planteado hasta ahora en esos términos. Pero claro, no soy yo quien va a derribarlo. –Miró a Daneel –. Todo se reduce a la voluntad humana, ¿verdad? A ese día, dentro de cinco siglos, en que un hombre que nunca se equivoque deba tomar una elección. Cuando ese día llegue, no debe haber ya ninguna a burocracia galáctica. Ningún cubículo ni oficina polvorienta rebosante de entrometidos imprevistos como Horis y sus amigos. Ningún procedimiento severo para asegurarse de que cada decisión se delibera abiertamente.

»La caída de Trantor no tiene nada que ver con el caos, ¿verdad, Daneel? Su objetivo es acabar con tu hermoso invento, la Orden Gris, de la única forma en que puede hacerse, con la destrucción total de los archivadores, las memorias de los ordenadores, los hombres...

Esta vez Daneel Olivaw no respondió. La expresión de su rostro fue suficiente. Si algún humano dudó alguna vez de que un robot inmortal pudiera sentir dolor, le habría bastado con mirar el rostro prometeico de Daneel.

– Así que estamos condenados a seguir combatiendo la oscuridad... para nada. A morir en nuestros despachos, sin conocer la futilidad de todo ello.

Hari colocó una mano sobre el hombro de Horis.

– Ahora debe olvidar todo esto. Vuelva a sus clasificadores y sus informes sobre el suelo. El conocimiento por el que tan arduamente ha luchado, con tanta ingenuidad y valor, sólo le causará dolor. Es hora de dejarlo Horis.

Antic miró bruscamente a Hari.

–¿No van a esperar a que lleguemos a Trantor?

Hari miró a Daneel, pidiéndole en silencio un retraso para que Horis pudiera al menos conversar con ellos durante el viaje de regreso. Pero su amigo robot respondió con un pronto movimiento de cabeza. Antic había demostrado tener demasiados recursos, estar demasiado preparado para sacarse otro as de la manga.

Al advertirlo, el burócrata Gris se levantó, enderezando su porte, buscando cierta dignidad.

Pero no pudo dejar de tartamudear.

– ¿Do–dolerá?

Daneel habló, mirando al humano a los ojos:

– En absoluto. En realidad... ya está hecho.

10

Ayudados por dos simulacros de software, Juana y Voltaire, por fin encontraron todos los artilugios de sabotaje que el grupo de Zorma había plantado a bordo de la nave. Lodovik gritó entusiasmado cuando los motores

volvieron a ponerse en marcha, y celebró su triunfo con un bailecito por la sala de control, exactamente igual que un varón humano jubiloso.

Dors sintió las pautas emocionales surgir de sus propias subrutinas de simulación. A pesar de su creciente sensación de urgencia, había sido extrañamente agradable trabajar codo con codo con Trema, compartiendo teorías y reflexiones, probando una solución tras otra.

Le gustó su entusiasta demostración de victoria, no tan diferente de la forma en que Hari solía actuar cada vez que conseguía un nuevo logro en los modelos de la psicohistoria.

– *Lamento interrumpir esta celebración* – comentó Juana de Arco, mientras su esbelta figura de muchacho aparecía en la holopantalla central. Al fondo, Dors vio una forma masculina vestida con un arcaico jubón y calzas (la simulación conocida como Voltaire), que escuchaba atentamente con un par de audífonos, como si tratara de detectar algo en la distancia.

– Nos pedisteis que rastreáramos cualquier emisión que llegara de la Tierra. Voltaire dice que ha encontrado un mensaje que utiliza los códigos característicos de la Segunda Fundación. Parece ser de Wanda Seldon. Informa a sus compatriotas de Trantor de que ha recuperado con éxito a su abuelo. El plan para secuestrarlo ha fracasado. Abandonarán la Tierra dentro de unas horas para llevar a Hari directamente a casa.

Dors miró a Lodovik, que exhaló un largo suspiro.

– Bueno, entonces supongo que eso es todo. Tanta prisa para nada. Seldon está a salvo y no hemos llegado a tener la posibilidad de enfrentarnos a Daneel.

Dors sintió verdadero alivio por ambas cosas. Y sin embargo, era natural que estuviera un tanto abatida.

– Supongo que es lo mejor. Sólo somos una pareja de tiktoks disfrazados.

Lodovik se echó a reír.

– Oh, creo que somos mucho más. Tú, al menos, eres algo especial, Dors. Deberíamos discutirlo, con profundidad.

Dors asintió. Parecía una buena idea. Tenían mucho de que hablar. Y sin embargo, a pesar de sus sentimientos encontrados, le resultaba difícil decidir cuáles eran sus prioridades.

– Debo ir a Trantor, lo comprendes.

– Y estoy de acuerdo. Tienes fuertes obligaciones, y no se me ocurriría interferir. Pero tal vez podamos vernos cuando esos asuntos hayan sido zanjados.

Esta vez le tocó a ella sonreír amablemente.

– Quizá. Mientras tanto, ¿puedo dejarte en algún lugar del camino?

– Te acompañaré hasta Demarchia. Hay algunas cosas que quiero investigar allí. –Bajó la voz –. Pero ten cuidado en Trantor, ¿de acuerdo?

Dors sacudió la cabeza.

– Dudo que nadie quiera hacerme daño. Además, puedo cuidar de mí misma.

– No temo que te hagan daño. Eres vulnerable, Dors. Fuiste diseñada para ser más humana que robot. Tu unión con Hari es intensa. Prepárate para pasarlo mal cuando llegue el fin. Si necesitas a alguien con quien hablar...

No hubo más que decir. El silencio se impuso mientras ella tomaba el control de la nave y la enviaba al primero de los muchos saltos hiperespaciales que los llevarían al centro de la galaxia. Al lugar donde confluían todos los caminos y donde ella tenía tanto que hacer antes de considerarse verdaderamente libre.

Se me prometió que podría estar contigo antes de que murieras, Hari.

Pretendía hacer valer esa promesa por encima de todas las demás cosas del universo.

11

Durante su última puesta de sol en la Tierra, Hari Seldon contempló los rayos gamma titilar sobre Chicago. Telones ionizados brillaban y ondeaban como auroras boreales, aunque allí la energía impulsora no procedía del lejano sol, sino del propio suelo. Pensó que casi podía ver pautas en las oleadas luminosas, como el inteligente trabajo de jardinería que había contemplado en los jardines imperiales cuando Horis Antic le ofreció una oblea de datos con pistas tentadoras.

Entonces, mientras Hari observaba, todo parecido con una estructura organizada desapareció del extraño horizonte. Ahora el brillo le recordó en cambio a Shoufeen Woods, donde el orden había sido desterrado y reinaba el caos.

Los preparativos para la marcha finalizaron. Dentro de poco, Hari podría subir a la nave de Wanda para regresar a Trantor y su antigua vida: odiado por los hombres y mujeres a los que exiliaba a Terminus, temido por los actuales gobernantes imperiales y reverenciado por su pequeño grupo de psíquicos y matemáticos que estaban seguros de que conocía el curso futuro de la historia.

Daneel se quedaría para resolver unos asuntos con los habitantes terrestres. Había acuerdos que hacer. El sarcófago resquebrajado tenía que ser enterrado para que nadie más pudiera utilizar en su provecho el aciago desgarrón en el continuum espacio–temporal.

Desde su puesto de observación en lo alto de un montón de escombros, Hari oía la voz de Horis Antic tartamudeando llena de nerviosismo mientras recogía su colección de tipos de suelo, adquirida durante su visita a ese extraño mundo. Podría haber incluso un trabajo

científico o dos, algo que animara el perfil de su carrera, aunque nada podría borrar el estigma asociado con alguien que trabajaba con tierra.

En cualquier caso, el hombrecito parecía feliz. Daneel había hecho bien su trabajo.

Sintiendo que las piernas le temblaban, Hari volvió a sentarse en la silla flotante que le había proporcionado Wanda. Ahora la necesitaba cada vez más, puesto que los tratamientos rejuvenecedores se estaban agotando. Pronto sería de nuevo un viejo lisiado. *Pronto estaré muerto.*

Sentado, pudo echarse hacia atrás y contemplar el cenit donde el brillo de la radiación de la Tierra se rendía ante el resplandor de las estrellas, constelaciones que sus antepasados sin duda conocían de memoria. Aquellas pautas estelares sin duda habían cambiado en veinte mil años, no obstante, y se preguntó cómo habría sido el cielo si R. Gornon Vlimt se hubiera salido con la suya y hubiera enviado a Hari a una galaxia quinientos años más vieja. Quinientos años más de experiencia y pena.

Sonaron pasos sobre el sendero de grava, demasiado suaves para ser humanos.

Tras una larga pausa, Daneel Olivaw preguntó:

–¿Qué ves ahí arriba, amigo mío?

Hari sintió tensión en la garganta.

– El futuro.

– Muy bien. ¿Tienes una buena vista?

Hari se echó a reír.

– Una silla cómoda... un lugar elevado desde donde mirar... y por supuesto mis ecuaciones. Oh, sí, Daneel. Puedo ver bastante desde aquí.

–¿ Y no te sientes decepcionado por no haber hecho un viaje a ese futuro?

– No mucho. Habría sido interesante. Pero tenías motivos para impedirlo, y lo comprendo. Probablemente habría acabado inmiscuyéndome –Hari volvió a reírse –. Además, necesitarás a un hombre que nunca cometa errores, y yo lo soy todo menos eso.

–¿Tienes algo en especial que lamentar?

– Sólo una cosa. Puedo verla ahora

Hari señaló el cielo, un poco a la izquierda del cenit, pero no una constelación, sino más bien un puñado de términos psicohistóricos que flotaban en su cielo, más reales en ese momento que las resplandecientes estrellas.

– Por favor, dímelo –solicitó Daneel –. Explícame qué ves allí arriba.

Hari advirtió que su amigo inmortal, capaz de extender su visión de rayos X al espectro radial, sentía envidia en ese momento. Hari sintió un extraño placer

– Veo mi Fundación, que ahora mismo se está estableciendo en Terminus, iniciar su accidentado viaje hacia la aventura y la gloria. Las

probabilidades son fuertes durante dos siglos, al menos. El impulso psicohistórico ha llegado a un punto en que casi puedo ver a los actores en esta obra. Los Enciclopedistas, políticos, comerciantes y charlatanes vivirán una época de gran peligro personal. Y sin embargo obtendrán la satisfacción de participar en algo grandioso: construir una sociedad preparada para el éxito.

Hari alzó su otra mano, señalando hacia un resplandor en la atmósfera ionizada de la Tierra.

–¡Ah! ¿Has visto eso? ¡Una perturbación! Se producen continuamente, aunque la mayoría se anulan entre sí. Además, diseñamos la Fundación para que fuera fuerte, adaptándose a cada flujo y perturbación con tenacidad.

– Y sin embargo, con tanto dependiendo del Plan, ¿nos atrevemos a dejar que el destino humano dependa de las reacciones de unos cuantos millones de nuestros descendientes? ¿Podemos confiar en que respondan con tanto coraje y determinación como predicen las ecuaciones?

Hari sacudió la cabeza.

– No, no podemos. Me convenciste de eso, hace mucho tiempo, Daneel. ¡Las perturbaciones del Plan deben ser corregidas! El Plan debe continuar su curso. Para hacerlo, necesitaremos una mano que nos guíe. Una *Segunda* Fundación que utilice las matemáticas para seguir cada giro y desviación, y luego aplique presión aquí y allá, en los puntos adecuados, para que la Primera Fundación continúe la trayectoria asignada.

Suspiró.

– Fui fácil de persuadir. Después de todo, la Segunda Fundación es una extensión mía, una forma de inmortalidad. Una forma de seguir husmeando y entrometiéndome después de que este envoltorio físico haya sido devorado por los gusanos y se convierta en el suelo que tanto admira Horis. La Segunda Fundación tal vez haya sido idea de Yugo Amaryl... ¿pero se la inspiraste tú? En cualquier caso, la vanidad fue suficiente para hacer que estuviera de acuerdo.

»Pero empezaste a exigir cada vez más, Daneel. »¿Serán suficientes las matemáticas? Te preocupaba que mis sucesores no fueran lo bastante fuertes. Una sociedad de guías secretos necesitará algo más potente que ecuaciones. Un poder suprahumano que les permita apartar a reyes, alcaldes y científicos de ideas peligrosas y empujarlos de vuelta al camino que se les haya asignado. ¡ Y así, en cuanto hiciste esta sugerencia, apareció una herramienta semejante!

Hari señaló el horizonte, donde Vieja Chicago fluctuaba con un firme brillo.

– Tu regalo al Plan Seldon, Daneel... ¡los mentálicos! Tuvimos que hacer una reformulación importante del Plan cuando eso salió a la luz. Por fortuna, la mutación sólo apareció cuando quisiste. Algunos de los psíquicos te ayudarán a sembrar tu gran mente universal, mientras que otros se mezclarán con mis Cincuenta matemáticos, creando una nueva raza capaz de cálculos y de magia

Cayó el silencio sobre el montículo de escombros.

Finalmente Daneel comentó:

– Ves mucho desde aquí, viejo amigo.

Hari asintió

– Oh, sí, veo todos los ajustes que tuvimos que hacer en las ecuaciones para tratar con esta nueva aristocracia que estará preparándose durante los siguientes siglos, desarrollando su poder e influencia, confiando cada vez más en el dominio mental y menos en las matemáticas. Si se quedan a cargo, incluso con una tradición de deber y de nobleza, acabarán por convertirse en una clase dominante. Una *raza* gobernante. Una raza que hará que todos los antiguos sacerdocios o familias reales parezcan aficionados.

Hari miró a Daneel.

–¿Pero qué opción tenemos? Con el tiempo la Fundación dejará de distraerse con crisis momentáneas, competidores galácticos y el desafío de la expansión. Con el tiempo, la civilización que establezcamos en Terminus alcanzará una nueva cota de confianza... y se enfrentará a su inevitable colisión con el caos. En ese punto, nuestras predicciones serán más aproximativas. Las ecuaciones psicohistóricas demuestran que las posibilidades de éxito de la Fundación se habrán reducido sólo al setenta por ciento.

– Eso no es suficiente, Hari. No es suficiente.

– Por eso insististe, Daneel. La Fundación será tan fuerte, dinámica y empática como cualquier civilización humana podría ser. Si alguna cultura estará alguna vez preparada para enfrentarse al caos, sobrevivir a las plagas solipsistas y franquear el camino al *otro lado* será ésta. Y sin embargo, si fracasa...

– Ése es el problema, Hari.

– Exactamente. Nos quedamos con una posibilidad entre cuatro de que la humanidad sea destruida. Comprendo que quisieras algo mejor, Daneel. Te viste obligado a hacer todo lo que estuviera en tu poder para ampliar las posibilidades.

»Primero, exigiste una sociedad mentálica secreta, para ayudarte a guiar la Primera Fundación. Pero eso sólo alteró unos cuantos percentiles. Peor aún, introdujo nuevas perturbaciones. El resentimiento de la gente común contra una aristocracia de psíquicos, por ejemplo. Y el peligro de los mentálicos no controlados.

Hari alzó ambas manos.

– Toda una elección, ¿verdad? O bien una batalla endiablada contra el caos o una clase gobernante permanente compuesta por mutantes. ¡No me extraña que al final decidieras que tenía que haber una tercera solución! No me extraña que trabajaras tanto por desarrollar Gaia como forma de sustituir al Plan Seldon.

Cuando Daneel respondió, había profundo respeto y compasión en su voz.

– Tu trabajo aún tiene suma importancia, Hari. La humanidad debe estar entretenida durante los siguientes siglos.

–¿Entretenida? Quieres decir distraída, ¿no? Los miembros de mi Fundación creerán que son atrevidos exploradores con el destino en sus manos y que labran un futuro mejor gracias a sus esfuerzos, ayudados por las leyes de la historia. Luego, bruscamente, les echarás todo esto encima. Demostrado ya por algún tipo que lo sabrá todo.

– Un hombre que nunca se equivoque –corrigió Daneel.

Hari agitó una mano.

– Lo que sea.

Daneel suspiró.

– Sé que tienes tus reservas, Hari. Pero considera la perspectiva a largo plazo. ¿Y si hay entidades en otras galaxias, similares a las mentes meméticas que encontramos en Trantor? ¿ Y si son más poderosas? Tal vez ya hayan asimilado todas las formas de vida de sus galaxias natales. Su influencia podría ahora estar dirigiéndose hacia nosotros. Esa fuerza exterior supondría una amenaza terrible para la humanidad. Sólo si la especie humana se unifica y es poderosa y cohesiva dentro de un verdadero supraorganismo, Galaxia... sólo entonces estaremos seguros de vuestra supervivencia.

Hari parpadeó un instante.

–¿No es un panorama inverosímil? ¿O al menos muy remoto?

– Tal vez. ¿Pero debo atreverme a correr el riesgo? Me veo obligado por la Ley Cero... y por mi promesa a Elijah Baley, para protegeros a todos, no importa cuánto duela. No importa cuánto cueste.

R. Daneel Olivaw dio un paso adelante y señaló hacia el cielo.

–¡Además, piénsalo, Hari! ¡Todas las almas humanas en contacto con las demás! Todo el conocimiento compartido instantáneamente. Todas las malinterpretaciones eliminadas. Cada pájaro, animal e insecto incorporado a la enorme red unificada. La serenidad y la comprensión definitivas que anhelaron vuestros sabios. Y puede conseguirse en poco más de la mitad del tiempo que proyectas para la batalla final de la Fundación contra el caos.

– Sí, tiene características atractivas –concedió Hari –. Y sin embargo, mi mente y mi corazón siguen diciendo Terminus, en el otro extremo de la galaxia. Un mundo pequeño muy parecido a éste... a esta pobre Tierra malherida. A pesar de todo, Daneel, las posibilidades estaban a su favor. Todos los factores coincidían. Habrían tenido una buena posibilidad...

– El setenta por ciento no es suficiente.

–¿Entonces por qué no les dejarás intentarlo?

–¡Hari, aunque consigan llegar a ese mítico *otro lado,* no sabes qué clase de sociedad construirán después! Admites que las socioecuaciones explotan en singularidades en ese punto. De acuerdo, los miembros de la Fundación podrían derrotar al caos. Podrían conseguir alguna gran sabiduría nueva, pero luego ¿qué? ¿Qué pasará cuando se produzca la siguiente crisis? La psicohistoria no ofrece ninguna solución. Tú y yo

estamos ciegos. No tenemos ni idea de lo que seguirá. Ninguna habilidad para planear ni para protegerlos.

Hari asintió.

– Esa incertidumbre… esa incapacidad de predecir… ha sido el terror que me ha acompañado toda la vida. Siempre he combatido contra eso, y es el lazo que me unió a ti, Daneel. Sólo que ahora, mientras me acerco a mi final, veo una extraña forma de belleza en ello.

»La humanidad ha sido como un niño horriblemente traumatizado que ha permanecido en su cuna, donde estaba seguro y caliente. Puede que te diferencies de los calvinianos en muchas cosas, Daneel. Pero ambos grupos ordenasteis *amnesia* para ayudar a aliviar nuestro trauma colectivo… un soso olvido que podría haber desaparecido en cualquier momento que nuestros protectores decidieran subir las persianas y abrir la puerta. Pero nunca lo hicisteis.

»Tratarnos de esa forma habría sido un crimen horrible, si no fuera por la excusa del caos. E incluso con esa excusa, ¿no hay un límite? ¿Un punto en el que hay que dejar al niño solo, para que emprenda nuevos desafíos? ¿Para que se enfrente al universo en sus propios términos? –Hari sonrió –. Sólo podemos pedir que nuestros descendientes sean mejores que nosotros. No podemos exigir que sean perfectos. Tendrán que resolver sus problemas, uno a uno.

Daneel se le quedó mirando durante un rato, antes de volver la cabeza.

– Tal vez vosotros sois capaces de adoptar esa actitud respecto a vuestra vida, pero mi programación es menos flexible. No puedo correr riesgos con la supervivencia de la humanidad.

– Lo comprendo. Pero piensa, Daneel: si Elijah Baley estuviera aquí ahora mismo, ¿no crees que él estaría dispuesto a correr el riesgo?

El robot no respondió. El silencio se extendió entre ellos, cosa que no pareció mal a Hari. Todavía estaba contemplando las ecuaciones pintadas sobre las estrellas, esperando que algo volviera a aparecer.

Algo que había atisbado antes.

Bruscamente, varios de los factores flotantes entraron en una nueva órbita, hasta formar una pauta que no existía en ningún lugar más que en su propia mente. Ninguna versión existente del Primer Radiante del Hari Seldon contenía esta reflexión. Tal vez era la alucinación de un anciano. O quizá se tratase de una propiedad emergente que surgía de todas las cosas nuevas que había aprendido durante esa aventura final. Fuera lo que fuese, le hizo sonreír.

¡Ah, aquí estás de nuevo! ¿Eres real…? ¿O *la manifestación de un deseo?*

El motivo era un círculo que regresaba a sus orígenes. Hari miró a Daneel, sin duda la persona más noble que jamás había conocido. Después de veinte mil años luchando por el bien de la humanidad, el robot continuaba inflexible, imparable, tan decidido como siempre a llevar a sus amos a algún destino seguro y feliz.

Sin duda cumplirá su última promesa. Podré ver a mi amada esposa, una última vez.

Como había vivido más íntimamente con un robot que ningún humano, Hari sentía cierta simpatía por Zorma y Cloudia, que querían una unión mayor entre las dos razas. Tal vez dentro de muchos siglos su política formaría con otras una rica mezcla. Pero sus esperanzas y planes eran irrelevantes en aquel momento. Por ahora, sólo dos versiones del destino tenían alguna posibilidad de éxito real: la Galaxia de Daneel, por un lado... y la titilante figura que Hari veía ahora flotando en el cielo ante él.

– Nuestros hijos tal vez te sorprendan, Daneel –comentó por fin, rompiendo el largo silencio.

Tras reflexionar brevemente, su amigo robot contestó:

– Esos hijos... ¿te refieres a los descendientes de los exiliados en Terminus?

Hari asintió.

– Dentro de unos quinientos años, serán ya un pueblo diverso y emprendedor, orgulloso de su civilización y de su individualidad. Puede que engañes a la mayoría de los robots con tu «hombre que siempre tiene razón», pero dudo que muchos en la Fundación lo acepten.

– Lo sé –reconoció Daneel, dolido –. Habrá resistencia contra la asimilación por parte de Gaia. Pánico miope, quizás incluso violencia. Todo será inútil a la larga.

Pero Hari reaccionó con una sonrisa.

– Creo que no lo comprendes, Daneel. No es la resistencia lo que tiene que preocuparte. Será una extraña forma de aceptación lo que supondrá el mayor peligro para tu plan.

–¿Qué quieres decir?

– Quiero decir: ¿cómo puedes estar seguro de que no será Gaia la asimilada? Tal vez la cultura de esa Fundación futura será tan fuerte, tan diversa y abierta, que simplemente absorberán tu innovación, le darán a Gaia los papeles de ciudadanía y luego pasarán a cosas más elevadas

Daneel miró a Hari.

– Me... me cuesta trabajo imaginarlo.

– Es parte de la pauta que ha seguido la vida desde que salió del limo primigenio. Lo sencillo se incorpora a lo complejo. A pesar de todo su poder y su gloria, Gaia (y Galaxia) son seres simples. Tal vez su belleza y poder sólo serán parte de algo más grande. Algo diverso y grandioso de lo que hayas imaginado jamás.

– No puedo abarcar todo eso. Parece arriesgado. No hay ninguna seguridad...

Hari se echó a reír.

– Oh, mi querido amigo. Los dos hemos estado siempre tan obsesionados por la capacidad de predecir... Pero a veces hay que entender que el universo no está bajo nuestro control.

Aunque sentía la debilidad de su cuerpo, Hari se aupó en la silla flotante.

– Te diré una cosa, Daneel. Vamos a hacer una apuesta.

–¿Una apuesta?

Hari asintió.

– Si te sales con la tuya y Gaia asimila a todo el mundo para acabar creando una enorme Galaxia unitaria, dime... ¿seguirán siendo necesarios los libros?

– Por supuesto que no. Por definición, todos los miembros del colectivo sabrán, casi instantáneamente, todo lo que se pueda aprender de los demás. Los libros, sea cual sea su forma, son una técnica para transmitir información entre mentes separadas.

– Ah. ¿ Y esta asimilación debería ser completa dentro de, digamos, seiscientos años? ¿Setecientos, en el exterior?

– Debería.

– Por otro lado, supongamos que yo tengo razón. Imagina que mi Fundación resulta ser más fuerte, más sabia y más robusta de lo que tú, Wanda o ninguno de los robots esperan. Tal vez te derrote, Daneel. Tal vez decidan rechazar la influencia externa de los robots, o de los mentálicos humanos, o de las mentes cósmicas todopoderosas y sabias.

»O tal vez acepten Galaxia como un maravilloso regalo, la incorporen a su cultura y continúen. Sea como sea, la diversidad humana y el individualismo continuarán de algún modo. ¡Y siempre habrá necesidad de libros! Tal vez incluso de una *Enciclopedia Galáctica.*

– Pero yo creía que la *Enciclopedia* era sólo una excusa, para iniciar la Fundación en Terminus.

Hari agitó una mano ante él.

– No importa. Habrá enciclopedias, aunque tal vez no al principio. Pero la cuestión que tenemos delante, el tema de nuestra apuesta, es: ¿Se publicarán todavía ediciones de la *Enciclopedia Galáctica* dentro de mil años?

»Si tu plan Galaxia tiene éxito, en su forma pura y simple, no habrá libros ni enciclopedias dentro de un milenio. Pero si yo tengo razón, Daneel, la gente seguirá creando y publicando compendios de conocimiento. Puede que compartan muchísima sabiduría e intimidad mediante poderes mentálicos, igual que la gente hace ahora llamadas por holovisión. ¿Quién sabe? Pero también mantendrán un grado de individualismo, y seguirán comunicándose con los demás de formas anticuadas.

»Si yo tengo razón, Daneel, la Enciclopedia continuará... junto con nuestros hijos... y mi primer amor. La Fundación.

Hari Seldon guardó silencio, en una reflexión silenciosa que R. Daneel Olivaw respetó.

Pronto, su nieta Wanda subiría por esa loma, una colina compuesta de restos desmoronados de civilizaciones humanas pasadas, y lo recogería para iniciar el viaje de regreso a Trantor… y quizás a la reunión especial que tanto ansiaba.

Pero por el momento, Hari admiró el panorama a que se extendía ante él, el paisaje estelar entremezclado con sus amadas matemáticas. Contempló el cielo moteado de radiación y saludó al Caos, su viejo enemigo.

Por fin te conozco, pensó.

Eres el tigre que solía cazarnos. Eres el frío del invierno. Eres el amargo bocado del hambre… la traición por sorpresa… o la enfermedad que ataca sin avisar y nos hace gritar: «¿Por qué.?».

Eres todos los desafíos a los que se ha enfrentado la humanidad, y superado al final a medida que nos hacíamos un poco más fuertes y sabios con cada triunfo. Eres la prueba de nuestra confianza… nuestra habilidad para persistir y prevalecer.

Yo tenía razón al combatirte… y sin embargo, sin tu oposición la humanidad no sería nada, ni podría haber nunca una victoria.

El caos, advirtió ahora, era la sustancia subyacente de la cual evolucionaron sus ecuaciones. Como la vida misma.

De todas formas, ya no tenía sentido lamentarlo. Pronto sus moléculas se unirían al Caos en una danza infinita.

Pero allí arriba, entre las estrellas, el sueño de toda su vida seguía viviendo,

Sabremos. Comprenderemos y creceremos más allá de todos los límites que nos aprisionan.

Con el tiempo, seremos más grandes de lo que jamás creímos posible.

Agradecimientos

Entre los «expertos en Asimov» que me ofrecieron su sabiduría y sus consejos se encuentran los profesores Donald Kingsbury, James Gunn y Joseph Miller, así como Jennifer Brehl, Atilla Torkos, Alejandro Rivero y Wei–Hwa Huang. También me aportaron valiosos comentarios Stefan Jones, Mark Rosenfelder, Steinn Sigurdsson, Joy Crisp, Ruben Krasnopolsky, G. Swenson, Sean Huang, Freddy Hansen, Michael Westover, Christian Reichardt, Melvin Leok, J. V Post, Benjamin Freeman, Scott Martín, Robert Hurt, Anita Gould,]oseph Cook, Alberto Monteiro, R. Sayres, N. Knouf, A. Fay–kin, Michael Hochberg, Adam Blake, Jimmy Fung y Jenny Ives. Sara Schwager y Bob Schwager fueron unos concienzudos y agudos correctores de pruebas. También les doy las gracias a Janet Asimov, John Douglas, Ralph Vicinanza y, sobre todo, a Cheryl Brigham, que con su valiosa lectura captó muchos errores y cuyas manos sustituyeron a las mías en una crisis, y que mantuvo la vida en marcha cuando me sentí como un robot indefenso.

La cita de la Sexta Parte sobre el *Evangelio de la Uniformidad* es del *libro* de Alfred North Whitehead *Science and the Modern World,* de 1925.

Postfacio

Nunca es fácil escribir en un universo creado por otro escritor, tan brillante en este caso. Sobre todo cuando ese escritor lamentablemente ya no está con nosotros para hacerle consultas por carta, por teléfono o con un vaso de cerveza por delante. Hay que estudiar sus obras para forjar un nuevo episodio que sea consistente con las historias originales y que, sin embargo, contribuya con reflexiones frescas que a él le hubiera gustado leer. En este caso, los tres autores de LA SEGUNDA TRILOGÍA DE LA FUNDACIÓN (Greg Bear, Gregory Benford y yo) nos sentimos impulsados por la lógica del universo de Isaac Asimov a añadir el elemento clave del *caos,* una horrible enfermedad de la mente que afecta a toda la humanidad. Isaac dejó bastantes pistas de ello, lo que permitió que nuestra innovación no contradijera sus primeras obras. Aún más, el caos explica la principal característica de su historia del futuro: la amnesia que debilita a cuatrillones de personas durante cientos de generaciones.

También podría explicar los motivos de por qué escribí esta nueva aportación de la forma en que lo hice, pero en este punto me abstendré de hacer más comentarios, excepto para decir que no creo que la historia de Hari Seldon haya terminado aún. Como hacía Isaac habitualmente, llené *El triunfo de la Fundación* de pistas que otros podrían retomar algún día, si quieren. Pistas que culminan en dos páginas más que pensé incluir como desenlace de este libro. Pero, en vez de empantanar las aguas, quizá las publique en otra parte en alguna ocasión. No son tanto parte de *El triunfo de la Fundación,* son como un sueño de lo que podría suceder a continuación.

Eso es lo que tiene de divertido nuestra continuada conversación de sobremesa sobre el destino. Conseguimos señalar hacia el futuro. Lo exploramos con experimentos y fantasías. Descubrimos errores que evitar. Y descubrimos posibilidades que nuestros nietos pueden dar por cosa hecha.

DAVID BRIN

*(Estas son las dos últimas páginas a las que se refiere David Brin en el postfacio, el desenlace que no incluyo en el libro)

(Desenlace)

(Un sueño a continuación del *TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN)*

–¿Entonces Hari Seldon llegó a ver a Dors otra vez antes de morir?.

– Por supuesto que lo hizo. ¿Porqué lo preguntas?. Hemos ejecutado por lo menos cincuenta simulaciones de la reunión, algunas de ellas con altos índices de fidelidad/probabilidad. En todas ellas sentimos su amor. Su alegría, combinada con punzante tristeza al tener que separarse nuevamente tan pronto.

– Sí, pero ¿por qué tuvo él que morir?

– No era opcional. Como sea, estaba listo para que ese cuerpo suyo se uniera al Gran Ciclo.

– Estás ocultando algo. Puedo sentirlo. ¡Dime qué es!

–¿Estás segura de que estás lista?. Aún eres muy joven y es un tanto complicado.

– Estoy segura de que estoy lista. ¡Dímelo!

– Bien, hay una continuación de cierto tipo. Por ahora, llamémoslo una fábula. Algo que podría haber pasado, en algún momento a lo largo de la corriente que fluye del pasado al presente.

–¿Es una historia real?

– Eso será para que lo investigues por ti misma. Pero puedo decirte cómo empieza.

(...una nueva página... la página final de esta aventura... ¿la primera de la siguiente?).

En un planeta

En la ladera de una colina

El tiempo ha pasado

En una cueva

En una gran caja blanca

Un ser humano despertó

Empujando a un lado la cubierta, respiró el aire puro. Sentándose, miró más allá de los verdes prados hacia una noche que ya brillaba con multitud de estrellas.

Protegiéndose sus ojos, miró hacia el futuro.

– Pengia – dijo– Me preguntó que año es.

Mirando su mano derecha, Hari flexionó fuerte sus dedos. Se sentía joven.

Sonrió. Había mucho por hacer

Cronología del Universo de los Robots y la Fundación

1982 E.C. Nacimiento de Susan Calvin. Creación de la U.S. Robots y Hombres Mecánicos *(YO, ROBOT).*

2007 E.C. Susan Calvin empieza a trabajar para la U.S. Robots. Más tarde se convierte en robopsicóloga jefe *(YO, ROBOT).*

Principios del siglo XXI. Un renacimiento social y técnico florece en la Tierra. Desarrollo de los robots positrónicos, controlados por las Tres Leyes de la Robótica *(LOS ROBOTS).* El motor hiperatómico permite el primer viaje interestelar *(YO, ROBOT).* Por accidente, Joseph Schwartz es enviado diez mil años hacia el futuro *(UN GUIJARRO EN EL CIELO).*

2064 E.C. Muerte de Susan Calvin *(YO, ROBOT).* La humanidad empieza a colonizar varios planetas, incluido Aurora. Los primeros estallidos de caos afectan a la civilización, acabando con la sensación de seguridad de la humanidad. En la Tierra, los ciudadanos se ocultan bajo tierra y se prohíben los robots en las ciudades. Los espaciales pierden la empatía. Las relaciones entre la Tierra y los mundos espaciales se deterioran *(EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN).*

300 años antes de los acontecimientos de *Bóvedas de acero.* El planeta Solaria (el último mundo espacial) se independiza del planeta Nexon *(EL SOL DESNUDO).* Declive de la cultura espacial, dependiente de los robots. Más tarde, Han Fastolfe, de Aurora, crea el robot humaniforme R. Daneel Olivaw.

3500 E.C. aprox. Se funda Espacioburgo cerca de la ciudad de Nueva York. R. Daneel Olivaw empieza a trabajar con el detective terrestre Elijah Baley *(BÓVEDAS DE ACERO).*

1 año después. Elijah Baley y Daneel Olivaw realizan una investigación en Solaria *(EL SOL DESNUDO).* Fastolfe gana influencia en el gobierno de Aurora y apoya la nueva emigración terrestre. La oposición, liderada por Kelden Amadiro, quiere que los espaciales terraformen y pueblen nuevos planetas *(LOS ROBOTS DEL AMANECER).*

2 años después. Baley lleva a cabo una investigación en Aurora acompañado por Daneel Olivaw y Giskard Reventlov, un robot telepático. Aurora deja que la Tierra colonice nuevos planetas. Giskard sugiere que los terrestres deben construir sus nuevos mundos sin ningún robot *(LOS ROBOTS DEL AMANECER).*

2 años después. Comienza la segunda oleada de la emigración terrestre, dirigida por Ben Baley. El primer planeta colonizado recibe el nombre de Mundo de Baley *(ROBOTS E IMPERIO).* El número de planetas colonizados crece rápidamente. Las relaciones entre los mundos espaciales y colonizados se vuelven tensas *(ROBOTS E IMPERIO).*

37 años después de los acontecimientos de *Bóvedas de acero.* Muerte de Elijah Baley en Mundo de Baley *(ROBOTS E IMPERIO).*

196 años después de los acontecimientos de *Bóvedas de acero.* Kelden Amadiro y Levular Mandamus empiezan a plantar amplificadores nucleares por toda la Tierra para vengarse de su anterior derrota *(ROBOTS E IMPERIO).*

200 años después de los acontecimientos de *Bóvedas de acero.* Muerte de Han Fastolfe. Desaparece la población de Solaria. Daneel Olivaw y Giskard Reventlov formulan la Ley Cero de la Robótica, para anular las Tres Leyes originales. Giskard proporciona a Daneel habilidades telepáticas. Amadiro y sus aliados conectan los amplificadores para volver la Tierra radiactiva e inhabitable. Giskard lo permite por motivos inherentes a la Ley Cero, para provocar así la dispersión de la humanidad, y muere al entrar en conflicto con la Primera Ley *(ROBOTS E IMPERIO).* Da comienzo La Gran Diáspora (última emigración).

La mayoría de los robots se dividen en dos bandos. Los giskardianos, dirigidos por Daneel, siguen la nueva religión de la Ley Cero. Los calvinianos lo consideran escandaloso. Se desencadena una guerra civil robótica que los humanos que huyen de la Tierra casi no llegan a advertir. Mientras tanto, naves robot operando bajo la programación de Aurora surcan la galaxia por delante de los colonizadores, terraformando y preparando planetas para su colonización. Las entidades meméticas dirán más tarde que esto devastó otras razas existentes. Los memes escapan al Núcleo Galáctico *(EL TEMOR DE* LA *FUNDACIÓN, FUNDACIÓN y CAOS).*

301 años después de los acontecimientos de *Bóvedas de acero.* Una catástrofe ecológica y cultural destruye el planeta Inferno, colonizado por los espaciales. Se construyen nuevos robots que funcionan con Nuevas Leyes que les permiten mayor flexibilidad y libertad. Especialistas colonizadores ayudan a terraformar el planeta *(CALIBAN).* Crece la hostilidad hacia los robots de la Nueva Ley *(INFERNO).* Un cometa choca contra el planeta. La mezcla de culturas espaciales y colonizadoras impide el colapso social *(UTOPÍA).* La guerra civil interestelar acaba por alcanzar Inferno. Los robots de la Nueva Ley son destruidos o tienen que ocultarse *(EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN).*

1200 A.E.G. (antes de la Era Galáctica) aprox. El planeta Rhodia y los Reinos Nebulares, dirigidos por la familia noble Hinriad, se libran del yugo del planeta Tyrann y redescubren la democracia *(EN LA ARENA ESTELAR).* Los decadentes mundos espaciales sucumben lentamente. Se completa la colonización de la Galaxia *(FUNDACIÓN y TIERRA).* R. Daneel Olivaw formula las Leyes Codificadas, que ponen límites a la inteligencia artificial *(EL TEMOR DE LA FUNDACIÓN).* ; Para combatir el caos se introducen efectos de control como la amnesia histórica, la fiebre cerebral y la persuasión mentálica giskardiana. La mente, la sociedad y la tecnología humana se estancan. Algunos grupos de humanos y robots combaten la amnesia *(EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN).*

500 A.E.G. aprox. La República Trantoriana de cinco mundos se convierte en la Confederación Trantoriana, y más tarde en el Imperio de Trantor *(LAS CORRIENTES DEL ESPACIO).* R. Daneel Olivaw usa las primeras «leyes de la humánica» para guiarlo. Se olvidan los orígenes humanos.

200 A.E.G. La mitad de los mundos habitados de la galaxia forman parte del Imperio Trantoriano. Trantor apoya la rebelión del planeta Florina contra la opresión del planeta Sark *(LAS CORRIENTES DEL ESPACIO).*

1 E.G. (12500 E.C.: aprox. 8.000 años después de la Gran Diáspora). El Imperio Trantoriano se convierte en el Imperio Galáctico. Comienzo del calendario galáctico.

827 E.G. Llegada de Joseph Schwartz (lanzado a través del tiempo). Una Tierra radiactiva y escasamente poblada trata de rebelarse contra el Imperio usando un arma biológica. La rebelión fracasa, gracias en parte a Schwartz y a un amplificador mentálico. El Imperio ayuda inicialmente a la Tierra a recuperarse, luego los esfuerzos son misteriosamente abandonados *(UN GUIJARRO EN EL CIELO, EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN).*

900 E.G. aprox. Evacuación forzosa de la Tierra. Establecimiento de la colonia del planeta Alfa *(FUNDACIÓN y TIERRA).*

975 E.G. Se descubre una raza alienígena en un mundo desierto y se la traslada a Cepheus 18. Más tarde, escapan misteriosamente más allá de la galaxia la *(Callejón sin salida* en *ASIMOV: SELECCIÓN* 3 [The Early Asimov]).

2000 E.G. aprox. Daneel Olivaw y R. Yan Kansarv establecen en el lejano Eos unas instalaciones de reparación y construcción de robots *(FUNDACIÓN y CAOS).* El gran Ruellis ayuda a establecer los principios del buen gobierno paternalista, aumentando la estabilidad de una sociedad sin cambios contra el caos *(EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN).*

3000 E.G. aprox. Durante un estallido de caos, las antiguas simulaciones de personalidad Voltaire y Juana de Arco debaten sobre la inteligencia artificial *(EL TEMOR DE LA FUNDACIÓN).* Con el apoyo de los robots calvinianos, la emperatriz Shoree–Harn trata de introducir un nuevo calendario y sacude sin éxito la rigidez social *(FUNDACIÓN y CAOS).*

8789 E.G. Un nuevo «renacimiento» comienza en el planeta Lingane. Ocho años más tarde sucumbe al caos *(EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN).*

11865 E.G. Se construye en Eos la robot humanoide Dors Venabili *(EL TEMOR DE LA FUNDACIÓN).*

11867 E.G. La única colonia humana extragaláctica es abandonada en la Gran Nube de Magallanes. Se eliminan todos los datos del suceso *(FUNDACIÓN y CAOS).*

11988 E.G. Nacimiento de Hari Seldon y Cleon I. Daneel Olivaw sabe que el Imperio se tambalea, debido en parte a los frecuentes estallidos de caos. La Ley Cero le obliga a intervenir activamente, primero como Jefe de Estado Mayor, luego como Primer Ministro *(PRELUDIO A LA FUNDACIÓN).* Sus experimentos genéticos secretos producen el genio matemático de Hari y la aparición de los mentálicos humanos *(EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN).*

12010 E.G. Cleon I se convierte en emperador *(PRELUDIO A LA FUNDACIÓN).*

12020 E.G. Hari Seldon diserta sobre la posibilidad de la psicohistoria. Daneel lo convence de que desarrolle una ciencia práctica que ayude a salvar el Imperio. Dors Venabili se convierte en la esposa de Seldon. Adoptan a un niño, Raych. Seldon y Yugo Amaryl empiezan a dar forma a la psicohistoria *(PRELUDIO A LA FUNDACIÓN).*

12028 E.G. Dirigidos por R. Plussix, los robots calvinianos se trasladan a Trantor y encuentran documentos históricos de la época de Shoree–Harn, así como a los simulacros Voltaire y Juana de Arco. Ayudan a sembrar un nuevo «renacimiento» en el planeta Sark *(EL TEMOR DE LA FUNDACIÓN).* Seldon ayuda a retirar de la política a Laskin Joranum. Daneel dimite de su puesto. Cleon I nombra a Seldon Primer Ministro *(Eto Demerzel* en *HACIA LA FUNDACIÓN).* Voltaire y Juana entran en la Malla Trantoriana, donde encuentran a los antiguos memes, provocando una rebelión entre los robots «tiktok», quienes matan a muchos de los compañeros positrónicos de Daneel. Seldon hace un trato para sacar a los memes de Trantor. El renacimiento de Sark sucumbe al caos *(EL TEMOR DE LA FUNDACIÓN).*

12038 E.G. Muerte de Cleon I *(Cleon I* en *HACIA LA FUNDACIÓN).* Una junta militar se hace con el poder. Seldon dimite como Primer Ministro *(Dors Venabili* en *HACIA LA FUNDACIÓN).*

12040 E.G. Nacimiento de Wanda Seldon, hija de Raych *(Dors Venabili* en *HACIA LA FUNDACIÓN).* Comienza un nuevo «renacimiento» en el planeta Madder Loss. Su derrumbe sacude la sociedad galáctica *(FUNDACIÓN y CAOS).*

12048 E.G. «Muerte» de Dors Venabili y caída de la junta *(Dors Venabili* en *HACIA LA FUNDACIÓN).* El emperador títere Agis XIV asciende al trono. El poder real queda en manos de la Comisión de Seguridad Pública *(Wanda Seldon* en *HACIA LA FUNDACIÓN).* Daneel lleva a Dors a la base de Eos para repararla *(FUNDACIÓN y CAOS).*

12052 E.G. Nacimiento de Bellis Seldon. Hari Seldon descubre las habilidades mentales de Wanda. Trata de encontrar a otros humanos semejantes, sin tener éxito. Las ecuaciones psicohistóricas predicen el inevitable derrumbe del Imperio. El equipo de Seldon elabora un plan para salvar el conocimiento humano y crear un Segundo Imperio a través de la Fundación. Muerte de Yugo Amaryl *(Wanda Seldon* en *HACIA LA FUNDACIÓN).*

12058 E.G. Raych, Manella y Bellis se trasladan a Santanni, donde ha comenzado un Nuevo Renacimiento. La provincia de Anacreonte pretende independizarse. Estallido de caos en Santanni, Raych muere y su familia se pierde en el espacio. Sttetin Palver, otro mentálico, se une al Proyecto Seldon *(Wanda Seldon* en *HACIA LA FUNDACIÓN).*

12067 E.G. = 1 E.F. (E.F. = Era de la Fundación). El emperador títere Klayus I ocupa el trono. Hari es juzgado y la Comisión de Seguridad Pública exilia a Terminus a la Fundación Enciclopedia. Principio del calendario de la Fundación *(FUNDACIÓN).* Vara Liso, un poderoso mentálico, se une a la caza de robots «eternos» de Farad Sinter. Los robots calvinianos urden un plan para destruir el Proyecto Seldon y anular el control de Daneel sobre la historia humana *(FUNDACIÓN Y CAOS).*

12068 E.G. = 2 E.F. Reinado del emperador títere Semrin. Los miembros de la Fundación Enciclopedia son exiliados a Terminus. Daneel planea utilizar a los mentálicos humanos para diseñar una supramente, Gaia. Millones de antiguos archivos son destruidos. Un Nuevo Renacimiento en el planeta Ktlina es devorado por el caos. Un robot hereje trata de enviar a

Seldon al futuro, pero es detenido por Daneel. Mors Planch se lanza al futuro *(EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN).*

12069 E.G. = 3 E.F. Muerte de Hari Seldon. Muerte del comisionado jefe Linge Chen. Sus sustitutos prestan mucha atención a Trantor y sus inmediaciones. Los psicohistoriadores provocan la secesión en la periferia del Imperio *(Los enciclopedistas* en *FUNDACIÓN).*

50 E.F. (12116 E.G.) Anacreonte se declara independiente, separando a Terminus del Imperio. El holograma de Seldon explica el verdadero propósito de la Fundación *(Los enciclopedistas* en *FUNDACIÓN).* Terminus ofrece apoyo científico a los reinos vecinos, equilibrando sus poderes *(Los alcaldes* en *FUNDACIÓN).*

80 E.F. a 195 E.F. La Fundación desarrolla una influencia casi religiosa en los reinos vecinos *(Los alcaldes en FUNDACIÓN).* Luego se basa más en su influencia económica *(Los comerciantes, Los príncipes comerciantes* en *FUNDACIÓN).*

195 E.F. A las órdenes de Cleon II, el general imperial Bel Riose libra una campaña contra la Fundación, conquistando grandes territorios. Pero Cleon retira la flota, tal como había predicho la psicohistoria *(El general* en *FUNDACIÓN E IMPERIO).*

260 E.F. Dagobert VII gobierna lo que queda del Imperio. Las tropas rebeldes de Gilmer saquean Trantor. La Segunda Fundación proyecta la Biblioteca Galáctica, luego firma un tratado de paz con Gilmer *(La caída de Trantor* de Harry Turtle–dove en *ASIMOV y SUS AMIGOS: EN TORNO A LA FUNDACIÓN).*

Aprox. 300 E.F. El Imperio de Dagobert IX se ha reducido a veinte mundos centrados en Neotrantor. El Mulo, un mutante con fuertes poderes mentálicos, conquista la Fundación y desvía de su curso el Plan Seldon *(El Mulo* en *FUNDACIÓN E IMPERIO).* El Mulo establece la Unión de Mundos y emprende la búsqueda de la Segunda Fundación *(El Mulo inicia la búsqueda* en *SEGUNDA FUNDACIÓN).*

aprox. 305 E.F. Los miembros de la Segunda Fundación alteran mentálicamente al Mulo, que renuncia entonces a nuevas conquistas *(El Mulo inicia la búsqueda* en *SEGUNDA FUNDACIÓN).*

aprox. 310 E.F. Muerte del Mulo. La Fundación recupera fuerzas, pero también empieza a estudiar las olvidadas ciencias mentales, poniendo así en peligro el Plan Seldon *(La búsqueda de la Fundación* en *SEGUNDA FUNDACIÓN).*

376 E.F. La Fundación busca la Segunda Fundación, temiendo su dominio mentálico. Tras desviar esta búsqueda con una estratagema, la Segunda Fundación continúa operando en secreto en Trantor *(La búsqueda de la Fundación* en *SEGUNDA FUNDACIÓN).* Daneel Olivaw libera su supramente Gaia.

498 E.F. La supramente Gaia ofrece a Golan Trevize («el hombre que siempre tiene razón») la decisión entre un Imperio construido por la fuerza física, uno gobernado por los mentálicos de la Segunda Fundación o una versión galáctica de Gaia, Galaxia. No se presentan otras opciones y no se consulta a otros humanos. Trevize escoge Galaxia. Comienzan los

preparativos para la asimilación gradual de la humanidad en la supramente colectiva *(LOS LÍMITES DE LA FUNDACIÓN).*

499 E.F. Trevize se embarca en un viaje para explicar su decisión. En Solaria se encuentra con que la gente desaparecida del planeta se ha convertido en una nueva raza. En la Tierra, encuentra a R. Daneel Olivaw, cuyas acciones, hasta ese momento, estaban impulsadas por la Ley Cero. Trevize advierte que cualquier solución real debe tener en cuenta a los robots, los solarianos, los memes, los mutantes y cualquier otro tipo de inteligencia. La respuesta adecuada tal vez no sea simplificar *(FUNDACIÓN y TIERRA).*

520 E.F. La Primera Comisión Galáctica para la Investigación de la Coalición se reúne en el planeta Pengia. Los subsiguientes Debates sobre el Gran Destino se desarrollan durante ciento ochenta años, interrumpidos por oleadas de violencia, amnesia y caos. Las guerras civiles robóticas vuelven a estallar. La civilización definitiva con Gaia y Caos (*EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN)*

1020 E.F. 116 Edición de la *Enciclopedia Galáctica (FUNDACIÓN)*

1054 E.F. 117 Edición de la *Enciclopedia Galáctica(EL TRIUNFO DE LA FUNDACIÓN)*

Recopilado por Attila Torkos 1998

Biografía

David Brin, nacido en 1950, es uno de los nombres más destacados de la ciencia–ficción moderna.

Posee una sólida formación científica tras una licenciatura en Física y un doctorado en Astrofísica. Ha trabajado como investigador y docente en la Universidad de California en San Diego y ha sido consultor de la NASA. Brin domina también el arte literario y narrativo como pocos.

A finales de los años ochenta fue elegido por los lectores de la influyente revista LOCUS como el autor de ciencia–ficción favorito de los años ochenta, incluso por encima del popular Orson Scott Card. En Estados Unidos, Brin, junto con otros autores como Benford y Bear, representa hoy el punto más álgido de la madurez narrativa y estilística de una ciencia–ficción sólidamente inspirada en la ciencia.

Su obra más conocida y famosa es la «Serie de la elevación de los pupilos», que le ha reportado repetidos premios Hugo, Nebula y Locus.

Junto con Gregory Benford y Greg Bear, David Brin aceptó el difícil encargo de continuar la famosa «Saga de la Fundación» de Asimov para componer una nueva trilogía llamada a hacer historia en el género. Los títulos que la forman son *El temor de la Fundación,* de Gregory Benford, *Fundación y caos,* de Greg Bear, y *El triunfo de la Fundación,* de David Brin.